
SARAH VALENTINE
Matt
UNA EMPLEADA PERFECTA PARA EL HEREDERO
SERIE HEREDEROS 7

Índice

Matt. Una empleada perfecta para el heredero
Sinopsis
Dedicatoria
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Epílogo
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?
Tengo un regalo para ti
Encuentra aquí otras novelas de la autora

Matt.
Una empleada perfecta para el heredero

Serie Herederos, 7

Sarah Valentine

Sinopsis

Matt. Una empleada perfecta para el heredero

Una historia de amor, desengaños y secretos inconfesables en el corazón de las Highlands

Después de descubrir al **hombre con el que se va a casar**, **liándose con su jefe**, **Lara Whitmore huye de su propia boda**. Dispuesta a empezar de cero, **deja Nueva York** y acepta un contrato temporal como **decoradora** en la majestuosa *mansión Glenmoore*, en el corazón de las **Highlands escocesas**.

Matt Campbell, el **enigmático** dueño de Glenmoore, vive atrapado entre el peso de un pasado marcado por **pérdidas** y la oscura **evasión** que encuentra en un **exclusivo club privado libera**l, donde las emociones se callan y los límites desaparecen entre **encuentros sin compromiso con desconocidos**. Pero la **llegada de Lara** pone en jaque su mundo, despertando emociones que creía enterradas y desafiando la vida controlada que ha construido para **proteger a su pequeña hija, Emily**.

Mientras **Lara** se esfuerza por encontrar su lugar en la mansión, **Emily**, con su inocencia y curiosidad, se convierte en el puente que une **dos corazones heridos**. Sin embargo, a medida que las barreras entre ellos comienzan a caer, tanto Matt como Lara tendrán que enfrentarse no solo a los **fantasmas del pasado**, sino también a las **tentaciones y secretos** que amenazan con separarlos.

Con una **ambientación envolvente** y personajes inolvidables, este **romance contemporáneo** te hará suspirar, emocionarte y creer en la magia de empezar de nuevo… aunque el camino esté lleno de sombras.

¡Atrévete a descubrirlo!

A ti, por hacer posible este sueño.

© Sarah Valentine, 2025.
Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
Los hechos que se narran y los personajes que aparecen en ese libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.

Prólogo

Lara

La risa ahogada de un hombre llega hasta mis oídos desde el otro lado de la puerta entreabierta. Al principio, creo que es solo un invitado, quizás algún amigo de Henry que se ha apartado un momento del bullicio de la fiesta para refugiarse en un rincón más íntimo de la mansión. Pero hay algo en esa risa, que algo en su tono me resulta familiar y me provoca una especie de nudo en el estómago que me hace sentir muy incómoda. Es extraño, porque sé que no debería estar en el ala privada de la mansión de mis suegros, pero, por alguna razón, mis pies parecen aferrados al suelo y no me dejan huir.

Mi curiosidad se mezcla con una inquietud, que intento disipar recordando que hoy es un día importante, el día en el que Henry y yo nos vamos a convertir en marido y mujer. Me acuerdo de las promesas que compartimos, sus palabras de amor y las imágenes que hemos imaginado juntos de un futuro brillante. Pero ahora, en este pasillo silencioso y apartado, ese sueño me parece algo lejano y casi irreal y no tengo ni idea de por qué.

Doy un paso hacia la puerta a medio cerrar, sin realmente saber porqué. Tal vez es la curiosidad, esa necesidad que tenemos los humanos de querer ver y entender todo lo que ocurre a nuestro alrededor. La puerta está entreabierta, apenas con un resquicio que deja escapar un poco de luz y voces apagadas, que murmuran algo que no logro comprender del todo. Y entonces, antes de que pueda darme la vuelta y continuar mi camino, escucho una risa, baja y cómplice, que me resulta conocida. Es una voz que he escuchado cientos de veces en la oficina, durante las cenas de empresa, y siempre en el contexto de un respeto profesional. Esa voz pertenece a Daniel, mi jefe.

Mi presentimiento es cada vez más evidente y algo dentro de mí me dice que debo alejarme, que no debo mirar, sino salir de ahí y olvidarlo. Pero, incapaz de resistirme, acerco la mano a la puerta y empujo apenas un poco más. El espacio se amplía lo justo para darme una visión clara del interior de la estancia. Y, en ese instante, todo lo que alguna vez creí que eran los sólidos cimientos en los que se sustentaba mi vida, se vienen abajo como un castillo de naipes empujado por el viento. Frente a mí está Henry, mi prometido, mi compañero de vida, el hombre con el que he compartido mis sueños y al que he entregado mi confianza, en una situación que jamás podría haber imaginado. Lo veo a él y a Daniel, mi jefe, en una escena que es tan íntima como devastadora. Están desnudos y abrazados, enredados el uno en el otro, ajenos al mundo exterior, completamente sumidos en una conexión que creía que Henry solo reservaba para mí.

Esa imagen es como un golpe seco que me arranca el aire de los pulmones. Retrocedo instintivamente, llevándome la mano al pecho como si intentara detener el dolor físico que siento en este momento. Mis dedos tiemblan y un frío me recorre el cuerpo, de forma tan intensa que casi puedo sentirlo en la piel. Me cuesta respirar y la mansión, que hace unos minutos me parecía el escenario perfecto para hacer realidad el sueño de casarme con Henry, ahora se ha convertido en una jaula de oro opresiva en los Hamptons.

No puedo moverme, ni siquiera pensar. Lo único que consigo es observar con incredulidad, tratando de encontrar alguna lógica en esta situación absurda. «¿Cómo es posible?» me pregunto horrorizada. Henry y yo hemos compartido tantas cosas, hemos hablado de nuestros planes, de formar una familia, de crecer juntos, de… tantas cosas que ahora solo serán eso… planes que nunca llegarán a convertirse en realidad.

En mi cabeza, repaso como él ha insistido en cuidar cada detalle de la boda, como sus ojos brillaban cuando hablaba de nuestro futuro.

¿Era todo una mentira?

¿Todo esto era solo una imagen para ocultar lo que realmente deseaba?

Un torrente de pensamientos comienza a asaltarme y a ahogarme. Recuerdo cada momento compartido, cada promesa y pequeño gesto que ahora me parece una burla, como una carcajada amarga que Henry ha lanzado en mi cara. La risa que oí hace unos segundos resuena en mi cabeza como una burla, como si me estuvieran diciendo que he sido una ingenua, que he estado tan ciega, que no he visto lo que ocurría delante de mis propios ojos.

Sin darme cuenta, me echo hacia atrás, tambaleante, y mis manos buscan apoyo en la pared, como si de alguna forma pudiera evitar que el mundo se desmorone a mi alrededor. No quiero que me vean; no quiero que ni Henry ni Daniel sepan que los he descubierto, porque la humillación que siento ahora mismo es tan profunda que me consume. Jamás pensé que experimentaría un dolor tan brutal, que ni siquiera sé cómo describir. Es como si alguien hubiera arrancado una parte de mí y la hubiera destrozado sin piedad, dejándome vacía y rota en este pasillo oscuro a pesar de estar decorado con el mayor de los lujos y con máxima opulencia.

Con cada paso que doy para alejarme, siento el peso de la traición como un yugo alrededor de mi cuello. Es un sentimiento asfixiante, una mezcla de furia, tristeza y decepción que me impulsa a correr, a escapar de esta pesadilla. Me dirijo hacia la salida de la mansión, ignorando las miradas de los invitados que me cruzo en el camino. No quiero hablar con nadie, ni tampoco quiero que me den excusas ni explicaciones. Lo único que deseo es alejarme lo máximo posible de esta escena esperpéntica que amenaza con hacerme enloquecer.

Cuando salgo al exterior, el sol me golpea con sus brillantes rayos dorados, como si quisiera recordarme que el mundo sigue, que el día es tan caluroso como lo había imaginado, pero nada tiene sentido ahora. Con el vestido de novia aún puesto y las lágrimas desbordándose desde mis ojos por mis mejillas sin control, me subo a mi coche, un descapotable rojo que, en este instante, me resulta casi una burla. La ironía de la situación no se me escapa y, sin pensarlo dos veces, me quito el velo y lo arrojo lejos, echándolo hacia atrás como si así pudiera dejar también a mi espalda este dolor que me invade.

Arranco el coche y, con el pie en el acelerador, salgo de la mansión a toda velocidad. Cada milla que avanzo me aleja de la vida que hasta hace unos minutos creía que me pertenecía. Una vida que, ahora me doy cuenta, no era más que una farsa, una construcción falsa que se ha derrumbado ante mis ojos en el momento más inoportuno e inesperado. La rabia y la tristeza se mezclan dentro de mí y crean una tormenta de emociones que me ahoga, pero sigo conduciendo, sin un rumbo fijo, sin saber adónde ir. Lo único que sé es que no puedo volver atrás.

Durante el trayecto, mi mente viaja entre recuerdos. Revivo cada momento, cada caricia y cada palabra de Henry. Trato de entender si en algún momento ignoré señales evidentes de lo que ocurría, pero no encuentro respuestas... Me pregunto qué hice mal o en qué momento dejé de ser suficiente para él. La duda y la autocompasión se apoderan de mí, haciéndome cuestionar la relación que tanto tiempo hemos mantenido Henry y yo.

Recuerdo cuando nos conocimos, aquella noche en una gala de la empresa. Sus palabras

amables y también su sonrisa encantadora me obnubilaron. Me hizo sentir especial desde el primer momento, me dio una confianza que… ahora parece ridícula. Le entregué todo de mí, confié en él, lo amé con una sinceridad que ahora me rompe por dentro solo al recordarla.

¿En qué momento se desvaneció esa ilusión?

¿Cuánto tiempo llevaba engañándome?

¿Había sentido algo por mí alguna vez o solo fui la novia perfecta para esconder su verdadera vida?

Las lágrimas continúan cayendo por mis mejillas mientras las preguntas se arremolinan en mi cabeza, sin lograr encontrar una respuesta para ellas. Me siento pequeña, desamparada, como si todo lo que conocía hasta este momento se hubiera desvanecido en un instante. Lo peor de todo es que no hay marcha atrás. No puedo olvidar lo que he visto, ni puedo fingir que no ha ocurrido. La imagen de Henry y Daniel juntos está grabada en mi memoria como una herida que nunca sanará.

Después de lo que parecen horas de conducir sin rumbo, llego a mi apartamento en Nueva York. Al entrar, el silencio me envuelve y, por primera, vez me siento realmente sola. Sigo con el vestido de novia puesto, arrugado y manchado, que me recuerda la promesa rota y el amor traicionado. Con manos temblorosas, lo deslizo por mis hombros y lo dejo caer al suelo, como si despojarme de él pudiera aliviar un poco el dolor que llevo dentro, aunque me quedo lejos de conseguirlo, muy lejos.

Me miro en el espejo y en su reflejo veo a una mujer diferente, una mujer rota, herida, aunque aún con una chispa de determinación en los ojos. No sé qué será de mi vida a partir de ahora, porque no tengo un plan, ni una dirección, pero tengo clara una cosa: no puedo seguir viviendo esta farsa. He perdido demasiado y he ganado una certeza amarga, pero es mía y con eso debe bastarme por ahora.

Capítulo 1

Lara

Sentada en el sofá de mi pequeño apartamento y envuelta en una quietud que parece absorber todo el ruido de la ciudad, me siento perdida. El vestido de novia yace arrugado en el suelo, como un trágico testigo de lo que nunca llegó a ser. Lo observo con una mezcla de ira y tristeza, y la seda que hasta hace unas horas me parecía un símbolo de felicidad, ahora no es más que un reflejo cruel de un amor que nunca existió.

Me he dado una ducha caliente, intentando borrar cada huella de este día, pero el agua no ha podido arrancar de mi piel el rastro de la traición. Mis pensamientos giran en círculos, dando vueltas una y otra vez a cada recuerdo, a cada palabra y a cada promesa que Henry me hizo.

¿Cuánto tiempo ha durado esta mentira?

Me invade una sensación de asco al pensar en su sonrisa, en sus caricias y en todas esas veces que me dijo que me amaba. Ahora todo me parece una burla, una mentira que él ha tejido con paciencia infinita durante todos estos años. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y me sujeto la cabeza entre las manos. Hay una parte de mí que no logra aceptar lo que ha visto, que se niega a creer que el hombre con el que he planeado cada detalle de mi vida futura pueda haberme traicionado de esa forma.

De repente, el silencio del apartamento se me hace insoportable. Me levanto y empiezo a pasear por el salón, acariciando los objetos con los que, hasta hoy, había construido mi vida con Henry. Cada detalle de este espacio está impregnado de recuerdos compartidos y de promesas que nunca se harán realidad. Me paro frente a la venta y miro las luces de la ciudad. En algún lugar, a pocos kilómetros de aquí, Henry debe de estar tranquilamente en su habitación, convencido de que ha controlado todos los aspectos de esta situación y seguro de que yo jamás descubriría su doble vida. Quizás, incluso, esté aliviado de que todo haya terminado antes de decir el *sí, quiero*. Al pensarlo, no puedo contener una risa amarga que suena extraña en el silencio de la noche.

¿Quién soy yo para Henry?

¿Qué he significado para él realmente durante todo este tiempo?

Me siento totalmente humillada al darme cuenta de que, en los últimos años, mientras yo soñaba con un futuro juntos, él ya tenía su propia vida con otra persona… con alguien a quien yo veía cada día, mi propio jefe. Era tan fácil para él vivir una mentira mientras yo seguía pensando en construir algo sólido y real a su lado.

Niego con la cabeza sin poder comprender todo esto, aunque sin conseguirlo. Suspiro y vuelvo a sentarme. Repaso los momentos de los últimos años, intentando encontrar las señales que debí haber visto, las pequeñas pistas que indicaban que todo esto no era más que una mentira, pero que a mí me pasaron desapercibidas. Las veces en las que Henry estaba distraído «pensando en mis cosas» me decía, o las citas a las que llegaba tarde, o las excusas vagas o las

llamadas nocturnas que nunca supe de dónde venían. ¿Por qué no me di cuenta de nada?

—Lara, has sido una ingenua —me digo apretando los dientes con rabia.

¿O acaso fue él quien se encargó de que yo nunca me diera cuenta nada? La duda me asalta y pienso que quizás, desde el principio, lo tenía todo planeado y cada gesto suyo estaba calculado para que yo no sospechara. Aprieto los puños y maldigo. La ira que siento ahora es tan intensa que me cuesta respirar. Me levanto otra vez, tratando de controlar la avalancha de emociones que me arrastra sin compasión.

—No puedo quedarme aquí —me digo de repente, sorprendida por la claridad de mis propios pensamientos.

Este apartamento está lleno de recuerdos de Henry, de las veces que pasamos noches enteras planificando nuestro futuro, de los momentos en los que imaginábamos nuestra vida juntos, los viajes que haríamos, la familia que formaríamos… Todo aquí me recuerda a él y, ahora, cada rincón se convierte en una herida que no deja de sangrar.

—Tengo que salir de aquí —murmuro en voz baja, como si verbalizarlo me diera fuerzas.

Mis pensamientos regresan a mi trabajo, al lugar en el que me sentía valorada y respetada. Pero la imagen de Daniel, mi jefe, se mezcla con la de Henry y siento que allí tampoco puedo encontrar el consuelo que tanto ansío. Hasta ahora, veía a Daniel como un mentor, una figura a la que le debía gran parte de mi carrera. En cambio, ahora me siento profundamente traicionada al darme cuenta de que su amabilidad, sus palabras de aliento y los comentarios cercanos, no eran más que una cortina de humo para mantenerme tranquila mientras él y Henry se divertían a mis espaldas. ¿Qué valor tiene ahora todo lo que creía haber logrado?

—Ni siquiera mi trabajo era real —me digo con una mezcla de incredulidad y tristeza.

Por un momento, pienso en lo fácil que sería llamar a mis amigas, contarles todo y dejar que me consolaran. Pero algo dentro de mí me impide hacerlo. Me siento demasiado humillada para compartir esto con nadie. No quiero ver en sus caras una mezcla de lástima y sorpresa, ni escuchar las palabras de consuelo que sé que intentarían darme. No quiero que traten de entender lo que ni yo misma soy capaz de asimilar.

—No… esto tengo que afrontarlo sola —murmuro, sintiendo una extraña determinación que me obliga a mirar de frente a mi dolor.

Mi mirada se posa en el vestido de novia tirado en el suelo. Tan caro, tan hermoso… y ahora tan inútil. Camino hasta él y lo levanto, dejando que la seda suave resbale entre mis dedos. Lo coloco en el respaldo del sofá, como si estuviera observando los restos de un sueño hecho pedazos. Pienso en todas las ilusiones que puse en este día, en el amor que creía inquebrantable, en los votos que estaba lista para recitar… Y todo se ha convertido en cenizas. Todo se ha ido a la mierda.

Me siento en el suelo y me abrazo las piernas, y el silencio me envuelve de nuevo. Es un silencio frío, lleno de preguntas sin respuesta, de una tristeza profunda que me cala hasta los huesos. No puedo entender como alguien que decía quererme ha sido capaz de destrozar todo lo que habíamos construido y de convertir nuestra relación en una mentira tan profunda. Siento un nudo en la garganta y, sin poder evitarlo, las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. No son lágrimas de tristeza, sino de una mezcla de rabia, frustración y algo parecido al alivio, como si en el fondo supiera que, por muy doloroso que sea, estoy mejor lejos de esa mentira.

—Lara, tienes que recomponerte… no puedes quedarte aquí —me digo en voz baja, mientras las lágrimas escapándose de mis ojos sin que pueda controlarlas.

Respiro hondo, intentando controlar la angustia que me desgarra por dentro y empiezo a

pensar en lo que voy a hacer a partir de mañana. No tengo un plan, no sé adónde iré ni cómo empezar de nuevo, pero tengo claro que aquí, en este apartamento, no puedo quedarme. Necesito alejarme de todo esto, empezar de cero en un lugar donde no existan recuerdos de Henry, ni de la traición que ha destrozado mi vida.

De repente, me invade una especie de energía nueva, una chispa que, aunque pequeña, me da fuerzas. Quizás esta sea mi oportunidad de encontrarme a mí misma, de descubrir quién soy sin Henry y sin un trabajo en el que ahora solo veo que también estaba lleno de mentiras.

Poco a poco, la idea loca de dar un cambio radical, de una vida completamente diferente, me parece extrañamente liberadora. Miro una última vez el vestido y me acerco al espejo del salón. Me observo y me doy cuenta de que, aunque estoy destrozada, hay una chispa en mi mirada, una voluntad de seguir adelante que nunca había sentido con tanta fuerza. Quizás todo esto es una señal, una especie de empujón para que finalmente me atreva a vivir por mí misma, sin depender de nadie. El dolor que siento es tan profundo que ha cavado un vacío en mi interior. Pero en ese vacío también veo una oportunidad, una página en blanco que me da vértigo, pero, al mismo tiempo, me atrae.

—Vas a salir de esta, Lara —me digo a mí misma con un tono que intenta sonar firme, aunque sé que todavía me queda mucho por recorrer.

Empiezo a recoger mis cosas del apartamento y meto lo esencial en una maleta. Mientras lo hago, pienso en lo que quiero dejar atrás, en las cosas que ya no tienen sentido en esta vida que creía mía pero que, en realidad, nunca lo ha sido. Cierro la maleta y me siento en el sofá, observando a mi alrededor por última vez.

Antes de salir, vuelvo a mirar el vestido. Me acerco y lo doblo con cuidado, como si fuera un símbolo de todo lo que dejo atrás. Lo coloco sobre una silla y, finalmente, me dirijo a la puerta. Con un último suspiro, salgo de ese apartamento que hasta hoy ha sido mi hogar y cierro la puerta al salir, sabiendo que no hay vuelta a atrás.

Las calles de Nueva York están tranquilas a estas horas. Me pierdo en el sonido de mis propios pasos, en el eco que parece susurrarme que esto es solo el comienzo. No sé a dónde iré ni qué haré, pero estoy dispuesta a averiguarlo. Por primera vez, siento que el futuro es mío, que cada decisión será solo mía y, sobretodo, sin mentiras ni engaños.

Camino, dejando atrás los recuerdos, las promesas rotas y las heridas abiertas, y me dirijo hacia una nueva vida, en la que seré dueña de mis propias decisiones.

Capítulo 2

Matt

La sala está sumida en la penumbra, apenas iluminada por suaves destellos de luces que realzan el contorno de los cuerpos en movimiento, con leves reflejos que parecen acariciar cada curva y cada músculo. Este es un lugar donde el tiempo no existe, donde todo se reduce a sensaciones y tacto, al roce de la piel y a la respiración entrecortada. Aquí no existen nombres ni preguntas. Este lugar es un santuario de deseos en el que todos buscan perderse en otro y dejar fuera los problemas, las cargas y el pasado.

De pie en el centro de la sala, noto cómo las miradas se posan sobre mí. Algunas son fugaces, de curiosidad, mientras que otras llevan la expectativa de quien sabe a lo que viene y está ansiosa por empezar. Tres mujeres se acercan a mí lentamente, conscientes de que toda la sala las contempla, sin pudor ni recelo, pero con esa atención atenta que convierte cada uno de sus movimientos en un espectáculo privado. Siento el roce de una mano en mi pecho desnudo, firme y segura, como si conociera cada rincón de mi cuerpo. Su tacto es experto, de quien entiende que cada una de sus caricias tiene un propósito. Me mira a los ojos, buscando algo, quizás un indicio de hasta dónde puede llegar o si encontrará algún atisbo de emoción más allá del deseo físico. Le devuelvo la mirada, directa y sin ambigüedades, mientras esbozo una leve sonrisa que le da permiso para continuar. No hay palabras, no hacen falta; el lenguaje en esta sala es el de los cuerpos, uno en el que me he vuelto experto a lo largo de los años.

La otra mujer se acerca y sus labios rozan mi cuello, su aliento cálido provoca una reacción inmediata en mí. Susurra algo, palabras entrecortadas y cargadas de deseo, que no alcanzo a escuchar del todo, pero que hacen eco en mi mente como un susurro lejano. Mis manos la rodean con la fuerza justa, manteniendo el control que sé que buscan en mí y que en algún momento parece diluirse en un ambiente cargado de libertades efímeras.

La tercera se aproxima con una seguridad que casi me arranca una sonrisa. Es esa clase de seguridad que nace de la experiencia y la confianza en lo que ofrece. Su piel roza la mía, y noto cómo sus dedos recorren mi espalda, subiendo lentamente, con una cadencia estudiada, como si cada movimiento fuera una promesa de placer. Cierro los ojos por un segundo, dejándome llevar por el contacto, concentrado en el placer físico, en ese instante en el que el mundo parece reducirse a sensaciones y estímulos.

A mi alrededor, los murmullos se mezclan con la música baja y constante que llena el ambiente y nos envuelve a todos en un trance compartido. El ritmo es suave, deliberado, como si invitara a dejarse llevar por las notas, los cuerpos y el ambiente cargado que flota en el aire. El sonido de risas y jadeos se entrelaza en la penumbra, formando una melodía de fondo que intensifica cada uno de nuestros movimientos, gestos y susurros.

Una de las tres mujeres que me rodean, la que parece más atrevida, se mueve hasta quedar frente a mí, sus labios están a apenas un suspiro de distancia. Sus ojos, oscuros y profundos, me miran con una mezcla de desafío y anhelo, como si esperara de mí algo más que

simple deseo. Mis manos encuentran su cintura y noto la tensión en su cuerpo, que solo se libera al contacto de mis dedos. Con un movimiento se acerca y nuestros cuerpos se encuentran en una sincronía perfecta, una coreografía silenciosa que ambos conocemos demasiado bien.

—¿Qué buscas aquí? —murmura con voz queda, apenas audible.

No respondo. Ella sabe que mi respuesta es irrelevante en este momento. Este lugar no es para palabras ni confesiones, solo es para sumergirse en algo más allá de cualquier explicación. Mis manos exploran su piel, su cuello y su espalda con la precisión de alguien que sabe exactamente cómo despertar cada rincón de su cuerpo. Cierra los ojos y se entrega al placer, dejándose guiar y permitiendo que mis manos marquen el ritmo.

A nuestro alrededor, otros cuerpos se mueven, inmersos en sus propias danzas y en sus propias historias. Sin embargo, siento que todos estamos conectados, que cada roce y susurro, forma parte de un mismo latido compartido que resuena en la sala. Este lugar tiene una energía peculiar, una especie de fuerza magnética que me atrae una y otra vez, aunque sepa que cada experiencia aquí es solo un alivio sexual momentáneo, una pausa en la que puedo dejar de lado la carga que llevo fuera de estas paredes.

Otra de las mujeres se acerca y sus manos encuentran mi pecho, recorriéndolo con la suavidad de quien entiende el lenguaje del tacto. Sus labios buscan los míos y, al instante, nos sumimos en un beso profundo, lleno de deseo, aunque vacío de significado. Es solo un acto físico, una liberación que ambos necesitamos, sin pretensiones ni promesas, justo lo que necesito, no quiero nada más. Mi mente queda suspendida en un estado de desconexión total que busco cuando entro en este lugar, cada vez que decido que es aquí donde puedo soltarme y puedo permitirme ser solo cuerpo y piel y olvidarme del corazón.

El tiempo en este lugar parece no tener importancia. Podrían pasar minutos u horas, y todo se fundiría en la misma sensación de placer y desconexión. El espacio se llena de suspiros, risas apagadas, jadeos y gritos de liberación y de cuerpos que buscan olvidarse de sí mismos en la entrega al otro. Mis pensamientos se desvanecen en la oscuridad y solo queda el instante presente, el momento en el que todo parece reducirse al contacto de una piel contra otra, a los latidos acelerados, a la respiración entrecortada y a la explosión de placer.

La tercera mujer me mira desde un rincón, como si analizara cada uno de mis movimientos y reacciones. Sus ojos tienen una intensidad que me resulta familiar, una mezcla de deseo y curiosidad que, en otro momento, quizás podría haberme desconcertado. Pero aquí, en este lugar, no hay espacio para el desconcierto ni para la reflexión. Su mirada me invita, me provoca y mis pies responden, acortando la distancia entre nosotros. Ella sonríe y se inclina hacia mí, sus labios rozan mi cuello mientras sus manos exploran cada centímetro de mi piel, como si intentara grabarlo en su mente. Mis manos recorren su espalda, su cintura y sus caderas, en una caricia lenta y deliberada, que provoca un suspiro en sus labios. Mi mano sigue descendiendo hasta alcanzar su sexo húmedo y anhelante de atención. Introduzco dos dedos dentro de ella, que me recibe generosa. Clava su mirada en la mía y entreabre los labios, cubiertos de carmín rojo, y me deja entrever su nívea dentadura. Jadea con el movimiento de mis dedos, que entran y salen de ella sin tregua. En este instante, ambos somos solo cuerpos y una necesidad que busca saciarse, un impulso que no requiere explicación.

La música cambia de ritmo y en la sala parece percibirse un cambio, una especie de energía renovada que envuelve a todos. Las luces se atenúan aún más, lo que vuelve el ambiente más íntimo y cargado de una tensión que se palpa en el aire. Los murmullos se transforman en jadeos y suspiros que llenan el espacio, creando una atmósfera densa y envolvente.

Mientras mis dedos continúan moviéndose dentro de una de mis compañeras, siento la

piel de otra de ellas contra la mía, sus manos se aferran a mis hombros mientras me mira con los ojos entrecerrados, dejando ver en su rostro una expresión de satisfacción que se mezcla con el deseo. El mundo exterior ha dejado de existir; en este momento, no soy más que un hombre, un cuerpo que busca una liberación que, en el fondo, sé que es efímera. Pero en este lugar, eso no importa. No busco permanencia ni significados profundos. Solo el placer de lo inmediato y de la desconexión absoluta que se respira en cada rincón de esta sala.

Cuando la noche avanza, las risas se apagan y los cuerpos comienzan a separarse. Noto el cansancio en mis músculos, una especie de agotamiento que, sin embargo, no trae consigo la paz que busco y que tanto ansío. Me visto en silencio, mientras las mujeres que han compartido esta experiencia conmigo se despiden de mí con una sonrisa vaga, una promesa muda de que quizás nos encontremos de nuevo en otra noche como esta.

Capítulo 3

Lara

Las semanas han pasado y yo sigo aquí, perdida, sin rumbo. Nueva York, que antes me daba energía y esperanza, ahora me parece un lugar extraño, vacío, como si una neblina invisible me aislara del mundo. Estoy en un apartamento diminuto de paredes finas y una ventana que apenas deja pasar la luz. Lo pago con lo poco que queda de mis ahorros. Cada día que paso aquí me siento más atrapada, como si el espacio se volviera cada vez más pequeño y el eco de mi soledad resonara en cada rincón.

Desde que descubrí la traición de Henry, he intentado llenar el vacío que me dejó de cualquier manera. Me descargué una aplicación de citas, algo que jamás había pensado hacer, y me lancé a conocer a otros hombres. En este momento de mi vida, no busco una relación, ni siquiera una conexión verdadera, solo algo que me haga olvidar, aunque sea por unas horas, el dolor y la humillación que siento desde aquel día. Me arreglo, me maquillo y me presento en bares oscuros y ruidosos, donde las conversaciones se pierden entre el sonido de las copas y la música. Sonrío, asiento, finjo que les escucho, pero, en el fondo, sé que cada palabra que sale de sus labios, cae en el mayor de los vacíos.

Es una especie de ritual que he creado para mantener la cabeza ocupada. A veces me pregunto si realmente quiero estar allí, si quiero seguir conociendo a hombres con los que apenas intercambio palabras antes de acabar en sus camas. Pero, al mismo tiempo, sé que no quiero estar sola. La soledad se me clava en el pecho como una espina, y prefiero engañarme, aunque sea un rato, pensando que la estoy esquivando.

Esta mañana, al despertarme, veo a mi lado al hombre con el que compartí la noche. No sé su nombre o quizás lo olvidé en cuanto lo escuché. Ni siquiera recuerdo en qué momento exacto decidí que él sería la compañía de esta noche, solo sé que, al igual que los otros, él tampoco ha sido capaz de llenar el vacío que noto en medio del pecho.

Me siento en el borde de la cama y me abrazo las rodillas tratando de entender en qué momento mi vida se ha convertido en esto. Observo al hombre dormido a mi lado y siento un impulso inexplicable de huir antes de que se despierte. Me levanto, busco mi ropa esparcida por el suelo, y me visto en silencio, intentando no hacer ruido. Agradezco que siga dormido. Evito mirarle mientras me pongo los zapatos y abro la puerta del apartamento y la cierro con cuidado tratando de no hacer ruido para no despertarle. Siento un alivio extraño al estar fuera, como si hubiera escapado de algo, aunque sé que soy yo misma quien está atrapada y que solo trato de escapar de mí.

Camino por las calles de Nueva York con la cabeza baja, inmersa en mis pensamientos. La ciudad despierta poco a poco a mi alrededor, indiferente al desorden que me invade por

completo, y yo me siento como un fantasma que deambula sin rumbo, sin saber realmente adónde va. Mis pies me llevan a un pequeño café en la esquina de una calle, un lugar al que solía venir con Henry. Me siento junto a la ventana y observo a la gente que pasa, intentando desconectar de mis propios pensamientos, aunque sea por un rato, pero me quedo lejos de conseguirlo. El camarero me pregunta qué quiero y apenas levanto la vista para pedir un café solo. Mi bebida llega poco después y lo tomo en silencio, mirando el líquido oscuro como si pudiera encontrar en él alguna de las respuestas que tanto necesito. Pienso en Henry, en sus palabras, en nuestras promesas y en la vida que habíamos planeado juntos y que ahora me parece como un sueño lejano, casi irreal. Me pregunto si en algún momento me amó de verdad, o si siempre fui solo una pieza indispensable en su puzle para ocultar su verdadera vida. Ese pensamiento se clava en mí como una espina. ¿Cómo fui tan ingenua? ¿Cómo estuve tan ciega como para no ver lo que sucedía delante de mis propios ojos?

Cada recuerdo me hace sentir más sola y perdida. Los encuentros con desconocidos, el sexo sin compromiso, las noches de alcohol y de risas forzadas… todo eso me deja aún más vacía, como si cada experiencia me recordara lo lejos que estoy de encontrar algo que sea real, algo que me haga sentir que estoy viva de verdad. Y, sin embargo, sigo buscándolo, continúo entrando en bares y aceptando citas impulsivas que, en el fondo, sé que no me llenarán. A veces me odio por ello, por esta necesidad de llenar el vacío con cuerpos y palabras que no significan nada, pero no sé cómo parar. No sé cómo enfrentarme a la soledad sin sentir que me ahoga.

Termino mi café y dejo unas monedas sobre la mesa. Me levanto y salgo a la calle, sintiendo que el frío de la mañana me golpea la cara para recordarme que estoy viva. Camino de regreso a mi apartamento, sin rumbo fijo, sin saber realmente adónde ir. No quiero regresar a ese espacio diminuto, pero tampoco tengo otro lugar donde pueda sentirme en paz. Nueva York es una ciudad enorme, llena de vida y de posibilidades, pero yo me siento como una extraña en mi propia ciudad, como si ya no perteneciera a este lugar ni tampoco a ningún otro.

Al llegar a mi apartamento, me quito los zapatos y me tumbo en la cama, mirando al techo. Los recuerdos me invaden y mi mente vuela de nuevo hasta cada promesa que Henry me hizo y a cada una de sus palabras de amor, que ahora me parece tan falsas. Me pregunto si en algún momento fui suficiente para él, si alguna vez me quiso de verdad. Cierro los ojos y dejo que el silencio me envuelva. A veces me parece escuchar el eco de sus palabras en mi cabeza, como una burla cruel que me recuerda lo ingenua que fui. Me duele pensar en todo el tiempo que pasé a su lado, construyendo una relación que, ahora me doy cuenta, no era real. Cada vez que cierro los ojos veo su cara y esa imagen me llena de rabia y tristeza.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche y me saca de mis pensamientos. Lo tomo con desgana con una de mis manos y veo una notificación de la aplicación de citas. Un mensaje de un desconocido que, probablemente, busca lo mismo que todos los demás. Suspiro y dejo el móvil a un lado, sin saber si quiero responder o si prefiero quedarme en silencio, en mi soledad. Me siento atrapada en algo que no puedo romper, un ciclo de encuentros vacíos y de noches sin sentido que solo me recuerdan lo sola que estoy en realidad. Pero, al mismo tiempo, no sé cómo escapar de esta espiral. Me siento atrapada en mi propia tristeza, como si el dolor de la traición fuera una herida que no deja de sangrar y que, aunque intento cubrir con parches, no sirve de nada. Quiero escapar y dejar atrás este dolor, pero no sé cómo. No sé cómo enfrentarme a la realidad sin sentir que me ahogo.

Me levanto y me acerco hasta la ventana. Miro las luces de la ciudad y siento una especie de melancolía, una tristeza que me llena el pecho y que no puedo explicar. Nueva York sigue su curso, ajena a mi dolor.

Las horas pasan sin darme apenas cuenta. paso el día en pijama y sobreviviendo a base de café, lo único que logra calentarme unos breves instantes por dentro. La noche cae de nuevo y yo sigo encerrada entre estas cuatro paredes con la única compañía de mis pensamientos. Aburrida abro la aplicación de citas y miro los perfiles de los hombres que me han escrito. Son rostros desconocidos, hombres que, al igual que yo, buscan algo que no pueden encontrar. Paso el dedo por la pantalla, buscando el próximo encuentro, el próximo intento desesperado de sentir algo que me haga olvidar, aunque sea por unas horas, el vacío que llevo dentro.

Quizá, pienso, debería dejar de buscar fuera lo que no puedo encontrar en mí misma. Pero el miedo a la soledad es demasiado fuerte y, al final, acabo aceptando otra cita. Me visto, me maquillo y salgo de mi apartamento, dirigiéndome a un bar donde sé que él estará esperando. Camino con el corazón en un puño, sabiendo que este encuentro, como todos los anteriores, no me dará lo que busco.

Capítulo 4

Matt

Me despido con un gesto de las mujeres que han compartido la noche conmigo. No les debo nada, ni ellas a mí. Nos une el mismo vacío, la misma necesidad de apagarlo, aunque sea solo por unas horas. Les sonrío por cortesía, pero mis labios apenas se curvan y me pregunto si ellas, como yo, también sienten que esto no les basta.

—¿Ya te vas? —murmura un hombre a quien conozco de vista. Asiento, sin intención de prolongar la conversación.

—Es tarde —le respondo con una mueca que pretende ser una sonrisa—. Nos vemos.

Camino hacia la salida y siento el peso de sus miradas, curiosas y despreocupadas, mientras mis pasos se pierden en el eco del pasillo. Nada de lo que sucede en este lugar deja huella; es una especie de territorio neutral, donde todo se olvida al amanecer. En ese anonimato, he encontrado consuelo durante años, o eso me he obligado a creer durante todo este tiempo. Pero esta noche ha sido distinta. Esta noche el deseo no ha sido suficiente y al final solo me ha quedado este gran vacío en medio del pecho.

El aire frío de Edimburgo me golpea en la cara cuando salgo del club. Cierro los ojos por un segundo, sintiendo cómo el viento helado despierta mis sentidos y ahoga el recuerdo de los jadeos y las risas entrecortadas que acabo de dejar atrás.

Las calles de Edimburgo están desiertas a estas horas. Solo quedan las luces lejanas, que se reflejan en los adoquines mojados y el susurro del viento frío, que arrastra recuerdos que intento esquivar. Me tomo un segundo para detenerme y mirar a mi alrededor. Me doy cuenta de que, pese a ser mi ciudad, en este momento me parece extraña, como si la viera por primera vez. Y, de alguna forma, esta frialdad y lejanía me calman. Respiro hondo, dejando que el aire me devuelva la lucidez, y avanzo sin prisa, como si cada paso fuera una manera de evitar regresar a la mansión. Mi cabeza vuela hasta Emily y su sonrisa llena de vida, y en lo que significa para mí. Ella es lo único que realmente me importa, lo único que me hace sentir que este vacío no es total, que aún me queda algo por lo que merece la pena levantarse cada mañana. Sin embargo, cuando pienso en la casa, en esas paredes que durante años han sido solo un refugio donde esconderme, siento que falta algo. No sé si es la idea de hogar o una sensación de pertenencia que nunca he sentido completa desde que ella murió.

Las luces de la ciudad parpadean a lo lejos y me distraigo observando su brillo, tan frío y lejano como esta sensación que me invade. ¿Cuánto tiempo más podré continuar así? Esta noche, en medio de esos cuerpos, he sentido una desconexión que nunca había experimentado con tanta claridad. Antes, cada encuentro era una especie de anestesia; ahora, en cambio, no es más que un recordatorio de lo que me falta. Me pregunto si esto es lo que me espera para siempre, una serie de noches vacías que intentan llenar un vacío que parece agrandarse con cada día que pasa.

Camino sin rumbo y, casi sin darme cuenta, mis pies me llevan hasta un parque cercano. Me siento en un banco, observando cómo la ciudad sigue su curso, ajena a todo lo que ocurre en

mi vida. A mi alrededor, solo el susurro del viento y el movimiento de las ramas de los árboles se mezclan con mis pensamientos. Aquí, en esta penumbra, me siento extrañamente tranquilo, como si la oscuridad fuera el único lugar donde puedo ser yo mismo sin temor al juicio. Cierro los ojos y dejo que la calma me envuelva, pero la imagen de Emily vuelve a aparecer en mi mente, y con ella, la idea de lo que significa ser padre. Nunca quise que creciera rodeada de la tristeza que flota en la mansión y de los recuerdos de una madre a la que nunca llegó a conocer. Sé que necesita más de lo que puedo darle, pero cada vez que intento acercarme, algo me detiene. Quizás porque temo que, al final, no sea suficiente para ella. Niego con la cabeza y abro los ojos mirando la nada y el eco de mis pensamientos retumba en mi mente.

¿De qué huyo cada vez que me sumerjo en estas noches de sexo sin compromiso? Antes, tenía respuestas; ahora, solo tengo dudas. Hace unos años, podría haber dicho que estaba escapando del dolor, de la culpa y de la responsabilidad de seguir adelante sin Bonnie, mi mujer. Pero hoy, aquí sentado, sé que ni siquiera eso me llena ya.

El frío se cuela bajo mi abrigo, pero no me muevo. Hay algo en esta soledad y en este silencio nocturno, que me permite enfrentarme a mis pensamientos sin distracciones. Me doy cuenta de que he estado viviendo en un limbo, en una especie de estado suspendido donde nada es definitivo. Cada noche que paso en el club es una manera de prolongar ese estado y de evitar tomar decisiones a las que, tarde o temprano, deberé enfrentarme. Supongo que por eso se ha convertido en una especie de droga de la que no me resulta fácil desengancharme.

La noche avanza y mis pensamientos vuelven a la mansión, a esa ala oeste que, desde que murió Bonnie, permanece cerrada. Es irónico. Durante años, he guardado cada rincón de esa habitación, sus objetos, sus recuerdos, como si al hacerlo pudiera retener una parte de ella. Pero, en el fondo, sé que mantener esos recuerdos no lograran acercarme a ella, solo me mantienen anclado a un pasado que, por más que lo intente, no puedo revivir. Aprieto los puños y de repente, siento una extraña urgencia, una necesidad de hacer algo que me permita dejar atrás este ciclo interminable. Quizás sea el frío de la noche o la soledad que me rodea, pero por primera vez en mucho tiempo engo el impulso de cerrar esa etapa. No sé si estoy listo para decirle adiós, pero siento que, si no lo hago ahora, nunca seré capaz de lograrlo.

Mis pensamientos se desvanecen en la oscuridad y, sin darme cuenta, me encuentro caminando de regreso a mi coche para regresar a casa. Cada paso que doy sobre los adoquines del centro de Edimburgo es como una especie de redención, una manera de enfrentarme a mis propios fantasmas, aunque no sepa realmente cómo conseguirlo.

Al llegar a la mansión, la quietud de la casa me envuelve. Todo está en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido en mi ausencia. Subo las escaleras y escucho cómo mis pasos resuenan en el pasillo vacío, y me detengo frente a la puerta del ala oeste. Durante años, he evitado entrar en esa zona de la casa, he ignorado su presencia, convencido de que, al hacerlo, me estaba protegiendo algo. Pero hoy, frente a esta puerta cerrada, siento que, tal vez, de lo que me estoy protegiendo es mi propio miedo a seguir adelante dejando atrás ese pasado que tanto me duele.

Abro la puerta y la oscuridad me envuelve. Al encender la luz, los recuerdos me golpean con una fuerza inesperada. Las fotografías de Bonnie, sus objetos personales, todo está tal y como lo dejó. Me acerco a una mesa y acaricio el borde, como si al hacerlo pudiera sentirla de nuevo. Pero el vacío es el mismo y el dolor, aunque más suave, sigue latente, como una herida que nunca termina de sanar.

—Lo siento —murmuro al aire, sin saber muy bien a quién le hablo, si a ella, a mí o a la vida misma.

Dejo que el silencio me responda, sintiendo cómo cada rincón de esta habitación me devuelve una imagen de lo que una vez fue mi vida. Pero ya no quiero seguir anclado a este pasado, mi hija merece algo más y yo también. Cierro los ojos y me permito llorar. Las lágrimas corren por mi cara sin prisa, sin resistencia, y cada una de ellas parece liberar una parte de mí que llevaba demasiado tiempo guardada.

Cuando mi llanto cesa, me siento extrañamente ligero, como si hubiera dejado atrás una carga que no sabía que llevaba. Miro a mi alrededor y sé que, aunque este dolor no desaparecerá, al menos estoy un paso más cerca de lograr la paz que tanto anhelo.

Salgo de la estancia y cierro la puerta tras de mí con la promesa de, que, algún día, este espacio dejará de ser un santuario de recuerdos de Bonnie y de su carrera como corredora de motos profesional y se convertirá en un lugar lleno de vida para Emily, donde pueda estar sin el peso de un pasado que no le pertenece.

Voy hacia a mi dormitorio. Al mirarme en el espejo, veo algo distinto en mi reflejo, una chispa que creía perdida. Quizás aún me queda algo de esperanza, quizás aún puedo construir algo para mi hija y para mí que esté vacío de dolor y de recuerdos tristes.

Capítulo 5

Lara

Sentada frente a mi amiga Jasmine en nuestra cafetería de siempre, me siento vulnerable, como si estuviera exponiendo una herida que ni siquiera ha empezado a cicatrizar. Ella me mira con sus ojos grandes y oscuros, llenos de comprensión y de una mezcla de preocupación y decepción que nunca había visto en su gesto. Se toma el tiempo de escucharme, de dejarme hablar sin interrumpir, mientras le confieso lo que hasta ahora no le he contado a nadie: cómo las noches en los bares, las citas fugaces y el sexo sin compromiso me han dejado vacía.

—No sé qué estoy haciendo, tía. —Mi voz sale en un susurro, apenas audible por encima del murmullo del lugar—. Lo intento todo para no pensar en Henry, ni en lo que me hizo. Pero cuanto más trato de llenar este vacío, más profundo se vuelve.

Jasmine apoya su mano sobre la mía y me da un apretón cálido que intenta consolarme. Ella siempre ha sido mi refugio, pero esta vez es distinto. La intensidad en su mirada me hace sentir que está a punto de decir algo que va a cambiar las reglas de mi juego.

—No puedes seguir así. —Su tono es firme, como si hablara con una niña que necesita entender una verdad incómoda en lugar de conmigo—. No puedes seguir buscando alivio en algo que solo te hace más daño. —Hace una pausa para elegir bien sus palabras—. Te estás castigando y, lo peor de todo, es que ni siquiera te das cuenta.

Sus palabras me golpean como una bofetada, que despierta algo en mi interior. Nunca lo había visto de esa forma. Me he convencido de que lo que estoy viviendo es solo una fase en la que tenía que perderme para encontrarme, pero… ¿Y si tiene razón? ¿Y si todo esto es solo una forma de hacerme daño y de hacerme pagar por no haberme dado cuenta de las mentiras de Henry?

—¿Y qué quieres que haga? —respondo, con una mezcla de frustración y resignación—. No puedo fingir que no me duele. Nueva York es enorme, pero cada rincón me recuerda a él y a todo lo que he perdido.

Jasmine me observa en silencio unos segundos, hasta que finalmente, suelta un suspiro y habla.

—Tía, siempre he pensado que eres mucho más fuerte de lo que crees. Pero hasta la persona más fuerte necesita un descanso. ¿Por qué no te das una oportunidad? Cambia de aires, de vida, de todo. Vete de Nueva York y empieza de nuevo. Este lugar te está consumiendo y si te quedas, solo vas a continuar girando dentro de la rueda de hámster en la que estás metida y que no te lleva a ningún sitio.

Sus palabras me impactan en medio del pecho. La idea de dejar Nueva York e irme lejos, nunca me la había planteado como una posibilidad real. Y, sin embargo, tras escuchar lo que acaba de decirme Jasmine, aquí estoy, contemplándola como si fuera la única salida que tengo

—¿Irme de Nueva York? —repito, casi como si estuviera probando cómo suena en mis

labios—. No sé… Aquí tengo todo lo que conozco, mi carrera, mi casa, mi familia… y también te tengo a ti —le digo con una sonrisa triste.

Al escucharme, sonríe con tristeza y me acaricia la mano.

—Siempre tendrás un hogar aquí y siempre me tendrás a mí. Pero ahora mismo, lo que necesitas es alejarte de todo esto. Dicen que a veces, para encontrarnos, debemos perdernos en un lugar nuevo. —Sus ojos brillan con una mezcla de esperanza y preocupación mientras me habla—. Piensa en ello como una oportunidad. Podrías buscar trabajo como decoradora en otro país, darle un nuevo impulso a tu carrera y, quién sabe, tal vez descubrir algo que aquí jamás podrías encontrar.

Me quedo callada, procesando lo que acaba de decirme. La idea de irme me asusta, pero al mismo tiempo, siento una chispa de emoción que me resulta nueva. ¿Cuándo fue la última vez que sentí algo así? Hace tanto que la rutina y la tristeza han moldeado mis días, que he olvidado lo que se siente soñar con algo nuevo.

—¿Crees que podría encontrar algo? —pregunto, un poco insegura.

Jasmine asiente, sin dudarlo ni un segundo.

—Eres buenísima en lo que haces. No sé cómo no lo ves, pero yo siempre he sabido que llegarías lejos. Además, piensa en lo bien que te sentaría empezar de cero. Nueva York ya no es tu sitio, tía. Aquí estás atrapada en recuerdos demasiado dolorosos que no te permiten seguir adelante.

Siento un nudo en la garganta mientras escucho sus palabras. Nunca me había planteado la posibilidad de irme, ni de dejar atrás la ciudad que ha sido mi hogar durante toda mi vida. Pero ahora, al escuchar a mi amiga, esa idea se convierte en una posibilidad real y también seductora para mí. Quizás tiene razón. Quizás un cambio de aires sea justo lo que necesito para encontrar la paz que tanto deseo.

—¿Dónde podría buscar trabajo? —le pregunto intentando disimular el temblor en mi voz.

Jasmine se queda pensativa un instante y luego sonríe con esa chispa de entusiasmo que tanto admiro en ella.

—Europa. —Su respuesta es clara y contundente—. En especial, Inglaterra, Francia… o, mejor aún, Escocia. ¡Oh, sí, Escocia! —Me mira con una expresión traviesa—. Ya me imagino: un castillo antiguo, una mansión para redecorar… Sería como un sueño hecho realidad, ¿no?

Su entusiasmo me hace sonreír, y siento cómo esa chispa empieza a crecer dentro de mí y a transformarse en algo parecido a la esperanza. La idea de trabajar en un castillo, explorar un país nuevo y empaparme de su cultura, me llena de una emoción que creía haber perdido.

—Tienes razón —murmuro, casi como si estuviera hablando conmigo misma—. Quizás eso es lo que necesito, un cambio drástico. Un lugar donde pueda empezar de cero sin las sombras de Henry persiguiéndome.

Jasmine aprieta mi mano y sonríe, esta vez con una mirada de triunfo.

—Eso es, tía. Empieza a buscar oportunidades. No te pongas límites; ya has estado demasiado tiempo atrapada en ellos. Este es tu momento y yo estoy aquí para apoyarte en lo que sea.

Su apoyo me llena de confianza en mí misma. No sé qué haría sin Jasmine. Ella ha sido la única persona que ha creído en mí incluso cuando yo misma no lo he hecho. Y ahora, gracias a ella, empiezo a ver una salida, una luz en medio de esta oscuridad que me ha envuelto durante todo este tiempo.

Cuando por la noche regreso a mi apartamento, me siento frente al ordenador y empiezo

a buscar. Introduzco «trabajo de decoradora en Europa en el buscador y dejo que las ofertas aparezcan en la pantalla. Mi corazón late rápido, como si de repente hubiera encontrado una razón para seguir adelante. Recorro las páginas, leo descripciones de trabajos en ciudades europeas que me parecen sacadas de un sueño, y siento que cada clic de mi ratón es un paso más hacia la libertad que tanto anhelo.

Finalmente, encuentro una oferta que me llama la atención en Escocia y una sonrisa se dibuja en mis labios al recordar la emoción de hoy de Jasmine al hablarme de ese país. La oferta habla de una mansión antigua que busca a alguien para redecorar una de sus alas. Leo la descripción con detenimiento, intentando imaginarme allí, rodeada de la tranquilidad de las Highlands, lejos del bullicio de Nueva York y de los recuerdos de Henry. Sin pensarlo dos veces, preparo mi currículum y envío mi currículum. No obstante, sigo buscando y encuentro tres ofertas más en otros países europeos que cuadran con mi perfil, aunque ninguna de ellas me gusta tanto como la de Escocia, aunque igualmente presento la solicitud y envío mi currículum.

Cuando termino, me siento en silencio y me atrevo a imaginar un futuro diferente y lejos de esta ciudad, un lugar al otro lado del Atlántico, donde los recuerdos no me persigan y donde pueda reencontrarme con la persona que era antes de todo esto.

Capítulo 6

Matt

Me encuentro en el pasillo frente al ala oeste de la mansión, en silencio, sumido en pensamientos que he evitado durante demasiado tiempo. La puerta cerrada me observa, fría e inmutable, como si retara a mis dudas. Desde que mi esposa murió, esta parte de la casa ha sido un santuario para los recuerdos de Bonnie, una especie de tributo que levanté con la intención de honrar su vida y sus méritos deportivos. Pero en lugar de tener un lugar para darme el consuelo que tanto he necesitado durante estos años, he acabado creando una prisión de memorias congeladas, un lugar donde el pasado se mantiene intacto y donde el futuro no tiene cabida.

Pienso en Emily, en el hogar que quiero para ella y en lo que este lugar significa y tengo la certeza de que no puedo seguir manteniéndolo así, como un espacio muerto. Bonnie ya no está y aunque su memoria permanecerá siempre en esta casa y en nosotros, mi hija necesita algo distinto. Emily merece un hogar lleno de vida, no una mansión que respire la nostalgia de tiempos que nunca conoció.

Cierro los ojos un momento, respiro hondo y empujo la puerta. La madera cede con un leve crujido, como si despertara de un sueño profundo. La penumbra envuelve cada rincón, las cortinas cerradas sumergen la estancia en una oscuridad que parece haberse adherido a los muebles, a las paredes y al suelo. Me quedo quieto, dejando que mis ojos se adapten a la poca luz y al ambiente cargado de polvo. Todos los muebles y objetos están cubiertos con sábanas. Las huellas de Bonnie aún están en cada rincón, como si este lugar hubiera estado congelado durante todo este tiempo.

Sin lugar a duda, esta ala necesita un cambio radical. No quiero olvidar a Bonnie, ni tampoco borrar lo que ella representó. Pero el tiempo de venerar recuerdos ha terminado. Este lugar debe volver a formar parte de nuestra vida diaria. Mi hija necesita un entorno donde reír, donde pueda correr y explorar sin sentir que atraviesa un lugar sagrado. Necesita vivir en una casa que la acoja en cada rincón, no que la intimide.

Me marcho del ala oeste y regreso a mi despacho. Me siento en el escritorio, abrumado por la magnitud de lo que estoy a punto de hacer, y comienzo a planear la transformación. No será fácil; me doy cuenta de que abrir el ala oeste es mucho más que una simple remodelación. Significa aceptar que Bonnie ya no está y que el pasado debe ocupar su lugar sin interferir en el futuro que quiero para nuestra hija y para mí.

Hasta ahora no se me había pasado por la cabeza, pero ahora es una necesidad. Además, este cambio lo debe hacer alguien que entienda que la historia de un hogar no es solo su arquitectura, sino también las emociones que lo habitan. La persona que se encargue de este proyecto debe captar la esencia de la mansión, respetarla, pero también darle una nueva vida.

Con eso en mente, comienzo a buscar en internet. No me sirve cualquier decorador o arquitecto; busco a alguien que entienda la profundidad emocional de este trabajo, alguien que respete la historia que hay detrás y que, al mismo tiempo, tenga el talento y la sensibilidad para

dotar al espacio de una nueva personalidad. Necesito que quien tome las riendas de esta remodelación no solo vea el ala oeste como un espacio físico, sino como un lugar cargado de recuerdos y emociones que deben ser tratados con cuidado. Es un desafío que requiere sensibilidad y respeto, alguien que sepa transformar sin arrasar, que sepa conservar sin estancar. Me levanto y camino hacia el ventanal de mi despacho. Desde aquí puedo ver los jardines de la mansión, el horizonte de las tierras que la rodean, el cielo nublado que da a Escocia su belleza melancólica. Todo aquí ha sido el escenario de nuestra vida, de los momentos felices y de las ausencias. Pero el tiempo de mantener las cosas intactas ha terminado. Mi hija necesita un entorno que le permita desarrollarse y que la envuelva con la calidez de un verdadero hogar.

Regreso a mi ordenador y exploro nombres, reviso porfolios y leo recomendaciones. Pero ninguno me transmite la confianza que necesito. Pasan los minutos, y siento cómo la impaciencia se acumula dentro de mí. El proyecto es delicado y personal. No puedo confiar en cualquiera y empiezo a desesperarme así que cierro mi portátil, frustrado.

La imagen de Emily corriendo por un ala oeste renovada, iluminada y llena de vida, me provoca una extraña mezcla de alivio y nostalgia. Me doy cuenta de que he estado evitando este momento, atrapado entre el pasado y el miedo a lo desconocido. Pero, al fin y al cabo, no puedo seguir posponiendo lo inevitable. Este cambio no es solo para ella; es para ambos. Necesito que esta mansión deje de ser una prisión de memorias y se convierta en un lugar donde ambos podamos ser libres de crear nuevos recuerdos.

Tomo el teléfono y decido hacer una llamada. Marco el número de una agencia de recursos humanos, que me recomendaron hace algún tiempo para otro asunto. Espero hasta que finalmente, escucho la voz al otro lado.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

Me aclaro la garganta y hablo con voz firme, sin titubear.

—Soy Matt Campbell y necesito un decorador especializado en proyectos de renovación. Pero no se trata de un trabajo cualquiera. Es un ala de mi mansión, un lugar lleno de historia. Busco a alguien que entienda el valor sentimental del espacio y que sepa transformarlo sin borrar el pasado.

La persona al otro lado me escucha con atención. Le doy más indicaciones sobre lo que quiero, mis expectativas, y noto que sigue cada una de mis palabras con atención. Después de una pausa, responde con un tono respetuoso.

—Comprendo, señor Campbell. Tenemos decoradores que trabajan en proyectos con esas características. Si me da unos días, buscaré a la persona que mejor encaje con lo que necesita y le contactaremos para presentarle algunas opciones.

Asiento, satisfecho con la respuesta.

—Le agradezco su comprensión. Espero su llamada.

Cuelgo y me quedo en silencio. Por primera vez, siento una calma que hace tiempo que no experimentaba. Saber que pronto el ala oeste dejará de ser un rincón triste de la casa para convertirse en un espacio vivo y Emily pueda crecer y sentirse feliz, me llena de esperanza.

Me levanto de mi silla y recorro el despacho, observando los objetos y los libros que se amontonan en las estanterías. Esta mansión ha sido nuestro refugio y lo seguirá siendo, pero también debe evolucionar con nosotros. No puedo seguir viviendo en un lugar anclado en el pasado. Emily necesita un ambiente que la inspire y que la conecte con sus raíces sin que la ahogue.

A medida que paseo por la casa, mis pasos resuenan en el silencio, y pienso en cómo será ver el ala oeste transformada. Imagino los cambios, las paredes bañadas por luz natural, los

rincones llenos de color y los espacios abiertos donde la risa de mi hija pueda resonar sin límites. Quizá, al final de este proceso, también yo encuentre algo de paz, esa que llevo tanto tiempo buscando.

La decisión está tomada.

Capítulo 7

Lara

Desde hace días, mi vida se reduce a un ritual repetitivo y frustrante: abrir el correo cada mañana con la esperanza de ver un mensaje de la empresa de recursos humanos para la oferta en Escocia. Sin embargo, el simple acto de actualizar la bandeja de entrada se ha acabado convirtiendo en una especie de tortura diaria, un vaivén entre la esperanza y la decepción. No sé en qué momento dejé de buscar otras alternativas y me empecé a obsesionar con este proyecto en las Highlands, pero el caso es que, ahora mismo, es mi única motivación.

He intentado mantener la calma, hacerme a la idea de que tal vez no sea para mí, pero algo en mi interior se aferra a la idea de irme a Escocia y de empezar de nuevo en un país que siempre me ha parecido mágico, lleno de paisajes de leyenda y de una historia tan antigua como intrigante. Me visualizo en esa mansión, redescubriendo su alma a través de cada detalle decorativo, devolviéndole vida y, a la vez, encontrando un sentido nuevo para la mía.

Mientras espero, busco otras opciones en otros lugares, y aunque a veces encuentro algo interesante, siempre termino descartándolo. Las oportunidades que aparecen están en ciudades impersonales o en países donde no me veo viviendo. No sé si estoy siendo demasiado idealista o simplemente me estoy aferrando a Escocia como a un salvavidas emocional, una manera de dejar todo atrás. Pero me da igual. Es un país al que siempre he querido ir, aunque solo fuera como turista. Y ahora, la idea de instalarme allí y de formar parte de un proyecto nuevo… No quiero pensar que todo eso podría quedarse en solo un sueño.

Esta tarde, sintiéndome ya al borde de la desesperación, decido llamar a Jasmine para quedar para vernos y desahogarme. Nos encontramos un rato después en nuestra cafetería de siempre, un rincón acogedor donde hemos pasado horas interminables hablando de la vida, de los sueños y de las decepciones que se han cruzado en nuestros caminos. Mi amiga me observa en silencio mientras intento poner en palabras la mezcla de frustración, esperanza y miedo que me consume. Ella no dice nada, solo me observa con sus grandes ojos oscuros llenos de paciencia y comprensión.

—No puedo seguir esperando, tía —suelto, sintiendo cómo la frustración empieza a invadirme—. Quiero decir, ¿hasta cuándo voy a estar así, obsesionada con algo que, a lo mejor, ni siquiera sucede?

Ella me toma la mano y me da ese apretón cálido que siempre consigue calmarme.

—A veces, las mejores cosas llegan cuando menos las esperamos —responde con esa serenidad suya que siempre me desconcierta—. Yo sé que esto es importante para ti y sé lo mucho que te ha costado llegar hasta aquí. Pero también sé que no puedes dejar que esta oportunidad te consuma. Si no te llaman, no es el fin del mundo, tía. Habrá otras oportunidades.

—Pero no será lo mismo —susurro, bajando la mirada hacia mi taza de café—. Este proyecto… Es como si estuviera hecho para mí. No sé cómo explicarlo, pero siento queen esas tierras hay algo que me llama. Y la idea de estar allí, de perderme en ese entorno, lejos de todo lo

que quiero dejar atrás en Nueva York… No sé, suena tan perfecto que me da miedo perderlo.

Jasmine asiente, como si entendiera exactamente a lo que me refiero.

—Quizás esa sea la señal de que este cambio es justo lo que necesitas —dice con suavidad—. Pero, tía, tampoco puedes quedarte atrapada en algo que aún no ha sucedido. Sigue buscando, abre tus opciones. Si llega la llamada, fantástico, y si no, sigue adelante. Pero no te pierdas en la espera.

Sus palabras, aunque llenas de lógica, me producen una mezcla de consuelo y tristeza. Me esfuerzo en no mostrarlo, pero el simple hecho de imaginarme en otro lugar que no sea Escocia me hace sentir que me estoy traicionando a mí misma. Sin embargo, le doy la razón, al menos en parte. La vida no siempre te da lo que quieres cuando lo deseas y, a veces, la única opción es continuar adelante.

De regreso en mi apartamento, me siento frente al ordenador con resignación y me obligo a buscar otras ofertas y a examinar cada una con el mismo interés que le dediqué a la de Escocia. Encuentro una en Irlanda y otra en Londres, ambas interesantes, aunque ninguna me provoca el entusiasmo que siento cuando pienso en las Highlands. Aun así, me esfuerzo por convencerme de que debo abrirme a otras posibilidades. Después de todo, empezar de nuevo significa estar dispuesta a aceptar el cambio, aunque no sea exactamente como lo imaginas.

Los días pasan sin novedades y mi esperanza empieza a desvanecerse. Me aferro a mi rutina, a mis intentos por mantenerme ocupada, aunque cada día me resulta más difícil evitar la desilusión que me invade con más fuerza según pasan los días.

Sin embargo, cuando ya estoy al borde de abandonar toda esperanza, recibo un correo electrónico. Mi corazón late con fuerza al ver el nombre de la empresa de recursos humanos en la bandeja de entrada. Contengo el aliento mientras leo el mensaje. ¡Han fijado la fecha de la entrevista! Casi no puedo creerlo. Una ola de emoción y alivio me invade, y siento cómo una sonrisa enorme se dibuja en mis labios. Por fin, el sueño que había empezado a desmoronarse vuelve a ser una posibilidad.

La noche anterior a la entrevista apenas duermo. Repaso una y otra vez lo que quiero decir, mis logros, mi experiencia y todo lo que me gustaría transmitir. Sé que no puedo dejarme llevar por los nervios, pero, al mismo tiempo, no puedo evitarlo. Me siento como si estuviera al borde de algo grande, de un cambio que podría transformar mi vida por completo.

El día de la entrevista, me conecto a la videollamada unos minutos antes, mi corazón late acelerado mientras espero que aparezcan en pantalla los entrevistadores. Cuando finalmente los veo, me esfuerzo por mantener la calma. Me preguntan sobre mi experiencia, mis motivaciones y mi interés en el proyecto, y trato de responder con claridad, poniendo toda mi pasión en cada palabra.

—Siempre he sentido una conexión especial con Escocia —les digo, tratando de no sonar demasiado emocional—. Me encanta su historia, su cultura y sus paisajes. Y la idea de trabajar en una mansión antigua y de devolverle la vida a través de la decoración… Creo que es el proyecto ideal para mí. Además, en este momento de mi vida, siento que necesito un cambio, una nueva aventura. Y este proyecto me parece la oportunidad perfecta.

Ellos asienten y, aunque no puedo leer sus expresiones con total claridad, noto un cierto interés en sus miradas. Cuando la entrevista termina, me despido con la certeza de que lo he hecho lo mejor que he podido, y ahora solo me queda esperar.

Pasan un par de días en los que apenas puedo pensar en otra cosa. Cada vez que reviso mi correo, siento un nudo en el estómago y, aunque intento mantener la calma, la ansiedad empieza a desgastarme. Sin embargo, cuando menos lo espero, mi teléfono suena. Descuelgo y

oigo la misma voz amable de la entrevista, que me confirma que me han seleccionado para el puesto.

La emoción me embarga y no puedo evitar dar un pequeño grito de alegría. Cuelgo el teléfono y enseguida llamo a Jasmine. Mi amiga responde al segundo tono, y cuando le doy la noticia, su grito de emoción resuena por el auricular.

—¡Lo sabía! Sabía que conseguirías el puesto. Es perfecto para ti, tía. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

Nos reímos juntas y, aunque sé que la echaré de menos, siento que este es el comienzo de algo nuevo y maravilloso. Pasamos varios minutos hablando de todo lo que podría esperar de Escocia, de los paisajes, de la gente, y cada una de sus palabras me llena de entusiasmo y, a la vez, de una ligera nostalgia.

Cuando cuelgo, me quedo un rato en silencio, dejando que la emoción se asiente en mi pecho. Por primera vez siento que mi vida al fin tiene un propósito, una dirección hacia la que avanzar. Empiezo a hacer maletas esa misma noche, metiendo con cuidado cada prenda y objeto, como si cada uno representara un fragmento de la vida que estoy dejando atrás. Esa noche, mientras miro las maletas medio llenas, me invade una mezcla de emociones. Nueva York ha sido mi hogar durante años, pero también ha sido el escenario de mi desilusión, de mis noches solitarias y de heridas. Soy consciente de que dejarlo todo atrás no será fácil, pero siento que es lo que debo hacer. Escocia me espera, y, aunque no sé lo que encontraré allí, estoy emocionada por averiguarlo.

Capítulo 8

Matt

Thomas, el mayordomo de la mansión, entra en el despacho con su habitual discreción, casi fundiéndose con las paredes de madera oscura que huelen a historia y a leña quemada. Lleva un sobre en la mano y la expresión de su rostro es tan serena, que me preparo para una noticia de poca importancia. Pero al ver el sobre, percibo en su mirada un destello que no me pasa desapercibido, algo que me indica que hay algo que se esconde detrás de su habitual compostura.

—Señor Campbell —me dice entregándome el sobre con una leve inclinación de cabeza —. La diseñadora de interiores que contactamos ha confirmado su llegada.

Asiento, y le observo en silencio antes de abrir el sobre. En ese instante, siento cómo se despierta en mí una mezcla de curiosidad y una extraña incomodidad. Desde el día en el que decidí remodelar el ala oeste, he evitado pensar en lo que esa decisión realmente implica. La posibilidad de tener a una desconocida rondando por la casa, entrando y saliendo de los espacios que han sido parte de mi vida y los de Emily… No sé cómo me voy a sentir con alguien desconocido dando vueltas por casa con total libertad.

Mientras leo el documento, Thomas continúa hablando, como si quisiera desentrañar las palabras que me rondan la cabeza.

—Parece que esta joven diseñadora ha trabajado en proyectos similares y viene con muy buenas referencias. Es estadounidense, por cierto. Su nombre es Lara Whitmore.

Levanto la mirada al escuchar lo que acaba de decirme Thomas. El nombre resuena de forma extraña en este entorno tan alejado de cualquier modernidad y exotismo. Lara Whitmore. Imagino que es alguien que no entiende del todo lo que significa esta casa para nosotros. Que para ella no será más que un proyecto, un encargo más que le permitirá llenar su portfolio profesional. Quizás puede que hasta le emocionen las viejas paredes, los muebles antiguos y los arcos llenos de polvo, aunque poco más. Sin embargo, para mí, cada detalle encierra una historia, cada rincón de esta casa guarda recuerdos que intento conservar sin que me devoren.

—Entiendo —murmuro, cerrando el sobre y dejándolo sobre el escritorio—. ¿Cuándo llegará?

Thomas sonríe ligeramente, un gesto leve que rara vez muestra y que me sorprende.

—Dentro de una semana, señor. Se instalará en la casa de invitados. Dice que no necesita mucho tiempo para aclimatarse y que podrá comenzar a trabajar de inmediato.

Respiro hondo y asiento, intentando no mostrar la tensión que se acumula en los hombros. No es solo la llegada de una desconocida a mi casa, sino todo lo que implica la remodelación del ala oeste lo que me pone nervioso. La idea de ver cómo alguien llega y transforma este espacio me incomoda y me desconcierta a partes iguales.

—Quizás, señor, esta renovación no solo beneficiará a la señorita Emily —continúa Thomas con su habitual elegancia—. Podría ser una oportunidad para usted también.

Lo miro en silencio, sin responder de inmediato. Thomas siempre ha tenido ese extraño

don de decir lo que necesito escuchar en el momento adecuado, aunque esta vez me cuesta aceptar sus palabras. ¿Realmente me hará bien ver ese espacio transformado y vivir en una casa que ya no tenga los ecos de Bonnie en cada rincón?

—No estoy seguro del todo de estar listo para este cambio —admito, recostando la espalda en el respaldo de la silla—. Es… complicado.

Él asiente, como si entendiera perfectamente lo que quiero decir.

—Lo sé, señor. Pero a veces, aferrarse a los recuerdos solo nos impide seguir adelante. No digo que deba olvidar, pero tal vez podría permitirse vivir en el presente, al menos, un poco. Y la señora Whitmore parece una persona adecuada para hacer de esta transición algo respetuoso y positivo.

La palabra *respetuoso* resuena dentro de mi cabeza. Quiero creer que alguien que no conoce nuestra historia, ni ha vivido en esta casa, no puede comprender lo que significan estos muros. Pero, al mismo tiempo, sé que Thomas tiene razón. No puedo vivir eternamente entre sombras, ni puedo esperar que Emily crezca rodeada de un dolor que no le pertenece. Este cambio, por mucho que me inquiete, puede ser el primer paso hacia un nuevo comienzo. Y si alguien ha de hacer ese trabajo, prefiero que sea una persona con la suficiente sensibilidad para entenderlo.

—Ojalá tengas razón. Porque no creo que pudiera soportar ver este lugar convertido en algo que no tenga sentido para nosotros.

—Estoy seguro de que así será, señor. Confíe en que las personas a veces nos sorprenden para bien.

Cuando Thomas sale del despacho, me quedo solo, observando la luz suave que se cuela por las ventanas, proyectando su calma en los muebles y en el suelo de madera antigua. No quiero admitirlo, pero siento una extraña emoción al pensar en la posibilidad de que el ala oeste vuelva a la vida. Me esfuerzo en recordar que no estoy traicionando a Bonnie al hacer esto, ni que pretendo borrar su huella en esta casa y así olvidarla. Al contrario, estoy intentando honrar su memoria de una forma que permita que Emily y yo podamos vivir sin ese peso constante. Pero sé que no será fácil.

El nombre de Lara Whitmore ronda mis pensamientos mientras repaso mentalmente los cambios que quiero hacer en el ala oeste. Pienso en los muebles que quiero conservar, en los objetos de Bonnie que deseo trasladar a otro lugar y en los rincones que deberían mantenerse intactos. Aunque admito que una parte de mí teme lo que esta remodelación puede sacar a la luz, las emociones que quizá resurjan después de tanto tiempo de silencio. Me pregunto si la decoradora comprenderá la delicadeza de su tarea, si sabrá que cada cambio no es solo una decisión estética, sino un ajuste profundo en la historia de esta casa y en la nuestra.

Levanto el teléfono y marco el número de la empresa de recursos humanos, para aclarar algunos detalles. La voz al otro lado me responde con amabilidad, y tras unos momentos, la conversación se centra en el perfil de Lara. Me vuelven a explicar de nuevo, pero ahora con más detalle sus proyectos anteriores y su experiencia con propiedades de valor histórico. Al escuchar todo esto de nuevo, siento que ahora soy capaz de tener una imagen más completa de ella. Puede que no esté del todo preparado para el cambio, pero al menos saber que es alguien con un respeto por el pasado me da cierta tranquilidad.

—¿Se le ha informado a la señorita Whitmore sobre el enfoque que esperamos que dé a este trabajo? —pregunto, asegurándome de que entienden la seriedad de lo que estoy solicitando.

—La señorita Whitmore es consciente de que su proyecto es especial, señor Campbell. Está emocionada y ha expresado su compromiso de respetar la integridad del lugar, tal y como

usted desea.

Cuelgo el teléfono con una mezcla de alivio e impaciencia. Tal vez, con algo de suerte, este proceso no será tan difícil como imagino. O quizás sí, pero no tengo otra opción que afrontarlo. Ya es hora de que Emily y yo tengamos un hogar donde no se respire el luto.

Esa noche, me siento en mi sillón favorito en la biblioteca y observo el fuego de la chimenea mientras pienso en lo que ocurrirá en los próximos meses. Me vienen a la cabeza imágenes de una casa llena de luz y de un ala oeste renovada, donde Emily pueda reír y crecer sin restricciones. La idea me reconforta, aunque todavía hay un resquicio de tristeza que me acompaña.

Quizás Thomas tenga razón y permitir que esta diseñadora desconocida entre en nuestra vida, no solo estaremos renovando una parte de la casa, sino abriendo un nuevo camino para nosotros mismos.

Capítulo 9

Lara

Escocia me recibe con un frío envolvente y un cielo gris que parece que se va a quedar aquí para siempre. Las Highlands se extienden frente a mí, majestuosas e indomables, mucho más impresionantes de lo que las había imaginado. He visto estas tierras en redes sociales, en documentales y películas, y aunque me había preparado para el impacto, pero estar aquí y tenerlas frente a mí es mucho más increíble. Todo me parece inmenso e imponente; la vastedad de este paisaje, las montañas que se alzan como centinelas y los lagos oscuros y profundos, que reflejan un mundo de sombras y luces. Es una belleza brutal y sobrecogedora, una naturaleza que no pide permiso ni disculpas.

Mi taxi avanza por un camino bordeado de árboles altos y robustos, con ramas que se entrelazan creando una especie de túnel natural. Mis nervios, que hasta ahora se habían mantenido en segundo plano, comienzan a aflorar. Esto ya no es un sueño lejano, ni un proyecto que solo existía en mi cabeza; esta es la realidad de mi nueva vida, y cada milla que avanzo me acerca a esa mansión que será mi hogar durante los próximos meses.

Y, de repente, la veo. La mansión aparece ante mí majestuosa y como una visión sacada de otra época. Su arquitectura gótica es tan impresionante como intimidante. Torres, ventanales y detalles en piedra parecen contar historias de siglos pasados. Imagino los años de historia y los secretos guardados entre sus muros, y me recorre un escalofrío por la espalda. No es el tipo de lugar donde te instalas sin más, sino que es un sitio que te obliga a respetarlo desde el primer momento. Respiro hondo, recordándome por qué estoy aquí, pero el vértigo que siento es inevitable. No solo por el proyecto que tengo que llevar a cabo, sino por la sensación de estar a punto de introducirme en una historia que no es la mía.

El taxi se detiene en el amplio camino que hay frente a la mansión. Bajo del coche y siento el viento frío en la cara. Apenas tengo tiempo de ajustarme la bufanda antes de que un hombre alto y delgado se acerque a recibirme. Lleva puesto un traje oscuro, perfectamente planchado, y me recibe con expresión tranquila, casi solemne. Me parece el tipo de persona que tiene todo bajo control, alguien que probablemente ha pasado gran parte de su vida en un lugar como este. A su lado aparece una mujer robusta, de rostro amable y gesto atento.

—Señorita Whitmore, bienvenida a la mansión Glenmoore —me saluda él con una leve inclinación de cabeza—. Soy Thomas, el mayordomo de la casa. Y ella es la señora MacFarlane, nuestra ama de llaves.

—Es un placer conocerlos —respondo, tratando de sonar más segura de lo que me siento realmente.

La señora MacFarlane sonríe y asiente con un gesto amable. Su presencia es reconfortante. Es una mujer robusta, con el cabello gris recogido en un moño y una expresión que transmite experiencia y dedicación. Mientras yo la miro de manera tan disimulada como puedo, ella observa cada uno de mis movimientos, como si tratara de evaluarme en silencio.

—La casa de invitados está lista para usted, señorita Whitmore —me informa la señora MacFarlane con voz suave—. Será su hogar mientras dure la remodelación.

—¡Ah! Perfecto, muchísimas gracias —le respondo con una sonrisa amable.

Thomas me ofrece llevar mis maletas y, con un gesto preciso, hace una señal al conductor para que descargue el equipaje. Ambos, con una eficiencia casi coreografiada, toman mis pertenencias y empiezan a caminar hacia la casa de invitados. Les sigo por un sendero que se aleja de la mansión principal y nos lleva a través de un jardín lleno de flores otoñales y árboles antiguos, cuya corteza retorcida parece contar mil historias. Me detengo un segundo para contemplar el entorno y me quedo maravillada ante la magnitud de todo esto. La casa de invitados, situada entre árboles y a cierta distancia de la mansión principal, es una construcción de piedra, pequeña y acogedora, aunque mantiene ese aire imponente y algo severo del resto de la propiedad.

—La casa de invitados es pequeña y confortable —me explica Thomas mientras abre la puerta y deja mis maletas en el recibidor—. La hemos preparado con todo lo que necesita, aunque si precisa de algo más, puede avisarnos.

—Gracias, Thomas, señora MacFarlane —respondo, entrando tras ellos y echando un vistazo a mi nuevo hogar temporal.

La casa es acogedora, con paredes de piedra, vigas de madera en el techo y muebles sencillos, pero bien cuidados. Hay una chimenea en el salón, lo cual agradezco porque el frío ya comienza a sentirse intensamente. Thomas me muestra la pequeña cocina, el baño y, finalmente, el dormitorio. Todo está en orden, con un toque de calidez que, inesperadamente, me hace sentir como en casa.

—Le daremos un poco de tiempo para que se acomode —dice la señora MacFarlane, observándome con una sonrisa apacible—. Cuando esté lista, la estaremos esperando en la mansión para presentarle al señor Campbell y mostrarle el ala de la casa donde trabajará.

Asiento, agradecida por la delicadeza con la que me han recibido. Thomas y la señora MacFarlane se retiran y me dejan sola en la casa. Respiro hondo y observo el lugar con detenimiento. Este será mi refugio, mi espacio seguro en medio de esta experiencia que promete ser un desafío para mí en todos los sentidos. Me acerco a la ventana y contemplo la vista de los jardines y de las colinas que se extienden hasta donde me alcanza la vista. La sensación de estar tan lejos de Nueva York, en un lugar tan diferente y lleno de historia, me llena de una mezcla de entusiasmo y respeto. Esto es exactamente lo que necesitaba: un cambio radical, un lugar donde pueda redescubrir quién soy y olvidarme de todo lo que he dejado atrás al otro lado del Atlántico.

Un rato después, ya acomodada y algo más calmada, me dirijo hacia la mansión principal. El viento ha arreciado y me envuelve un aire helado que me hace acelerar el paso. Al entrar en la mansión, me recibe un silencio profundo, como si cada rincón de la casa esperara mi llegada con expectación. Los techos altos, las lámparas antiguas y gruesas las alfombras me dan la bienvenida a un mundo que parece detenido en el tiempo.

La señora MacFarlane me espera al final del pasillo y me indica el camino hacia el ala oeste. Caminamos en silencio y, aunque siento curiosidad por conocer al señor Campbell, prefiero no preguntar. Me he hecho una imagen de él a través de los pocos detalles que conozco. Por lo visto, es un hombre reservado, que se aferra a esta casa como si fuera una extensión de su propia vida, y que me ha contratado no sólo para redecorar un espacio, sino para devolverle a la mansión algo de la vida que ha perdido.

Al llegar frente a una puerta doble de madera, la señora MacFarlane se detiene y me dirige una mirada enigmática.

—Aquí es donde comenzará su trabajo, señorita Whitmore. El ala oeste ha estado cerrada durante años. Para el señor Campbell es un lugar especial, aunque los miembros del servicio estamos convencidos de que este cambio le beneficiará más de lo que imagina.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire mientras abre las puertas. El ala oeste se despliega ante mí como un espacio lleno de historias. Las habitaciones, cubiertas de polvo y con muebles antiguos, parecen observarme en silencio, como si yo fuera una intrusa en su descanso. La luz entra por las ventanas, iluminando detalles que se han mantenido inalterados por años, objetos que parecen guardar recuerdos y emociones, que ni siquiera alcanzo a comprender.

Me acerco a uno de los ventanales y observo el jardín desde aquí, imaginando cómo sería para el señor Campbell y su hija ver este espacio lleno de vida, de risas y de momentos compartidos. Respiro hondo con el convencimiento de que esto no es sólo una remodelación; sino que va a ser una oportunidad de devolver a esta familia algo de paz y de ofrecerles un espacio, donde puedan vivir en el presente sin que el pasado los consuma.

—¿Qué opina, señorita Whitmore? —pregunta la señora MacFarlane, observándome con atención.

—Es… maravilloso. Es un espacio increíble, pero más que eso, tiene alma. Entiendo por qué el señor Campbell se ha aferrado a él. Aunque voy a hacer todo lo que esté en mis manos para respetar esa esencia mientras le doy nueva vida.

La mujer asiente, satisfecha con mi respuesta. Siento que he pasado una prueba silenciosa, una especie de examen de sensibilidad que, por alguna razón, parece importante para el ama de llaves. La sigo mientras recorre las estancias, mostrándome cada detalle y explicándome los elementos que forman parte del lugar. Hay muebles antiguos, cuadros familiares y objetos personales que han permanecido aquí, en un limbo silencioso, esperando este momento.

Al terminar el recorrido, la señora MacFarlane me deja en la entrada principal de la casa y me recuerda el camino de regreso a la casa de invitados. Me despido con una mezcla de gratitud y emoción contenida. Al salir de la mansión, siento que he cruzado un umbral invisible y que he entrado en un mundo donde cada paso que dé resonará en la vida de esta familia.

De vuelta en mi nueva casa, me siento junto a la ventana y observo la mansión en silencio. Sin duda, estoy convencida de que esto es más que un trabajo. Es un nuevo comienzo para ellos, pero también para mí.

Capítulo 10

Lara

Antes de la cena, la señora MacFarlane me acompaña por el largo pasillo que conduce hasta el comedor principal. La mansión está sumida en una calma solemne, como si todo, desde los cuadros que decoran las paredes hasta los candelabros que cuelgan del techo, estuviera imbuido de la misma seriedad. La presencia de esta casa resulta sobrecogedora; cada paso que doy parece resonar en el silencio, como si estuviera siendo observada o evaluada incluso.

—El señor Campbell la espera en el comedor, señorita Whitmore —me dice la señora MacFarlane, con un tono que refleja la misma serenidad que me rodea.

Asiento en silencio, intentando mantener una expresión neutral a pesar del nudo de nervios que siento en el estómago. La puerta del comedor está entreabierta, y al cruzar el umbral, lo veo.

Matt Campbell está de pie junto a una ventana, mirando hacia el exterior. La luz tenue que baña la estancia perfila su silueta, destacando la firmeza de sus hombros y la elegancia contenida de su postura. Al oír mis pasos, se da la vuelta con una calma medida y sus ojos se posan en mí. Hay una intensidad en su mirada que me hace sentir vulnerable, como si en cuestión de segundos pudiera ver mucho más de lo que quiero mostrarle.

—Señorita Whitmore —me saluda con una voz profunda y grave, tan serena como el ambiente que lo rodea.

—Señor Campbell —respondo, inclinando la cabeza levemente.

Nos miramos en silencio, como si cada uno de nosotros estuviera evaluando otro. En sus ojos observo algo indescifrable, una mezcla de curiosidad y una especie de escepticismo que me resulta intrigante. En ese instante, no me queda la menor duda de que no estoy frente a un simple jefe; Matt Campbell es un hombre que parece llevar sobre los hombros una carga invisible, que da forma a su comportamiento y a la manera en que se presenta ante los demás.

—Espero que el viaje no haya sido demasiado agotador para usted —comenta, con una cortesía que, sin embargo, no logra disimular su tono distante.

—Ha sido largo, pero ha valido la pena —respondo, manteniendo un tono tan neutral como puedo.

Una ligera mueca de asentimiento aparece en sus labios antes de que me invite a sentarme. La mesa está elegantemente dispuesta, sin ostentación, pero con un cuidado en los detalles que denota la atención constante de quienes cuidan de esta casa. Thomas y la señora MacFarlane han dispuesto la cena con la misma precisión con la que parecen manejar cada aspecto de la mansión.

Mientras comenzamos a cenar, noto la tensión que se respira en el ambiente. Él se muestra educado, aunque reservado. Cada uno de sus gestos parece específicamente calculado. Y yo, por mi parte, hago lo posible por comportarme con naturalidad, aunque la atmósfera que nos rodea no ayuda demasiado.

—Entonces, ¿cómo llegó a esta profesión? —me pregunta de pronto, mientras corta un trozo de filete de su plato con precisión.

—Siempre me ha apasionado el diseño y la historia de los edificios antiguos —respondo, intentando sonar despreocupada—. Me gusta la idea de recuperar espacios y darles una nueva vida sin perder la esencia que los hace únicos. En Nueva York he trabajado en varios proyectos de restauración.

Él asiente, aparentemente satisfecho con mi respuesta, aunque mantiene esa mirada seria y fría que empieza a incomodarme. La intensidad con la que observa cada detalle me hace sentir que evalúa cada una de mis palabras y gestos. Parece querer asegurarse de que estoy aquí por las razones correctas, o quizá busca una señal de que no soy más que una intrusa en este espacio tan privado y así tener la excusa perfecta para poder echarme de aquí y abortar el proyecto.

—Glenmoore tiene mucha historia —dice finalmente, apartando su mirada de mí un instante para observar la estancia que nos rodea—. Ha sido el hogar de mi familia durante generaciones. No es un lugar que se pueda transformar sin respeto. Quiero que sea consciente de lo que significa esta casa.

—Lo soy, señor Campbell —le respondo sin titubear—. No pretendo cambiar lo que hace especial a esta mansión. Mi intención es ayudar a que recupere parte de su vitalidad y su luz, sin borrar el pasado.

Sus ojos me escrutan un instante, como si intentara determinar si mis palabras son sinceras o simplemente parte de un discurso preparado. Me esfuerzo en mantenerme firme y demostrarle que estoy aquí con un propósito claro y respetuoso.

La cena avanza y, aunque ambos seguimos conversando, siento que en realidad estamos diciendo mucho más de lo que las palabras expresan. Desde el primer momento en el que lo he visto, Matt Campbell me ha parecido un hombre atractivo, pero la atracción que despierta en mí va más allá de su físico. Hay algo en su seriedad y en la distancia que trata de marcar, que me provoca una mezcla de respeto y desconcierto. Su frialdad no es la de alguien indiferente, sino la de una persona que guarda sus emociones con recelo, como si temiera mostrarlas al mundo.

—¿Y qué le hizo dejar Nueva York? —inquiere, de pronto, con una curiosidad que parece sincera.

La pregunta me toma un poco desprevenida, pero logro mantener la compostura.

—Sentí que necesitaba un cambio. A veces, el lugar en el que estás deja de encajar con quién eres o con lo que buscas —respondo, siendo lo más honesta posible y sin revelar demasiado—. Quise darle un giro a mi vida, y este proyecto me pareció la oportunidad perfecta.

Él asiente lentamente y, por un momento, parece que algo en su expresión se suaviza, como si hubiera encontrado algo en mis palabras que resuena en su propia experiencia.

—A veces, el cambio es lo único que nos permite seguir adelante —comenta en voz baja, más para sí mismo que para mí.

Nos quedamos en silencio y siento que de alguna manera nos hemos acercado un poco, aunque sea mínimamente. Matt Campbell sigue pareciéndome un hombre hermético, pero, por un instante, creo haber visto un atisbo de humanidad detrás de su rígida máscara.

Cuando la cena termina, me despido con una inclinación de cabeza, agradeciendo la hospitalidad y la cena, y él se limita a responder con un leve gesto de asentimiento. Thomas me acompaña hasta la puerta de la casa de invitados, donde me deja con una sonrisa cortés y un «buenas noches» suave y educado.

Una vez en mi habitación, me siento en el borde de la cama, dejando que el silencio y la penumbra de la noche escocesa me envuelvan. No esperaba que este primer encuentro con Matt

Campbell me dejara tan afectada. Pensaba que sería una simple presentación, una formalidad, pero la realidad ha sido mucho más intensa de lo que imaginaba. El hombre que acabo de conocer no es solo el dueño de esta mansión, ni un jefe cualquiera. Es alguien que me ha parecido que guarda cicatrices profundas y que se ha envuelto en un caparazón de frialdad y silencio. Y aunque me esfuerzo por apartar cualquier pensamiento más personal sobre él, no puedo evitar preguntarme qué es lo que lo habrá convertido en el hombre reservado que he conocido hoy.

Pero ¿qué estoy haciendo? me digo para mí negando con la cabeza. No puedo dejarme llevar por esas suposiciones, lo mejor será que me centre en mi trabajo, que es lo que me ha traído hasta aquí. Matt Campbell es, y solo debe ser, mi jefe. Cualquier otra cosa, cualquier pensamiento que se desvíe de esa línea, es un error que no puedo permitirme. Estoy aquí para empezar de nuevo, para sanar mis propias heridas y no para complicarme con nada ni con nadie. Con esa determinación en mente, me tumbo en la cama y cierro los ojos. Pero mientras intento conciliar el sueño, su imagen se dibuja en mi mente una y otra vez, con esa mezcla de gravedad y misterio que parece impregnarlo todo.

Capítulo 11

Matt

Desde la puerta del ala oeste, observo cómo la señorita Whitmore se mueve por el espacio, evaluando cada rincón con una mirada analítica y, al mismo tiempo, apasionada. No parece ser alguien que se tome el trabajo a la ligera; cada gesto suyo tiene una precisión que revela la dedicación que pone en lo que hace. A cada paso que da, la veo detenerse, inclinarse para examinar algún detalle en las paredes, pasar los dedos sobre el polvo acumulado en los muebles cubiertos, aunque algo en su concentración me inquieta. Hay una parte de mí que reconoce su talento, que intuye que he tomado la decisión correcta al traerla aquí. Sin embargo, no logro sentirme cómodo. Verla rodeada de objetos que pertenecieron a Bonnie y que formaban parte de nuestra vida juntos, me genera una tensión que no sé cómo sobrellevar. La he contratado para transformar este espacio y convertirlo en un lugar en el que Emily pueda vivir y donde podamos empezar de nuevo sin que el pasado nos aprisione. Pero, ahora, al verla tan cerca de esos recuerdos, siento que he permitido que una desconocida invada algo que es profundamente personal.

Ella se gira de repente y sus grandes ojos azules se encuentran con los míos. Hay una intensidad en su mirada que me deja inmóvil por un segundo. No me gusta la forma en la que me observa, como si intentara ver más allá de lo evidente. Inclina ligeramente la cabeza y se mantiene en silencio, y es como si con ese simple gesto reconociera mi incomodidad, pero decidiera ignorarla. No sé si lo hace adrede, o si es simplemente una profesional que está acostumbrada a que su cliente esté observando cada uno de sus movimientos. Pero hay algo en ella que me inquieta, algo que va más allá de la profesionalidad, y eso no me hace ninguna gracia.

—Señor Campbell —su voz me saca de mis pensamientos—. Este espacio tiene un potencial increíble. Entiendo por qué es tan importante para usted y su hija.

Asiento, manteniendo mi expresión imperturbable, aunque su comentario me provoca una reacción que no esperaba. Habla de potencial, como si no se tratara solo de cambiar la decoración, sino de despertar algo dormido. Sus palabras parecen traer consigo una carga de empatía que no estoy dispuesto a aceptar, al menos no ahora.

—Quiero que recuerde que aquí cada objeto tiene una historia —le digo eligiendo cuidadosamente mis palabras—. No se trata solo de remodelar. Esto es parte de nuestra vida y espero que lo trate con el respeto que merece.

Ella no se inmuta ante mi tono, que reconozco como más frío de lo que pretendía. Simplemente asiente, como si entendiera el mensaje a la perfección, y vuelve a concentrarse en el espacio. Me molesta que ni reaccione, ni se deje intimidar. Una parte de mí casi desearía que se sintiera incómoda y mostrara algún tipo de inseguridad. Pero no lo hace y sigue trabajando con esa calma y seguridad que me descolocan.

Me quedo en silencio, apoyado en el marco de la puerta, incapaz de apartar la vista de

sus movimientos. Lara Whitmore tiene una presencia que llena el espacio. Su pelo oscuro y largo enmarca su rostro y sus ojos azules examinan cada rincón con una minuciosidad que me resulta casi perturbadora.

Me doy cuenta de que llevo un rato observándola, demasiado tiempo, quizá, y cuando ella vuelve a mirarme, me esfuerzo por disimular mi atención, pero es evidente que se ha dado cuenta. No necesito otro motivo para recordar que esto es solo trabajo. Ella está aquí para restaurar esta ala y después se irá, y yo podré continuar con mi vida sin cuestionamientos innecesarios.

Mientras continúa evaluando el espacio, me detengo a observar mis propios pensamientos. No debería estar tan pendiente de ella ni de sus gestos, ni de los destellos de curiosidad que veo en sus ojos cada vez que algo le llama la atención. Percibo algo demasiado familiar en su manera de moverse y en la forma en la que su expresión se suaviza cuando se detiene ante algún objeto. Me recuerda, en cierto modo, a Bonnie, pero descarto la idea de inmediato. Ella era apasionada y llena de energía, mientras que Lara, en cambio, es serena, controlada y casi enigmática.

Lo que más me incomoda es la atracción que empieza a despertar en mí. Es absurdo, no tiene sentido. Me he asegurado de que mi vida esté perfectamente ordenada y controlada, y de mantener una distancia segura en mis relaciones. Las mujeres que conozco en el club no me exigen nada y yo tampoco se lo pido. Saben lo que quiero y yo sé lo que ellas buscan. No hay secretos ni expectativas. Entonces, ¿por qué, al observar a Lara, tengo esta extraña sensación de vulnerabilidad? Trato de desviar mi atención de nuevo hacia el trabajo y me repito que esto no es más que un proyecto, una renovación necesaria de mi casa. Ella está aquí para ayudar a que este espacio deje de ser un mausoleo y eso es todo. No debería importarme quién es, ni cómo es, ni cómo sus ojos parecen reflejar una mezcla de interés y compasión que no tengo intención de corresponder. Pero al mismo tiempo, cada vez que su mirada se cruza con la mía, noto algo que me atraviesa y que me hace sentir expuesto, y eso me molesta.

—¿Qué le parece la idea de mantener algunos de los elementos originales? —pregunta de repente, mirándome con un leve brillo de interés en los ojos—. Creo que ciertos detalles pueden aportar carácter al espacio, sin convertirlo en algo sombrío.

No esperaba que me pidiera opinión sobre detalles tan específicos, pero decido responder, esforzándome en mantener un tono neutral.

—Puede conservar lo que considere necesario, siempre que no sobrecargue el ambiente —respondo con calma, intentando no mostrar ningún interés particular.

Ella asiente, aparentemente satisfecha con mi respuesta, y retoma su trabajo. Y aunque intento no darle demasiada importancia, no puedo evitar fijarme en la dedicación con la que examina cada rincón. La respeto por ello, lo admito. Pero también me desconcierta. Tal vez es esa mezcla de compromiso y confianza lo que me provoca esta inquietud.

—¿Qué le hizo elegir este proyecto en particular, señorita Whitmore? —pregunto, dejándome llevar por la curiosidad que había intentado reprimir.

Ella me mira, visiblemente sorprendida por mi pregunta y, durante un instante, parece dudar si responder o no.

—Escocia siempre me ha atraído —me responde—. Hay algo en este lugar, en su historia y en su belleza que siempre me ha llamado la atención. Y este proyecto… bueno, me pareció especial.

Su respuesta me hace pensar en mis propios motivos para vivir aquí y mantener esta mansión como mi refugio particular. También entiendo esa atracción que me comenta por la

historia y por el pasado que permanece en los muros. Sin embargo, al mismo tiempo, no quiero que ella se sienta demasiado vinculada a este lugar. La necesito como profesional, no como alguien que busque significados ocultos o intente desenterrar emociones que he enterrado por razones específicas.

—Espero que encuentre aquí lo que busca —respondo en un tono que pretende cerrar la conversación.

Pero ella simplemente sonríe, sin mostrar signos de haber percibido el final implícito en mis palabras. Y, de alguna manera, esa sonrisa tan simple y sincera me desconcierta. Hay algo en ella que me hace sentir que todo mi control se tambalea y que mis barreras empiezan a ser innecesarias. No estoy acostumbrado a que alguien, especialmente una desconocida, cuestione mi forma de ser o mis decisiones. Pero Lara Whitmore no parece ser alguien que se amedrente con facilidad.

Capítulo 12

Lara

La casa de invitados ha empezado a transformarse en un lugar familiar para mí, en un refugio propio en medio de este enorme lugar en plenas Highlands, que no deja de asombrarme. Cada mañana me despierto rodeada de la serenidad de las colinas escocesas, el aire fresco que se filtra por las ventanas y el sonido de los pájaros en los árboles cercanos. En este rincón, escondido del bullicio de la mansión principal, me encuentro cada vez más a gusto, como si poco a poco el espacio fuera moldeándose a mi alrededor o, quizá, soy yo que cada vez estoy más adaptada al entorno.

Camino hacia el ala oeste de la mansión con la misma emoción contenida con la que he comenzado a descubrir cada rincón de este lugar. A pesar del ambiente solemne que envuelve la mansión, sé que este espacio no tiene por qué estar cargado de la melancolía que parece impregnarlo todo. Así que, la idea de transformar esta zona en un espacio luminoso y alegre, donde Emily pueda disfrutar, me ilusiona mucho.

Mientras estoy revisando unos bocetos que tengo esparcidos sobre una mesa improvisada, de repente, siento una presencia cerca de mí.

Alzo la vista y la veo: Emily está de pie en el umbral de la puerta, mirándome con sus grandes ojos verdes, que me recuerdan tanto a los de su padre. Su postura es reservada, mantiene los pies juntos y las manos cruzadas frente a ella, como si tuviera dudas sobre si entrar o mantenerse a una distancia prudente. Hay una mezcla de curiosidad y timidez en su expresión que me conmueve de inmediato. Emily es una niña de apenas cinco años, pero hay algo en su mirada que denota una madurez y una seriedad que no suele verse a esa edad.

—Hola, Emily —le digo suavemente, esbozando una sonrisa que espero que sea suficiente para tranquilizarla—. Me llamo Lara, aunque creo que ya sabes quién soy.

Ella asiente sin decir nada, pero no se mueve de su lugar. Su silencio no me sorprende; parece una niña acostumbrada a observar desde las sombras, sin interferir ni llamar la atención. Su manera de mirarme me recuerda a alguien que está evaluando un terreno desconocido, y quiero hacerle sentir que este espacio es suyo también, que puede moverse y expresarse con libertad.

—¿Te gusta dibujar? —le pregunto con un tono entusiasta, señalando los papeles y bocetos que tengo sobre la mesa.

Una chispa de interés se enciende en sus ojos y, aunque sigue sin responder, noto que se permite dar un par de pasos hacia el interior de la sala. Se mantiene prudente, pero su curiosidad es evidente. Sin querer presionarla, tomo uno de los dibujos que he hecho de la futura sala de juegos, un boceto sencillo con algunos detalles de colores que pretendo incorporar, y se lo muestro.

—Estaba pensando en añadir algo especial a esta sala. Quizá dibujos en las paredes o algún rincón donde puedas jugar o leer —le explico en voz baja para no asustarla.

Emily observa el boceto que le muestro y luego vuelve a mirarme a mí, evaluando cada palabra que le digo, como si no quisiera dejarse llevar demasiado pronto. Hay una seriedad en su expresión, que me hace pensar que ha tenido que aprender a ser cautelosa, a no abrirse fácilmente, y eso me provoca una mezcla de ternura y tristeza.

—¿Te gustaría ayudarme a decorarla? —le propongo y, enseguida, veo cómo mi pregunta cambia algo en su actitud. No responde de inmediato, pero sus ojos se posan en los dibujos con interés.

—A mí me gustan las estrellas y el mar —me dice en un susurro, casi sin atreverse a decirlo en voz alta.

La ternura en sus palabras me hace sonreír y, en este instante, me doy cuenta de que he dado con algo especial. La idea de llenar las paredes de estrellas y de un gran y profundo mar me parece encantadora. Me imagino el espacio lleno de tonalidades de azul, de detalles que recuerden a las olas y pienso en lo maravilloso que sería para ella tener un rincón así.

—Entonces tenemos una misión importante —la animo a sentirse parte del proyecto—. Crearemos un cielo lleno de estrellas y un mar para que puedas soñar y jugar.

Emily sonríe y en ese momento siento que he logrado ganarme su confianza, al menos un poquito. Y esa pequeña sonrisa me llena de esperanza. Aunque no diga mucho, percibo que dentro de su cabeza está imaginando cómo podría ser ese espacio.

—¿Te gustaría hacer algunos dibujos? —le ofrezco, tendiéndole un lápiz y un papel—. Así podemos empezar a planear cómo quieres que sea tu sala de juegos.

Ella me mira, dudando, y luego alarga su mano para tomar el lápiz. Siento que este pequeño gesto es una gran victoria, un primer paso en la construcción de un vínculo que espero sea importante para ambas. La observo mientras se sienta junto a la mesa y comienza a dibujar tímidamente. Hay una delicadeza en cada uno de sus trazos y una precisión que me sorprende para alguien tan pequeña y sonrío al verla tan concentrada en su dibujo, completamente absorta en su pequeño mundo.

—¿Sabes? Cuando era pequeña, también me gustaba mucho dibujar estrellas —le digo, buscando compartir algo de mi infancia con ella—. Me parecía que guardaban secretos y que, si las miraba lo suficiente, tal vez me contarían sus historias.

Emily me observa de reojo, con una sonrisa apenas perceptible en sus labios, y asiente con una seriedad que me conmueve profundamente. Me doy cuenta de que en su silencio también hay un entendimiento que no necesita palabras. En ella veo reflejos de mí misma, de esa soledad que a veces acompaña a los que son un poco más reservados y necesitan tiempo para abrirse a los demás.

—Podríamos llenar la sala con estrellas de todos los tamaños —le digo, entusiasmada con la idea—. Estrellas grandes, pequeñas, algunas brillantes y otras más sutiles… Y luego podríamos añadir peces y olas para hacer un océano inmenso. ¿Qué te parece mi idea?

Sus ojos brillan y asiente con emoción, como si de repente el proyecto se hubiera vuelto tan importante para ella como lo es para mí. Veo en su mirada una chispa de ilusión, y eso me motiva para seguir adelante, para hacer de esta sala un lugar donde pueda sentirse libre y pueda soñar.

—Quizá incluso podríamos hacer una pequeña luna —sugiero—, una que ilumine el mar y las estrellas, como una especie de guardiana que vigile que el resto está bien.

Emily levanta la mirada, claramente fascinada con la idea que acabo de proponerle. Durante un instante, noto en ella una alegría pura, que me recuerda lo importante que es este proyecto, no solo para ella, sino también para mí. No es solo una remodelación, ni solo un

trabajo. Es la oportunidad de crear algo especial, algo que le permita a Emily experimentar la alegría, la libertad y el descubrimiento.

—¿Quieres que te ayude a dibujar las estrellas? —me pregunta finalmente con la voz llena de una dulzura que me enternece.

—Claro que sí. Será nuestro proyecto —respondo, con una sonrisa que nace desde lo más profundo—. Tú serás la encargada de las estrellas y del mar. Nadie podría hacerlo mejor que tú.

Emily asiente y noto que sus gestos se vuelven más seguros, como si en esa pequeña tarea encontrara un lugar donde poder expresarse sin miedo. Y mientras ambas seguimos dibujando y compartiendo ideas, siento que algo ha cambiado en esta sala. Este espacio, que antes era solo una zona de trabajo para mí, ahora siento que tiene un propósito, una misión que va mucho más allá de la simple remodelación y decoración del espacio, y eso hace que mi trabajo aquí valga la pena.

Capítulo 13

Matt

Desde la puerta entreabierta del ala oeste, observo cómo Emily y Lara se encuentran absortas en una actividad que parece haberlas atrapado por completo. A Emily le vuelve a brillar la mirada, algo que hacía mucho que no veía en ella. Veo en ella esa chispa de alegría y espontaneidad… como si, por un instante, la niña tímida y reservada que es siempre hubiera desaparecido y dejara paso a una versión de mi hija que no conocía, una versión que sonríe sin miedo y que muestra curiosidad sin reservas.

Lara está sentada junto a ella, inclinada sobre un papel, que tienen extendido entre ambas, y escucha lo que Emily le dice con atención. Me resulta imposible apartar la mirada de las dos. ¿Qué tiene esa mujer que, en cuestión de días, ha logrado derribar las barreras que Emily ha levantado durante todo este tiempo? Mientras observo cómo mi pequeña se abre de esa forma tan natural, me invade una sensación incómoda, algo a lo que no sé ponerle nombre, pero que no me gusta sentir.

Emily ríe y ese sonido es como una nota pura y alegre que rebota en el salón vacío. Lara sonríe también, inclinándose para decirle algo que no alcanzo a oír, pero que hace que Emily estalle en una carcajada suave y contagiosa. Nunca me ha molestado que Emily sea una niña reservada, al contrario, siempre he respetado su naturaleza introvertida. Pero ahora, verla así, feliz y libre, siento cómo algo se revuelve en mi interior. Es una mezcla de celos y añoranza. Celos de que esa risa, esa parte de Emily que parecía dormida, haya despertado para otra persona. Y añoranza, quizá, porque me recuerda a la risa que llenaba esta casa cuando Bonnie estaba viva, cuando todo parecía completo y yo no tenía la sensación de estar caminando por una mansión llena de fantasmas.

Apenas reconozco a Emily en este instante y eso me descoloca. Me obliga a preguntarme si me he equivocado en algo, si he dejado de ver una parte esencial de mi hija, porque he estado demasiado centrado en mi propio dolor. No, no debo pensar eso, debo sacar ese pensamiento de inmediato de mi cabeza. Lara está aquí para hacer un trabajo y, cuando termine, se irá. Esta conexión que ha logrado con Emily es circunstancial, una ilusión que desaparecerá en cuanto ella regrese a su vida al otro lado del océano. Yo soy el que siempre estará aquí para mi hija, el que realmente importa.

—¿Papá? —La voz de mi pequeña me saca de mis pensamientos y, en este instante, me doy cuenta de que he estado observándolas desde la puerta durante demasiado tiempo. Lara también ha notado mi presencia y levanta la mirada, con una expresión que mezcla curiosidad y respeto. Parece saber que esta casa y los recuerdos que alberga son un territorio delicado, y que me resulta difícil ver a mi hija abrirse de esta manera. Aun así, noto en ella una empatía y una compasión que me desarma, no estoy acostumbrado.

—Emily, ¿te lo estás pasando bien? —pregunto, esforzándome en mantener un tono neutral, aunque el peso que siento en medio de mi pecho sigue ahí, presionándome.

—Sí, papá. Lara me está enseñando a hacer estrellas de papel para la nueva sala de juegos. Dice que podemos hacer un cielo lleno de estrellas y planetas —responde, con una emoción que hace tiempo que no escuchaba en su voz.

—Es una idea maravillosa —le digo, dirigiendo una breve mirada a Lara, que se limita a sonreír levemente, sin intentar invadir mi espacio ni mi autoridad como padre.

Emily sigue hablando, contándome los detalles de su plan para la sala, cómo quiere que esté decorada y, mientras la escucho, me esfuerzo en asentir y en seguir el hilo de lo que me cuenta, aunque mi cabeza sigue fijada en la escena que acabo de presenciar. No es que no quiera que mi hija sea feliz, sino que la facilidad con la que Lara ha conseguido lo que yo no he logrado en años me hace sentir… inadecuado, como si todo el esfuerzo que he puesto en criar a Emily no fuera suficiente. Me duele pensar que he estado criando a mi hija con una ausencia tan profunda, que ni siquiera he sido consciente de ella.

—Matt… —La voz de Lara me saca de mis pensamientos. Es la primera vez que usa mi nombre y me tutea, y lo hace con una suavidad que me descoloca.

—¿Sí? —respondo, mirándola.

—Solo quería agradecerte que me hayas permitido trabajar en este proyecto. —Lara mantiene su mirada fija en mí, y noto una sinceridad que hace tiempo no veía en nadie.

Asiento brevemente, sin saber qué decir. No estoy acostumbrado a este tipo de gratitud. La gente suele acercarse a mí por otras razones. Pero Lara parece diferente, y esa diferencia me incomoda y me descoloca a partes iguales.

—Cariño, estoy muy contento de que disfrutes decorando la sala de juegos con Lara. Estoy seguro de que será un lugar bonito para ti —le digo a mi hija, intentando sonar paternal, aunque mi voz suena más fría de lo que me gustaría.

Emily asiente, feliz, mientras recoge algunas de las estrellas que han hecho y me las muestra con orgullo. La sonrisa en su cara debería ser motivo de alegría para mí, pero solo me recuerda lo mucho que he perdido, la vida que tenía antes y que ya no existe. Me esfuerzo por ocultar esa amargura y por no dejar que se refleje en mis gestos.

—Papá, ¿podré enseñarte lo que hemos hecho cuando acabemos? —me pregunta con una ilusión que me desarma.

—Claro, cariño. Estoy seguro de que será muy bonito y especial—respondo y, al decirlo, miro de reojo a Lara, como si en ella buscara una explicación a esta mezcla de emociones que no puedo entender del todo.

Lara sostiene mi mirada por un instante y luego se vuelve hacia Emily, dedicándole toda su atención. Siento que me quedo al margen, como un espectador de la conexión que se ha creado entre ellas y, aunque debería sentir alivio, me carcome el desasosiego.

Me alejo de la estancia, dejando a Emily y Lara sumidas en su mundo de estrellas s de papel. Camino por los pasillos de la mansión, sumido en mis pensamientos, y en cada esquina siento el peso de los recuerdos de Bonnie, una ausencia que sigue marcando cada rincón de esta casa. Por primera vez en mucho tiempo, me pregunto si mi forma de aferrarme a su memoria ha sido justa para mi hija. Quizá, al llenar este hogar de un duelo silencioso, la he privado de la felicidad que podría haber encontrado aquí si yo hubiera hecho las cosas de otra manera. Apenas alcanzo a procesar este pensamiento cuando escucho a lo lejos la risa de Emily resonando en el ala oeste. Es un sonido tan puro y desinhibido que siento un nudo en el estómago. No había entendido hasta hoy cuánto necesitaba mi niña una figura femenina en su vida, alguien que le brindara esa atención tan especial que yo, por más que lo intente, no soy capaz de ofrecerle del mismo modo.

La imagen de Lara junto a Emily, ambas sumergidas en su universo de colores y papeles, me persigue mientras recorro la casa. Me obligo a recordar que ella está aquí por una razón específica y que, en cuanto termine su trabajo, se marchará. Pero no puedo evitar pensar en cómo su partida podría afectar a Emily y en el vacío que podría dejarle cuando se vaya. Me invade el miedo de que, al darle a mi hija esta fugaz alegría, solo la esté exponiendo a otra pérdida. Sin embargo, otra parte de mí, más vulnerable y honesta, se pregunta si estoy siendo egoísta. Quizá Lara ha traído una chispa de vida a este lugar, algo que yo ya no sé cómo hacerlo, y que mi hija necesita.

Capítulo 14

Lara

El ala oeste de la mansión Campbell tiene un aire especial. Hay una atmósfera que lo envuelve todo, como si las paredes y los muebles cubiertos de polvo hubieran absorbido historias que ahora apenas se atreven a murmurar. Al entrar, respiro el aire pesado, consciente de la carga que hay en cada rincón de esta estancia. Es difícil explicar cómo un espacio puede transmitir tanto, pero este ala en concreto, parece conservar una presencia que flota, invisible, en el aire. La luz entra por las ventanas de manera tenue, proyectando sombras, que se extienden por el espacio. Es como si aquí el tiempo se hubiera detenido, preservando algo que ha quedado congelado entre las paredes de piedra. Mis pasos son lo único que interrumpe el silencio imperante. Todo en esta estancia invita a la cautela y, aunque no suelo intimidarme, aquí me siento casi como una intrusa.

Mientras inspecciono el lugar en busca de ideas para el proyecto, descubro un rincón cubierto por una vieja tela. Al retirarla con cuidado, me encuentro con una caja de madera de aspecto desgastado, como si los años hubieran pasado sin piedad sobre ella. La caja no es especialmente grande, pero tiene una cerradura antigua y unos bordes que, aunque algo desgastados, están bien conservados. La observo un instante, dudando. Sé que el trabajo que debo hacer aquí es delicado y no quiero traspasar los límites de lo que Matt espera. Pero la caja parece ser la guardiana de algún secreto importante, de algo que tal vez sea esencial para entender el vínculo de esta familia con el pasado. Así que sin darle muchas más vueltas, tomo aire, me siento en el suelo y, con mucho cuidado, la abro. Lo que encuentro en su interior me sorprende y me sobrecoge a partes iguales. Dentro de la ella hay objetos que, a simple vista, sé que pertenecen a la difunta esposa de Matt. Me invade una mezcla de respeto y curiosidad; este no es un simple baúl de cosas viejas. Cada objeto parece contar una historia y evocar una vida que, aunque ya no está, ha dejado una huella profunda en esta casa y en los que habitan en ella.

El primer objeto que encuentro es un pequeño trofeo, una estatuilla dorada que refleja los logros de Bonnie como corredora profesional de motos. Al sostenerlo, veo su nombre grabado en letras finas: «Bonnie Campbell. Primer puesto». Imagino a una mujer fuerte, apasionada, alguien que no temía a la velocidad ni a los desafíos, y sonrío con cierta tristeza al pensar en cómo debió ser. Paso a otro trofeo, y otro más; cada uno de ellos parece reflejar una victoria que, de algún modo, sigue viva en esta caja. Es evidente que Bonnie fue alguien especial, alguien que vivió su vida con intensidad hasta su último suspiro.

Sigo explorando y encuentro unas fotografías, momentos capturados en papel de alguien que se fue demasiado pronto. En una de las fotos, Bonnie aparece montada en una moto, con la cabeza cubierta por un casco, pero puedo imaginar su sonrisa detrás de la visera, la expresión de pura adrenalina y libertad que debía sentir al subir en su moto y acelerar. En otra imagen, ella está junto a Matt. Él la sostiene de una forma tan protectora y segura, que es difícil no percibir el amor que existía entre ellos. Ver la sonrisa en el rostro de Matt, tan diferente a la expresión fría y contenida a la que estoy acostumbrada, me provoca un nudo en el pecho, al darme cuenta de

cómo esa pérdida aún pesa en su día a día.

Entre los trofeos y las fotografías, también encuentro algunas cartas. Al principio, dudo si debo leerlas, pero siento que cada palabra es una pieza más del rompecabezas que tengo que entender para poder hacer bien mi trabajo. Tomo la primera carta y la leo con respeto. Bonnie le escribe a Matt desde alguna carrera, y sus palabras están llenas de emoción. «No sabes cómo echo de menos nuestra casa cuando estoy lejos. Pero cuando pienso en ti, siento que todo este esfuerzo vale la pena», le dice en una de las cartas. Cada palabra habla de su profunda conexión y del amor que había entre ellos, que iba más allá de las palabras. La siguiente carta me impacta aún más. Es una de despedida, unas palabras que escribió antes de alguna carrera, como si intuyera el peligro que siempre estaba presente en su vida como corredora. «Si alguna vez me sucede algo, quiero que sepas que mi vida ha sido plena porque te tuve a ti», le escribe. Sus palabras son directas y llenas de un cariño que va más allá de todo. Me sorprende lo mucho que puede decir una persona cuando se despide y deja una parte de sí en el papel. Cierro los ojos un instante, tratando de imaginar cómo fue para Matt perder a alguien que le amaba de ese modo. Suelto un hondo suspiro y sigo mirando en el interior de la caja. Cada objeto que encuentro me da una visión más clara de Bonnie, de la mujer que fue y de la importancia que tuvo en esta casa. Pero también veo con claridad la razón de la frialdad y la distancia de Matt. Ha vivido con el recuerdo de esta ella, con su ausencia, y aunque ahora está presente físicamente en esta casa, sé que una parte de él sigue atrapada en estos recuerdos. No tengo la menor duda de que él no es el hombre frío y distante que parece ser; estoy convencida de que es alguien que ha construido una coraza para protegerse de un dolor que quizá nunca desaparezca por completo.

Siento una mezcla de respeto y empatía hacia él, y tengo el convencimiento de que este proyecto no es solo una remodelación de una parte de la mansión, sino una oportunidad para ayudarle a encontrar paz y liberar parte de esa tristeza que parece haberse enquistado en su vida. Precisamente por eso, también siento una responsabilidad enorme, porque no se trata solo de transformar un espacio, sino de respetar la historia que se esconde en cada rincón de esta casa y de honrar el amor que aún late en el aire, aunque ahora sea solo un eco de su recuerdo.

Dejo los trofeos, las cartas y las fotos de Bonnie en su lugar y cierro la tapa con cuidado. Es como si estuviera devolviéndole a Matt un pedazo de su vida, uno que no quiero manipular ni alterar sin su permiso. Sin duda, el peso de estos recuerdos es demasiado para él y que, en el fondo, esta casa ha sido su santuario y su prisión al mismo tiempo. No sé si está realmente preparado para dejar ir a Bonnie y transformar el ala oeste en un espacio nuevo. Pero haré todo lo posible para que este proceso sea lo menos doloroso para él y para Emily, para que ambos puedan recordar sin que el pasado los atrape.

Me levanto y observo una vez más este lugar, que pronto llenaré de luz, de color y de nueva vida. Mi misión aquí es más profunda de lo que pensé cuando acepté este trabajo. No solo estoy aquí para decorar un espacio, sino para sanar una herida y abrir una puerta a un futuro que tal vez Matt aún no esté listo para enfrentar, pero que, sin duda, él y su hija se merecen.

Capítulo 15

Matt

El ala oeste de la mansión se ha convertido en un territorio de silencios y miradas cargadas. Apenas cruzo la puerta, encuentro a Lara frente a los planos y los bocetos esparcidos sobre la mesa, mientras revisa las ideas y propuestas que tiene, como si este proyecto fuese algo más que trabajo para ella. Mi primer instinto es cuestionarlo todo. Quiero verla titubear, quiero confirmar que sus propuestas son solo un retoque estético y que no tocará la esencia de Bonnie, pero cuando empiezo a observar su trabajo, me doy cuenta de que quizás podría no ser tan sencillo.

—Entonces, ¿cómo planeas abordar esta remodelación? —pregunto en tono neutro, aunque calculado.

Lara levanta la vista de los papeles que tiene delante, sin el menor rastro de incomodidad, sosteniéndome la mirada como si hubiera estado esperando esta oportunidad para poder contarme todo lo que tiene pensado. Hay algo en su expresión, una mezcla de respeto y determinación, que me provoca cierto nerviosismo. Acto seguido, empieza a hablarme de sus ideas, con una precisión, que no deja lugar a dudas de que ha estudiado cada rincón del ala oeste. Pienso en detenerla y hacer que se calle, pero su forma de exponer su visión es sorprendentemente meticulosa, como si llevara semanas imaginando cada detalle.

—Quiero preservar la estructura original, por supuesto. Pero he pensado en crear espacios que mantengan la esencia de este lugar. —Sus palabras tienen un tono suave, pero es evidente que no está dispuesta a ceder fácilmente y cambiar lo que tiene planeado para el espacio.

Me acerco a la mesa e inspecciono cada boceto con detenimiento, buscando una fisura, algo que me permita rechazar sus ideas sin sentir que estoy siendo irracional.

—Eso suena bien, en teoría —respondo, con un deje de escepticismo en la voz—. Pero ¿qué significa realmente mantener la esencia para ti? Esto no es un museo. Cada detalle de este espacio tiene un significado.

—Lo sé. Precisamente por eso, no pretendo vaciar la estancia de significado, sino de convertirlo en un espacio en el que se pueda vivir, Emily también.

La franqueza de su respuesta me desconcierta, aunque trato de ocultarlo. Me da la impresión de que, de alguna manera, comprende la resistencia que ofrezco, que no se trata solo de decisiones decorativas, sino de la propia incapacidad que siento al imaginar que este lugar pueda transformarse en algo donde la huella de Bonnie no esté tan presente. Durante un instante, me pregunto si he estado demasiado cerrado a la posibilidad de dar este paso. Pero me resisto a mostrárselo, y continúo interrogándola, sin bajar la guardia.

—¿Y qué es lo que realmente entiendes tú de esto? —pregunto, cruzando los brazos. No es que busque ser injusto, pero necesito ver hasta dónde está dispuesta a defender sus ideas.

Ella me sostiene la mirada, sin apartarse ni un milímetro. Veo un destello de determinación en sus ojos azules que, lejos de intimidarse, parecen cobrar fuerza con cada uno

de mis intentos por cuestionarla.

—Sé que hay recuerdos importantes aquí —Su voz se suaviza, pero no titubea—. Y también sé que no es fácil pensar en transformarlos. Pero creo que podemos crear un espacio, donde los recuerdos tengan su sitio sin que eso implique vivir atrapados en el pasado.

La palabra *atrapados* me golpea en el centro del pecho de forma fulminante. No la esperaba. La observo con un gesto que sé que es frío, intentando retener el control sobre una conversación que empieza a parecerme como si fuera un forcejeo.

—Tú no has vivido aquí, no conoces esta casa —replico con tono frío—. No tienes ni idea de lo que significa.

—Tienes razón. No he vivido aquí, ni conocí a Bonnie —contesta, con una franqueza que me descoloca—. Pero mi trabajo no pretende borrar nada de ese pasado. Estoy aquí para ayudar a construir algo nuevo para ti y para Emily.

El tono en su voz se vuelve casi personal, como si hubiese sido testigo de alguna pérdida propia, algo que le permitiese comprender lo que significa dar ese paso y eso me hace sentir expuesto y desarmado frente a ella. Por un segundo, veo en Lara a alguien capaz de ver más allá de la frialdad que me esfuerzo en mantener y eso me descoloca.

—¿Te das cuenta de que este lugar es mucho más que unas simples paredes? —insisto, aunque soy consciente de que mis argumentos empiezan a sonar repetitivos incluso para mí.

Lara asiente, y veo en su expresión una empatía que no había notado antes de manera tan clara.

—Lo sé —dice en un susurro—. Sé que hay cosas que no se pueden cambiar. Pero eso no significa que tengamos que quedarnos estancados. ¿No crees que Emily también se merece un espacio en el que pueda ser feliz?

La mención de mi hija me hace vacilar, porque en el fondo, sé que tiene razón. He intentado darle a mi pequeña un lugar seguro, un refugio donde no tuviera que enfrentarse al dolor que yo mismo siento cada vez que me enfrento a estos recuerdos. Pero al mismo tiempo, me doy cuenta de que he dejado que esta casa se convierta en un lugar impregnado de ausencias y vacíos que quizá Emily ha sentido más de lo que querría.

—Quizá tienes razón —murmuro casi para mí mismo, y su expresión refleja una leve sorpresa al oírme ceder—. Pero no esperes que sea sencillo.

Ella asiente y noto un leve brillo de alivio en su mirada, aunque no dice nada. Lara no busca ganar la discusión ni imponer su visión y eso me confunde. La atracción que siento hacia ella me resulta inquietante, porque va más allá de lo físico. No sé en qué momento me ha empezado a interesar algo más de ella que su trabajo, pero es evidente que hay algo más.

Trato de disimular mi incomodidad acercándome a los bocetos y desviando la mirada. La cercanía entre ambos, aunque breve, crea una tensión casi palpable, como si el aire entre nosotros se volviera más denso cada vez que estamos uno al lado del otro. Ella permanece en silencio, respetando ese espacio que parece haberse vuelto algo más íntimo de lo que imaginaba. Y en ese instante, me doy cuenta de que Lara no es alguien que me dejará salirme con la mía sin cuestionarme. Hay algo en ella que me desafía a mirar dentro de mí mismo y a enfrentarme al peso de esos recuerdos que he arrastrado durante años. Intento recordar por qué acepté iniciar esta remodelación, pero ahora, al tenerla tan cerca, mi motivo parece desvanecerse, sustituido por una especie de vulnerabilidad que me empeño en mantener a raya.

—Solo quiero asegurarme de que entiendes en lo que te estás metiendo —le digo finalmente con una voz que suena más suave de lo que me gustaría.

—Lo entiendo, Matt. Y si no lo entendiera, te aseguro que no estaría aquí —responde

con una sonrisa leve, sin apartar la mirada de mis ojos. Esa seguridad me fascina y me irrita a partes iguales.

Noto que está dispuesta a llevar esta tarea hasta el final y a enfrentarse a cada obstáculo, incluso a mí mismo, si fuera necesario. Y aunque trato de mantener la distancia, soy consciente de que su presencia me resulta cada vez más inquietante. La atracción que siento hacia ella me incomoda, porque va más allá de lo que soy capaz de controlar. Ella es mi empleada, y sería una auténtica locura siquiera considerarla como algo más. Pero en este momento, mientras la tengo frente a mí, con esa mirada franca y decidida, me doy cuenta de que no será sencillo ignorarla.

Lara recoge sus bocetos y notas y los organiza con esa eficiencia que parece caracterizarla. Me observa por un momento, como si intentara asegurarse de que sus palabras han calado en mí y de que he comprendido lo que pretende hacer en este ala de la casa. La respeto por su profesionalidad y por la dedicación que ha demostrado hasta ahora, pero también me resulta frustrante darme cuenta de que en tan poco tiempo ha llegado a comprender algo que yo mismo me he negado a ver.

—Sé que esto no será fácil. Y sé que no puedo borrar los recuerdos de Bonnie. —me dice con voz tranquila, pero firme—. Pero sí quiero ayudar a que este lugar sea un hogar donde Emily pueda crecer feliz.

Asiento, sin saber qué decir. Las palabras se agolpan en mi mente, pero ninguna parece adecuada para expresar esta extraña mezcla de gratitud y resentimiento que siento en este momento. Agradezco su respeto, pero odio la sensación de que ha penetrado en una parte de mí que he mantenido bajo llave durante años.

—Haremos lo que sea necesario —le respondo con un tono que intenta poner fin a la conversación.

Ella se limita a asentir, respetando mi deseo de dejar la conversación aquí, pero soy consciente de que algo ha cambiado entre nosotros. Ya no puedo verla solo como una profesional eficiente. Hay algo en su manera de ser, en su honestidad y en su determinación, que me hace cuestionar todo lo que he intentado ignorar desde la muerte de Bonnie en otras mujeres.

Mientras se aleja, una parte de mí siente el impulso de detenerla y de decirle algo, aunque no sé exactamente qué. Pero me quedo en silencio, observando cómo sale del ala oeste, dejándome una sensación de vacío que no había sentido hasta ahora.

Capítulo 16

Lara

El ala oeste de se ha convertido en mi refugio y, poco a poco, también en el de Emily. Cada mañana, cuando abro las pesadas cortinas de las ventanas para que entre la luz natural, me invade una sensación que no había experimentado en mucho tiempo. Esta transformación de esta zona de la mansión va más allá de la decoración; es un intento de llenar el espacio de vida y alegría y de hacer que el aire esté impregnado de risas y momentos compartidos. Hoy, especialmente, siento una ilusión especial. Tengo varios retazos de telas, pequeñas muestras de colores, y una serie de adornos, que deseo que sean el puente para involucrar a Emily en este proceso.

—Emily, ¿quieres ayudarme a elegir algunas cosas para la sala de juegos? —le pregunto con cariño, mientras me observa desde la puerta, como si estuviera decidiendo si atreverse a entrar o no.

Al principio duda, pero finalmente se anima y se acerca hasta mí con pasos cautelosos. Me arrodillo para ponerme a su altura y extiendo sobre el suelo algunos de los materiales que he preparado. Siento que este momento es importante para ella, y me esfuerzo en hacerle ver que cada una de sus decisiones es importante y que tiene poder de decisión en este proyecto.

—Mira —le digo mientras señalo unas telas de diferentes tonos de azul y gris—. Estos podrían ser los tonos de las paredes, pero también podemos hacer un rincón con más colores, ¿qué te parece?

La niña observa las muestras y sus pequeños dedos rozan el tejido con delicadeza. La expresión en su carita cambia ligeramente, revelando una pizca de emoción que me reconforta. Es un sentimiento cálido y casi desconocido que crece en mi pecho, y que se va haciendo fuerte cada vez que hablamos. Siento que cada sonrisa que Emily me da es un fragmento de confianza que me regala y que debo proteger.

—¿Puedo elegir? —me pregunta en voz baja, como si no estuviera segura de si realmente tiene derecho a opinar.

—Claro que sí, cariño. Esto también es tuyo y quiero que lo sientas como tu espacio —le respondo, dedicándole una sonrisa que espero que la anime a ser ella misma y a sentir que es bienvenida aquí.

Me muestra una tela de tono azul intenso y señala un adorno en forma de estrella. Al mirarla, veo una chispa de emoción en sus preciosos ojos, que tan parecidos son a los de su padre.

—Entonces, haremos un rincón con ese azul y muchas estrellas alrededor —le digo, animándola a participar en más decisiones—, ¿vale?

—¡Sí, quedará muy bonito! —exclama la niña con entusiasmo.

Su sonrisa se amplía y en ese instante siento una calidez que me envuelve, que me hace feliz. Sé que el vínculo que se está creando entre Emily y yo no es solo una cuestión profesional. Sé que, sin darme cuenta, he empezado a desarrollar sentimientos protectores hacia ella, una

especie de apego maternal que nunca imaginé que podría sentir. La sensación que me invade es intensa y, de algún modo, gratificante, como si todos los vacíos de mi propia infancia se desvanecieran cada vez que Emily se acerca a mí.

Nos pasamos la tarde eligiendo colores, papeles y telas. La niña se entusiasma al descubrir que también podemos añadir algunos dibujos en la pared. Así que le propongo que hagamos un gran mural juntas, uno que represente su mundo y ella acepta con emoción. Escoge un espacio específico en la pared para dibujar un cielo lleno de estrellas y planetas, un rincón donde su imaginación podrá volar libremente.

—¿Y qué te parece si ponemos aquí una luna grande? —le sugiero, señalando una esquina del muro.

Emily asiente con una sonrisa tímida, y durante unos segundos, se queda pensativa.

—Mi mamá me contó una vez que las estrellas siempre brillan, aunque a veces no las podamos ver —me dice en un susurro, como si esas palabras guardaran un secreto que no quisiera compartir.

Su voz me llega como una caricia, llena de ternura y melancolía. Me quedo en silencio, permitiéndole espacio para que continúe hablando si quiere. No me atrevo a decir nada más; siento que rompería el momento. Así que solo me limito a asentir, compartiendo su silencio, y pienso en todo el amor que esta niña lleva dentro. Me recuerda a mi propio deseo de niña de sentir que tenía a alguien en quien apoyarme cuando todo me parecía incierto.

—¿Y sabes qué? —le digo finalmente, mirándola a los ojos con una sonrisa—. Las estrellas que tú dibujes aquí siempre estarán para iluminarte, aunque de día no las veamos.

Emily me sonríe y noto cómo su mirada se suaviza. Hemos pasado de escoger materiales a crear un espacio que no solo es físico, sino también emocional, y yo me siento profundamente agradecida de que me permita formar parte de ese pequeño universo que estamos construyendo juntas.

Al terminar la jornada, Emily se despide de mí con un abrazo fugaz, algo que me toma por sorpresa y que me deja con una sonrisa en los labios. La observo alejarse, con su paso tímido y me pregunto qué haré cuando mi trabajo aquí termine y llegue el momento de despedirme. La idea de no ver a Emily a diario me duele más de lo que me podría haber imaginado al llegar a este rincón de las Highlands.

Este vínculo inesperado que estoy creando con la niña, despierta en mí emociones y recuerdos que creía enterrados. Pienso en mi propia infancia, en lo mucho que ansiaba tener a alguien que me guiara y que me mostrara cómo enfrentarme al mundo sin miedo, aunque por desgracia nunca llegué a tenerlo. Por suerte, Emily es diferente a la niña que fui yo, pero compartimos esa sensibilidad, esa capacidad de ver más allá de las cosas superficiales y de encontrar consuelo en los pequeños detalles.

Capítulo 17

Matt

Las luces tenues del club privado de Edimburgo crean una atmósfera de sombras y susurros que me resulta familiar. Este es ese tipo de lugares donde todo es discreto y cada cliente encuentra lo que busca, sin preguntas ni complicaciones. Habitualmente, este ambiente me resultaría suficiente para apartar cualquier pensamiento de mi cabeza y centrarme en la copa que llevo en la mano, en una mujer o varias a las que apenas conozco y unas horas por delante, en las que mi único objetivo es el placer. Pero hoy, siento que algo dentro de mí está... alterado.

En la penumbra, las figuras se mueven como en un juego de sombras y carne, cuerpos que se deslizan unos junto a otros sin mayores expectativas que las de llenar un vacío. Siempre he sido consciente de lo efímero de este placer, pero nunca me ha importado, porque para mí es justo eso: una forma de llenar huecos vacíos, sin compromisos ni expectativas. Pero hoy, mientras observo las miradas insinuantes y los gestos sutiles de algunas de mis conocidas, me siento extraño, como si hubiera algo fuera de lugar en esta escena que tantas veces me ha servido como refugio.

—¿Te encuentras bien? —Me pregunta Jessica, una de las mujeres con las que he compartido más de una noche aquí, mientras roza mi brazo, esperando, como tantas otras veces, una respuesta que dé pie a lo que ambos sabemos que suele suceder entre ella y yo.

—Sí, claro —le contesto, algo ausente. Intento devolverle una sonrisa, pero noto que hasta ese simple gesto me resulta forzado.

Miro su cara y sus labios, esos que han sido os míos tantas veces y que, hasta hace poco, parecían tener el poder de distraerme de lo que prefería no pensar. Pero ahora, mientras la observo, la veo extraña. Mi cabeza, en lugar de centrarse en ella y en lo que podría suceder esta noche, se desvía de nuevo hacia la imagen de otra persona: Lara.

Esa maldita mujer ha logrado meterse en mi cabeza y ni siquiera sé cuándo empezó. Quizá fue en el momento en que vi la conexión que está creando con Emily, esa forma en que ambas comparten un vínculo que yo jamás habría imaginado para mi hija. O tal vez fue en esos instantes en que la observo moverse por la mansión, dedicándose a su trabajo con un interés que va más allá de lo profesional. Tiene una manera de ser... pura y sin complicaciones, pero al mismo tiempo, hay algo oscuro en ella, algo que reconozco, como un reflejo de mis propios demonios. Niego con la cabeza y me muerdo el labio inferior.

Jessica se da cuenta de mi distracción y me lanza una mirada entre curiosa y molesta. Sé que esto no es lo que espera de mí, y, honestamente, tampoco es lo que yo espero de mí mismo en este lugar. Este club solía servirme de escape, antes este era un espacio donde las emociones eran irrelevantes y donde podía desconectar de mi vida, de las obligaciones y del peso de mi historia para entregarme al placer y al sexo sin compromiso ni preguntas. Pero esta noche, la piel de Jessica, sus labios y su cuerpo, no logran arrancarme de esa espiral de pensamientos que gira en torno a Lara y a lo que está generando en mí.

—¿Seguro que estás aquí? —insiste Jessica, deslizando sus dedos por mi cuello con una sonrisa sugerente. Es un gesto que en otro momento habría bastado para hacerme olvidar todo, pero ahora, solo siento que estoy actuando en un papel que ya no me representa.

Asiento, intentando ahuyentar la imagen de Lara de mi cabeza, tratando de recordar el motivo que me trae aquí. ¿Qué más quiero? Soy libre, sin ataduras. No debería permitirme ni un solo pensamiento que incluya la palabra *nosotros*. La vida me enseñó que cuanto más te implicas, más fácil es que todo acabe mal, y yo ya tengo suficiente experiencia en eso. Sin embargo, cada vez que cierro los ojos, veo a Emily y a Lara, su sonrisa, la forma en que ambas crean un rincón de complicidad en esa ala oeste de la casa, que durante tanto tiempo ha permanecido vacía. Pienso en sus gestos, en la delicadeza con la que se acerca a mi hija, y en cómo, sin pretenderlo, está llenando huecos que creía que nadie podría volver a ocupar. Maldigo para mí y chasqueo la lengua.

Jessica me observa, esperando. En otro momento, habría dado un paso más, habría tomado su mano y la habría guiado a una de las salas para entregarnos al placer, mientras otros nos miran. Pero esta noche, me siento incapaz. Ni siquiera sé cómo explicarlo. Me paso una mano por el pelo y lanzo un suspiro. No me reconozco.

—Perdona, Jessica, pero hoy no. No estoy en mi mejor momento —le digo, sin añadir nada más.

La veo entrecerrar los ojos, molesta, y luego esbozar una sonrisa irónica.

—Parece que te estás ablandando. Quién lo diría.

Dejo escapar una risa seca. Quizá tenga razón. Tal vez Lara está cambiando algo en mí, y eso me incomoda y me irrita a partes iguales, porque jamás pensé que alguien pudiera remover así mis cimientos. Hasta ahora, mi vida ha sido un control absoluto sobre cada aspecto, sin dejar lugar a ningún tipo de vulnerabilidad. He sido un hombre decidido, que nunca duda y que se mantiene en una zona segura de poder y dominio. Pero Lara... no encaja en ninguna de mis reglas, ni forma parte de mis escapatorias nocturnas.

Sin darme cuenta, me descubro pensando de nuevo en su cara, y en cómo sus ojos parecen contener un mar de historias no contadas. También pienso en sus gestos cuando cree que nadie la observa y en esa mezcla de fuerza y fragilidad, que me hace querer descubrir cada secreto que guarda en su interior. Deseo tenerla cerca, pero a la vez, me aterra lo que podría llegar a sentir si me permito cruzar esa línea.

—Bueno, guapo, ya que no estás de humor, buscaré a alguien que sí lo esté —me dice Jessica, dedicándome una sonrisa lasciva adornada de carmín rojo antes de desaparecer entre la gente.

Me quedo solo en un rincón con una copa en mi mano y observando la sala. Las risas, el murmullo de conversaciones y el leve *clink* de las copas al chocar entre sí me rodean. En otra ocasión, este ruido de fondo sería suficiente para crearme una sensación de desconexión, pero hoy no. Hoy, todos mis pensamientos vuelven a ella una y otra vez y no puedo hacer nada para evitarlo. No me reconozco.

No sé cómo lo ha hecho, pero ha despertado en mí algo que llevaba demasiado tiempo dormido. Me he acostumbrado a la soledad, a vivir sin expectativas emocionales, y ahora todo eso se tambalea. Aceptar que Lara se ha convertido en alguien importante me hace sentir vulnerable y esa palabra es casi un insulto para mí. Respiro hondo y termino mi copa de un trago. El sabor amargo que baja por mi garganta me recuerda que soy un hombre acostumbrado a decidir y a trazar mi vida sin que nadie interfiera. Pero ahora, Lara está ahí, de una manera que no sé cómo sobrellevar. Y, aunque intento resistirme, hay algo dentro de mí, que desea dejar de

luchar y rendirme por completo.

Salgo del club sin mirar atrás, decidido a dejar el pasado ahí, entre esas paredes. La noche es fría, y el aire de Edimburgo parece más limpio, como si la ciudad misma me invitara a aclarar mis ideas. Me alejo, caminando entre las calles silenciosas a estas horas, mientras pienso en Emily, en su sonrisa tímida y en la manera en que Lara la está ayudando a que descubra un mundo que yo, por mucho que lo intente, no podría darle. Quizá, en el fondo, eso es lo que más me desconcierta. Lara ha traído algo a mi vida que no comprendo del todo, una conexión que va más allá de los placeres fugaces que suelo buscar. Me ha demostrado que no todo se soluciona con una noche de sexo, que hay vacíos que requieren algo más, algo que hasta ahora no me había atrevido a desear.

Mientras el eco de mis pasos resuena en las calles desiertas, tomo una decisión. No puedo permitir que este deseo me consuma sin hacer nada. Debo mirar de frente a lo que siento y entender qué significa este cambio. No sé cómo ni cuándo, pero algo me dice que no podré seguir huyendo de eso para siempre.

Capítulo 18

Lara

La cocina de la mansión es un espacio cálido, un rincón que parece resistir la frialdad del resto de la casa. Moira, la cocinera, ha insistido en que me tome un descanso, y con su habitual amabilidad, ha dejado una taza de té sobre la mesa de madera desgastada. Sus manos se mueven con soltura mientras se ocupa de sus quehaceres, y noto que el ambiente parece envolverse en ese aroma familiar a especias y pan recién hecho, que siempre acompaña sus horas en la cocina.

—Anda, siéntate un momento, cariño. No te vendrá mal un poco de té —me dice con esa voz que guarda una mezcla de calidez y autoridad.

Me acomodo en una silla, sintiéndome algo fuera de lugar, aunque la amabilidad de la cocinera logra relajarme. Me gusta este sitio, su sencillez y el contraste con el lujo de otras estancias de la casa. Moira se sienta frente a mí, dejando a un lado un trapo de cocina, y me lanza una mirada que mezcla curiosidad y algo que parece una necesidad de hablar de cosas que ha guardado durante demasiado tiempo.

—Lara, no sé si te habrán hablado de... la madre de Emily —comienza, con una pausa que denota un respeto profundo.

Niego con la cabeza, incapaz de decir nada. Hasta ahora, sabía poco sobre esa parte de la vida de Matt, más allá de algún detalle vago. Moira inspira y suspira a la vez, como si se preparara para abrir una puerta al pasado.

—Era una mujer... única. Bonnie era el tipo de persona que llenaba cada habitación con su sola presencia. Siempre estaba en movimiento, siempre con esa energía tan suya. Valiente, quizá demasiado —dice, con un tono que me resulta familiar. Es el mismo tono que se usa para hablar de alguien que ya no está, pero cuya memoria sigue tan viva que duele evocarla.

La imagino como una mujer fuerte, decidida, y siento una mezcla de respeto y tristeza. No me resulta difícil pensar en lo duro que debe haber sido para Matt perder a alguien así y, sin embargo, sigo escuchando en silencio, queriendo comprender más de esta historia que él nunca ha compartido conmigo.

—Le encantaban las motos, ¿verdad? —pregunto.

Moira asiente, y una pequeña sonrisa aparece en su rostro.

—Las motos eran su gran pasión. El señor siempre la apoyó, aunque le preocupaba la peligrosidad de lo que hacía. Pero Bonnie era de esas personas que viven al límite, como si no tuviera miedo de nada... hasta que Emily llegó. Ahí, creo que, por primera vez, se dio cuenta de que había algo más importante que su pasión por la velocidad.

Bebo un sorbo de té, dejando que las palabras de Moira resuenen en mi mente. Siento que cada frase que escucho de labios de la cocinera me va ayudando a crear una imagen, un poco borrosa aún, pero cada vez más nítida de la madre de Emily. Imagino a Bonnie enfrentándose a la maternidad y al mismo tiempo luchando con ese deseo de libertad que, según Moira, parecía imposible de contener para ella.

—¿Y cómo... cómo pasó todo? —me atrevo a preguntar, en un susurro que apenas interrumpe la paz de la cocina.

Moira suspira de nuevo y baja la mirada a la mesa antes de responder.

—Fue un accidente. Después de tener a la niña, Bonnie decidió volver a competir. Creo que sentía que una parte de ella se había quedado en ese mundo y necesitaba recuperarla. Pero... no tuvo suerte. El señor nunca se lo ha perdonado. Piensa que, si él hubiera insistido más, si le hubiera pedido que se quedara en casa, tal vez seguiría viva. —Hace una pausa, como si sus palabras hubieran drenado algo de ella—. Fue un golpe tan terrible, que fue como si una parte de él hubiese muerto también aquel día.

Un escalofrío recorre mi espalda mientras escucho las palabras de Moira. No sé si es por el modo en que me lo cuenta o por la solemnidad del ambiente, pero siento que estoy mirando en el alma de Matt, en ese rincón oscuro que se esfuerza en no dejar ver a nadie Ahora entiendo mejor esa frialdad que muestra y esa distancia con la que intenta protegerse de un dolor que nunca ha querido compartir.

—Debe haber sido duro —murmuro con la mirada fija en la taza de té, sintiendo una extraña conexión con ese dolor que lleva dentro.

—Para él y para la niña —dice Moira con un suspiro—. Esa pequeña... apenas era un bebé. No tiene recuerdos de su madre y eso es algo que siempre ha atormentado al señor. Él quiere darle todo, pero... ya sabes, hay cosas que no se pueden reemplazar —añade encogiéndose de hombros.

La ternura en la voz de Moira al hablar de la cría me conmueve y, al mismo tiempo, siento una punzada de tristeza. Puedo imaginarme lo sola que debe sentirse esa niña, buscando en los ojos de su padre un reflejo de algo que nunca conoció.

—Es una cría muy especial —digo, más para mí misma que para Moira, recordando sus miradas tímidas y la forma en que se ilumina cuando descubre algo nuevo a mi lado.

—Lo es, Lara. Lo es —afirma la cocinera, mirándome con una mezcla de esperanza y preocupación—. No quiero meterme en lo que no me importa, pero desde que llegaste, he notado algo distinto en el señor. Es como si, de alguna forma, te hubiera dejado entrar en su vida, aunque él aún no quiera admitirlo. —Sus ojos me escrutan, buscando en mi cara una respuesta.

No sé qué decir. Moira ha puesto en palabras algo que yo misma no sabía cómo definir, esa sensación de que, poco a poco, estoy entrando en sus vidas, en esa fortaleza que él ha construido para protegerse del mundo. Pero, al mismo tiempo, me pregunto si estoy preparada para algo así. Matt es un hombre herido, que arrastra una carga que, aunque me conmueve, también me asusta.

—No sé si es lo mejor para él —respondo con sinceridad—. No creo que él quiera que alguien... que yo... —Me detengo, incapaz de expresar todo lo que se me pasa por la cabeza. Me siento como una intrusa, y, sin embargo, algo me retiene aquí. Moira al escucharme, me sonríe con complicidad, como si entendiera mis dudas mejor que yo misma.

—A veces, cariño, no se trata de lo que queremos, sino de lo que necesitamos. Y ese hombre necesita más de lo que está dispuesto a admitir. Quizá tú puedas ser parte de eso.

Las palabras de la cocinera quedan suspendidas en el aire, como una invitación y una advertencia a partes iguales. Me quedo mirando la taza, observando el reflejo de la luz en el líquido, mientras intento asimilar todo lo que he escuchado.

—Gracias, por compartir esto conmigo —le digo finalmente, alzando la vista y viendo en sus ojos una especie de comprensión que va más allá de las palabras.

—Solo quería que lo supieras. Creo que el señor no es tan fuerte como quiere hacer

creer. Y la niña... bueno, ella también necesita a alguien que le muestre que el mundo puede ser un lugar seguro.

Sus palabras resuenan en mi cabeza y me dejan una sensación de ternura y responsabilidad que no había sentido antes. Me despido de Moira, agradecida por este momento y por la confianza que ha depositado en mí. Al salir de la cocina, siento algo nuevo, una mezcla de compasión, respeto y un deseo profundo de formar parte de la vida de esa niña y de su padre, aunque sea solo para ayudarles a sanar su dolor.

Camino hacia el ala oeste, esa que poco a poco ha dejado de ser una simple parte de la mansión para convertirse en un refugio. Al entrar en la sala de juegos, me invade un sentimiento de paz, una sensación de hogar que no esperaba encontrar aquí. Me quedo de pie, en silencio, observando el rincón que Emily y yo hemos creado juntas, ese espacio lleno de colores y dibujos que la niña ha elegido con tanto entusiasmo. Y pienso en Matt, en todo lo que lleva a cuestas y en lo difícil que debe ser para él dejar que alguien se acerque. Pero una parte de mí, quizá la parte más vulnerable, quiere intentarlo. Quiere estar ahí, no solo para su hija, sino también para él, aunque eso signifique enfrentarme a mis propios miedos y a los suyos.

Capítulo 19

Matt

De vuelta a la mansión, el silencio de las primeras horas de la mañana me recibe con una calma inquietante. El eco de mis pasos resuena sobre el mármol y, por un momento, me detengo, observando la vasta extensión de paredes y techos altos que tengo frente a mí. Siempre he sentido que esta casa es más que un edificio; es como un reflejo de mí mismo, con sus zonas frías y oscuras, y esos espacios que nadie se atreve a llenar. Hasta ahora, me parecía un lugar perfecto para vivir sin distracciones ni sorpresas.

Sin embargo, mientras camino hacia el ala oeste, empiezo a percibir algo diferente en el ambiente, un cambio sutil que me desconcierta. Al cruzar el umbral, lo veo. Es apenas un detalle aquí, otro allá: una manta colorida sobre el sillón, algunos cojines nuevos, dibujos de planetas y estrellas en las paredes que han debido de ser idea de Emily… o de Lara. Hay una calidez en cada rincón que antes no existía, una sensación de vida que yo había desterrado de esta parte de la casa. Durante años, el ala oeste ha sido un espacio que he evitado, porque me recordaba de manera constante lo que ya no estaba. Y ahora, en cambio, el ambiente se ha vuelto tan acogedor que me siento casi fuera de lugar.

Observo el rincón que ambas han transformado en sala de juegos y me asalta una oleada de nostalgia, de esas que te golpean sin previo aviso. Recuerdo la ilusión de Bonnie cuando hablaba de cómo decoraría la casa para cuando Emily empezara a crecer, los colores que imaginaba y las ideas que nunca llegaron a materializarse. Todo eso quedó enterrado junto a ella. Pero aquí, en este rincón que Emily y Lara han construido, siento una calidez que no puedo ignorar. Quizás porque, sin pretenderlo, Lara ha conseguido algo que yo no me he permitido: darle a mi hija un lugar donde pueda ser ella misma, un espacio que ya no lleva el peso de mis recuerdos ni la sombra de la ausencia.

—Se ha esforzado —murmuro casi para mí, mientras recorro el espacio con la mirada.

Justo en ese momento, oigo como la puerta se abre detrás de mí y me giro, alertado por el ruido. Es Lara, que parece haberse detenido en seco al verme ahí, como si no se esperara encontrarme en su territorio. Nos miramos un segundo y me doy cuenta de que me resulta imposible apartar los ojos de ella. Tiene algo en la mirada, una mezcla de calma y vulnerabilidad, que me atrapa, pero también me incomoda.

—¿Te gusta cómo ha quedado? —me pregunta expectante.

No sé qué responder. Jamás me había planteado opinar sobre estos cambios. Pero al ver su expresión, esa pequeña chispa de orgullo que intenta ocultar, siento una necesidad extraña de decir algo que, por alguna razón, no logro formular.

—Es... diferente. Emily parece feliz aquí —respondo, sin añadir nada más.

Lara asiente y, por un instante, me parece que busca algo en mis ojos, una especie de aprobación que no sé si estoy dispuesto a darle. Sin embargo, hay algo en su presencia que me hace bajar la guardia, como si su mirada, tan directa y sin reservas, derribara mis defensas.

—Emily es especial —dice y sus palabras se deslizan con una naturalidad que me descoloca. Ella no usa términos grandilocuentes ni trata de impresionarme. Simplemente expresa lo que siente y eso me desconcierta.

Asiento, sin saber qué más añadir. Mi hija lo es todo para mí y verla ahora, jugando en este espacio que Lara ha creado, me genera una extraña mezcla de emociones. Me siento agradecido, sí, pero también incómodo, como si ella estuviera invadiendo un territorio que había mantenido a salvo de cualquier implicación emocional.

—Gracias por... esto —le digo finalmente y noto que mis palabras suenan casi como las dijera a regañadienes.

Lara sonríe con sinceridad o eso, al menos, me parece a mí. Y eso me descoloca aún más. A su lado, siento que cada palabra que digo suena torpe e inadecuada, como si no fuera capaz de expresarme con la seguridad que siempre he tenido.

—Emily es una niña maravillosa —añade con una ternura en la voz que, por alguna razón, me cala hondo—. Se merece un espacio que le dé libertad para ser ella misma.

En ese instante, el silencio vuelve a instalarse entre nosotros, y noto cómo su mirada se desvía de mí hacia los dibujos en la pared, como si tratara de darme espacio para procesar lo que acaba de decir. Es en momentos como este cuando me doy cuenta de cuánto he evitado situaciones así y de cuántas veces he preferido alejarme antes que abrirme siquiera un poco. Con Bonnie todo fue distinto; nuestra vida era un torbellino de emociones, de risas y discusiones, pero con Lara… Siento que me atrae de una forma más sutil e íntima, y eso me desconcierta.

—Parece que te importa más de lo que querrías—me dice de repente, con una media sonrisa que me saca de mis pensamientos.

La miro, tratando de encontrar una respuesta que me devuelva a esa sensación de control que tanto aprecio, pero nada de lo que se me ocurre parece encajar en esta conversación. Así que, en lugar de responder, me quedo en silencio, observándola, intentando descifrar qué es exactamente lo que ella significa en mi vida ahora.

—No tienes que agradecerme nada —añade, con una suavidad en la voz que no esperaba —. Hago esto porque... bueno, porque siento que Emily merece un espacio así. Y porque... creo que tú también lo necesitas, además… me has contratado para eso, ¿no?

Sus palabras me atraviesan. Ella no me está pidiendo nada, ni espera reconocimiento, y eso me hace sentir vulnerable, algo que me resulta intolerable. He pasado años construyendo esta imagen de mí para no depender de nadie y evitar la decepción. Y ahora, en cambio, aquí está ella, desmantelando todas mis defensas, no con exigencias, sino simplemente siendo ella misma.

—Quizá tengas razón —admito, en un tono bajo.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo y en ese cruce de miradas siento una conexión que me obliga a replantearme muchas cosas. Ella tiene esa calma que tanto necesito y, al mismo tiempo, me desestabiliza de una forma que no puedo explicar. Me sorprende la intensidad de este deseo por alguien que parece tan diferente a todo lo que conozco y a todo lo que creía querer. Una parte de mí ansía tocarla, sentir la calidez que desprende su piel, pero eso mismo me hace retroceder un paso, consciente de que estoy cruzando una línea que no debo permitirme cruzar.

—Será mejor que me vaya —digo a media voz.

Ella asiente, como si entendiera la razón de mi retirada sin que yo tenga que explicarla. Pero mientras me alejo, siento el peso de su mirada en mi espalda, y en mi interior crece la sensación de que esta historia, la nuestra, no ha hecho más que empezar.

Capítulo 20

Lara

El ala oeste resplandece con un aire renovado y cálido, ahora cada rincón rebosa de vida y color. Las paredes, decoradas con los tonos y dibujos que Emily y yo elegimos, parecen desprender una luz propia. Mientras recorro el espacio redecorado, siento una una satisfacción casi infantil al detenerme a admirar cómo todo ha cobrado forma. Es como si esta parte del ala oeste, por fin, hubiera despertado después de un largo letargo.

Con Moira hemos preparado una pequeña sorpresa para Emily y Matt. En la cocina, mientras ella supervisa el pastel que hornea y que hemos preparado con mucho cariño, no deja de lanzarme miradas cómplices.

—Estoy segura de que Emily estará encantada, y el señor… bueno, a él también le vendrá bien un poco de alegría —dice Moira, con una sonrisa que parece adivinar más de lo que yo misma sé.

—Eso espero. Me encantaría ver a Emily disfrutar de este espacio que hemos creado juntas —le respondo, tratando de disimular la mezcla de emoción y nervios que me recorre de arriba abajo.

Al rato, Moira saca el bizcocho del horno y el dulce aroma se adueña de la cocina, envolviendo el ambiente en un calor hogareño, que me llena de una calma indescriptible. Todo está listo. Solo falta que lleguen ellos.

Poco después, cuando hemos preparado la zona del ala oeste para la pequeña sorpresa que queremos darles, escucho pasos en el pasillo. Me doy la vuelta y veo a Emily, que entra con una sonrisa de oreja a oreja, seguida de Matt, quien parece algo desconcertado al ver los detalles que hemos preparado. Sus ojos recorren el lugar y, por un momento, percibo en su gesto una expresión de sorpresa, casi como si no terminara de creerse que este rincón de la casa sea real.

—¿Qué os parece? —pregunto, con una mezcla de nervios y expectación, mientras observo cómo Emily contempla el lugar con los ojos brillantes por la emoción.

—Es… ¡precioso! —exclama la niña y, sin pensárselo dos veces, se lanza a inspeccionar cada detalle: los cojines, los dibujos y los rincones llenos de color que hemos creado.

Matt se mantiene en silencio y, cuando nuestras miradas se cruzan, veo en sus ojos algo que me conmueve profundamente. No es solo sorpresa; porque percibo una gratitud silenciosa que me hace sentir que todo el esfuerzo ha valido la pena. Se le nota incómodo, pero en su gesto también hay una expresión de serenidad, como si este pequeño rincón hubiera logrado desarmarlo, aunque solo sea por un instante.

—Emily, ven, mira lo que hemos preparado con Moira —le digo a la niña, señalando el pastel que espera en la mesa, decorado con pequeños trozos de frutas y nata.

La cría se acerca con curiosidad y deja escapar una exclamación de alegría al ver el pastel. Sus ojos brillan con una emoción que hace que el ambiente se llene de un entusiasmo sincera, de esas que solo los niños pueden provocar. La ternura en su cara me llena de una

sensación que apenas sé cómo describir. Todo este esfuerzo, todos los momentos de trabajo, de planificación y de decoración, cobran sentido solo con verla así de feliz.

—Gracias, Lara. Nunca había tenido un sitio tan bonito —dice Emily con una voz tímida, mientras se sube a una silla para alcanzar mejor el pastel.

—Me alegra que te guste, cariño. Este rincón es tuyo —le digo, con una sonrisa que espero que refleje la emoción que siento al verla tan contenta.

Matt nos observa desde el otro lado de la mesa con expresión relajada, casi distante, pero con una suavidad en la mirada que me sorprende. Nos quedamos un momento en silencio, disfrutando de la presencia del otro, mientras Emily toma su trozo de pastel y se ríe al mancharse la nariz de nata.

—Tienes… algo aquí —le digo, acercándome para limpiarle la nariz con un paño. Emily se ríe aún más y su risa contagiosa llena el espacio y siento que el ambiente se llena aún más de luz.

—Gracias —me susurra Matt, en un tono bajo, sin mirarme directamente.

Le dedico una breve sonrisa, sintiendo cómo su voz resuena en mí de una manera que apenas comprendo. Su agradecimiento es apenas un susurro, pero en él percibo un mundo de emociones que parece empeñado en ocultar. Y, sin embargo, aquí estamos, compartiendo una tarde que, aunque sencilla, tiene una intensidad que hace que todo sea distinto.

A lo largo de la tarde, Emily corre y juega, inventando historias en las que cada rincón de esta nueva zona, diseñada especialmente para ella, es parte de un universo imaginario. Matt y yo la seguimos con la mirada, sonriendo ante su entusiasmo. De vez en cuando, nuestros ojos se encuentran, y cada cruce de miradas es una especie de conversación silenciosa que, de alguna manera, refuerza esa conexión que va creciendo entre nosotros.

—Parece que se lo está pasando bien.

—Hacía mucho que no la veía tan… despreocupada —me responde en un tono que denota una mezcla de alivio y melancolía—. Creo que le hacía falta algo así.

Asiento, observando cómo la niña juega con una muñeca de trapo, inventando conversaciones que solo ella entiende. Es como si este rincón se hubiera convertido en su lugar seguro, algo que me llena de satisfacción.

—Tú también lo necesitabas —murmuro, más para mí que para él.

Matt me mira con una expresión que no sé bien cómo interpretar. Parece sorprendido, pero también veo en su mirada una chispa de vulnerabilidad que no suele mostrar. Por un momento, siento que estoy viendo al verdadero Matt, al hombre que se esconde detrás de esa armadura de frialdad y distancia, que se impone cada día.

—Puede que tengas razón —admite, en un tono tan bajo que apenas consigo escuchar.

Nos quedamos en silencio, y siento cómo esa tensión no resuelta entre nosotros se hace más palpable, como un hilo invisible que se va tensando cada vez más. No es solo atracción lo que Matt me despierta; es algo más profundo, una conexión que me inquieta y me emociona por igual. Me observa, y en sus ojos percibo una mezcla de deseo y duda, como si estuviera luchando contra algo que no puede controlar y que yo me muero por conocer.

Emily vuelve a acercarse rompiendo este momento de no sé qué que se ha creado entre él y yo, y siento un ligero alivio. Quizás no estoy preparada para enfrentarme a lo que acaba de ocurrir entre nosotros, esa chispa que se ha encendido de repente y que amenaza con salirse de control.

—¿Podemos hacer esto más veces? —pregunta Emily, mirándonos con una sonrisa que ilumina su carita.

—Claro que sí, princesa —le responde Matt, sin apartar la vista de ella y le sonríe. Y, por un momento, parece haber olvidado toda la carga que lleva encima y todo el dolor que arrastra desde hace años.

Mientras observo a padre e hija, una sensación de satisfacción y calidez me invade. Y siento que, de alguna manera, he empezado a formar parte de esta pequeña familia improvisada. Aunque no lo admita, sé que Matt ha comenzado a abrirse y a dejar que el dolor vaya cediendo, y eso me llena de una esperanza que no esperaba sentir.

La tarde avanza y el tiempo parece detenerse en este rincón de la casa. Los tres compartimos algo que va más allá de las palabras, un momento lleno de emociones, que ninguno de nosotros se atreve a romper. Mientras Emily juega, y Matt y yo nos observamos en silencio, siento que este instante tiene algo de mágico, como si fuera un primer paso hacia algo que aún no sé demasiado bien qué es.

Cuando finalmente llega el momento de despedirnos, Emily se me acerca y me abraza. Siento sus brazos rodeándome y me sorprende la calidez de su gesto y la confianza que parece depositar en mí sin reservas. Le acaricio el pelo, sintiendo cómo ese abrazo pequeño y sincero llena un hueco en mi corazón que ni siquiera sabía que existía.

—Gracias, Lara —me susurra al oído y en su voz percibo una ternura que me llega al corazón y logra conmoverme.

Me despido de Matt, intentando que el momento no se prolongue más de lo necesario, consciente de la tensión que aún flota en el ambiente. Sin embargo, mientras me alejo en dirección a la casa de invitados, sé que algo ha cambiado entre nosotros. No sé en qué dirección nos llevará esto, pero una parte de mí siente que este rincón de la mansión se ha convertido en algo más que un espacio decorado; es un punto de encuentro, un lugar donde, por fin, las barreras empiezan a desmoronarse.

Capítulo 21

Matt

La casa está en silencio, salvo por el crujido de los troncos en la chimenea. Lara y yo nos hemos quedado aquí después de la cena, en una especie de pacto silencioso. Emily ya duerme, y en el salón solo estamos Lara y yo, frente al fuego. La luz de las llamas proyecta destellos cálidos sobre los muros y da a la estancia una sensación acogedora que no había sentido desde hace años.

Ella está sentada a mi lado en el sofá, con una copa de vino entre las manos y parece completamente cómoda en el entorno, como si este lugar siempre hubiera sido suyo. Observa el fuego con una expresión tranquila y noto cómo sus hombros caen ligeramente hacia adelante relajados. Hay algo en su manera de estar que despierta en mí una calma que no suelo permitirme. La veo mirarme de reojo y su sonrisa leve me desarma de una forma que no comprendo.

—Ha sido una tarde agradable —comenta en voz baja, como si temiera romper la paz que envuelve el salón.

Asiento, sin saber muy bien qué decir. La imagen de Emily riendo y corriendo por el ala oeste aún flota en mi mente, como una postal de algo que jamás pensé que vería en esta casa. Me sorprende cómo un simple rincón redecorado ha traído consigo tanta vida y tanto color. Y Lara… ella ha sido el catalizador de todo esto.

—A Emily le ha encantado. Y creo que a ti también —añado intentando que mi tono sea lo suficientemente neutral.

Lara suelta una leve risa y asiente sin mirarme directamente. Su perfil recortado por la luz del fuego tiene una belleza serena que no había percibido antes. El silencio entre nosotros no es incómodo, al contrario, y me doy cuenta de que busco alguna señal en ella de que este momento significa algo más.

—Es un lugar especial —dice finalmente—. Creo que, en cierto modo, Emily y yo lo necesitábamos… Sí, supongo que yo también.

La forma en que lo dice, con esa sinceridad casi ingenua, me sorprende. Miro cómo sujeta la copa, cómo sus dedos rozan el cristal con suavidad, y siento una oleada de deseo que me toma por sorpresa. No es un deseo impulsivo ni vacío, como el que he sentido tantas veces en el club. Esto es distinto; es una mezcla de atracción física y algo más profundo que me desconcierta.

—Lara, no sé cómo lo has hecho, pero has logrado que esta casa parezca… distinta —murmuro, sin saber si debería decirlo, pero incapaz de no compartirlo con ella.

Ella me mira y en su expresión veo algo que me atrapa. Es una mezcla de gratitud y algo que no alcanzo a descifrar, pero que parece encerrar una especie de vulnerabilidad que no esperaba de ella. Nos quedamos mirándonos en silencio y siento cómo el ambiente se va cargando, volviéndose más denso e íntimo. Es como si, de alguna forma, este salón y este

instante, se hubieran convertido en una especie de refugio solo para nosotros dos.

—No ha sido solo cosa mía. Esta casa… tiene su propia historia. Yo solo he intentado ayudar a que Emily y tú tengáis un lugar donde estar tranquilos, donde podáis… —se interrumpe, como si no supiera cómo continuar.

—¿Dónde podamos qué? —pregunto a media voz.

Ella aparta la mirada, pero la veo morderse el labio, como si se estuviera debatiendo consigo misma. Siento un impulso irrefrenable de acercarme más a ella y descubrir qué es lo que está pensando. Por suerte, no suelo permitirme este tipo de impulsos y, sin embargo, aquí estoy, dejando que esta mujer me lleve a terrenos que no he pisado en mucho tiempo.

—Donde podáis ser vosotros mismos —dice finalmente, con un tono suave, casi en un susurro.

La distancia entre nosotros parece disminuir por sí sola. Su cara está tan cerca que puedo ver el brillo de sus ojos reflejando las llamas. En su mirada hay algo que me llama a atravesar esa línea que sé que no debería cruzar. Mi cabeza me grita que me detenga, que no deje que esta mujer penetre más allá de las barreras que he levantado. Pero una parte de mí, una parte que creía enterrada, clama por dejarme llevar.

—Lara… —empiezo, sin saber muy bien cómo continuar.

Ella me observa, sin apartar la mirada de mí. La tensión entre nosotros se vuelve casi palpable, como una fuerza que nos atrae y que, al mismo tiempo, nos retiene en ese instante, suspendidos entre el deseo y la duda. Mi mente me advierte del riesgo que podría significar abrirme de nuevo, pero mi cuerpo parece decidido a ignorar todas esas advertencias.

Lara cierra los ojos y es como si esa pequeña acción fuera una invitación silenciosa. Me inclino hacia ella, movido por una necesidad que va más allá de lo físico. Solo quiero sentir su cercanía, comprobar que este momento es real. Mis dedos rozan los suyos y en ese contacto mínimo, siento una electricidad que recorre todo mi cuerpo. Es algo tan intenso que apenas soy capaz de contenerlo. Pero me detengo, a escasos centímetros de ella, y contemplo su expresión tranquila y vulnerable a la vez. En este instante, no quiero nada más que besarla, perderme en su piel y dejarme llevar por una pasión que no había sentido en años. Pero algo en mí se resiste, algo que me recuerda el dolor que he arrastrado durante tanto tiempo y el riesgo que implica dejar que alguien vuelva a entrar en mi vida.

—Matt… —me susurra en un tono que es casi una súplica.

Ese susurro es suficiente para romper lo poco que queda de mi autocontrol. No sé en qué momento he dejado de ser dueño de mí mismo, pero sé que, si doy un paso más, no habrá vuelta atrás, porque en Lara veo algo más que una atracción pasajera. Veo a alguien que me desarma y me hace querer ser mejor, alguien que despierta en mí una esperanza que creía muerta.

Me aparto lentamente de ella e intento recuperar la calma que he perdido. La observo una última vez, viendo en sus ojos una mezcla de decepción y comprensión que me desarma. Me ofrece una sonrisa tenue, como si entendiera todo lo que no soy capaz de decirle.

—Creo que… es mejor que me vaya a mi habitación —murmuro, sin atreverme a mirarla a los ojos.

Ella asiente, en silencio, y su mirada me sigue mientras me levanto del sofá e intento recomponerme. Doy unos pasos y, aunque sé que retirarme es lo correcto, una parte de mí siente que estoy dejando escapar algo importante, algo que podría haber sido diferente si me hubiera atrevido a cruzar esa línea.

—Que descanses, Lara —digo, intentando que mi voz suene firme, aunque por dentro siento una lucha que apenas soy capaz de controlar.

—Buenas noches —responde, con una voz suave que queda suspendida en el aire, como un eco de todo lo que no hemos dicho.

Salgo del salón y recorro el pasillo en silencio, con el eco de nuestras miradas y de nuestras palabras aún resonando en mi mente. Al llegar a mi habitación, cierro la puerta y me dejo caer en el borde de la cama, sintiendo el peso de todo lo que acabo de reprimir. La atracción que siento por ella es innegable, pero el miedo a abrirme y a volver a exponerme al dolor, es igual de poderoso.

Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de convencerme de que he tomado la decisión correcta. Pero en mi mente no hay lugar para la tranquilidad. Solo quedan los recuerdos de su mirada, de la calidez de su mano rozando la mía, y de ese instante en el que, por un momento, creí que podría dejar el pasado atrás.

Capítulo 22

Lara

Desde aquella tarde en la fiesta de inauguración del ala oeste, siento que algo dentro de mí se ha removido, como una caja llena de recuerdos que, de repente, se ha abierto sin previo aviso. Todo empezó cuando vi a Emily sonreír con esa despreocupación tan pura y sincera. Hay algo en esa niña que me llega al alma, quizá porque me veo reflejada en su mirada o en su búsqueda de cariño y seguridad. No obstante, debo reconocer que esta conexión que tengo con ella no es casual; creo que ambas compartimos una necesidad profunda de sentir que pertenecemos a algún lugar y que tenemos a alguien que realmente nos valora.

Mientras observo cómo los primeros rayos de la mañana acarician el jardín de la casa de invitados desde la ventana de mi habitación, me asaltan recuerdos de mi niñez que creía haber enterrado. La figura de mi madre me viene a la cabeza. Yo, como Emily, me crié sin madre, porque la mía decidió marcharse cuando yo aún era una niña y me dejó con mi padre y con un vacío que nunca he logrado llenar. No hubo despedida ni explicaciones, solo una ausencia que fue tomando forma y peso con el tiempo. Y ahora, de algún modo, todo esto ha vuelto de nuevo a mí.

Mientras doy vueltas a mis recuerdos, escucho un golpeteo suave en la puerta de mi casita. Abro y veo a Moira, con una expresión amable y una tetera humeante en una de sus manos.

—Pensé que te vendría bien un poco de compañía —me dice, entrando sin esperar a que la invite a entrar.

Me siento en la cama mientras ella se acomoda en el sillón junto a la ventana, dejando la tetera sobre la mesa. Moira tiene esa mirada cálida que invita a hablar, a abrirse y, en este momento, siento una necesidad casi desesperada de hacerlo.

—Moira… —empiezo, sin saber muy bien cómo expresar lo que me pasa. Ella me observa en silencio, y en sus ojos veo una empatía que me da el valor para continuar hablando—. ¿Sabes? A veces pienso en mi madre y en cómo decidió irse, dejando atrás… todo —le cuento con la voz temblorosa. No suelo hablar de esto. La verdad es que es un tema que siempre he evitado. Pero aquí, en esta casa y con Moira, me siento segura y sé que ella no me juzgará.

Moira asiente, sin decir nada, dejándome espacio para seguir.

—No fue solo ella —añado—. Toda mi vida he sentido que las personas que deberían haber estado a mi lado se han acabado marchando en un momento u otro de mi vida. Mi madre se fue cuando más la necesitaba, y, años después, me pasó algo similar con… él. —Mi voz se apaga en un susurro al recordar a Henry, mi ex, ese hombre en quien confié ciegamente y que, al final, no dudó en traicionarme.

Moira me mira, sin rastro de sorpresa, como si intuyera cada palabra que estoy a punto de decir.

—Entiendo esa sensación, cariño. Las heridas del pasado a veces se aferran a nosotras

como sombras, pero no tienen por qué definir quiénes somos —me dice con una voz que emana comprensión y consuelo.

La posibilidad de dejar atrás ese dolor y soltar esa carga, me resulta casi inconcebible. He convivido con esta herida durante tanto tiempo que casi me parece que forma parte de mí.

—Es fácil decirlo, Moira, pero… ¿cómo se hace? ¿Cómo se suelta algo que llevas tan dentro? —le pregunto, sin poder evitar que un matiz de desesperación se cuele en mi voz.

Ella me sonríe con ternura y, sin prisa, toma mi mano entre las suyas.

—A veces, es cuestión de dejar entrar a quienes de verdad se preocupan por ti. Permitir que los demás te muestren que mereces ser querida. No necesitas enfrentarte a esto sola. Las personas que valen la pena estarán ahí para ayudarte a recuperarte, pero tienes que darles esa oportunidad.

Las palabras de Moira calan en mí, como si cada una de sus frases deshiciera un nudo en mi interior. Me he protegido durante tanto tiempo que he olvidado lo que es abrirse y confiar plenamente en alguien. Pero verla aquí, con esa mirada llena de compasión, me hace sentir que tal vez puedo empezar a dejar ir algo de ese dolor.

—Supongo que por eso conecto tanto con Emily —murmuro más para mí que para ella.

Moira asiente, sin rastro de sorpresa.

—Emily ve en ti algo que le resulta familiar. Para ella eres un refugio, una presencia que le da calma y seguridad. Y tú, querida, también encuentras en ella una especie de consuelo. Es como si ambas estuvierais curando viejas heridas juntas.

Las palabras de Moira me llegan al corazón. Tiene razón; con Emily siento una conexión que no sé cómo explicar, porque siento como si ambas nos encontráramos en ese punto donde el dolor y el consuelo se encuentran.

—Pero… a veces temo involucrarme demasiado —le confieso en un susurro, temiendo las implicaciones de mis propias palabras—. No sé si estoy preparada para abrirme así y arriesgarme a sentir que pertenezco a algo… otra vez.

Moira me observa con un gesto comprensivo y aprieta suavemente mi mano.

—No tienes que decidirlo ahora. Solo date tiempo y deja que las cosas fluyan. Pero no te cierres a la posibilidad de encontrar algo que te dé paz y te haga feliz. Eres joven y tienes mucho que ofrecer… No tienes por qué cargar con todo ese dolor sola.

Nos quedamos en silencio y siento que esa carga que he arrastrado se hace un poco más ligera. Moira tiene razón. Quizás, después de todo, no necesito resolverlo todo de una vez, ni tampoco ser fuerte siempre.

—Gracias —murmuro con la sensación de que mis palabras se quedan cortas ante todo lo que me ha dado esta conversación.

Ella me sonríe con una calidez que me envuelve por completo.

—No tienes que agradecerme nada, querida. A veces, solo necesitamos que alguien nos recuerde lo fuertes que somos en realidad.

Mientras Moira se levanta y sale de la habitación, siento una paz que no había experimentado en mucho tiempo. Sus palabras han dejado una marca en mí, una invitación a permitir que el pasado quede en su lugar y a abrirme a un futuro en el que, quizás, pueda encontrar algo más que dolor.

Capítulo 23

Matt

El club está lleno, como siempre, aunque eso no impide que todo aquí parezca diseñado para dar una falsa sensación de intimidad. Las luces tenues, el aire cargado con notas de sándalo y cuero y las risas bajas, que se mezclan con susurros. Este lugar ha sido mi refugio durante años, un espacio donde todo se reduce a lo físico y donde las emociones quedan fuera. Aquí nadie pregunta, nadie espera nada más que lo que estás dispuesto a dar. Sin embargo, hoy todo me resulta diferente. Extraño. Me siento fuera de lugar, como si algo en mí ya no encajara en este ambiente, el mismo que antes me ofrecía una escapatoria perfecta de mi vida.

Estoy en uno de los salones principales, apoyado en la barra, con un vaso de whisky en la mano, que ni siquiera he probado. A mi alrededor, las escenas habituales se desarrollan sin reservas: parejas y tríos que se buscan, se encuentran y se entregan al placer sin más expectativas. Siempre he admirado la simplicidad de estas interacciones, pero esta noche, esa simplicidad la siento como una barrera.

—¿No piensas unirte esta noche? —me pregunta una voz femenina a mi lado.

Es Jessica, una de mis conocidas más habituales aquí. Su sonrisa insinuante de carmín rojo está ahí, como siempre, aunque esta vez noto algo más en ella: una curiosidad que no busca seducirme, sino respuestas. Me mira como si no terminara de comprender por qué estoy aquí de nuevo, si, como la última vez, no tengo intención de participar.

—No, hoy no —respondo, con un tono que pretende ser casual, aunque en realidad no sé muy bien qué hago aquí.

Jessica arquea una ceja y se apoya en la barra a mi lado. Su vestido negro, ajustado y elegante parece diseñado para acaparar miradas, pero la mía sigue fija en el vaso que sostengo en una de mis manos.

—Últimamente pareces… distraído —dice intentando no sonar demasiado inquisitiva.

—Solo estoy pensando —murmuro, aunque sé que mi respuesta no complace su pregunta.

Ella se encoge de hombros y, tras un breve momento, se aleja, perdiéndose entre la multitud. Me quedo solo, con el murmullo del club como único acompañante, y dejo que mi mirada vague por la sala. Veo a un hombre al otro lado del salón acariciar el cuello de una mujer mientras otra le susurra algo al oído. Más allá, un grupo ríe y coquetea entregándose a los movimientos perfectamente coreografiados en esta danza que todos aquí conocen tan bien. Antes, habría visto esta escena como una invitación, una promesa de desconexión y de alivio. Ahora, sin embargo, lo único que siento es una especie de vacío.

Mis pensamientos regresan a Lara. No sé cómo lo ha hecho, pero su presencia en mi vida ha empezado a desplazar cosas que llevaba años evitando. Su sonrisa, su calma y esa forma tan natural de conectar con Emily… Todo en ella parece diseñado para recordarme que hay algo más allá de este lugar, algo que podría ser mejor, pero que también conlleva un riesgo que no

estoy seguro de querer asumir.

Bebo un sorbo de mi vaso, más por necesidad de hacer algo que por gusto. El líquido me quema al bajar por mi garganta, pero no lo suficiente como para ahogar lo que siento. Cierro los ojos por un instante y la veo, tal y como estaba sentada frente a la chimenea anoche, con esa luz cálida resaltando la suavidad de sus rasgos. Recuerdo cómo se inclinó hacia adelante, cómo sus palabras parecían deslizarse sin esfuerzo desde sus labios, como si hablara directamente a esa parte de mí que llevo años intentando enterrar.

La imagen de ella se mezcla con la de Emily, corriendo por el ala oeste, con la risa de alguien que empieza a descubrir lo que significa ser feliz. No puedo evitar pensar en cómo mi hija, que siempre había sido tan reservada, ahora sonríe con una despreocupación que antes solo imaginaba en mis sueños.

Pestañeo y me doy cuenta de que sigo en el club. El contraste entre este lugar y los recuerdos que acaban de atravesarme es casi abrumador. Aquí todo es físico y pasajero. Allí, con Lara y Emily, hay algo que es más real y permanente. Pero eso también me aterra.

—¿Matt? —otra voz me saca de mis pensamientos.

Es Ethan, uno de los socios más antiguos del club. Su expresión es curiosa, aunque no tan incisiva como la de Jessica.

—¿Todo bien? —me pregunta, señalando mi vaso medio lleno.

—Sí, todo bien —respondo automáticamente.

Ethan no insiste. Simplemente asiente y se marcha, dejándome solo de nuevo. Y agradezco su discreción, porque no sabría cómo explicarle lo que está pasando por mi cabeza. Ni siquiera yo lo entiendo del todo.

Miro a mi alrededor una vez más. Las risas, los gestos, las caricias, los jadeos… Todo aquí me parece vacío esta noche, como un eco que se ha repetido tantas veces que ha perdido su significado. Antes, este lugar me daba lo que necesitaba: un espacio donde todo era simple, donde el placer era un fin en sí mismo y las emociones no tenían cabida. Pero ahora, me pregunto si realmente necesito esto para seguir adelante.

Lara ha incorporado algo a mi vida que no sé cómo manejar. Con ella, todo es más complicado, pero también más… auténtico. Su presencia me desafía, me empuja a salir de esa burbuja en la que he vivido durante tanto tiempo. Y aunque parte de mí quiere resistirse, otra parte no puede evitar sentirse atraída por lo que podría significar abrir esa puerta.

Termino el whisky de un trago y dejo el vaso en la barra antes de levantarme. No voy a quedarme aquí más tiempo. Este lugar ya no tiene nada que ofrecerme. Mientras me dirijo a la salida, siento que estoy dejando atrás una parte de mí que ya no me sirve, aunque todavía no sepa qué voy a encontrar al otro lado.

La noche de Edimburgo me recibe con un aire fresco que despeja un poco mi mente. Camino por las calles empedradas, con el eco de mis pasos como única compañía. Pienso en Lara, en Emily y en todo lo que he estado evitando durante tanto tiempo. Y por primera vez en años, me permito plantearme tener algo diferente en mi vida. Algo que no esté basado en el miedo o en la necesidad de escapar. Todavía no sé si estoy listo para dar ese paso, pero una cosa es segura: este lugar y esta vida que he llevado hasta ahora ya no es suficiente para mí.

Capítulo 24

Lara

Emily me observa con atención mientras extiendo las muestras de papel pintado sobre el suelo. Su curiosidad es casi enorme, por lo que no puedo reprimir una sonrisa al verla tan concentrada en algo que, para mí, es solo una parte del trabajo. La niña señala un papel que tiene un dibujo de flores pequeñas y cuando me inclino para mirarlo más de cerca, su voz se eleva con una mezcla de entusiasmo y timidez.

—¿Crees que quedaría bien en la pared del rincón de las estrellas? —me pregunta con los ojos brillantes por la expectación.

—Podría ser bonito. Aportaría algo de suavidad a ese espacio, ¿no crees? —le respondo, siguiendo el hilo de su imaginación y disfrutando del entusiasmo que pone en cada detalle de la decoración del resto del ala oeste.

Emily asiente con energía y vuelve a inclinarse sobre las muestras de papel. Su interés por este proyecto me llena de una satisfacción que no esperaba. Cada vez que compartimos momentos como este, siento que nuestra conexión crece y, aunque intento mantener en una postura profesional, es imposible no encariñarme con ella. Hay algo en Emily que despierta en mí un instinto protector que nunca había sentido de manera tan intensa.

El sonido de unos pasos que se acercan por el pasillo, me pone en alerta. Levanto la mirada justo cuando Matt aparece en el marco de la puerta. Va vestido de forma casual, con una camisa remangada hasta medio brazo y unos vaqueros oscuros. Su presencia llena la estancia con una intensidad que altera la calma que sentí hasta que ha llegado. Se detiene un instante y nos observa desde la distancia, y noto que su mirada se suaviza al ver a Emily tan concentrada.

—¿Interrumpo algo? —nos pregunta en un tono que parece más bien una disculpa.

—No, en absoluto. Emily y yo estamos decidiendo cómo terminar de decorar este rincón —respondo mientras señalo las muestras de papel pintado esparcidas frente a nosotras.

Él entra en la sala y se acerca hasta nosotras con pasos lentos, como si temiera romper el ambiente que hemos creado. Cuando se agacha junto a Emily para mirar las muestras, siento un nudo en el estómago. Hay algo en la forma en que interactúa con ella, en cómo la escucha con atención y deja que sus opiniones sean las protagonistas, que me resulta irresistible.

—¿Y tú qué opinas, papá? —le pregunta Emily con esa inocencia tan suya que parece desarmarlo por completo.

—Creo que lo que tú elijas estará perfecto —le responde y le dedica una sonrisa que rara vez veo en él.

Ese pequeño gesto y esa conexión tan natural entre ellos, me conmueve por completo. Pero también me recuerda por qué debo mantener las distancias. Matt tiene una capacidad inquietante de hacerme sentir cosas que no quiero sentir, y cuanto más tiempo paso con él y con la niña, más difícil me resulta ignorar esa atracción que siento y crece cada día.

—Voy a buscar un vaso de agua —digo y me levanto con la intención de tomar un

respiro y alejarme de él.

La cocina de la mansión está vacía cuando llego. El aire aquí es fresco y el sonido lejano de los pájaros en el jardín me ayuda a calmar mis pensamientos. Me apoyo en la encimera, con el vaso en la mano, intentando organizar el torbellino que tengo en la cabeza. Lanzo un hondo suspiro antes de dar un trago de agua. ¿Y si me estoy equivocando? ¿Y si esta conexión que siento con Matt no es más que una ilusión, un eco de algo que nunca llegará a ser real? Él perdió a Bonnie y aunque nunca hemos hablado de ella abiertamente, sé que su sombra sigue presente en cada rincón de esta casa. No quiero ser alguien que él utilice para llenar ese vacío, ni tampoco querría ser una figura pasajera en su vida.

Justo en ese momento, Moira aparece en la puerta, como si mi malestar interior la hubiera llamado. Al verme, su mirada, siempre tan perspicaz, me atraviesa.

—¿Todo bien, cariño? —me pregunta, con ese tono suyo que mezcla curiosidad y preocupación.

—Sí, claro. Solo necesitaba un momento para mí —respondo intentando que mi voz suene convincente.

Ella no dice nada más. Solo se acerca, se apoya en la encimera a mi lado y espera. Es increíble cómo su silencio tiene el poder de invitarme a hablar.

—Es complicado —digo finalmente—. Todo esto… estar aquí, con Emily, con Matt… me hace sentir cosas que no quiero sentir.

Moira me observa, con una comprensión tan profunda que casi me desarma.

—¿Y por qué no quieres sentirlas? —pregunta, sin juzgarme.

—Porque no quiero volver a sufrir —admito, dejando que mi voz tiemble un poco—. Ya he pasado por esto antes. Pensar que alguien te ve, que te entiende y luego darte cuenta de que solo eras… útil para él…

Sus palabras son suaves, pero firmes, como un bálsamo que también trae consigo un desafío.

—Cariño, no todas las personas son iguales. Y el señor Campbell… bueno, él no es perfecto, pero creo que lo sabes tan bien como yo: lo que siente por ti no es sencillo.

La sinceridad de sus palabras me cala hondo y yo solo me puedo quedar en silencio, mientras intento procesar todo lo que ha dicho.

—No quiero volver a perder… —le digo finalmente.

Ella asiente, como si entendiera algo que yo aún no soy capaz de poner en palabras.

—Nadie dice que tengas que decidir nada ahora mismo. Pero no te cierres, Lara. No te cierres a algo que podría ser real, solo porque tienes miedo.

Cuando regreso al ala oeste, Emily ha terminado de decidir el diseño para el rincón de las estrellas. Matt me observa desde el otro lado de la habitación y en su mirada hay algo que me hace pensar que, tal vez, Moira tenga razón. Pero mi corazón, todavía marcado por las cicatrices del pasado, me pide prudencia.

Un rato más tarde, cuando Emily empieza a estar cansada, nos despedimos. La cría se marcha para darse un baño y Matt se queda un momento más, observando cómo la niña se aleja por el pasillo hacia su habitación, y luego se vuelve hacia mí.

—Gracias por todo esto —me dice casi en un susurro—. De verdad.

Asiento, sin atreverme a decir nada más. Su cercanía me hace sentir vulnerable, y aunque una parte de mí quiere acercarse, abrazarle y sentir cómo sus brazos me rodean, la otra se retrae, temiendo lo que podría suceder si doy ese paso.

Cuando finalmente me marcho hacia la casa de invitados, el peso de mis emociones me

acompaña. Matt tiene una capacidad única para despertar en mí una mezcla de esperanza y temor, y aunque intento mantenerme firme, no puedo evitar preguntarme si, esta vez, el riesgo podría valer la pena.

Al llegar a mi habitación, observo el reflejo de la luna sobre el lago a través de la ventana. Sus palabras siguen resonando en mi mente, recordándome que, tal vez, he encontrado algo aquí que merece la pena que me arriesgue. Pero el miedo, ese viejo y fiel compañero sigue acechándome, impidiéndome dar el primer paso hacia lo desconocido.

Capítulo 25

Matt

La tormenta comienza como un murmullo lejano en el horizonte, apenas audible al principio. Pero en cuestión de minutos, el cielo se rompe con el estruendo de un trueno y una ráfaga de viento sacude las ventanas de la mansión. Me levanto del sofá, ajustándome los puños de la camisa, y echo un vistazo a través del ventanal del salón. Las primeras gotas de lluvia golpean el cristal con insistencia y un relámpago ilumina la estancia brevemente, arrancando destellos de los muebles oscuros del salón.

Emily, sentada cerca de la chimenea con un libro en el regazo, levanta la mirada con inquietud.

—Papá, ¿es una tormenta fuerte? —pregunta en voz baja.

—Es solo un poco de lluvia, cariño —respondo, intentando sonar tranquilo mientras me acerco a ella—. Aquí en casa estamos bien.

Justo en ese momento, la luz parpadea y, con un chasquido seco, se apaga por completo. La mansión queda sumida en una oscuridad que solo rompe el resplandor intermitente de los relámpagos y la tenue luz de las brasas en la chimenea. Emily se pone de pie de inmediato y su libro cae al suelo cuando sale corriendo hasta mí.

—Tranquila. Vamos a encender unas velas. Todo está bien —le aseguro rodeándola con mis brazos y dándole un beso en la frente.

La lluvia arrecia y, de repente, oímos golpes rápidos en la puerta principal. Mi primer pensamiento es que Moira ha olvidado algo en el cobertizo, pero al abrir, veo una figura empapada bajo la luz pálida de los relámpagos. Es Lara, con el cabello pegado a la cara y sus grandes ojos azules desorbitados. Está temblando, y no sé si es por el frío o por algo más.

—Lo siento —me dice apenas recuperando el aliento mientras entra apresurada—. No podía quedarme allí sola… la oscuridad, los truenos… no puedo…

Sus palabras se entrecortan y me doy cuenta de lo asustada que está. Hay algo infantil en su expresión, algo que no esperaba ver en ella y que, sin embargo, me despierta un impulso instintivo de protegerla. Emily corre hacia Lara alertada al verla.

—¡Estás empapada! —exclama mi hija, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Estoy bien, cariño. Gracias —responde Lara, con una sonrisa tímida.

—Ve a secarte. Hay mantas en la sala de estar. Thomas siempre deja alguna a mano —le digo, señalando la habitación contigua.

Asiente y desaparece sin decir nada más. Mientras tanto, Emily y yo nos ponemos a buscar velas en el aparador. El sonido de la lluvia y los truenos parece llenar toda la casa, como si quisieran adueñarse de cada rincón.

Cuando Lara regresa al salón, lleva una de las mantas de lana gris sobre los hombros, y su cabello, aunque todavía húmedo, cae algo más seco alrededor de su cara. Se sienta junto a Emily frente a la chimenea, donde con la ayuda de Thomas ya hemos encendido unas velas que

arrojan un resplandor cálido y vacilante por toda la estancia. Su cara parece relajarse un poco, aunque sus manos aún sostienen los bordes de la manta como si fuera un escudo.

—Siento haberos interrumpido así. Las tormentas no me suelen asustar, pero la oscuridad… es otra cosa —admite, mirando las llamas de la chimenea con una expresión perdida.

Emily, que parece menos preocupada ahora, se inclina hacia ella con una curiosidad inocente.

—¿Por qué te da miedo la oscuridad? —le pregunta.

Lara duda antes de responder a mi hija y con sus ojos busca los míos por un instante, como si me estuviera pidiendo permiso o tal vez valor.

—Cuando era pequeña, me quedé atrapada en un ascensor durante un apagón. Estuve sola durante horas, sin saber si alguien vendría a buscarme. Desde entonces… —Se encoge de hombros, como si las palabras no fueran suficientes para explicar lo que siente.

Emily la mira con seriedad, como si estuviera procesando una revelación importante.

—Entonces, ¿no te gustan nada las tormentas? —insiste mi hija.

—No especialmente —responde Lara con una sonrisa tenue y encogiéndose de hombros —. Pero aquí contigo y tu padre… no parece tan terrible.

El comentario, dicho con total naturalidad, hace que levante la vista hacia ella. Lara no parece consciente de cómo sus palabras acaban de calar en mí, pero algo en lo que acaba de decir me deja una sensación extraña, como si el simple hecho de incluirme en su declaración tuviera un peso del que no soy del todo consciente en este momento.

Emily se sienta más cerca de Lara, y las dos empiezan a hablar de otras cosas. Historias sobre su día en el colegio, las decoraciones del ala oeste e incluso anécdotas sobre Moira, que consigue que las dos estallen en carcajadas mientras hablan. Yo me limito a observarlas desde el sofá, dejando que sus voces llenen la habitación. La risa de Emily, clara y despreocupada, se mezcla con los murmullos de la tormenta fuera. Y Lara… Lara parece iluminarse con cada gesto y palabra de mi hija, y eso consigue que yo también sonría mientras las observo.

—Papá, cuéntanos algo tú —me dice Emily de repente, volviéndose hacia mí.

—¿Algo como qué? —pregunto, sin saber muy bien qué esperan de mí.

—No lo sé. Una historia. Algo divertido —insiste encogiéndose de hombros.

Miro a Lara, que me observa con una media sonrisa y, aunque no suelo ser de los que comparten anécdotas personales, me animo a contarles una historia de cuando era niño, algo sobre un perro que perseguía a mi amigo por toda la finca. Mi relato arranca una carcajada a Emily y hasta una risa sincera a Lara. El sonido es tan inesperado como reconfortante.

A lo largo de la noche, la tormenta empieza a amainar, pero el apagón persiste. Emily, que ha estado resistiéndose a que el sueño la venza, finalmente se rinde y se queda dormida en el regazo de Lara, que le acaricia el cabello con una suavidad que me deja sin palabras. La imagen de las dos, iluminadas por la luz trémula de las velas, se graba en mi memoria como una de esas escenas que no me gustaría no olvidar nunca.

—La llevaré a su habitación —digo en voz baja.

Lara asiente y, con cuidado, me ayuda a levantar a Emily. La niña apenas se mueve mientras la sostenemos entre los dos. Subimos las escaleras en silencio, con cuidado de no despertarla. Cuando llegamos a su habitación, Lara la coloca en la cama con una ternura que me deja un nudo en la garganta y se inclina para darle un beso en la frente, mientras yo, desde la puerta, la observo en silencio.

—Descansa, princesa —le susurra antes de acomodarle las mantas.

En ese momento, siento una emoción que no esperaba. Algo cálido, extraño y profundamente humano me invade. Es como si, por primera vez en años, la posibilidad de algo más estuviera al alcance de mi mano. Pero con esa sensación también siento miedo a lo que significaría permitir que alguien cruzase las barreras que con tanto empeño he construido durante todos estos años.

Cuando Lara se vuelve hacia mí, nuestras miradas se encuentran y, por un instante, todo lo demás desaparece. No digo nada. No hace falta. El momento habla por sí solo. Bajamos juntos las escaleras y, al llegar al salón, la acompaño hasta la puerta.

—Gracias por estar aquí esta noche —le digo, aunque no estoy seguro de que mis palabras sean suficientes para expresar lo que siento.

Lara me mira con una media sonrisa.

—Gracias a ti… por hacerme sentir parte de esto —responde antes de salir hacia la casa de invitados.

Me quedo en el umbral de la puerta, mirando cómo la lluvia ahora solo es un susurro en la noche y Lara camina bajo ella con un paraguas. Sin duda, algo ha cambiado esta noche, y aunque no sé exactamente qué significa, por nada del mundo quiero perderlo.

Capítulo 26

Lara

De vuelta en la casa de invitados, cierro la puerta tras de mí y dejo que el silencio del interior me envuelva. La tormenta ha remitido, pero el viento aún silba entre los árboles y la lluvia golpea suavemente contra los cristales de las ventanas. Me quito el abrigo húmedo y lo cuelgo en el perchero, sintiendo el peso del agua todavía impregnado en la tela. Mis manos tiemblan, no sé si por el frío o por la intensidad de la noche que acabo de vivir.

El salón está oscuro, apenas iluminado por el tenue resplandor de la luz de emergencia que hay en el salón. Voy a la cocina y enciendo otra vela, dejando que su luz vacilante proyecte sombras cálidas en las paredes. La llama me hipnotiza por un momento, pero mi cabeza no me deja en paz. Todo lo que ha ocurrido esta noche sigue rondándome: la lluvia, el apagón, la forma en que corrí bajo la tormenta buscando refugio… y luego, Matt. Su presencia siempre logra perturbar mi equilibrio de formas que no consigo entender. Ha habido algo en su mirada esta noche, en su manera de comportarse, atento a cada detalle, que me ha hecho sentir cosas que llevo mucho tiempo intentando evitar y mantener alejadas de mí.

Dejo escapar un suspiro, mientras pienso en la velada que he pasado en la casa principal junto a él y a Emily, y me preparo una taza de té, esperando que el calor me ayude a relajarme. Cuando el líquido humeante llena la taza, me siento en el sofá con las piernas cruzadas y abrazo el recipiente con ambas manos. El silencio que me rodea me resulta ensordecedor, roto solo por el eco de mis pensamientos. Dentro de mi cabeza me gustaría convencerme de que todo esto no significa nada. Que Matt es simplemente mi jefe y que Emily es solo una niña encantadora con quien he desarrollado una conexión natural por las circunstancias. Pero no es verdad. Lo que siento va más allá de eso y esta noche con ellos me lo ha dejado claro. Cuando Emily se ha quedado dormida en mi regazo y Matt me ha ayudado a llevarla a la cama, he sentido algo tan cálido y profundo que me ha asustado. La forma en que me ha mirado mientras arropaba a su hija en la cama, como si de alguna manera yo perteneciera a ese momento, ha despertado en mí una esperanza que no sé si quiero albergar ni alimentar.

Me levanto y camino hacia la ventana, buscando distraerme con el paisaje nocturno. Las gotas de lluvia resbalan por el cristal de la ventana del comedor. Todo parece tan quieto desde aquí, tan diferente de lo que llevo dentro. Apoyo la frente contra el frío cristal y cierro los ojos, dejándome llevar por los recuerdos que insisten en invadirme. Pienso en Emily y en su risa clara mientras contábamos historias junto al fuego. Ella me hace sentir cosas que nunca había experimentado, como si hubiera encontrado un propósito que ni siquiera sabía que estaba buscando. Y luego está Matt… Cada vez que me mira, siento que estoy al borde de un precipicio, atrapada entre el deseo de acercarme más y el miedo a lo que podría encontrar al otro lado.

Cuando era pequeña, soñaba con pertenecer a algo, con sentirme segura en algún lugar. Pero mi madre se marchó y dejó un vacío que nunca nadie ha podido llenar. Desde entonces, he aprendido a protegerme y a no confiar demasiado en nadie para no volver a sentirme abandonada

de nuevo. Y aunque he intentado convencerme de que estoy bien así, independiente y autosuficiente, sé que no es cierto y esa necesidad, la he sentido esta noche con más fuerza que nunca. Quiero pertenecer, quiero ser parte de algo… pero el miedo sigue siendo más fuerte que mis ganas.

Dejo la taza de té sobre la mesa y me acerco al dormitorio. Me cambio de ropa y me pongo un pijama suave que me reconforta un poco y me meto bajo las mantas. Sin embargo, aunque mi cuerpo está cansado, mi mente no para. Cada vez que cierro los ojos, veo a Matt frente a la chimenea, iluminado por la luz trémula de las velas. La forma en que me ha mirado, con esa mezcla de intensidad y vulnerabilidad, me ha dejado sin aliento.

No quiero admitirlo, pero me he enamorado de él. Y eso es lo que más me aterra. Porque Matt no es un hombre cualquiera. Es alguien que carga con su propio dolor, con el peso de una pérdida que todavía le persigue. Bonnie sigue presente en cada rincón de la mansión y en cada uno de sus gestos. Y aunque nunca hemos hablado de ella directamente, sé que sigue siendo una parte importante de su vida. No quiero ser un reemplazo. No quiero ser alguien que él utilice para llenar el vacío que dejó su esposa. Pero, ¿y si no lo soy? ¿Y si lo que hay entre nosotros es algo más, algo real y auténtico? Me muero por saber qué siente él realmente, pero al mismo tiempo tengo miedo de descubrirlo. Porque si no es lo que espero, si resulta ser otra decepción, no sé si podría soportarlo.

Las palabras de Moira resuenan en mi mente: «No te cierres a algo que podría ser real, solo porque tienes miedo». Pero ¿cómo no voy a tener miedo? Mi vida está marcada por pérdidas y traiciones. Mi madre, Henry… Todos me dejaron, y cada vez que pienso en abrirme a alguien nuevo, siento como si estuviera caminando sobre la cuerda floja hacia otra herida inevitable. Me abrazo a la almohada, buscando consuelo en el calor de las mantas. Pero ni siquiera la suavidad del tejido puede calmar el torbellino que siento dentro. Intento recordar por qué acepté este trabajo, por qué vine a esta mansión perdida en las Highlands y tan lejos de casa. Era para escapar y para empezar de nuevo. Pero ahora me doy cuenta de que no he escapado de nada. He traído mis miedos conmigo y aquí, en este lugar tan lejos de donde nací, solo se han intensificado. Sin embargo, hay algo diferente esta vez. Matt y Emily han conseguido algo que nadie más había logrado: hacerme sentir que pertenezco a algo. Emily, con su inocencia y su risa, me ha mostrado una parte de mí que creía perdida. Y Matt… él me hace querer arriesgarme, aunque todavía no sé si estoy lista para dar ese paso.

Me giro hacia el otro lado de la cama y cierro los ojos, intentando encontrar un poco de paz. Pero en lugar de dormir, me encuentro imaginando cómo sería dejarme llevar y permitir que Matt atravesase mis barreras. La idea me asusta, pero también me llena de una calidez que no había sentido en años. Quizá sea hora de arriesgarme y dejar de lado el miedo y abrirme a la posibilidad de algo de verdad. Pero la pregunta sigue siendo la misma: ¿estoy preparada para hacer frente a lo que venga? ¿Y Matt? ¿Él está dispuesto a dar el mismo paso?

El sonido de la lluvia se calma poco a poco y mientras el sueño finalmente empieza a vencerme, sé que algo ha cambiado esta noche. Ya no puedo seguir ignorando lo que siento, por mucho que me asuste. Ahora solo me queda descubrir si ese cambio me llevará hacia algo mejor… o si solo me hará caer de nuevo.

Capítulo 27

Matt

Desde la ventana del despacho, observo el jardín, donde el aire fresco de la mañana juega con las hojas de los árboles. Moira, con su paso tranquilo, recoge hierbas frescas en el huerto para la comida. Más allá, cerca de la fuente, distingo a Emily y a Lara. Emily sostiene un cubo que parece demasiado grande para sus manos pequeñas, y Lara, siempre atenta, se inclina para ayudarla, soltando una risa que llega hasta aquí, clara y ligera. Lara se aparta un mechón de cabello que le cae sobre el rostro mientras se ríe y algo en su gesto me detiene. Veo una calidez en ella, una conexión tan natural con Emily, que parece hecha para llenar espacios que yo ya creía irrecuperables. Es una visión que debería reconfortarme, pero me inquieta. Llevo semanas observándola sin saber qué hacer con todo lo que siento. He intentado mantener la distancia, concentrarme en mi trabajo o en cualquier otra cosa que me permita ignorar cómo su presencia ha empezado a cambiarlo todo. Pero esta mañana, al verla junto a Emily, esa risa y esa manera con la que llena los silencios con una dulzura que nunca parece forzada, de repente lo entiendo con una claridad abrumadora: Lara no solo se ha colado en esta casa, también lo ha hecho en mi vida.

Me aparto de la ventana, permitiendo que las cortinas se cierren tras de mí, y me dejo caer en el sillón de cuero. Mi despacho, mi refugio, ya no me da la sensación de aislamiento que buscaba en él. Ahora, todo parece cargado de una energía que no sé cómo sobrellevar. Cierro los ojos y mis pensamientos vuelven al club. Durante años, ese lugar fue mi escape, un espacio donde todo era sencillo. Allí, las emociones no tenían cabida, y las relaciones eran transacciones implícitas, sin compromiso ni preguntas incómodas. Pero últimamente, esa parte de mi vida está vacía.

Me levanto del sillón y salgo del despacho, recorriendo el pasillo con pasos lentos. Necesito espacio, pero también ansío verla. Al llegar al salón, las encuentro allí. Emily ahora está pintando con acuarelas, con la lengua asomando ligeramente entre los labios mientras se concentra, y Lara, sentada a su lado, la observa con una ternura que me deja sin aliento.

—¿Cómo va todo por aquí? —pregunto intentando que mi voz suene casual, aunque siento que no me pertenece.

Lara levanta la mirada y en sus ojos veo algo que no consigo descifrar, pero que despiertan a mi cuerpo.

—Muy bien. Emily está creando una obra maestra —me responde con una de sus habituales y deliciosas sonrisa.

—Es un unicornio, papá. ¿Te gusta? —dice mi hija mientras levanta el papel con orgullo.

—Es el unicornio más impresionante que he visto —respondo acercándome hasta ella para admirar su dibujo.

Emily sonríe satisfecha y vuelve a concentrarse en su pintura. Aprovecho el momento

para sentarme en el sofá, a poca distancia de Lara y, en ese momento, siento el calor de su presencia, una cercanía que me desconcierta y me atrae a partes iguales.

—Gracias por todo lo que haces por Emily —le digo en voz baja y evitando mirarla directamente a los ojos.

Lara parece sorprendida por mis palabras.

—Es fácil quererla. Es una niña maravillosa.

El silencio que sigue no es incómodo, pero no sé demasiado bien cómo comportarme. Lo único que se me ocurre es jugar con el borde del cojín que tengo a mi lado, un gesto que revela la inquietud que me invade y que intento ocultar.

—Lara… —empiezo, aunque las palabras se atascan en mi garganta.

Ella me observa, esperando a que continúe, pero no digo nada más. En lugar de eso, me levanto y salgo del salón, sintiendo su mirada clavada en mi espalda mientras me alejo.

Paso el resto del día encerrado en mi despacho, revisando documentos que no requieren tanta atención como les estoy dando. Intento distraerme, pero cada vez que cierro los ojos, veo su cara. Recuerdo cómo acarició el cabello de Emily anoche y cómo su risa llenó el salón durante la tormenta.

La verdad es que no puedo seguir ignorando lo evidente: Lara me hace querer más. Más que este vacío al que me he aferrado durante años y más que las noches sin significado en el club. Pero ese *más* me aterra, porque implica abrirme y permitir que alguien cruce las barreras que he construido con tanto esmero desde que Bonnie se fue.

Al caer la noche, tomo una decisión. Si quiero avanzar y tener una oportunidad real con Lara, necesito cerrar la puerta al pasado. No solo a Bonnie, sino también al hombre que me convertí después de perderla. Ese hombre que buscaba refugio en el club, porque no sabía cómo enfrentar el dolor.

Así que camino hacia la mesa donde está mi teléfono y llamo a Roger, el dueño del club. Su tono al contestar es el de siempre, neutral y cordial.

—Matt, ¿qué tal? Hace tiempo que no te vemos por aquí.

—He estado ocupado —respondo, aunque sé que no es una excusa válida. Respiro hondo antes de continuar—. Roger, quiero cancelar mi membresía.

Hay un silencio al otro lado de la línea, seguido de una risa incrédula.

—¿Cancelar? ¿Estás seguro? Pensé que este lugar era tu… bueno, ya sabes.

—Lo era. Pero ya no —le digo de forma contundente y no le doy más explicaciones, aunque Roger tampoco me las pide. Nos despedimos con nuestra cordialidad habitual y cuando cuelgo, siento que me he liberado de un gran peso. Este, aunque parezca que es un pequeño paso, para mí es muy importante.

Esa noche, mientras camino hacia el salón, encuentro a Lara sentada en el sofá, leyendo un libro. La luz de la lámpara de pie ilumina su cara, y me detengo un instante para observarla. Parece tan tranquila, tan segura de sí misma, que casi me hace olvidar todas las dudas que arrastro.

—¿Todo bien? —pregunto interrumpiéndola.

Ella levanta la mirada y me dedica una sonrisa que me desarma por completo.

—Sí ¿Y tú?

—Mejor de lo que esperaba.

—Me alegro. La casa de invitados continúa sin luz y por eso he venido a leer un rato aquí.

—Claro, ya sabes que aquí siempre eres bienvenida.

—Gracias, Matt —me dice mirándome a los ojos y en ese instante, aunque nos quedamos en silencio, soy consciente de que las cosas entre nosotros han cambiado y no puedo continuar comportándome como si no lo hicieran.

Capítulo 28

Lara

El salón está tranquilo y envuelto en una penumbra acogedora, que combina con el olor a madera pulida y el leve aroma del té que Thomas me acaba de servir. Me siento frente a él, con la sensación de que esta charla improvisada es un respiro inesperado en el torbellino de emociones que he vivido últimamente. El mayordomo siempre se ha mostrado sereno y correcto, él es un hombre que parece formar parte intrínseca de la mansión, como si su figura robusta y su voz grave fuesen otro de los cimientos que sostienen este lugar.

—Es un día tranquilo hoy —comenta con su característico tono sosegado, mientras deja la tetera en su sitio y me observa con una leve inclinación de cabeza.

—Lo necesitaba —respondo, envolviendo la taza con las manos. El calor del líquido contrasta con el frío que me invade.

Thomas asiente, como si comprendiera más de lo que mis palabras dicen y, tras un breve silencio, toma asiento frente a mí. Por un instante, su mirada se pierde en algún rincón de la estancia.

—Thomas, ¿cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto con curiosidad.

—Toda una vida, señorita —responde con una sonrisa nostálgica que suaviza los años en su rostro—. Comencé como mozo de cuadras cuando tenía apenas catorce años. Mi padre trabajaba aquí antes que yo, así que supongo que se podría decir que Glennmoore ha sido mi hogar tanto como lo ha sido para esta familia.

Me sorprende la calidez en sus palabras. Hay un profundo respeto en su tono, pero también una especie de cariño que no esperaba de alguien que parece tan reservado.

—Debes haber conocido a muchas generaciones de los Campbell —le digo sintiendo que esta conversación podría revelarme más historias de las que imagino.

—Así es. He visto crecer al señor Campbell y, antes que a él, a su padre, el señor Alexander Campbell —responde con un brillo particular en los ojos al mencionar al padre de Matt—. Era un hombre honorable, aunque también tenía sus propias luchas.

—¿Luchas? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia él. La curiosidad me impulsa, aunque intento no parecer demasiado inquisitiva.

Thomas suspira, como si las palabras que está a punto de decir fueran un peso que ha llevado consigo durante años.

—Alexander Campbell heredó mucho más que tierras y riqueza. Ser el cabeza de una familia como esta conlleva una carga que pocos entenderían. A menudo, la gente solo se queda con la opulencia, las propiedades, el linaje... pero no ven el sacrificio que todo eso comporta.

Su mirada se encuentra con la mía y siento un escalofrío. Hay algo en sus palabras que resuena con las sombras que a veces veo en Matt.

—¿Qué tipo de sacrificio? —pregunto, sabiendo que estoy cruzando un umbral, aunque, a pesar de eso, no soy capaz de detener mi curiosidad.

Thomas se toma un momento antes de responder, como si buscara las palabras precisas para hacerlo.

—El señor Alexander era un hombre reservado, pero también generoso. Sin embargo, siempre tuvo que medir cada decisión que tomaba, sabiendo que su familia, sus empleados y, en cierto modo, toda esta región dependía de él. Eso pesa, señorita Whitmore. Pesa mucho. —Su voz se vuelve más grave, casi solemne—. Además, tenía un carácter fuerte, pero también un corazón que le hacía vulnerable a las emociones. Esa es una combinación difícil de sobrellevar para un hombre con tantas responsabilidades.

La imagen de Alexander Campbell que Thomas dibuja comienza a tomar forma dentro de mi cabeza y no puedo evitar establecer paralelismos con Matt. Ese mismo peso, esa dualidad entre la fuerza y la vulnerabilidad… ahora entiendo de dónde viene.

—Parece que Matt ha heredado algo más que las propiedades de su padre —murmuro, más para mí misma que para Thomas.

El mayordomo asiente, como si mis palabras no fueran una sorpresa para él.

—Matt siempre quiso demostrar que podía estar a la altura de su padre. Incluso cuando era niño, se esforzaba más de lo necesario. Quería ser independiente, pero también buscaba constantemente la aprobación del señor Alexander. Y cuando el padre falleció, ese esfuerzo se convirtió en una carga aún mayor de soportar para él.

Siento un nudo en el estómago al imaginar a Matt de joven, intentando demostrar su valía, mientras lidiaba con la presión de su apellido. De repente, todas sus barreras, su aparente frialdad y esa lucha constante por mantener el control, cobran más sentido para mí.

—Es como si siempre estuviera peleando con algo que no puede ganar —digo en voz baja, más para organizar mis pensamientos que para obtener una respuesta.

—Matt tiene una fortaleza admirable, pero también un miedo profundo a decepcionar. A menudo, eso lo hace más duro consigo mismo de lo que debería —me cuenta Thomas.

Sus palabras me calan hondo y pienso en cómo Matt me ha mirado últimamente, en esos momentos fugaces en los que parece bajar la guardia, como si quisiera dejarme entrar dentro de su armadura, pero no supiera cómo hacerlo. Ahora entiendo que no solo tiene miedo a perder de nuevo; siento también a no estar a la altura de lo considera que se espera de él.

—¿Cree que Matt podrá superar esa presión? —pregunto, sin saber si estoy buscando consuelo o simplemente respuestas.

Thomas sonríe, aunque su gesto es un poco triste.

—Eso depende de él. Pero, señorita, hay algo que usted debería saber. Matt no está solo en esto. Tal vez, lo que necesita no es demostrar nada a nadie, sino encontrar a alguien que lo vea por lo que realmente es y no por lo que cree que debería ser.

Sus palabras me golpean como una revelación. Durante semanas he estado luchando con mis propios miedos y con mi incapacidad para abrirme completamente a él. Pero ahora, al escuchar la historia de su padre y comprender un poco más sobre el peso que Matt lleva a su espalda, siento que algo cambia dentro de mí. Tal vez no se trata solo de protegerme a mí misma; sino también de ofrecerle a Matt un lugar donde pueda ser él mismo, sin juicios, ni expectativas imposibles.

Capítulo 29

Matt

El día ha comenzado con una sensación de inquietud, que me ha seguido desde el momento en que decidí invitar a Lara al evento en Edimburgo. No sé si lo definiría como nerviosismo, pero hay algo que no me permite estar en paz.

Lara está con Emily en el salón. La niña está inclinada sobre un cuaderno de dibujo, con el ceño fruncido en esa expresión concentrada que siempre me hace sonreír. Lara está a su lado, ayudándola con algo que parece un dibujo de un caballo, pero lo que realmente capta mi atención es la risa suave que se escapa de sus labios. Esa risa tiene una forma peculiar de calmarme y desarmarme al mismo tiempo. Lanzo un hondo suspiro y me detengo en la entrada del salón y las observo durante unos segundos. No suelo hacerlo, pero últimamente me sorprendo quedándome más tiempo del necesario en momentos como este. Emily es la pieza más importante de mi vida, y ver cómo Lara ha entrado en la nuestra de una manera tan natural me hace pensar en cosas que hasta ahora había evitado.

—Papá, mira esto. —La voz de Emily rompe mi ensoñación y al instante siento que las miradas de ambas se posan en mí.

Entro en la habitación y me acerco, fingiendo interés en su dibujo, aunque mi mente sigue en otra parte. Lara me sonríe y hay algo en su expresión que me da el valor necesario para decir lo que he estado ensayando en mi cabeza durante días.

—Emily, ¿puedes dejarnos un momento? Necesito hablar con Lara —le digo a mi hija, tratando de sonar casual.

Emily hace un puchero exagerado, pero recoge sus cosas y sale del salón. Lara se gira hacia mí, con una expresión entre curiosa y cautelosa. No puedo culparla; mis cambios de humor probablemente la tienen confundida y quizá piense que este es uno de ellos.

—¿Ha pasado algo? —pregunta, inclinando ligeramente la cabeza.

—No, nada malo —respondo y mi tono intenta tranquilizarla, aunque siento que no lo consigo del todo. Me aclaro la garganta y tomo asiento en el sillón que hay frente a ella—. En realidad, quería hablarte de algo importante.

Lara se acomoda en el sofá, cruzando las piernas de una manera que parece elegante sin ser calculada. Su atención está completamente centrada en mí, y eso solo aumenta la presión que siento en el pecho.

—Quería comentarte algo —empiezo a decir después de aclararme la garganta.

—Tú dirás —me responde prestándome toda su atención.

—Hay un evento en Edimburgo dentro de unos días. —Saco la invitación del bolsillo interior de mi chaqueta y se la muestro antes de que pueda decir nada—. Es una reunión bastante formal, a la que están invitados empresarios, terratenientes de la zona… ya sabes, lo típico de este mundo.

Ella toma la tarjeta y la examina con una ceja arqueada. Sé que no le entusiasma la idea,

pero antes de que diga nada, continúo.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

El silencio que sigue a mis palabras es casi palpable. Lara deja la invitación sobre la mesa, mirándome como si estuviera evaluando lo que realmente quiero decir con esa invitación.

—¿Por qué yo? —pregunta finalmente con un tono más curioso que desconfiado.

—Porque no quiero ir solo, y porque me gustaría que estés ahí… conmigo —Me inclino un poco hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. Este tipo de eventos son parte de mi vida, pero esta vez deseo que sea diferente. Quiero que lo veas y seas parte de ello.

Lara me observa durante unos segundos que me parecen una eternidad. Sus ojos son como un libro abierto, llenos de preguntas y dudas.

—No estoy segura de ser la persona adecuada para esto —dice al fin, con una sonrisa tímida que no alcanza a ocultar su inseguridad.

—Eres más adecuada de lo que crees —le digo, y mis palabras suenan más sinceras de lo que esperaba.

Ella se queda en silencio, jugueteando con un mechón de su pelo entre sus dedos. Sé que está considerando todas las implicaciones de mi invitación, pero no quiero presionarla. Le doy espacio y la dejo procesar lo que le he dicho.

—Está bien. Iré contigo —responde finalmente con tono firme, aunque percibo una leve vacilación en su mirada. Al escuchar su respuesta, siento un alivio que no sabía que necesitaba. Asiento, intentando no mostrar cuánto significan sus palabras para mí.

—Gracias, Lara.

Los siguientes días están marcados por una extraña mezcla de expectación y tensión. Aunque hemos hablado poco del evento, noto que algo ha cambiado entre nosotros. Es un cambio sutil, pero ahí está, en las miradas que compartimos y en los momentos de silencio, que ahora parecen estar cargados de significado.

Esta mañana, mientras tomo un café en el despacho, oigo la risa de Lara y Emily en el jardín. Dejo la taza a un lado y me acerco a la ventana. Las veo juntas, recogiendo flores silvestres cerca del cobertizo. Emily está cubierta de tierra hasta los codos, pero parece más feliz que nunca. Lara, con un vestido sencillo y el cabello recogido en una trenza suelta, tiene una sonrisa que parece que ilumina todo a su alrededor.

Me quedo observándolas más tiempo del que debería, preguntándome cómo he llegado hasta aquí. Lara no solo ha traído luz a mi vida, sino que también ha transformado la de Emily. La conexión que ha nacido entre ellas no la esperaba, pero la agradezco infinito.

Más tarde, cuando Lara entra en mi despacho con unos papeles del proyecto del ala oeste, noto que parece más tranquila que de costumbre. Se sienta frente a mí, revisando los planos mientras me explica algunas ideas para los últimos detalles de la decoración. Su voz es firme, pero hay algo en su tono que sugiere una vulnerabilidad que rara vez muestra.

—¿Estás segura de que quieres venir al evento? —le pregunto de repente, interrumpiendo su explicación.

Al escucharme, levanta la mirada, claramente sorprendida por mi pregunta.

—Ya te dije que sí —responde, aunque hay una leve sonrisa en sus labios—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No quiero que sientas que estás obligada a acompañarme. Sé que ese no es tu mundo.

—Nada en este lugar era mi mundo cuando llegué aquí —dice con un tono que es casi

desafiante—. Pero no significa que no pueda adaptarme.

Sus palabras me desarman. Lara tiene una forma de enfrentarse a las cosas que me hace admirarla aún más. Aunque sé que está nerviosa por el evento, también sé que no permitirá que eso la detenga.

Capítulo 30

Lara

El reflejo que me devuelve el espejo me resulta familiar y extraño a la vez. Esta noche me he esforzado especialmente en arreglarme y el resultado es una versión de mí misma que apenas reconozco. El vestido negro, que he comprado especialmente para hoy, abraza mi figura sin ser excesivo. Su tejido suave se desliza con delicadeza sobre mi cuerpo, mientras el escote cuadrado enmarca mi cuello, resaltando el collar que he elegido para completar el conjunto. Mi cabello, recogido en un moño bajo, deja al descubierto mi cara, aunque unos mechones rebeldes se han escapado de él y aportan un toque de naturalidad que, en el fondo, agradezco.

Respiro hondo y bajo la mirada hacia mis manos, que sostienen el pequeño bolso de terciopelo negro que combina con los zapatos. Estoy nerviosa, mucho más de lo que querría estar. Este evento no es una salida cualquiera. Es la primera vez que Matt me invita a formar parte de su mundo fuera de la mansión y, aunque él trate de hacerlo parecer algo casual, sé que implica mucho más. Estoy convencida de que esta noche es una señal de que nuestras vidas empiezan a entrelazarse de formas que ni él ni yo estamos preparados aún para admitir.

Me obligo a mirarme de nuevo en el espejo y ensayar una sonrisa que intento que parezca segura.

—Es solo una noche —me digo a mí misma, aunque sé que estoy intentando convencerme de que realmente es mucho más. Un golpe suave en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—Lara, el señor Campbell la espera abajo —me informa Thomas con su voz tranquila, pero firme, desde el otro lado de la puerta.

—Ya bajo —le respondo, haciendo un esfuerzo por mantener el tono despreocupado.

Recojo el chal que he dejado sobre la cama de la habitación de invitados de la mansión, donde he venido a prepararme, y me dirijo a la puerta. Mientras desciendo las escaleras, el sonido de mis tacones sobre la madera resuena en el pasillo, y mi corazón parece sincronizarse con el ritmo de mis pasos. Cuando llego al salón, lo veo.

Matt está de pie junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos de su chaqueta. Lleva un esmoquin negro perfectamente ajustado que realza cada línea de su figura. La camisa blanca impecable contrasta con la pajarita oscura, y el brillo de sus zapatos refleja la luz de las lámparas del techo. Pero lo que realmente me desarma es su mirada. Cuando levanta los ojos hacia mí, el verde de sus pupilas parece intensificarse, y algo en su expresión me hace sentir como si yo fuera la única mujer en el mundo.

—Estás preciosa —me dice en un tono bajo y mirándome directamente a los ojos.

—Gracias. Tú también… —Empiezo, pero mis palabras se quedan cortas, así que me limito a devolverle una sonrisa que espero que oculte mi nerviosismo.

Matt da un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros, y me ofrece su brazo con un gesto que tiene una mezcla perfecta de cortesía y cercanía. Lo acepto, sintiendo el calor

de su contacto a través del chal que llevo sobre los hombros. Mientras caminamos hacia la puerta, trato de concentrarme en respirar pausadamente y en mantener una imagen de mí tranquila, aunque mi interior sea un completo caos.

El aire fresco de la noche nos recibe al salir, y el camino de grava cruje bajo nuestros pies hasta que llegamos al coche. Matt me abre la puerta del acompañante y espera a que me acomode antes de cerrarla con cuidado. Da la vuelta al vehículo y se sienta al volante. El motor arranca con un ronroneo suave y el coche empieza a moverse por el camino que lleva hasta la carretera principal.

Dentro del vehículo, el ambiente es íntimo. Sin poder resistir la tentación, mi mirada se desvía hacia Matt. La tenue luz del salpicadero ilumina su perfil, marcando la fuerza de su mandíbula y la concentración de su mirada fija en la carretera. Sus manos, firmes pero relajadas, sujetan el volante con una seguridad que me resulta hipnótica. El aire está invadido por su perfume, una mezcla de notas amaderadas y algo más cálido que parece envolverme.

—¿Estás cómoda? —pregunta, sin apartar los ojos de la carretera.

—Sí, gracias. —Mi voz suena más tranquila de lo que esperaba, aunque no puedo evitar juguetear con el anillo que llevo en el dedo, un hábito que conservo desde mi niñez que me delata cuando estoy nerviosa.

Matt asiente y, por un momento, el silencio se convierte en un puente que conecta algo entre nosotros. No es incómodo, pero está cargado de significado, como si cada respiración fuera una palabra no dicha. Mis pensamientos divagan mientras miro por la ventana, observando cómo el paisaje oscuro de las Highlands se transforma gradualmente en las luces de la ciudad. Cuando llegamos a Edimburgo, la ciudad parece recibirnos con los brazos abiertos. Las calles empedradas reflejan el brillo de las farolas, y los edificios históricos se alzan con una elegancia imponente. El coche avanza por las avenidas hasta detenerse frente a un edificio majestuoso, cuyas grandes ventanas dejan entrever un interior iluminado y lleno de movimiento. Matt apaga el motor y se gira hacia mí antes de bajar del coche.

—No tienes nada de qué preocuparte. Todo irá bien. —Su voz tiene un tono tranquilizador que logra calmarme.

—Gracias, Matt. —Mis palabras son sinceras, aunque no reflejan completamente lo que siento.

Él baja primero y rodea el coche para abrir mi puerta. Cuando me tiende la mano, no dudo en aceptarla. Nuestro contacto es breve, pero me deja un rastro que siento más intenso de lo que debería. Mientras caminamos hacia la entrada del edificio, siento su presencia a mi lado, sólida y protectora. Al entrar al edificio, las risas y las conversaciones se mezclan con el suave sonido de una orquesta tocando de fondo. Las lámparas de araña cuelgan de los altos techos, lanzando destellos de luz que parecen bailar sobre las paredes decoradas con molduras doradas. A mi alrededor, la gente se mueve con una elegancia natural que hace que me pregunte si realmente encajo aquí. Pero entonces, Matt pone una mano en la parte baja de mi espalda, guiándome hacia el salón principal, y toda mi inseguridad se desvanece.

No estoy sola. Estoy con él.

Los minutos se convierten en horas mientras nos sumergimos en conversaciones que varían desde temas triviales hasta cuestiones más personales. Matt me presenta a varias personas. En algunos momentos, me sorprendo a mí misma disfrutando de esas interacciones, riendo con comentarios ingeniosos o compartiendo pequeños fragmentos de mi vida con él. Pero lo que más valoro es cómo permanece cerca de mí, atento a cada detalle, como si estuviera dispuesto a asegurarse de que nada perturbe mi experiencia. En un momento de la velada, nos alejamos de la

multitud y encontramos un rincón más tranquilo cerca de una de las ventanas. Desde allí, la vista de la ciudad es impresionante, con las luces titilando en la distancia. Me apoyo en el alféizar, sintiendo el frescor del cristal a través del tejido de mi vestido.

—¿Qué piensas de todo esto? —me pregunta Matt, acercándose lo suficiente como para que nuestras voces no tengan que elevarse.

—Es… diferente. Fascinante, pero agotador al mismo tiempo. —Sonrío ligeramente y lo miro—. No sé cómo haces para estar tan acostumbrado a todo esto.

—No siempre es fácil —admite y percibo una sinceridad en su tono que me sorprende —. Pero hoy ha sido diferente. Contigo aquí… —Se detiene, como si sus propias palabras lo hubieran tomado por sorpresa. Al escucharlo, mi corazón late con fuerza, pero me esfuerzo por mantener la compostura.

—Contigo aquí ha sido mejor —me dice y sus ojos se fijan en los míos con una intensidad que hace que todo a mi alrededor desaparezca.

En ese momento, siento que el suelo bajo mis pies se tambalea, no por el lugar, ni por las personas, sino por lo que estoy empezando a sentir. La conexión entre nosotros es innegable, pero también aterradora. La intensidad de mis propios sentimientos me abruma, recordándome el dolor del pasado y el riesgo que implica abrirme de nuevo a alguien. Pero aquí, en este rincón de Edimburgo, con Matt a mi lado, me pregunto si quizás, esta vez, ese riesgo valdría la pena.

Capítulo 31

Matt

La noche me ha dejado un eco que aún resuena en mi interior mientras conduzco por las calles de Edimburgo. El evento ha sido un éxito, al menos desde el punto de vista social, aunque lo único que ocupa mis pensamientos es ella. Lara está sentada a mi lado, con la mirada perdida en las luces de la ciudad. Su perfil se ilumina brevemente con cada farola junto a la que pasamos, y algo en su expresión, en la forma en que parece estar procesando cada instante, me fascina y me inquieta a partes iguales.

—¿Te apetece cenar algo antes de volver? —pregunto, intentando que mi tono suene casual.

Ella gira la cabeza hacia mí, con una leve sorpresa en sus ojos.

—¿Cenar? ¿Ahora? —Sonríe y, aunque parece dubitativa, hay un brillo en su mirada que me anima a insistir.

—Conozco un sitio que abre hasta tarde. No es un lugar cualquiera, pero creo que te gustará. —Me obligo a mantener la mirada fija en la carretera, aunque mi atención está completamente en su respuesta.

—De acuerdo, pero solo si no es demasiado formal. Ya he tenido suficiente protocolo por hoy —responde con un tono que mezcla humor y algo de cansancio.

—Nada de formalidades —le aseguro con una sonrisa que sé que no puede ver, pero que espero que perciba en mi voz.

El restaurante al que la llevo no está lejos. Aparco frente al lugar, apago el motor y me giro hacia ella.

—Este sitio es uno de mis favoritos. —Abro la puerta y bajo rápidamente para rodear el coche y abrir la suya.

—Vaya, esto es servicio completo —comenta con una sonrisa mientras acepta mi mano para salir del vehículo.

—Solo lo mejor para esta noche —respondo y nuestras miradas se encuentran durante un breve segundo que se alarga más de lo necesario.

Entramos al restaurante, donde el ambiente es íntimo, con una luz cálida que parece amortiguar cualquier tensión. El maître nos conduce a una mesa junto a una ventana que da a un pequeño patio interior lleno de plantas y velas. Mientras nos sentamos, noto cómo Lara desliza los dedos por el borde de la copa de agua, como si necesitara algo que pueda tocar para centrar sus pensamientos.

—¿Te ha resultado demasiado el evento? —le pregunto, no porque quiera saber si está

cansada, sino porque necesito entender cómo se siente realmente después de esta noche.

—Ha sido… interesante. —Su tono es evasivo, pero su sonrisa me indica que no ha sido una experiencia desagradable—. Aunque diría que tú estás más acostumbrado a ese tipo de cosas que yo —añade risueña.

—Lo estoy, pero no significa que siempre las disfrute. Esta noche, en cambio… —Hago una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Ha sido diferente.

—¿Diferente cómo? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí con una curiosidad que me desarma.

—Diferente porque lo he compartido contigo —La respuesta sale de forma más directa de lo que esperaba, y su reacción me hace sentir que quizás he dicho demasiado.

El camarero llega en ese momento e interrumpe sin saberlo, lo que podría haber sido un momento incómodo. Nos entrega las cartas y nos explica algunos platos del menú. Agradezco la pausa, porque necesito unos segundos para ordenar mis pensamientos. Lara estudia la carta con atención y yo aprovecho para observarla sin disimulo, fascinado por la forma en que frunce ligeramente el ceño cuando algo le interesa. Cuando finalmente se decide, levanta la mirada y me pilla observándola.

—¿Qué? —pregunta con una risa ligera.

—Nada, solo que parece que estás analizando un tratado de filosofía en lugar de un menú —bromeo, intentando suavizar el ambiente.

—Siempre me tomo mi tiempo para decidir, sobre todo si la comida es importante —responde con una sonrisa juguetona, y algo en su tono me hace pensar que también se refiere a otras decisiones en su vida.

Cuando los platos llegan, la conversación fluye con una naturalidad que no esperaba. Hablamos de cosas triviales al principio, como el evento, los asistentes, incluso algún que otro comentario sobre las anécdotas de Emily. Pero poco a poco, la charla se vuelve más personal.

—¿Siempre supiste que querías dedicarte a esto? —me pregunta de repente, dejando los cubiertos a un lado y fijando sus ojos azules en los míos.

—No, en realidad no. —Me detengo un momento, intentando decidir cuánta sinceridad quiero mostrarle—. Siempre supe que tenía responsabilidades, pero durante mucho tiempo intenté ignorarlas. Mi padre tenía una personalidad… complicada. Quería que me convirtiera en una versión mejorada de él, y eso era algo con lo que yo no estaba seguro de poder lidiar.

—Debió ser difícil —comenta en voz baja y hay algo en su tono, una empatía, que me impulsa a continuar.

—Lo fue. Pero al final, me di cuenta de que no podía seguir huyendo. Así que aquí estoy, intentando hacerlo lo mejor que puedo —le cuento encogiéndome de hombros.

Ella asiente, como si entendiera lo que hay detrás de mis palabras. Su mirada no es de lástima, sino de una comprensión que me hace sentir expuesto, pero no incómodo.

—Creo que lo estás haciendo muy bien —dice finalmente, y aunque sus palabras son sencillas, tienen un peso que me llegan adentro.

La tensión entre nosotros parece aumentar con cada minuto que pasa. No es incómoda, pero está cargada de algo más, algo que ambos sentimos, pero que ninguno de los dos parece dispuesto a nombrar.

Cuando la cena termina, el camarero nos ofrece tomar algo de postre, pero ambos declinamos. La conversación ha dejado una huella en el ambiente y, aunque hemos hablado de muchas cosas, siento que todavía hay mucho más que queda por decirnos.

En el coche, el silencio es diferente al de antes. No está vacío, sino lleno de la energía de

lo que ha pasado durante la cena. Mientras conduzco de regreso a la mansión, puedo sentir su mirada de vez en cuando, y el calor de su presencia a mi lado casi puedo tocarlo. Cuando nos detenemos frente a la entrada de la casa, apago el motor, pero no me muevo. Giro la cabeza hacia ella y me encuentro con su mirada, que está fija en la mía.

—Gracias por esta noche —me dice en voz baja, pero hay algo en su tono que sugiere que no solo se refiere a la cena.

—Ha sido… especial —le respondo, consciente de lo insuficientes que son mis palabras.

En ese momento, nuestras miradas se encuentran y, por un instante, el espacio entre nosotros desaparece. Me inclino ligeramente hacia ella y siento que hace lo mismo, como si estuviéramos atrapados en una fuerza que no podemos controlar. Pero justo cuando nuestras respiraciones se mezclan, algo nos detiene. Quizás es el miedo o, tal vez, la incertidumbre. Lo único que sé es que, aunque el momento se rompe, el impacto de lo que ha pasado —o no ha pasado— se queda con nosotros.

—Buenas noches —me susurra antes de marcharse.

—Buenas noches, Lara —le respondo y observo cómo se baja del coche y desaparece en la penumbra de la entrada de la casa de invitados

Me quedo sentado unos minutos más, con las manos aún en el volante y el corazón latiendo con una intensidad que no había sentido en años. Algo está cambiando, y aunque no sé hacia dónde nos llevará, sé que no quiero detenerlo.

Capítulo 32

Lara

La casa de invitados me recibe en silencio, un contraste absoluto con las emociones que llevo dentro. Cierro la puerta tras de mí y dejo el chal sobre el respaldo de una silla, mientras trato de ordenar mis pensamientos. La noche ha sido intensa, mucho más de lo que esperaba, y ahora que estoy sola, me doy cuenta de que estoy agotada, pero no por el evento ni por la cena, ni tampoco por los altísimos zapatos que llevo, sino por la confusión que gira dentro de mi cabeza. Me quito los tacones y los dejo junto a la puerta antes de entrar al pequeño salón. Las luces suaves de la lámpara sobre la mesa proyectan un resplandor cálido que debería reconfortarme, pero no lo consigue. Me siento en el sofá y me quedo mirando las llamas tenues de la chimenea, que Thomas debe haber venido a encender para que encuentre la casa caliente al llegar. El fuego crepita de forma constante, un recordatorio de que hay cosas en este mundo que saben mantener su equilibrio. Ojalá yo pudiera decir lo mismo de mí.

El perfume de Matt sigue presente en mi piel, como un susurro que se niega a desaparecer, y no puedo evitar pensar en cómo se ha inclinado hacia mí en el coche, en la intensidad de su mirada y en ese momento suspendido entre nosotros que casi nos lleva a cruzar un límite del que no estoy segura de estar preparada para regresar. Suelto un suspiro y me recuesto en el sofá, dejando que mi cabeza repose en el respaldo. ¿Qué me pasa? Matt es mi jefe, un hombre con una vida complicada y un pasado que sigue pesando en cada una de sus decisiones. Y yo... yo tampoco estoy en un momento perfecto. Mi vida ha sido un mosaico de rupturas y decepciones, y no sé si lo que siento por Matt es amor o la necesidad desesperada de encontrar algo sólido en medio de este caos.

Me levanto de golpe, incapaz de quedarme quieta. Camino hacia la cocina y me sirvo un vaso de agua, esperando que el frío del líquido despeje el calor que me sube por el cuello cada vez que pienso en él. Pero el alivio es breve. Todo me lleva de vuelta a Matt: su sonrisa contenida, su voz grave y la forma en que me miró durante la cena como si yo fuera lo único importante en ese momento. Apoyo las manos en el borde de la encimera, con el vaso todavía en la mano, y cierro los ojos. Estoy enamorada de él. La certeza me golpea con la fuerza de un trueno. No es algo que haya planeado, ni siquiera algo que haya querido admitir, pero está ahí, tan claro como el reflejo que veo cada mañana de mí en el espejo.

—¿Y qué hago con esto ahora? —susurro, como si el silencio de la cocina pudiera darme la respuesta que necesito.

Regreso al sofá con el vaso en la mano y me encojo entre los cojines, buscando la sensación de seguridad que esta noche parece haberse llevado consigo. Empiezo a darle vueltas a lo que significa este sentimiento y a lo que implica estar enamorada de un hombre como Matt. Sé que él carga con su propio dolor, con una herida que todavía no ha cicatrizado del todo, porque Bonnie sigue siendo una constante en su vida, un recuerdo de lo que perdió y de lo que teme volver a perder. Pero también sé que mis propias cicatrices no son menos profundas que las

suyas y han dejado marcas en mí que siguen ahí, latentes, recordándome que el amor no siempre es suficiente para sanar lo que está roto.

¿Y si lo que sentimos Matt y yo no es más que una conexión basada en nuestras heridas compartidas? ¿Y si solo estamos buscando consuelo el uno en el otro, sin darnos cuenta de que lo que nos une no es el amor, sino el miedo a estar solos?

Esa es una idea que me aterra, porque no quiero que esto sea algo temporal, algo que desaparezca en cuanto uno de los dos encuentre otra forma de llenar el vacío que lleva dentro. Sin embargo, no puedo ignorar lo que siento cuando estoy con él. Matt no es solo un hombre atractivo y carismático. Es alguien que me ha mostrado partes de mí misma que creía haber perdido, alguien que me hace querer ser mejor, aunque todavía no sepa cómo. Con él, todo parece más real e intenso, como si el mundo fuera un lugar en el que las cosas buenas realmente pueden suceder.

Los troncos que arden en la chimenea crujen suavemente y ese sonido me devuelve al presente. Me levanto y me acerco al fuego, dejándome envolver por su calor. Mis dedos rozan el marco de una pequeña fotografía que traje conmigo cuando vine aquí. Es una imagen de mi madre y yo, tomada antes de que todo se desmoronara. La miro durante un momento, preguntándome si alguna vez podré dejar atrás ese dolor, si algún día seré capaz de confiar plenamente en alguien sin miedo a que me abandone.

Pienso en Emily y en cómo su risa llena los vacíos que ni siquiera sabía que tenía. Pienso en Matt y en cómo su presencia, su mera existencia, me hace sentir cosas que no quiero, pero que no puedo evitar. Y, en ese momento, me doy cuenta de algo: tengo miedo, sí, pero también tengo derecho a ser feliz. No sé si lo que Matt y yo compartimos es amor en su forma más pura, pero sé que es real, y quizá eso sea suficiente por ahora.

Vuelvo al sofá, sintiendo que he dado un pequeño paso hacia adelante. La confusión sigue ahí, pero junto a ella hay una chispa de esperanza, un destello de que, tal vez, las cosas puedan ser diferentes esta vez. Me envuelvo en una manta y cierro los ojos, dejando que el calor del fuego y los latidos de mi corazón me guíen hacia un sueño que, espero, sea más amable que mis pensamientos. Esta noche, al menos, no quiero huir de lo que siento. Quiero quedarme aquí, en este momento, y quizá eso sea suficiente para empezar.

Capítulo 33

Matt

El coche avanza por la carretera con un silencio que me resulta ensordecedor, roto solo por el sonido del motor. Mis manos agarran el volante con más fuerza de la necesaria, mientras mi mente se aferra al recuerdo de Lara. La imagen de su cara, la forma en que sus ojos han buscado los míos justo antes de marcharse hacia la casa de invitados, me persigue. Me siento como si estuviera atrapado en una espiral, sin saber cómo salir de ella. El ambiente en el coche está cargado de su perfume o al menos eso creo. No sé si es real o si mi mente me está jugando una mala pasada, pero la sensación me quema. Debería haberle dicho algo más, algo que aclarara lo que siento, pero no lo he hecho. No he sabido cómo. Y ahora, mientras conduzco por la carretera que serpentea hacia Edimburgo, no puedo dejar de preguntarme qué demonios estoy haciendo. La verdad es que no lo sé. Lo único que tengo claro es que necesito desconectar y apagar esta maraña de emociones que me consume desde hace semanas. Y sé exactamente dónde encontrar esa desconexión. El club, un lugar donde no tengo que ser nada más que un hombre en busca de un escape puntual. Al menos, eso es lo que siempre me he dicho, aunque sé que ha dejado de funcionarme, pero me resisto a no volver a intentarlo una vez más. Sé que hablé con el dueño y le dije que dejaba de ser socio, pero sé que podré entrar, al menos, esta vez. He hecho demasiadas aportaciones económicas voluntarias durante los últimos años, como para que ahora me veten la entrada.

Cuando llego, el edificio del club privado se alza frente a mí, discreto y elegante, como siempre. El aparcacoches me recibe con una inclinación de cabeza mientras le entrego las llaves. Me bajo del vehículo y subo los escalones de entrada con pasos rápidos, casi como si estuviera huyendo de algo, aunque no sé por qué me engaño, porque del único que quiero escapar es de mí mismo.

El interior del club está igual que siempre: luces tenues que crean un ambiente íntimo y diseñado para ocultar secretos. Las alfombras gruesas amortiguan mis pasos mientras cruzo el vestíbulo hacia la barra. Todo aquí está pensado para que nadie pregunte, para que cada uno mantenga su anonimato y su privacidad. Es un mundo donde las emociones no tienen cabida, donde todo se reduce a un simple intercambio físico.

—Matt, cuánto tiempo —dice Victoria desde la barra y su voz me resulta tan familiar como el lugar mismo.

Ella está sentada con una copa en la mano con postura relajada y confiada, como siempre. Lleva un vestido negro ajustado que resalta sus curvas, y su sonrisa tiene esa mezcla de coquetería y desafío que conozco tan bien. Nos hemos visto aquí muchas veces antes, siempre bajo las mismas reglas: nada de preguntas ni de promesas. Solo el momento.

—Victoria —respondo, inclinando la cabeza en un gesto que intenta ser neutral.

Me siento a su lado y la camarera me sirve un whisky sin que tenga que pedirlo. El líquido ámbar parece prometerme el alivio que necesito, pero incluso antes de llevarme el vaso a

los labios, sé que esta noche tampoco será suficiente.

—¿Qué te trae por aquí esta noche? —pregunta Victoria, ladeando la cabeza mientras me observa.

—Lo de siempre —respondo, aunque no estoy seguro de qué significa exactamente *lo de siempre* en este momento.

Ella sonríe, como si entendiera algo que yo no. Su risa suave se mezcla con la música de fondo mientras se inclina ligeramente hacia mí.

—¿Vamos a una de las salas? —sugiere con tono despreocupado, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Asiento, porque eso es lo que he venido a buscar, ¿no? Un escape, una manera de silenciar los pensamientos que no dejan de martillear en mi cabeza. Me levanto de la barra y la sigo por los pasillos del club, que hoy me parecen más oscuros y claustrofóbicos de lo que recordaba.

La sala que Victoria elige es pequeña y está decorada con el lujo minimalista que caracteriza al club. Las luces cálidas crean sombras suaves en las paredes y el ambiente huele a una mezcla de madera y algo floral. Victoria se acerca a mí con esa confianza que siempre ha tenido, y sus manos encuentran mi pecho mientras sus labios buscan los míos. Dejo que suceda, porque es lo que siempre he hecho aquí. Pero mientras sus manos recorren mi cuerpo y sus labios intentan besarme, algo en mi interior se rompe. No siento nada. Su contacto, su perfume e incluso el sonido de su risa me parecen vacío. Mis pensamientos, en lugar de disiparse, vuelven con más fuerza. Y siempre regresan a lo mismo: Lara.

Me aparto bruscamente de Victoria con un paso atrás. Ella me mira con sorpresa y frustración.

—¿Qué pasa? —pregunta con un tono que bordea la irritación.

—No puedo hacer esto —respondo con la voz más firme de lo que esperaba.

Ella frunce el ceño, cruzando los brazos mientras me observa.

—¿Es por una mujer? —pregunta y algo en su tono me hace pensar que ha sabido más sobre mí de lo que yo creía.

No le respondo. No porque no quiera, sino porque no tengo palabras para explicar lo que está pasando dentro de mí. Salgo de la sala sin mirar atrás. Mis pasos rápidos resuenan en los pasillos del club. Todo en este lugar me resulta insoportablemente vacío.

Cuando llego a la recepción, saco mi carnet del bolsillo interior de la chaqueta. El recepcionista me mira con sorpresa cuando lo dejo sobre el mostrador.

—¿Todo bien, señor Campbell? —pregunta con tono profesional.

—Sí. Pero no volveré. —Mis palabras son firmes, aunque por dentro siento que estoy temblando.

El recepcionista asiente, aunque parece desconcertado. No digo nada más mientras me doy la vuelta y salgo del club, dejando atrás el lugar que durante años ha sido mi válvula de escape. Pero sé que no lo va a volver a ser. Ya no puede serlo.

El aire frío de la noche me golpea al salir, despejando ligeramente mi mente. Me detengo en los escalones de entrada y miro hacia el cielo, desde donde las primeras estrellas parece que me observen. Por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy tomando la decisión correcta.

Conduzco de vuelta a casa con una claridad mental que no esperaba. Sé lo que tengo que hacer. No puedo seguir huyendo, ni seguir buscando consuelo en lugares que ya no significan nada para mí. Lo que siento por Lara es real y me da igual lo que pase después, no puedo seguir

negándolo.

Finalmente, salgo del coche y me dirijo hacia la mansión. Todo está en silencio. Miro hacia la casa de invitados y veo que las luces están apagadas, aunque sé que ahí está Lara. Lanzo un hondo suspiro y entro en casa, No sé qué sucederá mañana, pero estoy preparado para lo que sea que tenga que pasar. Porque lo que siento por Lara es más fuerte que mis miedos y mis dudas.

Capítulo 34

Lara

La casa de invitados amanece tranquila, pero yo llevo horas despierta. Después de lo que sucedió ayer por la noche, no he logrado pegar ojo. No he parado de repasar cada palabra, cada mirada y cada instante que compartí con Matt, con ganas de volver a esos momentos, aunque también con el miedo a lo que significan.

No puedo seguir aquí encerrada, porque si continúo aquí tengo la sensación de que mis pensamientos me atraparán entre estas paredes. Así que salgo de la casita y siento cómo el aire fresco de la mañana me recibe y me despeja un poco mientras camino hacia la mansión. Cada paso que doy sobre la gravilla parece acompasar el ritmo acelerado de mi corazón. Cuando llego a la mansión, la casa ya está en movimiento. Moira me saluda, pero hay algo en su mirada que me dice que se ha dado cuenta de mi estado de ánimo. Apenas intercambio unas palabras con ella antes de que me diga que Matt está en la biblioteca. Algo en su tono o tal vez en la forma en que me lo dice, me hace pensar que lo sabe o que, al menos, intuye algo.

Cruzo los pasillos con paso firme, aunque por dentro me siento tambalear. La biblioteca me recibe con su familiar olor a papel envejecido y madera encerada. Es un lugar que siempre he encontrado acogedor, aunque en este momento me parece distinto, más íntimo. Al entrar, veo que Matt está allí, sentado junto a la ventana con un libro abierto sobre las rodillas, pero su mirada está perdida en el jardín trasero. Hay algo en su postura, en su perfil serio, que me hace dudar de si debería interrumpirlo. Pero no me detengo.

—Buenos días —digo casi como un murmullo.

Matt levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos, me dedica una ligera sonrisa y, algo en su expresión, en la calidez de sus ojos, me hace sentir menos insegura.

—Buenos días, Lara.

Tras cerrar la puerta a mi paso, me adentro en la estancia. Recorro con la mirada la habitación, desde las estanterías hasta la gran chimenea encendida, pero mis ojos regresan a él.

—¿Puedo sentarme? —pregunto, señalando el sillón que hay frente al suyo.

Matt asiente y deja el libro que estaba leyendo a un lado. Ahora su atención está completamente centrada en mí y, aunque debería sentirme incómoda, percibo algo en su mirada que me calma y me da paz. Me acomodo en el sillón y dejo que el silencio se extienda entre nosotros, mientras intento encontrar las palabras adecuadas para hablar, aunque es él quién lo hace primero.

—¿Cómo estás? —pregunta con una suavidad que contrasta con su habitual tono directo.

—Bien —respondo automáticamente, aunque no estoy segura de que sea verdad.

Matt no insiste, pero sé que no se ha creído mi respuesta. Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y su mirada se vuelve más intensa.

—Anoche, cuando te vi marchar… —comienza, pero se detiene, como si estuviera buscando las palabras correctas—. Me di cuenta de algo.

Mi corazón late con fuerza y no puedo apartar la mirada de sus ojos. Siento que lo que está a punto de decir cambiará todo entre nosotros.

—Me di cuenta de que no puedo seguir evitando lo que siento —continúa. Su voz es baja, pero hay una firmeza en ella que no deja lugar a dudas—. Desde que llegaste a esta casa, todo ha cambiado para mí. Tú lo has cambiado todo.

Mis manos se tensan sobre mi regazo, pero no aparto la mirada de sus ojos, mientras siento cómo cada una de sus palabras me golpean en el centro del pecho con una mezcla de emoción y miedo.

—Matt… —empiezo a decir, pero él levanta una mano, como si supiera que estoy luchando por encontrar las palabras.

—Déjame terminar —me ruega con un tono más suave ahora—. Durante mucho tiempo, me he escondido detrás de esta vida que he construido y que me ha permitido mantener a todos a una distancia segura, con la que he podido seguir adelante sin sentirme invadido. Pero tú has atravesado todas mis barreras de una forma que no esperaba. Y ahora, no puedo imaginar mi vida sin ti.

Mientras lo escucho, siento cómo crece el nudo de mi garganta y noto cómo mis lágrimas están a punto de desbordarse por mis mejillas. Pero no quiero llorar, no quiero empañar este momento.

—Yo también… siento lo mismo —digo finalmente en apenas un susurro.

Al escucharme, su expresión cambia. Hay alivio en sus ojos, pero también algo más, algo que me deja sin aliento. Se levanta del sillón y cruza la distancia entre nosotros en un par de pasos. Se arrodilla frente a mí y toma mis manos entre las suyas. Sus dedos son cálidos y firmes, y ese contacto me da una sensación de seguridad que no había sentido en mucho tiempo.

—Lara, no sé a dónde nos llevará esto, pero quiero descubrirlo contigo —me dice con la voz cargada de emoción.

Asiento sin decir nada, porque en este momento las palabras sobran. Se inclina hacia mí y cuando sus labios rozan los míos, todo a mi alrededor desaparece. Nuestro beso es suave al principio, aunque pronto se vuelve más intenso y urgente. Mis manos se deslizan hasta su cara, sintiendo la aspereza de su barba bajo mis dedos, mientras él me sostiene como si temiera que pudiera desaparecer.

Cuando nos separamos, ambos tenemos la respiración agitada. Matt apoya su frente en la mía y cierra los ojos, como si quisiera prolongar este momento un poco más.

—No voy a dejar que esto termine aquí —me dice con la voz cargada de emoción.

—Yo tampoco quiero que termine —respondo de forma sincera.

La biblioteca, con su calma habitual, parece haberse convertido en el centro de un cambio que llevaba tiempo gestándose. Y mientras Matt me mira con una mezcla de vulnerabilidad y fuerza, sé que lo que estamos construyendo no será fácil, pero también tengo la certeza de que vale la pena.

Capítulo 35

Matt

La biblioteca está en calma, pero mi mente es un caos. Después de haber estado un rato abrazados, Lara se ha ido de la estancia, aunque la sensación del suave contacto de sus labios aún arde en los míos. Me paso la mano por el pelo, tratando de organizar las emociones que compiten en mi pecho por salir a la superficie. Ha sido solo un beso, aunque para mí significa muchísimo más.

Me siento en el sillón donde estaba cuando Lara ha llegado y observo el libro que tenía entre las manos. Las palabras impresas son ahora un borrón sin sentido frente a mí, porque en este momento, no soy capaz de concentrarme en nada que no sea ella. Desde que llegó a esta casa, Lara ha puesto patas arriba mi vida de una manera que nunca creí posible. Siempre he sido una persona que ha controlado cada aspecto de su mundo, pero con ella todo ese control parece un espejismo. Y lo peor, o lo mejor, es que no me importa.

A pesar de la intensidad del momento que acabamos de compartir, hay algo que me preocupa. Emily. Su risa, su manera de mirar a Lara como si fuera una figura central en su pequeño universo, y la forma en que ya confía en ella. Sin duda, lo que siento por Lara no afecta solo a mi vida, sino también a la de mi hija. Y eso lo cambia todo.

Me pongo en pie y me acerco hacia la ventana. Afuera, el jardín se extiende en una serenidad que parece burlarse de la inquietud que ahora mismo se ha adueñado de mí. Lara y yo hemos cruzado una línea, que tengo muy claro que ya era inevitable, también soy consciente de las implicaciones que tiene. La relación que hay entre nosotros no es algo que pueda tomar a la ligera, porque Emily está en medio de todo esto y, por nada del mundo querría, que mi hija sufriera las consecuencias si esto saliera mal.

Escucho pasos en el pasillo y luego un leve golpe en la puerta. Moira aparece con su rostro tranquilo, sosteniendo una bandeja con una taza de té. Parece que siempre sabe lo que necesito antes incluso de que lo sepa yo mismo.

—He pensado que le vendría bien esto, señor Campbell —dice dejándola sobre la mesa.

—Gracias, Moira. —Mi voz suena más seria de lo que pretendía, pero ella no parece notarlo.

Se queda un momento, con esa mirada que siempre parece ver más allá de mis palabras. Finalmente, asiente ligeramente y se retira. Tomo la taza con el líquido humeante y me dejo caer en el sillón de nuevo. El calor del líquido no logra disipar la tensión que siento, pero al menos me obliga a parar por un momento. Mientras doy vueltas al té con la cucharilla pienso en la responsabilidad que conlleva lo que estoy empezando con Lara. No es solo mi vida la que está en juego aquí; también está la de Emily y, aunque confío en Lara más de lo que lo he hecho en nadie en años, siento miedo. Respiro hondo y dejo la taza en la mesa. No puedo dejar que estas dudas me paralicen. Lo que siento por Lara es real, tan real como el vínculo que ella ha creado con mi hija. Y eso significa que debo actuar con cuidado, pero también con decisión. Si voy a

construir algo con ella, tiene que ser sólido, algo que pueda sostenernos a los tres. Me levanto de nuevo del sillón, incapaz de quedarme quieto y me acerco a la chimenea, donde el fuego baila suavemente, y observo las llamas. No soy un hombre que tome decisiones a la ligera, pero esto no es solo una decisión. Es un compromiso. Con Lara, con Emily y conmigo mismo. Si voy a hacer esto, tiene que ser de la manera correcta.

El sonido de la risa de mi hija desde el jardín me saca de mis pensamientos. Me acerco a la ventana y veo a Emily correteando detras Moira, que parece estar guiándola hacia el huerto. Las observo con una sonrisa dibujada en mis labios mientras pienso en que Emily es mi prioridad, siempre lo ha sido, pero ahora, con Lara en mi vida, siento que esa prioridad se ha expandido, como si hubiera espacio para algo más, para alguien más.

Cuando acabo mi té, salgo al jardín. Necesito aire fresco y despejar mi cabeza antes de hablar con Lara de nuevo. La encuentro cerca del cobertizo, recogiendo flores con Emily, que está demasiado concentrada en sus propias tareas como para notar mi presencia al principio. Lara, en cambio, levanta la mirada casi de inmediato al escucharme cómo me acerco hasta ellas. Su expresión se suaviza al verme y algo en su mirada me reconforta de una manera que no sabía que necesitaba.

—Parece que alguien está trabajando duro —le digo señalando las flores que Emily sostiene con ambas manos.

—Papá, mira lo que hemos encontrado —me dice mi hija, corriendo hacia mí con una sonrisa que ilumina su preciosa carita.

Me agacho para recibirla y ver lo que me muestra, aunque, en ese momento, mi atención está dividida entre ella y Lara, que se ha quedado ligeramente apartada, observándonos con una sonrisa. Hay algo en ese momento, en la manera en que estamos los tres, que me hace sentir que estamos construyendo algo juntos, a pesar de que aún no sabemos exactamente qué es.

Cuando Emily se distrae con Moira de nuevo, me acerco a Lara. Ella me mira con cierta expectación, como si supiera que tengo algo importante que decirle.

—¿Podemos hablar? —le pregunto en voz baja.

Asiente y juntos nos alejamos un poco para buscar un rincón tranquilo cerca del estanque. Nos sentamos en el banco de piedra frente al agua.

—He estado pensando mucho en nosotros —empiezo y al escucharme, su expresión se vuelve más seria.

—Yo también —admite y sus palabras me dan el valor necesario para continuar.

—No quiero precipitarme, ni hacer nada que pueda complicar nuestras vidas, especialmente la de Emily. Pero… —La miro directamente a los ojos, asegurándome de que entienda la profundidad de lo que trato de decirle— quiero que seamos algo más, pero también quiero que sea lo correcto para todos.

Lara baja la mirada por un momento, y puedo ver la lucha interna en sus ojos cuando vuelve a mirarme.

—Esto no va a ser fácil. Ambos llevamos cargas y, sí, por supuesto, Emily es lo más importante en todo esto. Pero yo… también quiero intentarlo. No sé cómo, pero quiero intentarlo contigo.

Sus palabras son todo lo que necesitaba oír. Tomo su mano, que tiembla ligeramente, y entrelazo mis dedos con los suyos y la miro a los ojos. Justo en ese momento, Emily aparece de repente, corriendo hacia nosotros con una flor en la mano. Nos mira con esa inocencia que solo los niños tienen, y sin decir nada, se sube al banco entre nosotros, colocando la flor en el regazo de Lara.

—Para ti —dice dedicándole una sonrisa antes de volver a correr hacia el huerto.

Lara me mira con los ojos brillantes y sé que, pase lo que pase, estamos dando el primer paso hacia algo más grande de lo que imaginamos.

Capítulo 36

Lara

El día empieza con una calma que contrasta con la agitación que me invade el pecho. La casa de invitados está bañada por una luz tenue que parece abrazarlo todo, pero yo llevo despierta horas, incapaz de apagar los pensamientos que revolotean dentro de mi cabeza. La imagen de Emily correteando por el ala oeste, su sonrisa, y la forma con la que me miró permanece en mi recuerdo. Hay algo en ella, en su risa y en la pureza de sus palabras, que ha calado en lo más profundo de mí. Lanzo un hondo suspiro y decido salir de la casa. El aire fresco de la mañana me recibe cuando cruzo la puerta, y doy un paseo hacia la mansión. Mis pasos sobre la gravilla marcan un ritmo constante, deseo concentrarme en el presente, en lo que este día puede ofrecerme, pero mi mente sigue atrapada en la responsabilidad por las consecuencias de lo que sucede entre Matt y yo pueden tener en Emily.

Al llegar a la mansión, el bullicio habitual de la casa ya ha comenzado. Thomas está en la entrada, dando instrucciones a uno de los jardineros, pero me dedica una mirada cálida cuando me ve acercarme.

—¡Buenos días! —me dice con ese tono formal que nunca pierde, aunque hay un destello de complicidad en sus ojos.

—Buenos días. ¿Dónde está Emily? —le pregunto intentando sonar casual.

—En el ala oeste, como siempre. No se cansa de estar allí. —Sonríe mientras me habla.

No sé qué responder a eso, así que simplemente asiento y me dirijo al interior de la mansión. Mis pasos resuenan ligeramente en los pasillos mientras avanzo hacia el ala oeste, un espacio que, con cada día que pasa, parece más lleno de vida. Cuando llego, encuentro a la niña sentada en el suelo, rodeada de cajas y pequeños adornos que parecen haber salido de un baúl mágico. Al verme, su carita de mejillas sonrosadas se ilumina.

—¡Lara! Mira lo que he encontrado. —Me muestra una pequeña figura de madera con forma de caballo. Tiene las patas ligeramente desgastadas, pero el detalle del tallado es impresionante.

—Es preciosa, Emily. ¿Dónde estaba? —me acerco y me siento junto a ella en la alfombra, observando la figurita.

—Estaba en una de las cajas que Thomas trajo ayer. Debería estar aquí, ¿no crees? —dice con una seriedad que me hace sonreír.

—Definitivamente. Este caballo merece un lugar especial —respondo mientras ella asiente satisfecha y se levanta para buscar dónde colocarlo.

La observo mientras se mueve por la habitación con esa energía inagotable. Mientras la miro, siento que hay algo en ella que me inspira, una inocencia que no está teñida por los miedos ni las dudas, que a menudo nos paralizan a los adultos. En cierto modo, me recuerda a la niña que fui antes de que las cosas se complicaran, antes de que la vida se convirtiera en una serie de despedidas y pérdidas.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —su voz interrumpe mis pensamientos.

—Claro, cariño, dime.

—¿Te vas a quedar aquí para siempre? —sus grandes ojos me miran con una intensidad que me desarma.

Me quedo en silencio por un momento, buscando las palabras adecuadas. No quiero prometerle algo que no pueda cumplir, pero tampoco quiero que sienta que podría perderme.

—Emily, quiero que sepas algo —digo finalmente, arrodillándome frente a ella para quedar a su altura—. No voy a abandonarte. Eso te lo prometo.

Ella sonríe y ese gesto llena algo dentro de mí, que ni siquiera sabía que estaba vacío. Me abraza con fuerza y yo la estrecho entre mis brazos, sintiendo que este momento es más importante de lo que ninguna de las dos podría comprender.

La mañana transcurre entre risas y pequeños momentos divertidos mientras trabajo. Emily y yo seguimos decorando la parte del ala oeste que aún no está acabada. Colocamos adornos en las estanterías y llenamos los rincones con detalles que hacen que el espacio cobre vida. Thomas entra de vez en cuando, supervisando lo que hacemos, pero también dejándonos disfrutar de nuestra pequeña burbuja de felicidad.

—Creo que este rincón necesita algo más —digo mientras señalo una mesa auxiliar vacía.

Emily corre hacia una de las cajas y saca un pequeño jarrón de cristal con flores secas.

—¿Esto? —pregunta con una sonrisa.

—Perfecto. —La ayudo a colocarlo en su lugar y nos apartamos juntas para admirar el resultado.

Cuando Thomas aparece con una bandeja de limonada, que nos acaba de preparar Moiram hacemos una pausa para descansar. Emily se sienta a mi lado en el suelo, apoyando la cabeza en mi hombro, y me doy cuenta de ese pequeño gesto me hace feliz. No siento una felicidad explosiva, sino una calma que me llena por dentro, una sensación de estar exactamente donde deseo estar.

—¿Siempre supiste que querías decorar casas? —me pregunta de repente, girando la cabeza para mirarme.

—No exactamente. —Me tomo un momento para pensar en mi respuesta—. Siempre me gustó crear espacios que hicieran sentir bien a las personas y supongo que decorar casas es una forma de hacer eso —le cuento encongiéndome de hombros.

—¿Y te gusta esta casa? —su pregunta es tan sencilla como directa.

—Sí, porque es especial. —Le sonrío, aunque en el fondo sé que no estoy hablando solo de la casa, sino de ella, de Matt y de todo lo que he encontrado aquí.

Emily parece satisfecha con mi respuesta y vuelve a concentrarse en su limonada. Yo, en cambio, sigo pensando en lo que significa estar aquí y en lo que estoy construyendo, no solo en esta casa, sino también en mi vida.

Por la tarde, Emily insiste en que salgamos al jardín. Thomas nos ha dado una cesta con flores que recogimos ayer, y Emily quiere hacer coronas con ellas. Nos sentamos en la hierba, bajo la sombra de un árbol, y empezamos a trabajar. Sus pequeñas manos son ágiles, y me sorprende lo bien que se le da entrelazar las flores.

—Esta es para ti —dice, colocándome una corona en la cabeza con una sonrisa orgullosa.

—¿Estoy guapa? —le pregunto mientras hago una pose exagerada como si fuera una modelo.

Emily se ríe tanto que termina tumbada en la hierba, sujetándose la barriga. La sigo, riendo con ella, sintiendo que este momento es perfecto en su simplicidad. Mientras miramos el cielo juntas, pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida desde que llegué. No solo por Matt, sino también por la niña, que me ha mostrado un lado de mí misma que creía perdido.

Cuando el sol empieza a descender, regresamos al interior de la mansión. Emily está agotada pero feliz, y Moira la lleva a su habitación para que se dé un baño y descanse. Yo me quedo en el ala oeste, terminando algunos detalles que tenía pendientes. La estancia está en calma y, por un momento, me detengo para observar el trabajo que hemos hecho durante todo este tiempo. Todo parece encajar, como si este espacio reflejara no solo el esfuerzo, sino también el cariño que hemos puesto en él.

Más tarde, cuando regreso a la casa de invitados, me siento en el sofá del salón con una taza de té entre las manos. El fuego crepita en la chimenea y llena el espacio con su calor y su luz. Cierro los ojos, dejando que los acontecimientos del día se asienten en mi cabeza.

Estoy enamorada de Matt. Esa certeza me golpea con fuerza, pero no me asusta. Más que miedo, siento una calma que nunca había experimentado. Porque no se trata solo de él, sino de todo lo que hemos empezado a construir juntos, de Emily y de la posibilidad de formar una familia entre los tres.

Abro los ojos y dejo la taza sobre la mesa que hay frente al sofá. Me levanto y miro a mi alrededor, observando los detalles de esta pequeña casa que, por ahora, es mi refugio. Pero sé que no quiero que sea solo eso. Me gustaría que todo esto fuese el comienzo de algo más grande, algo que incluya a Emily, a Matt y a mí.

Capítulo 37

Matt

Desde mi despacho, observo por la ventana a Emily y Lara en el jardín. Mi hija ríe a carcajadas mientras Lara la persigue con un pequeño ramo de flores que Emily parece haberle arrebatado entre juegos. El sonido de su felicidad llega hasta mí incluso a través del cristal, y algo en mi interior se remueve. Esta escena, tan simple y a la vez tan llena de vida, representa todo lo que nunca supe que quería, pero que ahora temo perder. Me apoyo en el marco de la ventana, cruzando los brazos mientras las observo. Lara tiene una capacidad de conectar con Emily que siempre me ha sorprendido. La forma en que mi hija confía en ella y busca su atención y aprobación, es algo que no esperaba cuando Lara llegó aquí. Y yo... me siento más atrapado cada día. No por obligación, sino por una atracción hacia ella, que no sé cómo manejar del todo. Lara no solo ha encajado en mi vida; sino que la ha transformado.

El sonido de unos pasos que se acercan me saca de mis pensamientos. Thomas aparece en el umbral de la puerta con una carta en la mano.

—Señor Campbell, esto acaba de llegar. Parecía urgente, así que he pensado que debía dársela de inmediato.

Me acerco hasta él y tomo el sobre entre mis manos. La textura del papel es rugosa y no tiene remitente. Extrañado, abro la carta con cuidado mientras el mayordomo se retira con su habitual discreción. Dentro encuentro una hoja de papel doblada con un mensaje escrito con una caligrafía elegante y anónima.

Pensaba que el club era tu hogar, Matt. Qué curioso que alguien como tú se pierda entre los sueños de una vida que no le pertenece. Algunas cosas no pueden olvidarse de forma tan sencilla como tú pretendes hacerlo. ¿Se lo has contado ya a ella? ¿Sabrá aceptar lo que realmente eres?

Las palabras que leo me golpean como un puñetazo en la boca del estómago. El sobre y la carta caen de mis manos y aterrizan sobre el escritorio mientras yo me dejo caer en la silla. Al instante, el aire que entra por mis fosas nasales se vuelve más espeso y siento un sudor frío que me recorre la espalda. Sé perfectamente a qué se refiere, y, sobre todo, sé quién podría haberlo enviado. Las noches en el club, los encuentros fugaces y sin compromiso... Todo parecía tan simple en aquel entonces. Un refugio donde nada podía afectarme. Pero ahora, todo aquello es una sombra que amenaza con destruir lo que estoy empezando a construir. Trago saliva con esfuerzo y lanzo un largo suspiro.

Lara no sabe nada de esa parte de mi vida y, no porque no confíe en ella, sino porque temo que, al contárselo, la imagen que tiene de mí se rompa. Pero esta carta me recuerda que el pasado nunca desaparece del todo y, aunque he decidido dejar esa etapa atrás, hay quienes parece

que no están dispuestos a permitírmelo.

Me inclino hacia adelante y me paso las manos por la cara. Pienso en Lara y en Emily y en lo que significan para mí, y en el futuro que estoy empezando a imaginar con ellas. Pero esta carta... pone en duda si realmente merezco esa felicidad.

Paso el día entre una nebulosa gris que no me deja ver con claridad hacia dónde debo dirigir mis pasos. Intento centrarme en los asuntos pendientes del trabajo, en los planes de gestión de mis propiedades y en la parte de la reforma que aún queda por hacer en el ala oeste, pero mi cabeza regresa una y otra vez a la carta, a esa maldita carta.

Más tarde, cuando Emily y Lara entran en la mansión con las mejillas sonrojadas por el frío y las risas aún brillando en sus ojos, intento comportarme con normalidad.

—¿Te apuntas a cenar con nosotras esta noche? —pregunta Lara mientras me sonríe desde el umbral del despacho.

Su tono es ligero y casual, y yo asiento con una sonrisa que espero que no delate mi inquietud.

—Claro, me encantaría.

Las horas pasan con una lentitud exasperante hasta que finalmente llega la cena. El ambiente en el comedor es cálido, con Emily contando emocionada los detalles de su día. Lara le escucha con paciencia, interviniendo con preguntas que mantienen a la niña sin parar de hablar. Yo, sin embargo, me siento como un espectador. Intento participar, pero las palabras de la carta resuenan en mi cabeza y me impiden articular palabras con sentido.

«¿Sabrá aceptar lo que realmente eres?»

¿Qué soy? ¿Un hombre que huyó de su dolor en una vida de excesos? ¿Alguien que ahora intenta empezar de cero fingiendo que todo está bien? ¿O soy simplemente un cobarde que teme hacer frente a su pasado?

Cuando Lara me lanza una mirada desde su lado de la mesa, me doy cuenta de que he estado ausente durante demasiado tiempo.

—¿Todo bien? —pregunta con una sonrisa tranquila.

—Sí, solo estoy algo cansado —respondo, esperando que mi tono no revele mi verdad. Ella asiente, pero sé que no me ha creído del todo. Lara tiene una forma de verme, que siempre parece ir más allá y eso me aterra tanto como me consuela.

Por la noche, cuando Emily ya está durmiendo, Lara y yo nos quedamos en el salón. Ella está sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y una taza de té en las manos. Yo estoy junto a la chimenea, mirando las llamas como si pudieran darme las respuestas que no tengo.

—Hoy has estado raro —me dice de repente.

—¿Raro? —repito en un intento de ganar tiempo.

—Sí, como si tu cabeza estuviera en otro lugar. —Su tono no es acusador, pero hay una honestidad en él que me desarma.

—Solo tengo muchas cosas en la cabeza —murmuro encogiéndome de hombros, aunque sé que mi respuesta no es suficiente para ella.

Lara me observa durante unos segundos hasta que, finalmente, deja la taza sobre la mesa

y se levanta para acercarse a mí.

—Matt, si hay algo que te preocupa, puedes decírmelo.

La sinceridad en su voz hace que me sienta aún más culpable. La carta sigue guardada en el escritorio de mi despacho, pero no puedo mostrársela. Al menos, no por ahora. No cuando todo parece aún tan frágil.

—No quiero preocuparte con cosas que no son importantes —respondo finalmente, intentando sonreír.

Lara frunce el ceño, pero no insiste. En lugar de eso, pone una mano en mi brazo y me mira a los ojos.

—Cuando estés listo, confío en que me lo dirás.

Asiento, aunque en mi interior, mi malestar sigue creciendo. ¿Cómo puedo contarle esa parte de mi vida sin arriesgarme a perderla? Pero si no se lo explico, ¿cómo puedo pretender construir algo real con ella si le escondo una parte de quién he sido durante todos estos años?

Sé que no puedo seguir escondiendo mi pasado, pero también tengo claro que, si Lara no acepta lo que he sido, podría perderla. Y plantearme esa posibilidad es algo para lo que no estoy preparado.

Capítulo 38

Matt

La tarde se desarrolla con una normalidad engañosa, esa que parece burlarse de ti justo antes de que todo se desmorone. Estoy en el despacho, revisando los planos que muestran cómo quedará el ala oeste cuando esté completamente renovada y se convierta en ese lugar lleno de luz y vida que Lara ha imaginado con tanto detalle. Es curioso cómo, desde que llegó, ese rincón de la mansión ha empezado a recuperar su alma. Pero hoy mi atención no está realmente en la reforma, sino en ella. Hace un rato pasé por el ala oeste y la vi colocando unos cuadros junto a Emily en la zona de juegos de mi hija que ya está acabada. Ambas estaban tan concentradas que ni siquiera se percataron de mi presencia. Emily reía, y Lara, con su habitual sonrisa tranquila, le daba pequeñas indicaciones mientras sujetaba el marco con una mano y un martillo con la otra. Me he quedado embobado observándolas, porque hay algo en la forma en que Lara se ha integrado en nuestras vidas que me desconcierta y, al mismo tiempo, me da una paz que pensaba que sería inalcanzable para mí.

De repente, un sonido me saca de mis pensamientos. Es un grito, uno agudo y desesperado, seguido del ruido seco de algo que cae. Corro hacia el ala oeste antes de que mi mente pueda procesar lo que estoy haciendo. Cuando llego, veo a Moira sosteniendo a Emily, que llora desconsoladamente y a varios miembros del personal agolpados en el pasillo. Mi corazón late con fuerza, amenazando con salirse de mi pecho.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con tono alarmado.

—Lara… estaba en la escalera. Ha tropezado… —responde Moira con voz temblorosa mientras intenta calmar a Emily, que llora desconsolada entre sus brazos.

Sin escuchar más, avanzo hacia el pie de la escalera y la veo. Lara está tendida en el suelo, inmóvil. Su pelo, que siempre parece moverse con vida propia, ahora está desparramado alrededor de su rostro pálido. Un rastro de sangre tiñe una de las esquinas de su frente. Me acerco rápidamente, pero mis piernas parecen de plomo y me parece que nunca llego a su lado.

—Lara… —murmuro mientras me arrodillo junto a ella con la voz cargada de desesperación.

No responde. Su pecho sube y baja con dificultad, un movimiento débil pero constante que me da esperanza. Intento mantener la calma, pero la angustia que me consume es demasiado grande.

—¡Llamad a una ambulancia! —grito, aunque ya alguien debe haberlo hecho, porque escucho a lo lejos la voz de uno de los trabajadores confirmándolo.

Tomo su mano, fría e inerte, y la sostengo entre las mías. No puedo pensar en nada más que en la promesa que me hice de protegerla y cuidarla. Y ahora, verla así, me hace sentir una impotencia que no sentía desde el accidente de Bonnie. El recuerdo de aquel día se cuela en mi mente y lo invade como un veneno. Moira se acerca con Emily, que se aferra a su falda, y mi hija me mira con los ojos llenos de lágrimas y miedo.

—¿Está bien, papá? ¿Lara está bien? —su vocecita tiembla, y siento que algo se rompe dentro de mí.

—Todo estará bien, cariño. —Intento que mi voz suene segura, pero sé que no lo consigo.

Los minutos hasta que llega la ambulancia se me hacen eternos. El personal sanitario entra con rapidez y me apartan de ella para poder hacer su trabajo. Emily solloza a mi lado y yo la tomo en brazos, mientras observo cómo colocan a Lara en una camilla. Sus párpados no se mueven y su cara sigue sin dar señales de que esté despierta.

—Voy con ella —digo antes de que alguien pueda intentar detenerme.

Emily intenta sujetarme cuando me muevo hacia la ambulancia, pero Moira la aparta con cuidado de mí y la toma en brazos.

—Quiero ir con papá… y con Lara… —gimotea mi hija, pero yo la dejo en manos de Moira, a pesar de que sus palabras se clavan en mi pecho como un puñal.

—Cariño, quédate con Moira. Prometo que os llamaré en cuanto tenga noticias, ¿vale? —le digo a mi hija mientras le acaricio el pelo y le doy un beso en la frente antes de subir a la ambulancia.

El trayecto hasta el hospital es un borrón en mi memoria. Me siento al lado de la camilla, sin apartar la vista de Lara. Cada vez que los paramédicos mencionan términos médicos, mi corazón se acelera más. El recuerdo de lo que pasó con Bonnie es tan vivo dentro de mi cabeza, que creo que voy a enloquecer de dolor en cualquier momento.

Cuando llegamos al hospital, el personal sanitario nos recibe y pronto la camilla con Lara desaparece tras una puerta. Me quedo en el pasillo, solo, rodeado de desconocidos inmersos en sus propias preocupaciones, ajenos al abismo en el que yo estoy cayendo.

Me siento en una de las sillas de la sala de espera y descanso la cabeza entre mis manos y, por un momento, permito que el miedo me invada por completo. La posibilidad de perder a Lara es algo que no estoy dispuesto a contemplar. No puedo imaginar volver a casa sin ella y explicarle a mi pequeña, que alguien más ha desaparecido de nuestras vidas. Tampoco sé si podría soportar el vacío que eso dejaría en mi hija y en mí.

Las horas pasan con una lentitud insoportable. Moira me llama para saber cómo estamos y trato de tranquilizarla, pero mi voz suena vacía incluso para mí. Sin poder hacer nada por evitarlo, pienso en Bonnie y en el día en que recibí la llamada que cambió todo. Parece que todo se repite. Nunca pensé que volvería a sentir algo así, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. Lara no es Bonnie, pero el miedo a perderla me afecta de la misma manera, si no más y eso me hace sentir roto por dentro.

Finalmente, un médico aparece por el pasillo. Su expresión es neutral, profesional, pero yo busco desesperadamente algún indicio de lo que va a decir.

—Señor Campbell —empieza y yo me levanto de inmediato—. La señorita Withmore está estable, pero ha sufrido un traumatismo craneoencefálico grave, por lo que hemos tenido que inducirle el coma para controlar la inflamación. Los próximos días serán cruciales para ella.

Sus palabras caen como una losa de acero sobre mí. *Coma*. La palabra se repite en mi cabeza, cada vez más pesada. Asiento, incapaz de hablar, y el doctor me indica que puedo verla, aunque solo unos minutos.

Cuando entro en la habitación, el sonido de los monitores es lo único que interrumpe el silencio imperante en la estancia. Lara está ahí, conectada a máquinas que parecen tan frías e impersonales como este lugar. Me acerco a su cama y tomo su mano entre las mías como he hecho antes. Es la misma mano que he sujetado, mientras ella estaba en el suelo de la mansión,

pero ahora está rodeada de cables y máquinas.

—Lara… —mi voz se rompe y dejo que las lágrimas, que he estado conteniendo todas estas horas, campen libremente por mi cara—. Por favor, no me hagas esto.

Me quedo a su lado, hablando en susurros, diciendo cosas que no sé si puede escuchar, pero no me importa. Le hablo de Emily y de cómo la niña la necesita. Le hablo de mí y de cómo ella ha llenado un vacío que creía que nunca podría sanar. Y le prometo que, si vuelve conmigo, haré todo lo posible por ser el hombre que ella merece.

Esa noche no duermo. Me quedo junto a la puerta de la habitación de cuidados intensivos. Y mientras las horas pasan, una certeza se arraiga en mi interior: no puedo perderla, porque, sin ella, no sé cómo podría seguir adelante.

Capítulo 39

Matt

Los monitores emiten un pitido constante, un sonido que debería reconfortarme, porque significa que Lara sigue aquí, aunque atrapada en ese limbo que nadie puede controlar. Estoy sentado en una butaca junto a su cama, con las manos cruzadas delante de mí, sin saber qué hacer con ellas. Mi cabeza no para de darle vueltas a todo lo que ha sucedido en las últimas horas, como si al reconstruirlo una y otra vez fuera capaz cambiar el final. Pero no puedo. Nada de lo que haga cambiará que Lara esté aquí, inmóvil, con la cara pálida e inerte bajo las frías luces del hospital.

La observo y siento un peso en mi pecho, que apenas puedo respirar. Nunca pensé que la posibilidad de perder a alguien de nuevo me destrozaría de esta manera, pero aquí estoy, con el miedo anidado en cada fibra de mi cuerpo.

Durante los últimos años, mi vida ha sido un constante ejercicio de control, de mantenerlo todo en su sitio para no volver a caer, pero Lara lo ha cambiado todo. Entró en nuestra vida como un soplo de aire fresco, como un faro que iluminaba lo que nunca creí posible.

Emily. El pensamiento de mi hija me atraviesa como un puñal. Sé que Moira y el resto del servicio está con ella, haciendo todo lo posible para consolarla, pero sé que nada podrá llenar el vacío que la ausencia de Lara está dejando en su pequeño corazón. La niña que, hace apenas unas horas, reía mientras colocaba flores en un jarrón ahora está sumida en el dolor y la incertidumbre. Igual que yo. Cierro los ojos y me paso las manos por la cara, intentando calmar este temblor que no consigo contener. Esto no puede estar pasando. No después de todo lo que hemos construido juntos. No después de lo que ella significa para Emily y para mí.

Cada minuto que pasa en este hospital me recuerda a Bonnie, al vacío que dejó cuando se fue y al caos que se instaló en nuestras vidas después. Pero esto es diferente. Lara no es solo alguien a quien quiero. Ella es la mujer que ha devuelto la luz a nuestra vida. Es el hilo que une todo lo que yo daba por perdido desde hace mucho, quizás demasiado.

—Lara… —murmuro en apenas un susurro. Mi mano alcanza la suya, tan fría que un escalofrío me recorre el cuerpo. Quiero que despierte, abra los ojos y me regañe por estar tan serio y me diga que todo está bien, aunque no sea cierto. Pero no lo hace. Sus párpados siguen cerrados y su respiración es tan débil que apenas la percibo.

La puerta se abre con suavidad y levanto la mirada. Es el médico, el mismo que me habló hace horas. Lo miro, buscando en su expresión algo, cualquier cosa que me dé esperanza, pero su gesto es impenetrable.

—Señor Campbell, estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos por ella. Su estado es crítico, pero estable. Las próximas cuarenta y ocho horas serán clave.

Asiento, incapaz de articular palabra. No quiero escuchar nada más que no sea que va a despertar y que va a estar bien. Él parece percibir mi desesperación y añade:

—Puede quedarse aquí. A veces, aunque no lo parezca, escuchar la voz de alguien

cercano ayuda a los enfermos.

Cuando se va, me quedo de pie junto a la cama, mirándola. Me inclino hacia adelante y apoyo la frente en el borde del colchón. Las lágrimas que he estado conteniendo durante horas finalmente se escapan de mis ojos. No me importa. Me da igual que el mundo me vea roto, porque es como estoy en este momento. Siento que estoy perdiendo la batalla contra algo a lo que ni siquiera puedo enfrentarme. Y me duele. Dios, cómo duele.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que me atrevo a regresar a casa. Cuando llego, la mansión parece extrañamente vacía, a pesar de que todo está exactamente en su lugar, Moira me espera en la entrada con Emily en brazos. Mi hija salta al suelo en cuanto me ve y corre hacia mí.

—¿Papá? ¿Está bien Lara? —me pregunta con una mezcla de esperanza y miedo en sus ojitos verdes.

La tomo en brazos y la abrazo con fuerza, buscando las palabras que puedan consolarla sin mentirle.

—Está luchando, Emily. Lara es fuerte. Como tú. —Mi voz tiembla, pero intento mantener la calma por ella.

Emily apoya la cabeza en mi hombro y siento cómo sus pequeñas lágrimas empapan mi camisa. No puedo prometerle que todo estará bien porque no lo sé. Pero lo que sí puedo hacer es estar aquí para ella. Pase lo que pase.

Después de intentar consolar y acostar a mi hija, vuelvo al ala oeste. El ala que Lara ha llenado con su presencia, con sus risas y con la vida que parecía imposible en esta casa. Camino despacio, mirando los pequeños detalles que ella ha añadido: los jarrones con flores, los cuadros que ha elegido con tanto cuidado, incluso las pequeñas figuras que Emily y ella han colocado en los estantes. Cada rincón lleva su huella y me recuerda que esta casa sin ella sería solo eso, una casa. No un hogar.

Me detengo frente a uno de los cuadros que aún está apoyado contra la pared, esperando a que alguien lo cuelgue y recuerdo el momento exacto en que lo eligió. No puedo olvidar su entusiasmo y su manera de explicar por qué ese cuadro era perfecto para este espacio. Sonrío, pero es una sonrisa amarga, cargada de nostalgia por algo que siento que estoy perdiendo.

Al día siguiente, vuelvo al hospital. Me gustaría pasar unas horas con Emily, pero no puedo. Necesito estar cerca de Lara, aunque sé que no hay nada que pueda hacer por ella.

Cuando entro en la habitación, todo sigue igual. Los monitores siguen emitiendo sus pitidos rítmicos, su respiración sigue siendo asistida por máquinas y yo continúo invadido por este sentimiento de impotencia que me consume.

Me siento junto a ella y tomo su mano de nuevo.

—Emily te echa de menos —le susurro—. No para de hablar de ti. Dice que tienes que despertarte para terminar de decorar el ala oeste. Que prometiste ayudarla a colgar los cuadros.

Hablo con ella durante horas, contándole cosas que quizá no pueda escuchar, pero que necesito decir. Le hablo de mi hija, de cómo está viviendo todo esto y de cómo su risa, desde que está con nosotros trabajando en el ala oeste, ha llenado la casa de una manera que nunca creí posible. Le hablo de mí, de cómo me ha hecho sentir cosas que no sabía que podía sentir de nuevo. Y le prometo que, si vuelve conmigo, haré todo lo posible por ser el hombre que ella merece.

Las horas se convierten en días y cada momento sin ella lo vivo como una eternidad. Pero no dejo de hablarle. No dejo de decirle cuánto significa para mí, para Emily y para nuestra vida juntos. Porque, aunque todo parezca perdido, me aferro a la esperanza de que puede escucharme. Y la esperaré todo el tiempo que sea necesario. Porque no tengo otra opción. yo siempre estaré aquí, esperándola.

Capítulo 40

Matt

El hospital tiene un ambiente asfixiante, una mezcla de desinfectante y desesperación que lo impregna todo. Estoy sentado junto a la cama de Lara, en la misma butaca en la que llevo horas, quizá días, con el cuerpo rígido y el ánimo agotado. Su rostro sigue tan pálido como cuando la encontré tendida en el suelo de la mansión. Las máquinas que la rodean emiten pitidos constantes, un recordatorio monótono de que su corazón sigue latiendo, aunque sea gracias a las frías conexiones que la unen a los monitores.

La observo, buscando algún indicio, un leve movimiento, cualquier señal de que está regresando a mí. Pero nada. La quietud es absoluta. Me inclino hacia adelante, tomando su mano entre las mías, sintiendo la fragilidad de su piel. Es como si el mundo entero se hubiera detenido en este instante interminable, un limbo entre la esperanza y el miedo.

—Tienes que volver —susurro con la voz rota.

Mi garganta arde al pronunciar estas palabras, cargadas de un peso que no sé cómo poder seguir soportando. La idea de perderla me atraviesa el pecho como una daga. Hace años pensé que ya había vivido lo peor cuando Bonnie murió, pero esto… esto es diferente. Lara no solo me ha devuelto a la vida; sino que ha traído consigo un futuro que jamás pensé que podría desear.

Esta mañana, antes de venir al hospital, Moira ha intentado convencerme de que descansara. Emily estaba sentada en su regazo con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Papá, ¿Lara se va a morir? —me preguntó, su vocecita temblorosa llena de miedo.

En ese momento, no supe qué responder. Quise mentirle, decirle que todo estaría bien, pero no pude. En su lugar, la abracé con fuerza, susurrándole que Lara era muy fuerte y que estaba luchando por seguir adelante. Pero incluso mientras lo decía, sentía cómo mi propia fe se tambaleaba.

Moira se acercó después y me puso una mano en el hombro antes de hablar.

—Emily necesita que usted esté fuerte, señor Campbell. Lo que sea que pase, ella lo vivirá mejor si siente que usted la sostiene.

Asentí, aunque no estoy seguro de que pueda estar a la altura de esa responsabilidad. Todo en mi vida parece estar pendiendo de un hilo, y tengo la sensación de que si hago cualquier movimiento en falso, puedo derrumbarlo y perderlo todo.

La habitación de Lara está en penumbra, apenas iluminada por la luz artificial que emiten los monitores. Me inclino hacia ella, estudiando cada línea de su cara, intentando encontrar algún

rastro de esa fortaleza suya, que siempre he admirado.

—Lara, por favor… vuelve con nosotros —susurro de nuevo, con la voz cargada de una mezcla de desesperación y esperanza.

Pienso en Emily y en cómo mi pequeña se ha aferrado a ella desde el día en que entró en nuestras vidas. La forma en que busca su atención, su aprobación, como si hubiera encontrado en ella algo que le había sido arrebatado demasiado pronto. Y no puedo evitar pensar que, si perdemos a Lara, mi hija volverá a enfrentarse al vacío que le dejó su madre otra vez.

Cierro los ojos, recordando una de las últimas tardes que pasamos juntos con Lara. Estábamos en el ala oeste, ajustando los cuadros que ella había elegido con tanto cuidado. Emily corría alrededor, jugando con una corona de flores que habían hecho, mientras yo las observaba desde la distancia. Fue un momento sencillo, pero lleno de vida y alegría. Y ahora, todo eso es un recuerdo lejano, casi irreal.

La puerta de la habitación se abre y me saca de mis pensamientos. Es el médico, un hombre alto y serio, que me dirige una mirada profesional y empática.

—Señor Campbell, no hay cambios en el estado de la señorita Whitmore. Estamos haciendo todo lo posible, pero cada hora que pasa es decisiva para su estado.

Asiento, incapaz de encontrar palabras para responderle. Él me da una palmada en el hombro antes de salir de la habitación y me deja solo con mis pensamientos.

—Lara, tienes que ser fuerte. Emily te necesita. Yo te necesito —musito aferrado a su mano y hablándole en voz baja, aunque no sé si puede oírme. Le hablo de Emily, de cómo está intentando ser valiente, aunque sé que está destrozada. Le hablo de mí y de cómo ella ha cambiado todo en mi vida y de cómo ha llenado los vacíos que creí que nunca volverían a llenarse.

Capítulo 41

Lara

Despertar es como emerger de una oscuridad espesa, casi tangible. Mis párpados pesan como si estuvieran hechos de plomo, pero un leve destello de conciencia empieza a abrirse paso en mi mente. Primero, el sonido. Hay un pitido constante, rítmico, que se entremezcla con un murmullo de voces lejanas. Luego, la sensación: una punzada sorda en la cabeza y un peso extraño en todo el cuerpo. Intento moverme, pero cada músculo de mi cuerpo parece estar anclado a un suelo invisible.

Respiro profundamente. Poco a poco, mis ojos se entreabren, dejando entrar una luz blanca y demasiado brillante, que me resulta agresiva. Parpadeo repetidamente, tratando de enfocar la mirada en lo que me rodea. Lo primero que veo es un techo blanco sobre mí, liso y monótono, seguido de unas cortinas pálidas que ondean ligeramente al ritmo de una corriente imperceptible.

No sé dónde estoy y eso consigue que mi respiración se acelere. Intento levantarme, pero un tirón en el brazo me obliga a detenerme. Giro la cabeza y veo una vía conectada a mi mano. El pitido del monitor se vuelve más rápido, como si reflejara mi agitación.

Entonces lo veo.

Matt está sentado junto a la cama, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre sus manos. Su postura me deja entrever que ha pasado demasiadas horas sin descansar y que ha caído rendido ante el poder del sueño. El alivio me invade. Verlo aquí, tan cerca, es lo único que logra calmar el pánico que comenzaba a apoderarse de mí.

—Matt… —murmuro o al menos lo intento. Mi voz suena áspera, como si hubiera pasado mucho tiempo sin hablar.

No sé si me ha escuchado, por lo que lo llamo de nuevo, ahora un poco más fuerte.

—Matt.

Su nombre sale esta vez en un susurro apenas audible de mi garganta, pero parece suficiente, porque se endereza de golpe y fija sus ojos verdes en mí con una intensidad que me corta la respiración. Por un momento, no dice nada. Solo me mira, como si no pudiera creer lo que ve.

—Lara —susurra al fin y su voz está cargada de alivio.

Se acerca rápidamente y se coloca al borde de la cama en la que estoy. Su mano encuentra la mía, cálida y firme, y ese contacto me da una sensación de seguridad que no sabía que necesitaba.

—¿Dónde estoy? —le pregunto, aunque mi garganta protesta al formar esas palabras.

Matt se inclina un poco más hasta que su cara está a solo unos centímetros de la mía.

—En el hospital. Tuviste un accidente. Te caíste de las escaleras en el ala oeste.

Cierro los ojos, tratando de recordar. Las escaleras. El ala oeste. Algunos fragmentos

inconexos empiezan a aparecer en mi mente: Emily riendo, un cuadro que intentaba colgar, el suelo acercándose demasiado rápido… Abro los ojos de nuevo y encuentro los de Matt, que no han dejado de observarme con una mezcla de preocupación y ternura.

—Emily… —digo el nombre de la niña que aparece en mi recuerdo.

—Está bien —me responde rápidamente, apretando mi mano con suavidad—. Está en casa con Moira. Está preocupada por ti, pero está bien.

La tensión en mi pecho disminuye ligeramente al escucharlo. Si Emily está bien, todo lo demás puede esperar. Intento relajarme, aunque mi cuerpo parece haber olvidado cómo hacerlo. Mis ojos se deslizan por la habitación, por las máquinas que emiten sonidos regulares y por los cables que conectan mi cuerpo a ellas. Es demasiado. Demasiado frío, demasiado extraño y real.

—¿Cuánto tiempo…? —mi voz se quiebra antes de terminar la pregunta.

Matt parece entender de inmediato.

—Han pasado varios días. Has estado en coma desde el accidente. —Su mandíbula se tensa al decirlo, como si decir esas palabras le costaran la misma vida.

Coma.

La palabra flota en el aire, pesada y aterradora. Intento procesarla, pero mi mente sigue nublada. ¿Días? ¿Cuántos? ¿Qué ha pasado mientras yo estaba atrapada en esa oscuridad?

—No puedo… —intento hablar de nuevo, pero Matt niega suavemente con la cabeza.

—No te esfuerces. Ahora lo importante es que estás despierta. —me dice con voz firme, aunque noto un leve temblor en sus palabras.

Quiero decirle que estoy bien, que no tiene que preocuparse, pero sería una mentira. No estoy bien. Estoy cansada, desorientada y abrumada. Sin embargo, la devoción con la que Matt me mira hace que algo dentro de mí se calme. Sus ojos reflejan un mundo de emociones, que no necesita expresar en voz alta: miedo, esperanza, cariño… amor.

—Gracias por estar aquí —murmuro en apenas un hilo de voz.

Matt baja la mirada un momento, como si necesitara recuperar el control antes de responderme.

—No podía estar en ningún otro lugar.

El silencio que sigue a sus palabras no me resulta incómodo. Matt no suelta mi mano, y yo no quiero que lo haga. Su presencia es lo único que me ancla a la realidad y me hace sentir que puedo superar esto.

—Emily… —empiezo de nuevo, pero Matt me interrumpe con una leve sonrisa.

—Ella está bien. Te echa de menos, pero es fuerte. —Hace una pausa y añade—. Aunque no tanto como cree.

La ternura en su voz cuando habla de la cría hace que mi corazón se contraiga. Sé cuánto significa ella para él, y la idea de que mi ausencia pueda estar afectándola me duele más que cualquier otra cosa.

—Tengo que verla —digo con un poco más de fuerza, aunque mi cuerpo protesta al intentar incorporarme.

—Lo harás, pero no ahora. Necesitas descansar. —Su tono es firme, aunque no duro. Es el tipo de firmeza que solo alguien, que realmente se preocupa por ti, puede tener.

Quiero discutir, pero sé que tiene razón. Mis párpados empiezan a sentirse pesados de nuevo y el agotamiento me arrastra. Sin embargo, antes de que el sueño se apodere de mí, una última pregunta se forma en mi mente.

—¿Te quedarás? —le pregunto con un susurro, pero Matt parece escucharlo como si hubiera gritado.

—Siempre.

Esa palabra, simple y poderosa, es lo último que escucho antes de dejarme llevar por la oscuridad una vez más. Pero esta vez, no me asusta. Porque sé que ya no estoy sola.

Capítulo 42

Lara

El ambiente del hospital es denso y estéril, una mezcla de desinfectante y rutina que he llegado a asociar con el miedo y la esperanza durante estos últimos días. Pero hoy es diferente. Hoy me voy a casa. Matt está junto a mi cama recogiendo algunas de las cosas que me ha traído durante mi estancia, y Emily está sentada en un sillón cerca de la ventana, con las piernas colgando y un brillo emocionado en sus ojos. Verla tan contenta me hace sentir muy bien. Mientras observo a la niña, una de las enfermeras, que me ha cuidado durante todo este tiempo, entra con una sonrisa amable y un documento en la mano.

—Señorita Whitmore, ya está todo listo. El médico ha firmado el alta, así que pueden marcharse cuando lo deseen.

—Gracias —respondo con voz suave, aunque aún un poco débil.

Matt levanta la mirada hacia mí y veo un destello de alivio en sus ojos. Se acerca con pasos tranquilos, pero firmes, y me tiende una mano para ayudarme a levantarme. Sus dedos envuelven los míos con una seguridad que me hace sentir protegida y le sonrío al ponerme en pie.

—¿Lista? —me pregunta, y en su tono entreveo algo más que preocupación; hay ternura, una que no necesita palabras para hacerse entender.

Asiento lentamente. Mis piernas aún tiemblan un poco, como si no estuvieran acostumbradas al peso de mi cuerpo. Emily salta del sillón y corre hacia nosotros, agarrando mi otra mano con fuerza y sin dejar de sonreírme.

—Voy a cuidarte. Papá dice que tengo que ayudarte mucho porque todavía estás un poquito cansada —me dice con su dulce vocecilla que es una mezcla de determinación infantil y un cariño tan puro que me emociono al instante.

—¡No podría estar en mejores manos! —le digo con una sonrisa y evitando que la emoción se adueñe de mí y consiga que mis ojos dejen escapar las lágrimas que pugnan por escaparse de ellos.

Cuando salimos del hospital, sol invernal nos recibe con un frío que se cuela bajo el abrigo que Matt ha insistido en que me ponga antes de salir. Emily no suelta mi mano mientras caminamos hacia el coche y Matt permanece a mi lado, con una mirada vigilante que me reconforta y, al mismo tiempo, me abruma un poco. El trayecto hasta la mansión es tranquilo. Emily parlotea desde el asiento trasero, contándome cosas que Moira y ella han hecho durante mi ausencia, pero también recordando momentos nuestros, que yo no sabía que le habían dejado tanta huella.

—Papá estuvo muy triste mientras dormías. Le decía a Moira que tenías que volver porque él te necesita. —La naturalidad con la que lo dice me deja sin aliento.

Matt, que está conduciendo, lanza una mirada rápida hacia mí por el espejo retrovisor y en su expresión veo un leve rubor, que me hace sonreír.

—Emily… —murmura en un tono que pretende ser de advertencia, aunque no hay nada de dureza en él.

—Es verdad, papá —insiste la niña con un encogimiento de hombros que la hace parecer mucho mayor de lo que realmente es—. Pero yo también estaba triste. Pensé que no volverías, Lara, como mamá.

Las palabras de Emily me impactan y siento cómo mi corazón se encoge al escucharla. Me giro un poco en mi asiento para mirarla y me encuentro con esos ojitos verdes que me observan con una mezcla de alivio y vulnerabilidad.

—Emily… yo no quería que te asustaras —le digo con voz temblorosa al intentar expresar lo que siento—. Pero he vuelto y no pienso irme a ningún sitio.

Ella asiente, aunque su gesto es serio, demasiado para una niña de su edad. En ese momento, entiendo lo profundo que ha sido su miedo y cuánto ha debido de afectarle todo esto. Matt no dice nada, pero cuando me giro hacia él me toma de la mano con suavidad. No hace falta que hable; su gesto me lo dice todo sin necesidad de palabras.

Al llegar a la mansión, todo el servicio nos recibe en la entrada con una sonrisa cálida.

—Bienvenida a casa, Lara —me dice Moira, que se ha acercado hasta el coche para ayudarme a bajar.

—Gracias. ¡Qué alivio estar de vuelta! —le digo devolviéndole la sonrisa, aunque sé que mi debilidad todavía es evidente.

Emily insiste en llevar mi bolsa, aunque es demasiado grande y pesada para ella y apenas puede levantarla. Matt la observa con una sonrisa y un brillo en los ojos que refleja el orgullo que siente.

—Cuidado, campeona, no queremos que tú también necesites un médico —bromea, pero la deja hacer.

Dentro de la mansión, todo parece más cálido de lo que recordaba. Quizá sea la forma en la que Emily corretea por el salón o el olor a té que Moira me ha preparado o, simplemente, el hecho de estar en un lugar que ahora siento como mi hogar. Me acomodo en el sofá mientras Emily se sienta a mi lado, pegada a mí como si temiera que pudiera desaparecer si no está junto a mí. Matt se sienta frente a nosotras, con una taza de té en las manos y una expresión que mezcla alivio y algo que no consigo descifrar del todo, pero que me hace sentir muy bien.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Más cojines? ¿Una manta? —me pregunta la niña, claramente emocionada por la idea de cuidarme.

—Estoy bien, cariño. Tenerte a mi lado ya es suficiente.

Ella sonríe, pero enseguida su expresión se vuelve más seria. Me toma de la mano con sus pequeños dedos y me mira directamente a los ojos.

—Pensé que tú tampoco ibas a volver… Pero papá siempre decía que tenías que despertarte, porque él estaba muy triste y te necesitaba mucho.

La sinceridad en su voz me desarma. No sé qué decir, porque las palabras no me parecen suficientes para expresar lo que siento. Mis ojos se llenan de lágrimas y cuando miro a Matt, veo que él también está emocionado, aunque intenta disimularlo.

—Emily, tú y tu papá sois muy importantes para mí. Y siento mucho haberte asustado. Pero prometo que voy a cuidarme mucho para quedarme con vosotros —le digo aguantándome la emoción para no acabar llorando. Ella asiente y luego me abraza con fuerza. En ese momento, todo lo demás desaparece. La mansión, el hospital e incluso el miedo que todavía late en un rincón de mi mente.

Cuando Emily finalmente se duerme esa noche, agotada por la emoción del día, Matt y

yo nos quedamos en el salón. Él se sienta a mi lado, en silencio, con una expresión que no sé descifrar del todo.

—Gracias por todo, Matt. Por estar ahí y por no rendirte conmigo. —Le miro a los ojos, esperando que entienda lo mucho que significa para mí.

—No había otra opción. Tú eres parte de esta familia y nunca te voy a dejar sola. —Sus palabras son sencillas, pero llevan un peso que me llega al corazón. Cuando acaba de hablar, ambos nos quedamos así, mirándonos, hasta que finalmente me apoyo en su hombro, cierro los ojos y me dejo llevar por esta sensación de que todo está bien.

Capítulo 43

Lara

Caminar por los pasillos de la mansión es algo que acostumbraba a disfrutar. La mezcla de historia y vida que respiran estas paredes siempre ha tenido un efecto calmante en mí, pero hoy es diferente. Hoy, en cambio, me hace sentir inquieta, como si algo dentro de mí pidiera a gritos acción, movimiento, algo que no he conseguido hacer desde que regresé del hospital.

Matt insiste en que me tome todo con calma, que no hay prisa en volver a mi rutina, ni tampoco al trabajo, pero mi cuerpo, aunque todavía algo débil, no parece compartir su opinión. Así que he pasado la mañana deambulando sin rumbo, buscando algo que hacer. Emily se ha ido con Thomas a comprar materiales para un proyecto del colegio, y la casa, aunque me siento muy agusto, me parece enorme y desierta. Finalmente, decido buscar los cuentos que Emily me dijo que dejó en el despacho de Matt. Me lo mencionó anoche, con su entusiasmo habitual, asegurándome que uno de ellos tenía la historia *perfecta* para leer juntas antes de dormir. Así que con una sonrisa en los labios imaginando la carita de la pequeña, voy hacia el despacho, pensando en cuánto disfruto de esos momentos con ella.

El despacho está ordenado, como siempre. La luz que entra por las grandes ventanas ilumina el escritorio de madera oscura, donde hay una pila de papeles y libros apilados. Busco entre ellos, tratando de encontrar los cuentos que me dijo anoche Emily, cuando algo llama mi atención: un sobre de papel rugoso, parcialmente oculto bajo una carpeta.

No suelo ser curiosa, pero hay algo en ese sobre que me resulta extraño. Arrugo el entrecejo mientras lo observo. La caligrafía en él es elegante, casi demasiado perfecta, y no lleva remitente. Dudo por un momento, pero finalmente lo tomo entre las manos y lo abro. El papel en su interior tiene un peso que me resulta inusualmente solemne. La tinta negra dibuja unas palabras que leo con creciente desconcierto:

Pensaba que el club era tu hogar, Matt. Qué curioso que alguien como tú se pierda entre los sueños de una vida que no le pertenece. Algunas cosas no pueden olvidarse de forma tan sencilla como tú pretendes hacerlo. ¿Se lo has contado ya a ella? ¿Sabrá aceptar lo que realmente eres?

Cuando acabo de leer esas palabras, tengo la sensación de que el ambiente que me rodea se ha vuelto más pesado. Releo de nuevo esas líneas con rapidez para comprobar que he entendido bien lo que acabo de leer.

«Club».

«Sueños de una vida que no le pertenece».

«¿Sabrá aceptar lo que realmente eres?»

Mi cabeza se llena de preguntas que no sé cómo ordenar. ¿Qué club? ¿Qué significa

todo esto? Y, sobre todo, ¿quién ha escrito estas palabras tan cargadas de resentimiento?

Me siento en el sillón frente al escritorio con el papel aún entre las manos. Mi primera reacción es no darle importancia. Puede ser cualquier cosa, algo relacionado con los negocios o alguna vieja historia que no tenga nada que ver con el Matt que conozco. Pero una parte de mí no puede ignorar la inquietud que empieza a anidar poco a poco en mi pecho. Resoplo agobiada. No quiero darle vueltas y empezar a especular. La única forma de entender esto es preguntarle directamente y es lo que decido hacer. Sí, voy a hacer eso. No quiero perderme entre especulaciones sin sentido, que solo van a conseguir que me sienta peor.

Cuando Matt llega más tarde, lo hace con aire despreocupado, que contrasta con mi estado de ánimo. Lo veo entrar al salón con Emily, que ríe mientras agita una pequeña bolsa de papel con algo que parece ser un regalo para mí. Trago saliva, sabiendo que este no es el momento oportuno para tener con él una conversación seria, y sonrío para no preocupar a la niña.

—¡Papá y yo te hemos traído una sorpresa! —anuncia Emily mientras se acerca y me da un beso en la mejilla.

—¿Sí? ¿Qué es? —le pregunto, fingiendo una emoción que no siento en este momento.

Abro la bolsa para descubrir una vela aromática con un delicado diseño. Me río suavemente, agradeciendo el gesto, y me concentro en disfrutar de su compañía. Sin embargo, después de un rato, cuando Emily sube a su habitación, Matt se queda conmigo en el salón, y sé que no puedo continuar posponiendo la conversación que siento que tenemos pendiente.

—Matt, ¿puedes acompañarme al despacho? —le digo, tratando de sonar casual.

Él asiente, algo sorprendido, pero me sigue sin hacer preguntas. Cuando llegamos, me giro hacia él y saco el sobre de mi bolsillo. Su expresión cambia al instante. De la curiosidad por saber por qué lo llevo hasta allí, pasa a algo que no consigo descifrar del todo, pero que parece ser una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Lo encontré esta mañana mientras buscaba los cuentos de Emily —le explico, poniéndole el sobre frente a él—. ¿Qué es esto?

Matt lo toma entre sus manos, lo abre y lo lee en silencio. Su mandíbula se tensa y veo cómo sus hombros se hunden ligeramente, como si llevara un peso invisible que de pronto se hiciera muchísimo más pesado.

—Lara… —empieza a decir, pero se detiene. Su mirada busca la mía y en sus ojos veo algo que no suelo ver en él: vulnerabilidad.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo —le digo, tratando de sonar tranquila, aunque mi corazón late con fuerza.

Él se sienta en el borde del escritorio y respira hondo antes de hablar.

—Es sobre mi pasado… algo que nunca quise que interfiriera en lo que tenemos ahora. Pero creo que ya no puedo evitar contártelo.

Espero en silencio, dándole el espacio que necesita para explicarse. Matt levanta la mirada y posa sus ojos en mí. Lo que me cuenta a continuación me deja sin palabras.

—Después de la muerte de Bonnie, me quedé completamente roto. No sabía cómo seguir adelante ni cómo lidiar con aquel dolor. Durante un tiempo, encontré… una especie de refugio en un club. Un lugar muy excluvo, donde podía… desconectar. Las reglas eran simples: nadie hacía preguntas ni juzgaba. Por lo que me parecía un lugar perfecto para hacer lo que más ansiaba: olvidar. A través de encuentros fugaces y sexo sin compromiso, ni preguntas. —Hace una pausa, y sus ojos se oscurecen al recordar—. No es algo de lo que esté orgulloso, pero, en ese momento, era lo único que parecía me funcionaba.

Me quedo sin aliento, procesando cada una de sus palabras. Esta es una cara de Matt,

que nunca había llegado a imaginar, una parte de su vida que no encaja con el hombre que conozco ahora. Pero mientras habla, también veo el dolor en sus ojos y la lucha interna que aún parece estar presente dentro de él.

—Matt… —susurro, pero levanta una mano, como si necesitara terminar de hablar antes de que yo diga algo.

—Cuando llegaste a nuestras vidas, todo eso quedó atrás. Ya no tenía sentido. Tú, Emily… vosotras sois lo único que me importa ahora. Pero hay personas, como quien envió esta carta, que no entienden mi cambio. Que creen que sigo siendo aquel hombre perdido que buscaba escapar de su dolor entre las paredes del club.

Su confesión me impacta, pero también me conmueve. Porque, a pesar de todo, lo que veo frente a mí es a un hombre que ha luchado por reconstruirse. Un hombre que, aunque imperfecto, está lleno de amor por su hija… y por lo que parece, también por mí.

—Gracias por contarme todo esto —le digo al fin, acercándome a él—. Sé que no ha debido de ser fácil.

—¿Estás enfadada? —pregunta con voz tensa, como si temiera mi respuesta.

—No. Solo… sorprendida. Pero también entiendo lo que es querer huir del dolor. Todos tenemos maneras de lidiar con nuestros miedos… Lo importante es quién eres ahora, no lo que fuiste entonces.

Él me mira con una mezcla de alivio e incredulidad, y veo cómo su postura se relaja un poco. Me acerco más a él y tomo una de sus manos entre las mías.

—Lo único que quiero es que seamos honestos el uno con el otro. Que podamos hablar de lo que nos asusta y de lo que nos duele. Eso es lo que hace que esto funcione, ¿no crees?

Matt asiente y en sus ojos veo una gratitud, que no necesita expresarse en palabras. Nos quedamos así, en silencio, dejando que la verdad y la confianza solidifiquen el vínculo que compartimos. Este no es el final de la conversación, lo sé. Pero es un comienzo. Y para nosotros, por ahora, eso es más que suficiente.

Capítulo 44

Matt

La mañana amanece tranquila, con un cielo despejado que promete un día perfecto para lo que tengo en mente. Estoy en la cocina, supervisando cómo Moira prepara un pequeño almuerzo para llevar. Aunque me aseguro de no interferir demasiado, ella no deja de lanzarme miradas suspicaces mientras organiza todo.

—¿De verdad se la va a llevar por ahí en su estado? —pregunta al fin, con una mezcla de reproche y curiosidad.

—Está bien. El médico dijo que podía retomar poco a poco sus actividades. Y no vamos a correr un maratón, solo quiero que respire aire fresco —le digo tratando de sonar convincente.

Al escucharme, frunce el ceño, aunque finalmente asiente mientras envuelve un par de bocadillos.

—De acuerdo…. Pero, por favor, cuídela bien. No quiero verla agotada cuando regresen.

—Descuida, no te preocupes. —La seriedad de mi respuesta la hace sonreír de lado, un gesto que me asegura que, al menos, aprueba mi intención.

Subo al dormitorio para buscar a Lara. Cuando entro, la encuentro junto a la ventana, con la mirada perdida en el exterior. Se ha recogido el cabello en un moño sencillo, y lleva un jersey de lana claro que le queda holgado. Aunque aún está algo pálida, hay un brillo en sus ojos que no veía desde antes del accidente.

—¿Preparada? —le pregunto apoyándome en el marco de la puerta.

Se gira hacia mí con una sonrisa que me llena de calidez.

—No me has dicho a dónde vamos.

—Es una sorpresa. Pero te prometo que no será nada demasiado exigente. Solo tú, yo y un poco de tranquilidad lejos de estas paredes.

Ella asiente y en sus ojos veo un atisbo de curiosidad. Me acerco y le tiendo la mano para ayudarla a bajar las escaleras.

—¿Emily estará bien con Moira? —pregunta mientras caminamos hacia la puerta.

—Moira la adora. Y Emily parecía bastante emocionada con el plan de pasar la mañana ayudándola en la cocina. Creo que estará mejor que bien —le sonrío al imaginar a mi hija haciendo de las suyas con la complicidad de la cocinera.

Cuando llegamos al coche, Lara suelta una risa suave al ver que he puesto una manta doblada en el asiento trasero junto a una pequeña cesta de picnic.

—¿Me llevas de excursión como a una colegiala? —bromea mientras sube al asiento del copiloto.

—Algo así. —Le devuelvo una sonrisa y muevo las cejas de manera cómica, mientras enciendo el motor.

El trayecto es breve. La carretera serpentea entre campos verdes y colinas suaves que

reflejan la belleza tranquila de esta zona de Escocia. Lara se inclina ligeramente hacia la ventanilla y observa el paisaje con una expresión de calma que me reconforta. Cuando llegamos al lugar que había pensado, aparco el coche junto a un pequeño sendero, que conduce hasta el lago rodeado de árboles.

—¿Aquí? —pregunta mientras bajo del coche y rodeo el vehículo para abrirle la puerta.

—Aquí —asiento con la cabeza y le tiendo la mano para que salga del coche.

El aire es fresco y huele a tierra mojada. Aunque el sol está alto, la brisa es fría, lo suficiente para que Lara se envuelva en su bufanda mientras caminamos por el sendero. La dejo marcar el ritmo, asegurándome de que no se canse demasiado.

—Este lugar es precioso. No sabía que había algo así tan cerca de la mansión.

—Solía venir aquí de vez en cuando, cuando necesitaba pensar. —La miro de reojo, tratando de medir su reacción—. Aunque nunca lo había compartido con nadie.

Lara se detiene un momento y me mira.

—Gracias por traerme hasta aquí y compartirlo conmigo.

Sus palabras son sencillas, pero en su voz hay una sinceridad que me hace sentir muy bien. Continuamos caminando hasta llegar a la orilla del lago. El agua refleja el cielo como si fuera un espejo y el único sonido, que nos acompaña, es el suave murmullo del viento entre las hojas. Lleno los pulmones de aire y extiendo la manta sobre el suelo antes de sacar el contenido de la cesta del picnic.

—Esto es... mucho más de lo que esperaba —me dice sorprendida mientras se sienta.

—Quería que fuera tan especial como lo eres tú —le respondo mirándola a los ojos y mis palabras quedan suspendidas en el aire, aunque no me arrepiento de haberlas dicho. Lara me mira fijamente y en sus ojos veo una mezcla de emociones que aceleran el ritmo de mi corazón.

—Matt... —empieza a decir, pero sacudo la cabeza.

—No tienes que decir nada. Solo quería que lo supieras.

El momento se rompe cuando el sonido de un ave irrumpe a nuestro alrededor y Lara suelta una risa que suena como música para mis oídos. Pasamos el resto del tiempo compartiendo bocadillos y hablando animadamente. Con Lara todo resulta fácil, natural, como si el accidente, las dudas y los miedos fueran solo un recuerdo lejano.

—¿Sabes? No recuerdo la última vez que me sentí así de tranquila —admite mientras recoge las migas de su bocadillo de la manta.

—¿Así de tranquila?

—Sí, así de feliz —me responde sonriente y se encoge de hombros.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba, pero antes de que pueda responder, se inclina hacia mí y apoya la cabeza en mi hombro. Nos quedamos así, en silencio, mirando el lago y dejando que el tiempo transcurra, sin prisa.

Cuando el sol comienza a descender, decidimos regresar. El camino de vuelta a casa es igual de tranquilo, pero hay algo diferente en el aire. Es como si este pequeño respiro nos hubiera dado algo más que un momento de calma; nos ha regalado un nuevo comienzo.

Al llegar a casa, Emily corre hacia nosotros desde la cocina, con las mejillas sonrojadas y las manos manchadas de harina.

—¡Lara! Moira y yo hemos hecho un pastel. Pero no puedes verlo hasta después de la cena.

—¿Un pastel? No me digas más, seguro que será el mejor postre del mundo. —le responde y se agacha para abrazarla, y Emily la rodea con sus pequeños brazos, riendo.

Moira aparece detrás de mi hija, con las manos en las caderas y una sonrisa de oreja a

oreja.

—Espero que no haya agotado demasiado a Lara, señor Campbell.

—Se ha portado bien, Moira. Te lo prometo —le asegura Lara todavía agachada y a la altura de Emily, que sigue rodeándola con sus pequeños brazos.

La noche transcurre entre risas y las ganas de probar el pastel de Emily. Pero cuando Lara y yo nos quedamos a solas más tarde, siento que hay algo más que necesito decirle.

Capítulo 45

Lara

El día de excursión ha sido como un soplo de aire fresco para mí. Matt me ha llevado a un rincón del mundo que desconocía, un lugar que ahora siento como nuestro, porque lo hemos compartido de una forma que jamás imaginé. Mientras el coche avanza por la carretera que nos lleva de vuelta a la mansión, mi cabeza no deja de repasar cada momento: las risas, las miradas, la calma que se ha instalado en mí al estar con él junto al lago. Pero, aunque intento aferrarme a esa sensación de plenitud, hay un rincón de mi mente que sigue susurrándome dudas, recordándome cosas que preferiría olvidar, pero que no soy capaz de hacerlo.

Emily corre a recibirme en cuanto llegamos, como siempre. Sus abrazos son como pequeños anclajes y me recuerdan lo que es de verdad importante. Matt, como si percibiera mi estado de ánimo, no se separa de mi lado y eso me da una tranquilidad que nunca había llegado a experimentar.

Después de que hayamos puesto a dormir a Emily y el bullicio de la casa ha dado paso al silencio, Matt y yo nos sentamos frente al fuego. La chimenea ilumina suavemente el salón, y la calidez del ambiente contrasta con el frío que reina en el exterior. Él está sentado en el sofá, con una taza de té entre las manos, y yo ocupo el sillón frente a él, abrazando una manta que Moira me dio antes.

—Hoy ha sido un día fantástico —me dice después de dar un sorbo de su taza.

Asiento, pero no consigo mirarle directamente a los ojos. Hay algo dentro de mí que pugna por salir, una necesidad de abrirme, aunque la idea me aterra, porque no sé ni por dónde empezar. Durante tanto tiempo he mantenido ciertas partes de mi vida ocultas, enterradas bajo capas de orgullo y autoprotección, que ahora me resulta casi imposible desenterrarlas. Mientras mi cabeza no para de dar vueltas, Matt me observa en silencio. Tiene esa capacidad para esperar sin presionarme, como si entendiera que hay cosas que no pueden forzarse.

—¿Alguna vez has sentido que no importa cuánto intentes avanzar, porque el pasado siempre encuentra la forma de alcanzarte? —pregunto finalmente, casi en un susurro.

Dejo la manta a un lado y me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas y entrelazando las manos. Mis ojos se fijan en el fuego, incapaces de sostener su mirada.

—Lara… —empieza, pero niego con la cabeza.

—Déjame terminar. Necesito decirlo, porque si no, creo que no podré seguir adelante.

Él asiente y, aunque no soy capaz de mirarle a los ojos, sé que me ha comprendido. Respiro hondo antes de continuar.

—Mi madre se fue cuando yo era pequeña. Un día estaba allí, preparando el desayuno, y al siguiente desapareció. Ni una nota, ni una llamada, nada. —Mi voz tiembla mientras hablo,

aunque me esfuerzo por mantenerla firme—. Durante años, me pregunté qué había hecho mal, por qué no fui suficiente para que se quedara a mi lado.

Matt no dice nada solo me escucha con atención.

—Cuando crecí, aprendí a esconder ese miedo. Me convencí de que, si trabajaba lo suficiente, si era perfecta, nadie volvería a marcharse de mi lado. Por eso, cuando conocí a Henry, me aferré a él. Pensé que, con él, por fin tendría algo seguro. Pero… —mi voz se quiebra, y cierro los ojos un momento antes de continuar—. El día de nuestra boda, lo encontré teniendo sexo con Daniel, mi jefe. El hombre que me había dado el empleo de mis sueños y en quien confiaba plenamente.

Recordar todo eso es como un cuchillo, que se clava en partes de mí que creía cicatrizadas. Pero esta vez, al decirlo en voz alta, siento que el peso de todo ese dolor empieza a hacerse pequeño.

—Después de aquello, dejé todo atrás. Mi trabajo, mi vida en Nueva York… Pero antes de venir aquí, pasé por una etapa... complicada. —le explico bajando aún más la voz, como si temiera que las palabras pudieran herirme al escaparse de mi garganta—. Salí con hombres, tuve encuentros que no significaron nada. No buscaba amor ni compromiso, solo quería… sentirme viva. Aunque al final, todo eso solo consiguió que me sintiera aún más vacía.

Cuando termino mi confesión, el silencio vuelve a llenar la estancia. No me atrevo a mirarle, temiendo lo que pueda ver en su rostro. Pero entonces, oigo cómo deja la taza sobre la mesa y se acerca hasta mi lado y, al instante, siento el calor de su mano cubriendo la mía.

—Lara, mírame.

Alzo la mirada lentamente y me encuentro con sus ojos. En ellos no hallo ni rastro de ningún juicio, solo empatía y algo más profundo, que hace que mi corazón se acelere.

—No tienes que justificarte por lo que has vivido. Todos tenemos formas de sobrevivir al dolor y de seguir adelante cuando todo parece derrumbarse —me dice con voz cálida—. Además, yo no soy nadie para juzgarte, especialmente después de lo que te he contado sobre mí. Si algo he aprendido, es que el pasado no define quién somos ahora.

Sus palabras me llegan al corazón y me desarman de una forma que no esperaba. Una lágrima escapa de mis ojos, y él la limpia con el pulgar, sin apartar su mirada de la mía.

—Lo único que importa ahora es lo que estamos construyendo aquí, juntos. Y quiero que sepas que estoy contigo. Para lo bueno y para lo malo. El pasado, pasado está, sin más.

El nudo en mi garganta se deshace y dejo que las lágrimas fluyan libremente. Matt me atrae hacia él y me rodea con sus brazos. Apoyo la cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón y, al fin, me siento completamente en paz.

—Gracias —susurro, sin saber cómo expresar todo lo que siento.

—No tienes que dármelas. Solo quiero que seas feliz.

Nos quedamos así, abrazados frente al fuego. Mis miedos no han desaparecido por completo, pero ahora sé que no tengo que enfrentarlos sola. Matt no solo me ha dado un espacio para ser yo misma, sino que también me ha mostrado que el amor verdadero no tiene que estar condicionado por el pasado.

Capítulo 46

Matt

El fuego de la chimenea ilumina el salón con un parpadeo constante que, curiosamente, refleja el vaivén de mis pensamientos. Lara está sentada frente a mí, envuelta en la manta que Moira le ha dado antes de retirarse a descansar, con las piernas cruzadas y una expresión tranquila, aunque sus ojos esta noche tienen un brillo especial.

No puedo dejar de mirarla. Desde nuestra conversación de hace un rato, todo dentro de mí parece haber cambiado. La forma en la que Lara se ha abierto y me ha confiado los rincones más oscuros de su pasado, me ha dejado sin palabras. Porque, aunque ya sabía que había sufrido, no imaginaba hasta qué punto esas heridas han seguido marcándola. Y, sin embargo, aquí está, sentada frente a mí, tan fuerte y vulnerable al mismo tiempo. Es imposible no admirarla.

—Estás muy callado —me dice con tono suave, aunque sus ojos me observan con una curiosidad que no intenta disimular.

—Estoy pensando —le respondo y dejo la taza sobre la mesa.

—¿En qué? —pregunta mientras inclina la cabeza ligeramente y me observa de manera que parece que esté estudiándome.

—En ti —admito sin rodeos. No hay motivo para mentir o disfrazar lo que siento.

Lara, al escuchar mi franca respuesta, frunce ligeramente el ceño, pero una sonrisa pequeña y casi tímida asoma en sus labios, un gesto que me desarma por completo.

—Eso suena... intenso —bromea con una sonrisa traviesa en sus labios.

—Es que lo es. —Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas y juntando las manos frente a mí—. Todo lo que has compartido conmigo esta noche... Me ha confirmado lo valiente que eres.

Ella me mira durante unos segundos, sin decir nada. Luego se levanta de su sillón y se acerca despacio hasta sentarse a mi lado en el sofá. La manta se desliza de sus hombros y su proximidad llena el espacio entre nosotros de electricidad.

—No sé si soy valiente —dice finalmente con la mirada fija en el baile de las llamas de la chimenea—. Solo intento seguir adelante. Supongo que, en el fondo, todos estamos aprendiendo a hacerlo, ¿no?

—Puede ser, pero no todos lo saben hacerlo como tú. —Extiendo una mano y rozo la suya con suavidad, esperando su reacción. Cuando no se aparta, dejo que mis dedos entrelacen los suyos—. Eres... diferente. Especial.

Ella se gira hacia mí, y en su mirada veo algo que no había percibido hasta ahora. Mi respiración se vuelve más lenta mientras la observo. Cada detalle de su rostro me parece perfecto, desde la curva de sus labios hasta la forma en la que sus ojos brillan bajo la luz tenue de la chimenea.

—Matt... —susurra mi nombre y el sonido de su voz hace que mi pecho se contraiga.

Antes de que pueda responder, ella se inclina hacia mí, acortando la distancia que nos

separa. Sus labios rozan los míos con una suavidad que me toma por sorpresa. Durante un segundo, solo existe ella, su calidez y su cercanía. Respondo a su beso con lentitud, saboreando cada instante. Mis manos se deslizan por su espalda, atrayéndola hacia mí, mientras el fuego crepita en la chimenea. No hay prisas, ni tampoco urgencia, solo el deseo de estar juntos de una forma que va más allá de lo físico.

Cuando nuestras respiraciones se entrecortan, me aparto ligeramente para mirarla. Su cara está iluminada por la luz del fuego y sus ojos se clavan en los míos con intensidad

—¿Estás segura? —pregunto en un susurro, porque necesito saberlo. No quiero dar un paso más si ella no lo desea.

Lara asiente, mordiéndose el labio inferior con una timidez que me derrite.

—Quiero estar contigo —dice con firmeza y sus palabras me atraviesan como un rayo.

No espero más. La beso de nuevo, pero ahora de forma más profunda e intensa, dejando que todo lo que siento por ella se exprese en mis besos. Mis manos recorren su cuerpo con cuidado, descubriendo cada una de sus curvas, como si fueran un mapa que quisiera memorizar. Ella responde con la misma intensidad, sus dedos se enredan en mi pelo, mientras sus labios buscan los míos una y otra vez.

La noche avanza y, poco a poco, las barreras entre nosotros desaparecen. Cada prenda de ropa, que cubre nuestros cuerpos, cae al suelo sin prisa. Venero cada centímetro de su piel que descubro. La beso y la acaricio, mientras escucho cómo de su garganta se escapan gemidos de placer. Recorro cada centímetro de su cuerpo con las yemas de mis dedos y con mis labios, saboreando cada centímetro de ella. Beso sus labios y desciendo por su cuello para recrearme en sus pechos, que me esperan deseosos de que los cubra con mis manos y mi lengua. Me entretengo en sus pezones rosados, lamiéndolos y pellizcándolos suavemente. Mi sexo erecto ansía clavarse en ella y disfrutar de la calidez y la humedad de su cuerpo, pero no me quiero precipitar, prefiero dilatar el momento para seguir disfrutando de ella, de nosotros. Acaricio sus ingles con la punta de mis dedos, mientras lleno de besos su abdomen, su ombligo y su pubis, suave y níveo como el resto de su piel. Continúo descendiendo con pequeños círculos con mi lengua hasta alcanzar su clítoris, que me espera erecto y altanero entre sus pliegues. Juego con él con mi lengua y lo succiono con suavidad. Lara enloquece y yo continúo sin darle tregua. Ella enreda sus dos en mi pelo y me observa desde su posición sin dejar de jadear. Bajo uno de mis dedos hasta su entrada y me cuelo dentro de ella. Al adentrarme en su interior y moverme sin tregua, estalla poco después en un arrollador orgasmo que le hace arquear la espalda, mientras sus pezones se endurecen y su garganta emite gemidos de placer entrelazados con mi nombre. Empapada y aún recuperándose del arrollador orgasmo que acaba de invadirle, lamo su sexo con fruición, hasta que subo hasta su boca para besarla. Mientras nuestras lenguas bailan con un ritmo endiablado, coloco mi glande mojado y sensible en su entrada y con un movimiento de caderas suave pero profundo, me meto dentro de ella. Un gemido profundo se escapa de garganta al notar como sus paredes se abren para mí y se adaptan a mi tamaño. La sensación es indescriptible. Me obligo a moverme poco a poco, mientras Lara me rodea el cuello con sus brazos y noto como sus pechos de pezones erectos se frotan contra el mío plano y fuerte. Me apoyo con mis antebrazos a los lados de su cuerpo para marcar un ritmo más pausado a mis estocadas, aunque su sexo es tan delicioso que no puedo evitar que mi deseo se apodere de mí y acabe penetrándola con ansia. Para frenar mi placer y poder continuar regalándole orgasmos, giro sobre mi espalda y hago que ella se ponga encima de mí. Cuando Lara se encuentra sentada a horcajadas sobre mis caderas me sonríe de manera pícara y toma el control. Empieza a mover sus caderas de delante a atrás, de forma lenta pero intensa. Yo hipnotizado por su mirada azul me

dejo llevar, hasta que poco después no puedo contenerme y la agarro de las caderas y empiezo a marcar un ritmo mucho más acelerado. Sus jadeos empiezan a ser más profundos y sé que ella va a estallar de nuevo, por lo que me apresuro a vaciarme dentro de ella, mientras ambos compartimos gemidos por el más absoluto de los éxtasis.

Mientras estamos juntos, algo cambia dentro de mí. Por primera vez, dejo de sentir el sexo como una forma de escapar, sino como una manera de conectar con Lara y de compartir algo con ella, que no puedo expresar con palabras. Cada caricia y cada uno de nuestros besos es una declaración de lo que siento por ella, aunque aún no haya tenido el valor de decirlo aún en voz alta.

Cuando todo termina, nos quedamos abrazados frente al fuego. La calidez de su cuerpo junto al mío es lo único que me importa en este momento. Lara apoya su cabeza en mi pecho, y yo paso una mano por su pelo, enredando mis dedos en sus mechones mientras observo las llamas.

—Gracias —susurra de repente.

—¿Por qué? —pregunto sorprendido.

—Por ser tú. Por estar aquí conmigo.

No respondo, porque no encuentro las palabras adecuadas, pero la abrazo con más fuerza, deseando que entienda todo lo que siento sin necesidad de utilizar palabras para expresarlo.

Mientras la noche avanza y el fuego empieza a apagarse, sé que nada volverá a ser igual. Lara ha cambiado todo para mí, y aunque todavía estoy aprendiendo a aceptar lo que eso significa, sé que no hay vuelta atrás.

Capítulo 47

Matt

La habitación está en silencio, salvo por el crujido ocasional de las brasas que aún arden en la chimenea. Después de hacer el amor, he subido a Lara en brazos hasta mi dormitorio y ahora duerme a mi lado, su respiración tranquila es el único sonido constante en medio de esta quietud. Me tumbo a su lado en la cama y la observo con detenimiento. Su cara parece más relajada que nunca, como si esos demonios que ha compartido conmigo esta noche se hubieran disipado al menos por unas horas.

Tenerla al lado y después de lo que ha pasado entre nosotros hace un rato, hace que mi pecho esté lleno de emoción. Es una mezcla de gratitud y algo parecido al amor, aunque no me atrevo a pronunciar esa palabra ni siquiera en mi cabeza. Sin embargo, cuanto más la miro, más claro me resulta que no puedo seguir negándome a lo evidente: Lara es mucho más de lo que jamás hubiera creído merecer y, a pesar de que intento contenerme, ella es una persona de la que me sería muy fácil enamorarme, aunque tengo mucho miedo a hacerlo.

A pesar del cansancio que arrastro, no puedo dormir. Cada vez que cierro los ojos, mi cabeza regresa a la conversación que hemos tenido esta noche, a todo lo que ella ha compartido conmigo y a lo que ha sucedido entre nosotros después. Me muevo con cuidado, procurando no despertarla, y salgo de la cama.

Me pongo los pantalones del pijama y cojo la manta que está a los pies de la cama. La chimenea de mi habitación todavía emite algo de calor, así que me siento frente a ella y dejo que las brasas capten toda mi atención.

Las imágenes de esta noche se agolpan en mi mente. No solo el sexo, aunque ese momento ha sido… brutal y también diferente a todo lo que he experimentado antes. Con ella ha sido mucho más íntimo y real, que lo que he sentido a lo largo de mi vida, incluso con Bonnie. Esta noche hemos sido solo Lara y yo, sin muros ni máscaras. La manera en que ha respondido a mis caricias, sus gemidos y la forma en que sus ojos buscaban los míos… Me ha desarmado por completo.

Pero lo que más me impacta es lo que siento ahora, horas después. Antes, para mí el sexo siempre era una forma de llenar el vacío que sentía y de evitar pensar demasiado en lo que me dolía. Sin embargo, con ella no ha sido así. Con Lara ha sido todo lo contrario: cada caricia me ha hecho sentir más vivo y presente que nunca. Como si, por primera vez en años, pudiera ver con claridad lo que realmente quiero.

Respiro profundamente y apoyo la cabeza en el respaldo del sillón y cierro los ojos un momento. Sin embargo, en cuanto lo hago, las dudas comienzan a aparecer. Lara merece más de lo que puedo ofrecerle. Es valiente, honesta y generosa, mientras que yo… llevo años cargando con un pasado que no he sido capaz de soltar. Y ese peso no solo me ha afectado a mí; también ha condicionado a mi hija, aunque me duela admitirlo.

La imagen de Emily llena ahora mi mente y un nuevo sentimiento se mezcla con los

demás. No es solo por mí por quien quiero que esto funcione. Lara ha cambiado no solo mi vida, sino también la de mi hija. Desde el primer día, ella logró conectar con mi pequeña de una manera que nunca habría imaginado. Y, al verlas juntas, no puedo evitar pensar en lo diferente que sería nuestra vida si Lara no estuviera en ella.

Sin embargo, hay algo que me aterra de todo esto. ¿Qué pasa si mis miedos y fallos terminan por alejarla? Ya he comprobado en mi propia piel, lo que el abandono puede llegar a provocar. Lo he visto en Emily, que aún guarda las cicatrices de la pérdida de su madre, y también lo he visto esta noche en los ojos de Lara, cuando me ha hablado de su madre y de Henry. ¿Y si, al final, yo también la acabo decepcionando?

Me paso una mano por el pelo, intentando apartar esos pensamientos de mi cabeza, pero continúan ahí como un zumbido constante, que no puedo de ignorar. Observo las brasas, esperando que su calor me tranquilice, pero en lugar de eso, siento cómo la presión en mi pecho aumenta.

La idea me golpea con la fuerza de una verdad que siempre he sabido, pero que nunca he querido admitir del todo. No puedo seguir dejándome llevar por el miedo, ni escondiéndome detrás de los errores del pasado. Si quiero que Lara y Emily sigan siendo parte de mi vida, tengo que ser mejor. Mejor para ellas, pero también para mí.

Pienso en Bonnie. Durante mucho tiempo, su ausencia fue la excusa perfecta para no avanzar ni enfrentarme a mis propios sentimientos. Pero ahora me doy cuenta de que, si realmente quiero honrar su memoria, no puedo seguir anclado a ella. Mi esposa siempre quiso lo mejor para mí, y sé que estaría feliz de que haya encontrado a alguien como Lara.

El ruido de un leve movimiento detrás de mí me saca de mis pensamientos. Me giro y veo a Lara envuelta entre las sábanas mirándome con ojos soñolientos, pero llenos de preocupación.

—¿Todo bien? —me pregunta mientras se acerca y se sienta en el brazo del sillón, apoyando una mano en mi hombro.

—No podía dormir —respondo, intentando sonar tranquilo.

—¿Por qué no me has despertado? Podríamos haber hablado.

Le sonrío, agradeciendo su disposición a estar ahí para mí, incluso en medio de la noche.

—Necesitaba pensar un poco —le digo y le ofrezco la manta para taparla a ella también.

Ella asiente, sin presionarme para que le cuente más. En lugar de eso, se inclina hacia mí y apoya su cabeza en mi hombro. Ese simple gesto, tan natural y lleno de confianza, hace que algo dentro de mí se derrita.

—Lara… —empiezo, dudando por un momento. Pero esta noche no quiero guardarme nada—. Quiero que sepas que esto, lo que tenemos, significa mucho para mí.

Ella levanta la cabeza y me mira, sorprendida por mis palabras.

—Matt…

—Déjame terminar —le digo, entrelazando mis dedos con los suyos—. Sé que no soy perfecto. Y sé que, a veces, mi forma de ser puede hacer que sea difícil estar conmigo. Pero quiero ser alguien con quien puedas contar, siempre.

—Ya eres esa persona —responde con la voz cargada de emoción.

—No del todo. Pero estoy dispuesto a intentarlo, porque tú mereces ese esfuerzo.

Ella me mira durante unos segundos y luego se acerca para besarme. Es un beso suave, pero lleno de promesas y en ese momento tengo la certeza de que el futuro que deseo para nosotros es posible.

Capítulo 48

Lara

La cocina de la mansión está más animada que nunca. Moira y Emily trabajan juntas en la receta de un pastel y, aunque la mayoría de los ingredientes terminan más en la encimera que en el bol, sus risas llenan el aire de una calidez que no cambiaría por nada. Emily está cubierta de harina de pies a cabeza, pero no parece importarle. Su entusiasmo es contagioso.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunta a Moira con los ojos brillantes, sosteniendo un huevo en cada mano como si fueran piezas de oro.

—Primero, cariño, sería ideal que no se te cayeran esos huevos al suelo. —La sonrisa de la cocinera es dulce y su tono está cargado de humor mientras señala un cuenco limpio—. Mejor ponlos aquí, cielo.

Me río mientras me sirvo una taza de té. Verlas juntas es todo un espectáculo y yo sonrío sin poder evitarlo, hasta que vibra mi móvil sobre la encimera.

—Es mi teléfono, ya lo cojo —les digo mientras Emily está demasiado concentrada en el huevo que intenta romper con delicadeza en un cuenco. Al echar un vistazo a la pantalla, mi corazón da un vuelco al ver que es un número desconocido. Mi instinto me dice que no responda, pero algo me obliga a deslizar el dedo y contestar.

—¿Dígame?

Desde el otro lado oigo una voz que no esperaba escuchar nunca más.

—Lara, soy yo… Henry.

Su nombre me golpea como un cubo de agua fría. Durante meses he intentado dejar atrás lo que pasó con él y ahora, de repente, su voz está al otro lado del teléfono, trayendo de vuelta recuerdos que creía haber enterrado para siempre.

—¿Qué quieres? —le pregunto con tono cortante.

—Sé que probablemente soy la última persona en la tierra a la que querrías escuchar, pero… por favor, solo te pido que me des un minuto.

Su tono suena diferente, menos seguro, menos… Henry. Hay un matiz de vulnerabilidad que no sé cómo interpretar en este momento.

—Tienes un minuto —le respondo de forma seca.

—Antes de nada, quiero disculparme. Por todo. Por cómo te traté, por lo que hice… No hay excusas para mi comportamiento. Lo sé.

Sus palabras me golpean en medio del pecho con fuerza. Durante mucho tiempo soñé con que Henry dijera algo así y reconociera lo que hizo. Sin embargo, ahora que lo escucho, me doy cuenta de que ya no lo necesito.

—De acuerdo, aunque eso no cambia nada.

—Lo sé. Y no espero que lo haga. Pero… quiero decirte algo más. —Hace una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Daniel y yo… bueno, hemos decidido casarnos.

La noticia me deja sin palabras. No porque me afecte, sino porque nunca imaginé que llegaría a escuchar algo así.

—Me alegro por vosotros. De verdad —respondo y para mi sorpresa, lo estoy diciendo en serio.

—Gracias. Pero la razón por la que te llamo no es solo para darte la noticia. Es Daniel. Ha decidido jubilarse y quiere que tú tomes las riendas de la empresa. Quiere que seas la dueña.

El aire en la cocina de repente parece desaparecer, porque ha dejado de entrar en mis pulmones. Emily sigue riendo con Moira, ajena a mi conversación, mientras yo intento procesar lo que Henry me está diciendo.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. Siempre admiró tu talento. Piensa que eres la persona adecuada para llevar la firma al siguiente nivel.

La ironía de su propuesta no se me escapa. Después de todo lo que pasó, ¿ahora quieren que regrese y me ponga al frente de su empresa?

—No sé qué decir.

—Solo piénsalo. No tienes que decidir nada ahora. Pero si aceptas, podrías tener todo lo que siempre quisiste.

Su tono es persuasivo, pero no lo suficientemente fuerte como para apagar la voz de mi mente que grita que ya no soy la misma persona que dejó Nueva York.

—Gracias por la oferta. Lo pensaré.

—Eso es todo lo que te pido. Gracias a ti por no haberme colgado el teléfono.

Cuando nos despedimos y dejo el teléfono el bolsillo trasero de mi vaquero, siento un torbellino de emociones dentro de mí que no soy capaz de frenar. Miro a Emily, que en ese momento ha conseguido romper un huevo sin derramarlo, y sonrío automáticamente. Pero por dentro, mi mente está en Nueva York, en mi antigua vida y en todo lo que creía que deseaba.

Cuando Emily está en la cama y la casa se sume en el silencio de la noche, decido hablar con Matt y explicarle la llamada de Henry de hoy. Estamos sentados frente a la chimenea, como hemos hecho tantas veces. El calor del fuego me reconforta mientras intento encontrar las palabras adecuadas para empezar a contarle.

—Henry me ha llamado hoy —digo al fin atreviéndome a hablar.

Matt, que estaba distraído observando el fuego, levanta la mirada hacia mí.

—¿Qué quería?

—Disculparse, por un lado. Y, por otro… ofrecerme mi antiguo trabajo. Bueno, ofrecérmelo no. Daniel quiere que sea la dueña de la empresa, porque se jubila.

El ceño de Matt se frunce ligeramente, pero su expresión sigue siendo tranquila.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. —Miro las llamas mientras trato de organizar mis pensamientos—. Nunca imaginé que algo así pudiera suceder. Pero ahora…

—Ahora tienes algo diferente aquí —completa mi frase con una suavidad que me desarma.

Le miro, sorprendida por lo bien que me entiende.

—Sí y aunque todo lo que tengo aquí me hace feliz… No dejo de preguntarme si estoy huyendo de mi pasado en lugar de plantarle cara.

Él se inclina hacia adelante y toma mis manos entre las suyas.

—No tienes que decidir nada ahora. Pero sea cual sea tu decisión, quiero que sepas que tienes todo mi apoyo.

Sus palabras, simples pero muy importantes para mí, calman parte de mi tormenta interior. Apoyo mi cabeza en su hombro, mientras continúo hablando.

—¿Sabes qué es lo que más me asusta? —susurro después.

—¿Qué?

—Que volver a Nueva York me haga olvidar lo que realmente importa. Que me pierda en esa vida y… , en consecuencia, os pierda a vosotros.

Matt me rodea con sus brazos, como si con su abrazo pudiera protegerme de mis propios miedos.

—Eso no va a pasar. Porque tú decides quién eres, no el lugar donde estés.

Sus palabras, aunque sencillas, tienen una profundidad que me golpea con fuerza. Por primera vez, siento que no tengo que elegir entre mi pasado y mi presente y eso me resulta muy complicado.

Esa noche, mientras Matt duerme a mi lado, miro el techo de la habitación y dejo que las ideas fluyan en mi cabeza sin pararme a juzgarlas. La llamada de Henry me ha removido más de lo que esperaba, pero no solo en el mal sentido. También me ha hecho darme cuenta de cuánto he cambiado y de lo lejos que he llegado desde que todo se vino abajo.

Nueva York ya no es mi hogar. Ahora mi hogar está aquí, con Matt, con Emily y con la vida que estamos construyendo juntos. Aunque quizás aceptar la oferta de Henry no sería un regreso al pasado, sino una forma de redimirlo. Tal vez podría tomar las riendas de esa empresa y convertirla en algo nuevo, algo que reflejara la persona en la que me estoy convirtiendo.

Estoy hecha un lío y dentro de mí gira un torbellino movido por el miedo y los nervios, porque soy consciente de que tengo que tomar una decisión que cambiará mi vida. Sin embargo, esta vez sé que todo es diferente, porque ahora lo más importante no es cuál será mi decisión, porque ya no estoy sola.

Capítulo 49

Matt

Mientras me sirvo un café en la cocina, mis pensamientos giran en torno a la conversación que Lara y yo tuvimos anoche. Lo que me contó de la llamada de Henry me dejó intranquilo, aunque intenté disimularlo. Apoyo las manos en el mármol de la encimera, fijando la vista en el café humeante, mientras mi cabeza se llena de preguntas que no me atrevo a formular. ¿Y si decide marcharse? ¿Y si esta nueva oportunidad significa más para ella que la vida que estamos construyendo aquí?

—¿Necesita algo, señor Campbell? —La voz de Moira interrumpe mis pensamientos.

Levanto la mirada y niego con un gesto de la cabeza.

—No, Moira. Estoy bien, gracias.

Ella asiente y continúa con lo suyo, aunque me sigue observando de reojo. Moira tiene ese don de saber cuándo algo no va bien, incluso cuando trato de ocultarlo.

Me marchoal despacho, con la intención de hallar refugio en la rutina, pero la tranquilidad que normalmente encuentro en este espacio hoy parece que no existe. Me siento en la silla y dejo que mi mirada se pierda entre los papeles que tengo sobre la mesa. Por primera vez en mucho tiempo, siento que la sensación de control que siempre he intentado tener en mi vida se tambalea. Y esa falta de control gira en torno a ella: Lara.

La sola idea de que Henry la haya llamado y le haya ofrecido un puesto que podría llevarla de vuelta a Nueva York, me provoca una punzada en el pecho. No es desconfianza hacia ella, eso lo tengo claro. Lara no es alguien que deje dudas en cuanto a su lealtad o a sus sentimientos. Lo que me aterra es perder lo que hemos llegado a ser.

—Papá, ¿puedo entrar? —La voz de Emily desde la puerta es como una bocanada de aire fresco que interrumpe mis pensamientos.

—Claro, cariño. Pasa —le respondo y al instante la veo correr hacia mí con su habitual energía hasta que llega a mí y se sienta sobre mis rodillas con un cuaderno entre las manos.

—Mira, he dibujado un unicornio. Es para Lara. ¿Crees que le gustará? —me cuenta mostrándome su libreta.

Sonrío, agradeciendo que su inocencia sea un recordatorio de lo que es realmente importante.

—Estoy seguro de que le encantará. Es precioso, cariño —le digo y me abraza y, en ese momento, siento la necesidad de protegerla, no solo a ella, sino también a Lara. Emily ha encontrado en Lara algo que necesitaba desesperadamente: alguien en quien confiar y que le haga sentirse segura y querida. Y yo no puedo imaginar mi vida, ni la de mi hija, sin ella.

Cuando Emily se marcha, me quedo en el despacho un rato más, intentando ordenar mis pensamientos. Decido que no puedo seguir dejando que estas dudas me consuman. Necesito hablar con Lara y decirle cómo me siento, aunque eso me deje en una posición vulnerable, algo que nunca me ha resultado fácil de digerir.

Por la noche, cuando Emily ya duerme, me encuentro a Lara en el salón, sentada frente a la chimenea. La luz del fuego ilumina suavemente su rostro y me detengo un momento en el umbral para observarla sin que me vea. Tiene esa manera de hacer que todo parezca más sencillo, más claro, incluso cuando mi mundo interior es un caos.

—¿Todo bien? —me pregunta al notar mi presencia.

—Sí, ¿puedo sentarme contigo?

Ella asiente y me acomodo en el sillón frente al suyo. Durante unos segundos, el único sonido en la habitación es el crepitar del fuego. Miro sus ojos, buscando las palabras adecuadas, pero me doy cuenta de que no hay un modo perfecto de decir lo que siento.

—He estado pensando en lo que me contaste ayer sobre Henry y la oferta que te hizo —empiezo a hablar con tono sereno—. Y quiero que sepas que, sea cual sea tu decisión, te apoyaré.

Lara me observa con atención, pero no interrumpe, porque espera que continúe hablando.

—Dicho esto, necesito ser honesto contig. —Respiro hondo, sintiendo cómo las palabras luchan por escapar de entre mis labios—. La idea de que puedas marcharte… me asusta. No quiero que te vayas de mi vida, ni de la de Emily.

Ella frunce ligeramente el ceño, como si mis palabras le resultaran inesperadas.

—Matt… —intenta decir algo, pero levanto una mano para detenerla.

—Déjame terminar. No quiero que sientas que te estoy presionando, porque no es eso lo que quiero. Entiendo que la oferta sea importante para ti y que puede significar mucho más que un trabajo. Pero también quiero que sepas que tú significas mucho para mí y para Emily. Te has convertido en una parte esencial de nuestras vidas y ahora ya no puedo imaginarme este lugar sin que tú estés en él.

Lara baja la mirada por un momento, como si estuviera procesando lo que le estoy diciendo. Luego vuelve a mirarme y en sus ojos veo algo que me da esperanza.

—Matt, no sabes lo mucho que significa para mí que me digas eso —me dice con la voz cargada de emoción—. Pero también que sepas que no estoy pensando en marcharme. Al menos, no de la forma en la que temes.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto tratando de no sonar demasiado ansioso.

—Quiero considerar esta oportunidad, pero no porque quiera alejarme de vosotros, sino porque creo que podría ser una forma de reconciliarme con mi pasado. Nueva York ya no es mi hogar, porque ahora mi hogar está aquí, contigo y con Emily. Pero tal vez aceptar esta oferta me permita cerrar un capítulo de mi vida, que todavía está abierto.

Me inclino hacia adelante, tomando sus manos entre las mías.

—Si decides aceptar, lo entenderé. Pero quiero que sepas algo. No importa dónde estés, siempre estaré aquí para ti. Y siempre tendrás un lugar al que volver.

Lara sonríe y su sonrisa me confirma que, pase lo que pase, encontraremos la manera de superar esto juntos.

—Gracias, por entenderme, por apoyarme… y por todo.

Nos quedamos en silencio un rato más, dejando que las brasas sean el único testigo de nuestra conversación. En ese momento, sé que, aunque las dudas y los miedos sigan presentes, estamos más cerca que nunca.

Capítulo 50

Lara

El murmullo del viento se cuela por las ventanas mientras observo la taza de té que tengo entre las manos. El calor que emana es reconfortante entre mis dedos, pero no consigue calmar el torbellino que llevo dentro. La llamada de Henry ha sido como abrir una puerta que pensé que había cerrado para siempre. Su voz, cargada de disculpas y promesas, ha traído consigo recuerdos que creía haber superado. Pero aquí estoy atrapada entre lo que fue mi vida en Nueva York y lo que es ahora, aquí, en Escocia.

La cocina está en silencio, un contraste absoluto con el caos habitual de Emily y Moira preparando alguna de sus recetas. Ahora, la ausencia de sus risas me deja espacio para pensar, aunque no estoy segura de que eso sea algo positivo. Recuerdo la oferta que Henry me hizo, la manera en que habló de mi talento y de cómo Daniel cree que soy la persona indicada para liderar la firma. Durante años, soñé con esa oportunidad, con el reconocimiento y el éxito que siempre creí que me definían. Y, sin embargo, ahora todo eso me parece muy lejano, como si perteneciera a otra persona.

Matt entra en la cocina y se detiene al verme sentada y perdida en mis pensamientos. Su mirada se encuentra con la mía, y veo en sus ojos una preocupación que intenta disimular.

—¿Todo bien? —pregunta, con un tono tranquilo que contrasta con la intensidad de su mirada.

Asiento, aunque ambos sabemos que mi respuesta no es del todo honesta. Él no insiste, solo se acerca y se sienta frente a mí. Su presencia siempre ha tenido un efecto calmante en mí, pero ahora no basta para acallar las dudas que me invaden.

—He estado pensando en la llamada de Henry —admito finalmente.

Matt no dice nada, pero puedo ver cómo sus hombros se tensan ligeramente. No es una reacción de enfado, sino de algo más profundo.

—¿Quieres hablarlo?

—No estoy segura —respondo con honestidad. Apoyo la taza en la mesa y cruzo las manos sobre el regazo—. Todo esto me ha hecho recordar quién era antes de venir aquí. Nueva York era mi vida, mi sueño. Pero ahora… siento que soy una persona completamente distinta.

—Eso no es malo. Cambiar no significa dejar de ser quién eres, sino de crecer como persona —me dice mirándome como si pudiera ver más allá de mis palabras.

Su comprensión me abruma. Durante mucho tiempo, temí que nadie pudiera entender mis contradicciones, pero Matt lo hace, sin necesidad de explicaciones largas ni justificaciones.

—¿Y si aceptar esa oferta significa renunciar a lo que tengo aquí? —le pregunto, con un nudo en la garganta —. A ti, a Emily y a todo lo demás…

Matt se inclina hacia adelante y toma mis manos entre las suyas.

—Lara, lo único que quiero es que seas feliz. Si crees que esa oferta es lo que necesitas para cerrar un capítulo de tu vida, estaré aquí para apoyarte, ya lo sabes. Pero si decides quedarte,

quiero que lo hagas porque es lo que realmente quieres y no por miedo a lo que podrías perder.

Sus palabras me llegan al corazón. Matt no es solo un hombre para mí; es un refugio que me hace sentir segura incluso en mis momentos más inciertos.

—Mi vida cambió cuando llegué aquí —le digo con la voz cargada de emoción—. Pensé que había perdido todo lo que era importante para mí, pero ahora me doy cuenta de que lo que realmente importa lo he encontrado aquí, contigo y con Emily.

Matt no responde, solo me escucha, pero en su mirada veo una mezcla de alivio y algo más profundo, algo que me hace sentir que he tomado la decisión correcta.

Más tarde, mientras paseo por los jardines de la mansión siento que cada rincón de este lugar tiene algo que me recuerda por qué estoy aquí. Los árboles altos, que parecen susurrar secretos al viento, el sonido distante del río que atraviesa los terrenos, y la sensación de estar conectada a algo más grande que yo misma. Escocia no es solo un lugar, ahora también es mi hogar.

Recuerdo los momentos compartidos con Emily, sus risas y su forma de abrazarme como si siempre hubiera sido parte de su vida. Y luego está Matt, con su manera de mirarme como si fuera capaz de ver todas mis cicatrices y aun así encontrar belleza en ellas. La idea de dejar todo esto atrás, aunque sea por algo que una vez significó tanto para mí, lo siento como una traición a lo que soy ahora.

Cuando regreso a la mansión, encuentro a Emily en el salón dibujando en el suelo junto a Moira. Al verme, se vuelve hacia mí con una sonrisa radiante y me muestra su última creación: un dibujo de los tres juntos, con la mansión de fondo.

—Mira, Lara. Somos nosotros. Papá dice que ahora somos una familia —me cuenta con la inocencia de quien no duda de lo que es importante en la vida.

Sus palabras me emocionan de una manera que no esperaba. Me agacho para abrazarla, sintiendo cómo mi corazón se llena de algo que va más allá de las palabras.

—Es precioso, cariño. Me encanta.

Esa noche, mientras me meto en la cama junto a Matt, siento una paz que no había experimentado en mucho tiempo. La decisión está clara en mi corazón, aunque todavía no se lo he dicho. Él se da la vuelta para mirarme y en sus ojos veo la misma comprensión que siempre me ofrece.

—¿Has decidido qué vas a hacer? —me pregunta, con un tono que no lleva ni rastro de presión.

—Sí. Voy a quedarme aquí, con vosotros.

Matt sonríe, pero no dice nada. En lugar de eso, me atrae hacia él y me besa, un gesto lleno de promesas que no necesitan ser dichas en voz alta. Mientras cierro los ojos, sé que he tomado la decisión correcta. No porque sea fácil, sino porque es la que me hace feliz.

—Me hace muy feliz que esa sea tu decisión.

—Sé que no podría decidirme por una opción mejor.

—Te quiero —me dice a media voz y mirándome a los ojos.

—Y yo a ti —le susurro y le beso, dejándome llevar por el amor que me invade y el deseo que se apodera de mi cuerpo cada vez que lo tengo cerca.

Matt responde a mi beso con una intensidad que hace que todo lo demás desaparezca. Sus labios, firmes y seguros, exploran los míos, mientras sus manos se posan en mi cintura,

acercándome aún más a él. El calor que emana de su cuerpo me envuelve, y siento cómo el deseo crece dentro de mí, mezclado con el amor que convierte todo en algo aún más profundo.

Sus dedos ascienden por mi espalda, deslizando con delicadeza la tela de mi pijama, hasta que sus manos alcanzan mi nuca y entrelaza sus dedos con mi pelo. Su tacto me electriza y un gemido suave se escapa de mi garganta mientras nos seguimos besando. No hay prisa en sus movimientos, pero la conexión entre nosotros es tan intensa que mi cuerpo reacciona como si hubiera estado esperando este momento desde siempre.

Matt se aparta solo lo suficiente para mirarme a los ojos, y en su mirada veo todo lo que siento reflejado: el amor, el deseo y algo más, una promesa tácita de que lo que tenemos es real y para siempre. Su mano se desliza hasta mi mejilla, acariciándola con el pulgar.

—Eres preciosa —susurra con una voz ronca que me eriza la piel.

Sin decir nada, le rodeo el cuello con los brazos y le beso de nuevo. Mi cuerpo se mueve instintivamente, presionándose contra el suyo, buscando más contacto. Matt responde con un movimiento ágil y me tumba de espalda en la cama. Su fuerza y la manera en que me sujeta me hacen sentir deseada, segura y completamente suya.

Me tumba con cuidado sobre el colchón y, mientras se inclina sobre mí, comienza a desabotonar mi pijama con una paciencia que contrasta con el fuego que arde en sus ojos. Sus dedos rozan mi piel al descubrirla, provocando un escalofrío que recorre todo mi cuerpo. Sus labios no tardan en seguir el mismo camino, dejando un rastro de besos que baja desde mi cuello hasta mis clavículas, deteniéndose en cada una de mis curvas como si quisiera memorizarme.

Cuando el pijama queda olvidado en el suelo, Matt se toma un momento para mirarme y lo hace con tanta intensidad, que logra sonrojarme. Pero antes de que pueda apartar la mirada, se inclina y besa mi vientre, susurrando contra mi piel:

—Eres perfecta, mi amor.

Mi respuesta es tirar de su camiseta, desesperada por sentirle más cerca y borrar cualquier distancia que aún quede entre nosotros. Él se la quita sin apartar la mirada de mí, y el calor de su piel contra la mía es como una descarga que hace que mi respiración se acelere. Sus manos recorren cada centímetro de mi cuerpo, descubriéndolo como si fuera la primera vez, y yo hago lo mismo con el suyo. Mis dedos trazan el contorno de sus músculos, deteniéndose en cada cicatriz y en cada detalle de su cuerpo que lo hace único. Nuestros labios se encuentran de nuevo y el beso es más intenso, más urgente. Matt se coloca sobre mí, apoyándose en sus antebrazos para no dejar sobre mí todo su peso, y sus caderas se ajustan perfectamente a las mías. El contacto es tan íntimo que siento que mis pensamientos se desvanecen, dejando solo el deseo que me consume apoderarse de mí. Sus labios descienden por mi cuello, deteniéndose en mis pechos, donde su boca y sus manos se turnan para provocar sensaciones que me hacen arquear la espalda y clavar las uñas en su piel.

Cuando sus dedos descienden entre mis piernas, su roce es suave pero seguro, y el placer que me invade me hace gemir su nombre. Matt me observa con una mezcla de adoración y deseo, y esa conexión entre nosotros hace que todo sea más intenso y real. Sus movimientos son precisos, llevándome al límite con una habilidad que demuestra cuánto se preocupa por mí y por darme placer.

—Matt… —susurro mientras el placer se apodera de mí.

—Estoy aquí —responde y sus palabras son un ancla, que me mantiene conectada a él, incluso cuando mi cuerpo se pierde en el placer que me provoca.

Cuando finalmente se clava en mí, el mundo parece detenerse. Su ritmo es pausado, como si quisiera alargar este momento todo lo posible, pero la intensidad de lo que compartimos

hace que todo sea abrumador. Cada uno de sus movimiento, susurros y miradas son una declaración de amor. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, como si estuvieran hechos el uno para el otro. El placer se intensifica con cada movimiento y beso, hasta que ambos alcanzamos juntos el orgasmo, con su nombre escapando de mi garganta mientras me dejo arrollar por el éxtasis más absoluto.

Mientras recuperamos el aliento, apoyo y mi cabeza en su pecho escuchando los latidos de su corazón.

—Te quiero, Matt —le susurra

—Y yo a ti —musita y le sonrío, dejando que mi sonrisa exprese lo que mi voz no es capaz de expresar en este momento.

Capítulo 51

Lara

El aire frío de Escocia acaricia mi cara mientras camino por los jardines de la mansión. El sonido del viento entre los árboles y el murmullo distante del río parecen acompasar mis pensamientos. Las decisiones importantes nunca son fáciles, pero esta mañana, al fin, he sentido algo que llevaba mucho tiempo buscando: paz.

La llamada de Henry sigue presente en mi cabeza. No porque dude de mi decisión, sino porque representa un cierre definitivo a una etapa de mi vida que creía que nunca podría superar del todo. Su voz, que antaño me hizo sentir segura, ahora me resulta lejana, casi extraña. Nueva York era mi hogar, pero ahora es solo un capítulo cerrado de mi vida. En cambio, aquí, en Escocia, he encontrado algo que va más allá de los logros profesionales o de las ambiciones personales: he encontrado una familia.

Me detengo junto al roble que se alza en el centro del jardín, un árbol antiguo y robusto que parece observarlo todo con una sabiduría silenciosa. Me apoyo en su tronco y permito que su solidez me reconforte. Recuerdo cada paso que me ha traído hasta aquí, desde el dolor de descubrir a Henry con Daniel hasta el miedo de empezar de nuevo. Ahora, todo eso me parece una pesadilla, una que me ha traído hasta el lugar donde realmente pertenezco.

Cuando entro en la cocina, Moira está preparando una bandeja con galletas y té. Al verme, me lanza una de sus miradas inquisitivas, esas que siempre parecen saber más de lo que dice.

—¿Todo bien, querida? —pregunta mientras coloca las tazas en la bandeja con una precisión casi ceremonial.

—Sí, Moira. Todo bien —respondo con una sonrisa.

Ella asiente, pero no se deja engañar del todo. Siempre ha tenido un talento especial para leer entre líneas. Aun así, no insiste y sigue con lo suyo, dejándome espacio para mis pensamientos.

Por la tarde, mientras la niña juega en el jardín con Moira, subo a mi habitación con una idea rondándome la cabeza. Me siento frente al escritorio, abro mi portátil y comienzo a escribir algo a lo que llevo dando vueltas desde que decidí quedarme definitivamente aquí y quiero planificarlo. Me gustaría abrir mi propio estudio de diseño aquí, en Escocia. Durante años, el diseño ha sido mi refugio, mi forma de expresar lo que no podía decir con palabras. En Nueva York, era una herramienta para alcanzar metas, para demostrarme que podía llegar lejos. Pero ahora lo veo de forma diferente. Aquí, quiero que sea una forma de crear algo importante, algo que refleje la belleza y la autenticidad de este lugar que ahora llamo hogar.

Las ideas fluyen en mi cabeza mientras tecleo. Un pequeño estudio en Inverness podría ser el primer paso. Un espacio acogedor, lleno de luz, donde los clientes se sientan inspirados.

Quiero que mi trabajo hable de historias, no solo de estética, que conecte con las personas de una manera que nunca me había planteado.

Matt entra en la habitación en silencio, como siempre hace cuando no quiere interrumpirme. Se acerca y se apoya en el respaldo de mi silla, observando la pantalla con curiosidad.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con una sonrisa que siempre logra desarmarme.

—Estoy esbozando ideas para abrir mi propio estudio de diseño aquí —le digo, girándome para mirarle—. Quiero empezar de nuevo, pero a mi manera.

Matt se agacha hasta quedar a mi altura y coloca una mano en mi mejilla.

—Sabía que encontrarías la forma de hacer que este lugar sea aún más especial —me dice y su voz tiene esa calidez que siempre me da fuerza.

Esa noche, después de cenar, Emily se duerme rápidamente tras pasar la tarde riendo y jugando en el jardín y yo me quedo un rato más en el salón con Matt, disfrutando de la tranquilidad que solo la noche puede ofrecer. Nos sentamos juntos en el sofá, frente a la chimenea, y apoyo mi cabeza en su hombro, sintiéndome completamente en paz.

—Hoy he pensado mucho en lo que significa estar aquí —le digo y él me mira de reojo, aunque no dice nada y espera a que continúe—. Nueva York era mi vida o, al menos, eso creía. Pero ahora me doy cuenta de que lo que siempre había buscado y deseado estaba aquí, contigo y con Emily. Porque este lugar ahora también es mi hogar.

Matt toma mi mano y la lleva a sus labios, para besarla con suavidad.

—Me alegra que lo sientas así. Porque para nosotros, tú eres parte de nuestro hogar, mi amor.

Sus palabras me conmueven, pero antes de que pueda responder, me besa. Es un beso lento y lleno de promesas.

Al día siguiente, mientras camino por los terrenos de la mansión, siento una energía renovada. Cada paso que doy lo siento como una declaración de mi compromiso con este nuevo capítulo de mi vida que estoy empezando. Ya no hay dudas, solo posibilidades. Sé que no será fácil, pero estoy dispuesta a luchar para seguir adelante, porque ahora tengo algo que antes no tenía: un hogar, una familia y una vida que vale la pena seguir construyendo.

Cuando regreso a la mansión, encuentro a Matt en la biblioteca, revisando algunos documentos. Al verme, deja lo que está haciendo y se acerca hasta donde estoy con esa sonrisa que siempre logra iluminar cualquiera de mis días por muy gris que sea.

—¿Cómo estás? —me pregunta, colocándome un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—Mejor que nunca —respondo, rodeándole con los brazos.

Mientras nos abrazamos, siento que todo encaja. Matt, Emily, este lugar… Todo forma parte de algo más grande, algo que he estado buscando toda mi vida sin darme cuenta. Y ahora que lo tengo, no pienso dejarlo escapar.

Capítulo 52

Matt

Lara descansa sobre mi pecho y el sonido de su respiración tranquila llena el silencio con una melodía reconfortante. Mientras acaricio su melena con suavidad, mis pensamientos giran en torno a ella, a Emily y a nuestra nueva vida jutos. Saber que Lara ha elegido quedarse aquí me alivia tanto, que tengo la sensación de que mis dudas empiezan a desaparecer. Aunque el recuerdo de lo que significaba en esta casa y para mí el ala oeste cuando aún solo pertenecía a Bonnie continúa ahí.

El ala oeste, ahora transformada en un espacio para mi hija, es el ejemplo perfecto de cómo mi vida ha cambiado desde que Lara llegó. Recuerdo cómo entré en ese espacio por primera vez tras años de evitarlo, cuando todavía era un mausoleo a la memoria de Bonnie. Lara lo vio con otros ojos. Fue ella quien me convenció de que, cambiándolo, no traicionaba a mi pasado al convertir ese lugar en algo nuevo, en algo para Emily. Y ahora, cada rincón de esa ala es un ejemplo perfecto de que la vida no solo continúa, sino que puede ser aún más hermosa si dejas espacio para que quepan cosas nuevas.

Coloco una almohada bajo la cabeza de Lara y salgo de la cama con cuidado de no despertarla y camino hacia el ala oeste. Aunque ahora no voy a ver de nuevo el espacio renovado que Emily utiliza ahora para jugar, sino un rincón más personal: la pequeña vitrina que Lara ha decidido dejar intacto como una especie de homenaje a Bonnie.

Cuando llego, el ambiente es distinto al que solía encontrarme cuando evitaba este lugar. El color de las paredes es más cálido, las ventanas dejan entrar más luz durante el día, y el aroma a madera fresca se mezcla con un toque floral, probablemente por los jarrones con flores frescas que Thomas siempre se asegura de colocar. Este no es el mausoleo que antes me hacía no querer ni siquiera atravesar la puerta. Ahora, esta zona se ha convertido en un lugar lleno de vida. Sin embargo, la pequeña vitrina junto a la ventana, que Lara dejó casi intacto, sigue conteniendo la esencia de Bonnie. Abro una de las dos pequeñas puertas del mueble despacio y con cuidado. En su interior, encuentro fotografías de sus competiciones, trofeos y algunas prendas suyas. Paso la mano por uno de sus cascos, el que utilizó en su última carrera. Lo cojo, lo giro entre mis manos y recuerdo cómo solía bromear con que era más rápida que el viento, aunque todos sabíamos que lo decía solo para hacerme reír.

—Bonnie… —susurro sin esperar respuesta, porque sé que no la habrá.

Por mucho tiempo, la culpa me mantuvo atado a estos recuerdos. Pensaba que seguir adelante era traicionarla y que dejar de sufrir por su ausencia significaba olvidarla. Pero ahora entiendo que el verdadero amor no desaparece, sino que se transforma. Bonnie siempre será una parte de mí, pero no es justo seguir aferrándome a algo que ya no puede cambiar. No para mí, ni para nuestra hija y tampoco para Lara.

—Gracias por todo. Por lo que me diste y por lo que me enseñaste. Pero es hora de avanzar —susurro con firmeza, mientras dejo el casco en su lugar.

Cierro el armario y dejo que mi mano repose sobre la puerta durante unos segundos antes de alejarme. No me siento vacío, ni tampoco roto. Ahora me siento en paz. Por primera vez, siento que estoy listo para mirar hacia el futuro sin culpa ni miedo.

Cuando vuelvo al dormitorio, veo a Lara que sigue dormida y con el gesto relajado en un sueño profundo. Me tumbo a su lado con cuidado y, mientras observo su cara a la luz tenue que entra por la ventana, sonrío y ahora, en paz, me dejo acunar por el sueño.

A la mañana siguiente, el día comienza como cualquier otro, pero en mi interior algo ha cambiado. Lara está en la cocina con Emily, ambas discuten con Moira sobre cuántos arándanos son demasiados para los *muffins*. Me apoyo en el marco de la puerta y me quedo allí un momento, observándolas. La risa de Emily llena la estancia y la expresión de concentración de Lara, mientras intenta convencer a Moiram es un espectáculo en sí mismo.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —pregunta Lara sin volverse, pero con una sonrisa evidente en su tono.

—Quizá —respondo, cruzándome de brazos mientras me acerco a la mesa—. Es un buen lugar para empezar el día.

Lara se gira y me lanza una mirada de complicidad, que hace que todo lo demás desaparezca. Me acerco y rodeo su cintura con mis brazos, inclinándome para besarla. Su respuesta es inmediata y, aunque estamos en medio del caos matutino de Emily y Moira, por un momento parece que solo existamos nosotros.

—Papá, ¡que estás aplastando a Lara! —protesta Emily entre risas.

—No la estoy aplastando, cariño —respondo mientras me aparto ligeramente—. Solo estoy asegurándome de que sepa cuánto la queremos.

Lara sonríe y acaricia mi mejilla con un gesto que habla sin necesidad de palabras.

Más tarde, sentado en el porche, con una taza de café en la mano, observando cómo nuestra hija corretea entre las flores. Mi vida no es perfecta, pero es real. Es mía. Y por primera vez, no siento que esté viviendo a la sombra de lo que pudo haber sido.

Lara se une a mí más tarde y se sienta a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro. No hablamos, no hace falta. En su presencia, las palabras son secundarias. Lo que compartimos va más allá de lo que pueda decirse en voz alta.

—¿En qué piensas? —pregunta finalmente.

—En cómo todo ha cambiado desde que llegaste. Y en cómo no cambiaría nada de lo que tengo ahora.

Ella sonríe y toma mi mano, entrelazando sus dedos con los míos. Yo alzo nuestras manos hasta ponerlas a la altura de mis labios, y la beso.

—Yo tampoco.

Mientras el día se convierte en noche, sé que he cerrado un capítulo importante de mi vida. Pero más que eso, sé que he abierto otro que promete ser igual de importante. Con Lara y Emily, no estoy reemplazando el pasado. Estoy construyendo algo nuevo, algo que, por fin, siento que merezco.

Capítulo 53

Lara

La chimenea del ala oeste está encendida y su calidez se extiende por la estancia, mezclándose con el aroma de las flores frescas que Thomas siempre se asegura de colocar. Este espacio, renovado y lleno de vida, ahora es diferente, no solo en apariencia, sino también en lo que representa para todos a diferencia de lo que era cuando llegué. Mientras observo a Matt junto a la pequeña vitrina que hemos dejado casi intacto como homenaje a Bonnie, mi corazón se llena de una mezcla de emociones. Me quedo en la puerta, dándole el espacio que necesita, pero él levanta la vista y me busca con la mirada.

—Pasa, Lara. No quiero hacer esto solo —dice con una suavidad que me atraviesa.

Camino despacio hasta él, observando los detalles de mi alrededor que ahora es un reflejo del presente, aunque todavía guarda un rincón dedicado al pasado. Cuando llego a su lado, veo cómo sostiene uno de los trofeos de Bonnie entre sus manos, girándolo lentamente, como si cada movimiento le trajera un recuerdo diferente de ella.

—A veces pienso en cómo sería todo si siguiera aquí —murmura, sin apartar la vista del casco—. Pero sé que esos pensamientos no cambian nada, y tampoco me permiten avanzar.

Coloco una mano sobre la suya, buscando reconfortarle sin interrumpir lo que necesita decir. Su vulnerabilidad en este momento me conmueve, porque sé lo difícil que es para él abrirse de esta manera.

—No tienes que olvidarla para seguir adelante, cariño. Ella siempre será parte de ti, de vosotros, y eso no tiene que cambiar lo que somos nosotros ahora —le digo con una firmeza que nace de lo mucho que le quiero.

—No es fácil, pero tienes razón. Bonnie siempre será importante para mí, pero eso no significa que lo que siento por ti sea menos real. Contigo… —hace una pausa, como si buscara las palabras exactas—, siento que puedo ser yo mismo de una manera que no creí posible después de perderla.

Mis labios tiemblan al escucharle y no sé si es por la emoción o por la intensidad de lo que siento con sus palabras. Pero no necesito responderle. En lugar de eso, aprieto su mano y le ofrezco una sonrisa que espero que le transmita todo lo que siento. Matt vuelve a mirar el trofeo y lo coloca con cuidado en su lugar dentro de la vitrina. Luego, cierra la puerta con un gesto que tiene algo de simbólico, como si estuviera marcando un antes y un después. Cuando se gira hacia mí, veo que su expresión ha cambiado. No es que el dolor haya desaparecido, pero ahora parece más ligero, menos opresivo.

—Gracias por estar aquí. No sé si podría haber hecho esto sin ti —dice, acercándose a mí para abrazarme.

Me envuelvo en sus brazos, apoyando la cabeza en su pecho, y siento el ritmo constante de su corazón. Nos quedamos así hasta que un ruido suave nos hace levantar la mirada. Emily está en la puerta, mirándonos con una sonrisa amplia y un brillo especial en sus ojos. Lleva en las

manos un dibujo que parece haber hecho hace poco.

—¿Interrumpo? —pregunta, con la timidez de quien no quiere romper algo importante.

—Nunca, cariño. Ven aquí —responde Matt, extendiendo un brazo para invitarla a unirse a nosotros.

Emily corre hacia donde estamos y nos envuelve a ambos en un abrazo que hace que mi corazón se derrita. Su risa es un recordatorio de todo lo bueno que hemos construido juntos, y no puedo dejar de sonreír al mirarla.

—He hecho esto para vosotros —dice entregándonos el dibujo.

Lo observo con atención y veo que ha dibujado a los tres juntos, con la mansión al fondo y el ala oeste representada con colores muy llamativos. En la esquina del dibujo ha escrito con su caligrafía infantil: «Nuestra familia». Al verlo, mis ojos se llenan de lágrimas, pero no son de tristeza, sino de una felicidad tan intensa que apenas puedo contenerla. Matt también observa el dibujo, y cuando me mira, veo una ternura en su expresión que hace que me enamore aún más de él.

—Es perfecto, Emily. Justo como tú —le dice, acariciándole el pelo.

La niña sonríe y nos abraza de nuevo, como si supiera que este momento es tan importante para nosotros como para ella.

Más tarde, cuando Emily ya duerme y la casa se sume en un silencio reconfortante, Matt y yo regresamos al ala oeste para disfrutar del espacio que ahora es un símbolo de todo lo que hemos superado juntos. Nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes, y él entrelaza sus dedos con los míos. Matt me mira con una intensidad y cuando se inclina para besarme, siento con absoluta certeza que he encontrado mi lugar, no solo en esta casa, sino en el corazón de este hombre que ha cambiado mi vida de tantas maneras.

Capítulo 54

Matt

El ala oeste queda atrás mientras caminamos juntos por el pasillo. Lara sostiene mi mano y su calidez, tan familiar y reconfortante, me ancla al presente. Hace solo un rato, cerrar esa vitrina llena de recuerdos ha sido un acto simbólico, pero también real. Por primera vez, siento que puedo mirar hacia delante sin que el peso del pasado me detenga. No es que lo haya olvidado, ni mucho menos, pero ahora entiendo que avanzar no significa renunciar a lo que fui, sino abrazar lo que soy ahora. Y eso incluye a Lara y a Emily.

Cuando llegamos al dormitorio, cierro la puerta detrás de nosotros con cuidado. El ambiente está lleno de una serenidad que contrasta con las emociones que aún revolotean dentro de mí. Lara se sienta en la cama y me mira. Su mirada siempre tiene el poder de desarmarme y de atravesar las capas que durante tanto tiempo construí para protegerme.

—¿En qué piensas? —me pregunta, ladeando la cabeza, como si intentara descifrar mis pensamientos.

Me acerco despacio y me arrodillo frente a ella, tomando sus manos entre las mías. Su piel es suave y ese contacto me da el valor suficiente como para decir lo que llevo días pensando, lo que hoy, en ese espacio renovado del ala oeste, se ha vuelto una certeza innegable dentro de mí.

—En ti. En nosotros y en cómo ha cambiado todo desde que llegaste —respondo, dejando que mis palabras fluyan con una sinceridad que rara vez me permito—. Cuando entraste en esta casa, no solo cambiaste el espacio físico. Cambiaste todo. Emily te adora, y yo... —hago una pausa, buscando las palabras adecuadas, aunque sé que ninguna será suficiente—. Yo no puedo imaginarme un solo día sin ti aquí, sin tu risa ni tu presencia. Eres la pieza que faltaba en nuestras vidas.

Lara me observa en silencio, pero sus ojos brillantes y llenos de emoción hablan por ella. Sus dedos acarician los míos, como si quisiera transmitirme lo que no encuentra en las palabras.

—Matt... —empieza a decir, pero la interrumpo suavemente, poniendo un dedo sobre sus labios llenos y deliciosos.

—Déjame terminar. Esto es importante para mí. —Tomo aire, sintiendo el peso de la emoción que quiero compartir en medio del pecho—. Sé que este lugar te ha traído muchas cosas nuevas, pero quiero que también sepas que tú nos has traído algo mucho más grande. Has llenado esta casa de vida, de amor y de esperanza. Y quiero que sigas haciéndolo, no solo por unos meses o unos años. Quiero que te quedes aquí para siempre. Quiero que esta sea tu casa, tanto como es la mía. Quiero que seamos una familia. Tú, Emily y yo. Para siempre.

Mientras me escucha, veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas, pero no las deja caer. En lugar de eso, se inclina hacia mí y me besa con una intensidad que me deja sin aliento. Su respuesta no necesita palabras, pero, aun así, las pronuncia.

—Nada me haría más feliz.

El alivio y la felicidad se mezclan en mi interior mientras la abrazo con fuerza. Durante años pensé que este tipo de conexión y esta sensación de plenitud, era algo que nunca más volvería a experimentar. Pero aquí está, en los brazos de Lara, quien ha cambiado no solo mi vida, sino también mi corazón.

Nos quedamos abrazados y cuando nos separamos, la veo sonreír con esa luz que siempre logra despejar cualquier oscuridad.

—¿Sabes? —me pregunta con tono divertido—. Ahora tendremos que hablar de cosas muy importantes, como dónde poner mis libros o qué hacer con mis tazas de té favoritas.

Al escucharla, me río y niego con la cabeza, sabiendo que esos pequeños detalles son exactamente los que quiero compartir con ella.

—Haz lo que quieras. Esta casa es tan tuya como mía —le digo aún riéndome y negando con la cabeza.

Más tarde, después de cenar, Emily se duerme rápidamente tras una larga tarde de no parar de un lado a otro riendo y jugando. Lara y yo nos quedamos un rato en el salón, disfrutando de la calma que trae la noche y del baile incesante de las llamas en la chimenea. Lara se acurruca a mi lado en el sofá y apoya la cabeza en mi hombro. No hablamos al principio, aunque no hace falta. Su presencia es suficiente para llenar cualquier vacío.

—Hoy ha sido un día importante, ¿verdad? —dice finalmente, levantando la vista para mirarme.

—Sí, lo ha sido. —Tomo su mano y entrelazo mis dedos con los suyos—. Cerrar las puertas de esa vitrina en el ala oeste ha sido como cerrar un capítulo al fin. Pero lo más importante es el capítulo que estamos escribiendo juntos ahora.

Ella sonríe y asiente, sus ojos brillan con una emoción que hace que me enamore aún más de ella. Nos quedamos así, compartiendo el silencio y la conexión que solo se puede encontrar con alguien que realmente te entiende.

Un rato después, cuando subimos al dormitorio, el ambiente entre nosotros cambia. No es algo que se pueda describir con palabras, pero lo siento en la forma en que me mira y en la manera en que sus manos buscan las mías. La beso con lentitud, dejando que mis labios exploren los suyos, mientras mis manos se deslizan por su espalda. Su piel, suave y cálida, reacciona a mi tacto, y siento cómo su cuerpo se inclina hacia el mío, buscando más. La levanto con facilidad y la llevo hasta la cama, donde la tumbo con cuidado. Mi mirada recorre su cara, sus ojos llenos de deseo y sus labios entreabiertos, y siento una oleada de amor y deseo que me consume.

—Eres preciosa —le susurro, mientras mis manos comienzan a desabotonar su camisa.

Ella sonríe, pero no dice nada. Su sonrisa tiene algo que me desarma, algo que me invita a acercarme y permitir que el deseo que llevo acumulando todo el día se apodere de mí. Sus manos se posan en mis mejillas y me atrae hacia ella, uniéndonos en un beso que no deja espacio para nada más. Sus labios se mueven con una suavidad, que al principio me descoloca, pero cuando sus dedos se enredan en mi pelo y tira ligeramente de él, siento que pierdo el control de la situación. Mis manos buscan su cintura, recorriendo sus curvas con avidez, como si necesitara memorizar cada centímetro de su cuerpo. Mis labios abandonan los suyos y comienzan a descender por su cuello, dejando un rastro de besos húmedos que provocan pequeños temblores en su piel. Escuchar su respiración entrecortada y sentir cómo sus dedos se aferran a mis hombros, me excita aún más. Desabrocho los botones de su blusa con una lentitud deliberada, gozando del leve jadeo que escapa de sus labios con cada uno. Cuando su camisa queda abierta, mis manos exploran su piel, cálida y suave, mientras mis labios se detienen en la

curva de su clavícula.

—Matt… —susurra mi nombre y ese simple sonido me hace arder.

Mi boca desciende hasta sus pechos, mientras mis dedos bajan por su espalda, deshaciéndose de la tela que nos separa. Cada uno de mis besos y caricias, le provoca un gemido que me pone completamente a sus pies. Sus uñas recorren mi piel, dejando un rastro que quema tanto como su mirada fija en mí, cargada de deseo y algo más profundo que me hace sentir invencible.

Cuando finalmente la tumbo en la cama, me detengo un momento para observarla. Su cabello se extiende como un abanico sobre la almohada, y sus ojos me miran con una mezcla de ternura y pasión que me desarma por completo.

—Eres tan jodidamente perfecta —murmuro, mientras mis manos recorren sus muslos, acariciando la piel sensible que reacciona a cada roce.

Ella no responde con palabras. En lugar de eso, alza sus caderas para buscarme, para exigir más, y yo no puedo resistirme. Me inclino sobre ella, y nuestros cuerpos se encuentran con una necesidad que va mucho más allá de lo físico. Mi boca sigue explorando su cuerpo, mientras mis dedos trazan caminos que hacen que su respiración se vuelva más rápida y profunda.

Sus gemidos son música para mis oídos, y cuando finalmente la siento rendirse bajo mis caricias, me inclino para capturar sus labios de nuevo, profundizando el beso mientras nuestras caderas se encuentran en un ritmo que parece dictado por algo más grande que nosotros.

—Matt… por favor —murmura, y el sonido de su voz pidiendo más es todo lo que necesito para perderme completamente.

La libero del sujetador y de las braguitas de encaje rosado con delicadeza, haciéndolas descender por sus piernas. Desnuda frente a mí, me deshago ahora yo de mi ropa sin dejar de mirarla. Mi sexo, erecto y húmedo, me pide clemencia, aunque sabe que aún no ha llegado su turno. Me acerco a ella y me pongo de rodillas entre sus piernas, me inclino y la devoro con fruición, alimentándome de su delicioso néctar y llenando mi boca de ella. Mi lengua juega entre sus pliegues y se enreda en su clítoris, haciendo que pierda el control de su respiración y estalle en un orgasmo profundo, que le arranca hondos gemidos desde lo más hondo de su garganta. Poco después, cuando me he asegurado que ha recobrado el control, me hundo en ella y el mundo desaparece. Entro poco a poco, mirándola a los ojos y sintiendo cómo su cuerpo se abre para mí y me abraza, húmedo y caliente. En ese momento, solo existimos nosotros, nuestros cuerpos moviéndose al unísono y nuestras respiraciones entrelazadas. Cada una de mis embestidas es una declaración y cada gemido un recordatorio de lo que compartimos, de lo que somos. Sus manos recorren mi espalda, y yo me aferro a sus caderas, llevándonos a un lugar donde no hay tiempo, ni espacio, solo placer puro. Noto el roce de sus pezones erectos en mi pecho y me obligo a bajar el ritmo de mis acometidas para poder disfrutar de ellos en mi boca. Lara sonríe y gime, abrazándome con fuerza con sus piernas. Vuelvo a aumentar el ritmo y la profundidad de mis estocadas hasta que ambos estallamos de placer y ella clava sus uñas en mi piel, mientras su cuerpo se arquea contra el mío. Mi nombre escapa de sus labios en un susurro cargado de emoción, y yo caigo sobre ella, apoyando mi frente contra la suya mientras tratamos de recuperar el aliento.

Nos quedamos así, conectados, durante lo que parece una eternidad. Finalmente, me tumbo a su lado, y ella se acurruca contra mi pecho, dejando que su respiración tranquila llene el silencio de la habitación. Mis dedos recorren su espalda con movimientos lentos, y una sonrisa satisfecha se forma en mis labios.

—Te quiero, mi amor —murmuro contra su cabello, sintiendo que esas palabras nunca

han sido más ciertas.

—Y yo a ti —responde, antes de dejarse llevar por el sueño.

Mientras la observo como poco después se queda dormida, sé que este momento es más que perfecto. Es real. Es nuestra vida y nuestra familia, lo que siempre he deseado.

Capítulo 55

Lara

Organizar una cena especial siempre ha sido para mí algo más que planificar un menú o coordinar todos los detalles. Es un gesto, una forma de demostrar a quienes me rodean cuánto significan para mí. Esta vez, no es solo una cena, es una celebración. Una manera de dar las gracias al personal de la mansión, quienes me han hecho sentir acogida y como en casa desde el primer momento. Por eso, mientras Emily y yo estamos en la cocina preparando algunos de los platos, siento esa mezcla de nervios y entusiasmo que siempre me acompaña en los momentos importantes.

Emily está subida a un taburete, concentrada en revolver una masa que parece estar desafiando las leyes de la física. Lleva un delantal que le queda demasiado grande y que Moira le ha ajustado con un nudo en la espalda antes de empezar a cocinar. Su cara está cubierta de harina, pero sus ojos brillan con esa luz que siempre logra alegrarme el día.

—¿Así está bien? —me pregunta, levantando la cuchara de madera y mostrándome el contenido del cuenco.

—Perfecto, cariño. Aunque quizá podríamos intentar que algo de la masa acabe dentro del cuenco —le respondo, riéndome mientras le limpio un poco de la mezcla de la mejilla.

—¡Está deliciosa! —dice, llevándose un dedo a la boca para probarla.

Moira, que observa todo desde el otro extremo de la cocina, sacude la cabeza con una mezcla de diversión y resignación.

—Cielo, si sigues probando la masa, no nos quedará nada para el pastel —le advierte a la cría, aunque su tono es más afectuoso que severo.

Emily ríe y sigue removiendo con ganas y concentrada en su tarea. Su entusiasmo es contagioso, y también sonrío al verla tan feliz. En ese momento, me doy cuenta de lo mucho que hemos avanzado desde que llegué aquí. Emily, que al principio era un mar de inseguridades, ahora es una niña radiante, llena de energía y confianza. Y aunque sé que el mérito no es solo mío, me siento inmensamente agradecida de formar parte de su vida.

La cocina huele a especias y a dulzura. Moira, con su eficiencia característica, tiene varios platos casi listos y yo me esfuerzo por seguir su ritmo. Mientras tanto, Emily añade su toque especial a todo lo que puede, ya sea una pizca extra de canela en las galletas o un poco más de azúcar glas en los postres. La escena es caótica, pero no podría ser más perfecta.

Cuando todo está listo y llevamos los platos al comedor, la estancia parece transformarse. La mesa está decorada con velas y un centro floral que Moira ha preparado con flores frescas del jardín. El personal comienza a llegar, primero Thomas, seguido por la señora MacFalane, el ama de llaves, y el resto del equipo. Todos se detienen un momento para admirar la mesa antes de tomar asiento.

—Esto es precioso, Lara —dice el ama de llaves, mirando la mesa con una expresión de aprobación.

—Gracias, pero solo quería hacer algo especial para agradeceros todo lo que habéis hecho por mí desde que llegué —respondo, sintiendo un nudo de emoción en la garganta.

Thomas, que normalmente es reservado, asiente con una leve sonrisa.

—Ha sido un placer tenerte aquí. Y viendo lo feliz que está el señor Campbell, no puedo más que darte las gracias.

Las palabras del mayordomo me sorprenden y me conmueven a partes iguales. Miro a Matt, que está sentado a mi lado, y él me devuelve una sonrisa cómplice, esa que siempre parece decir mucho más de lo que las palabras podrían expresar.

La cena transcurre en un ambiente de risas y conversaciones animadas. Emily, que normalmente es un torbellino de energía, se porta de manera impecable, aunque no puede resistirse a interrumpir de vez en cuando para contar alguna historia o hacer un comentario divertido. En un momento hacia el final de la cena, se levanta de su asiento y se acerca a mí.

—Lara, ¿puedo decir algo? —me pregunta con esa mezcla de timidez y decisión que siempre me enternece.

—Claro, cielo. ¿Qué quieres decir? —le respondo, inclinándome ligeramente hacia ella.

Emily se sube a mi regazo y, rodeándome con sus pequeños brazos, dice en voz alta, para que todos la escuchen:

—Solo quiero decir que estoy muy contenta de que seas mi mamá.

El silencio que sigue a sus palabras es tan profundo que puedo escuchar el crepitar de las llamas de las velas en la mesa. Mi corazón se detiene un segundo antes de empezar a latir con fuerza. La emoción me invade de una manera que no puedo describir, abrazo a la niña con fuerza y siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas.

—Gracias, cariño. Eso significa mucho para mí —logro decir con la voz cargada de emoción.

Desde el otro extremo de la mesa, Moira sonríe con una calidez que refleja todo el cariño que nos tiene. Thomas se aclara la garganta, aunque su expresión muestra claramente que también está conmovido y la señora MacFalane sonríe con los ojos anegados. Matt, que ha estado observando en silencio, se inclina hacia mí y coloca una mano en mi espalda.

—Te lo has ganado, mi amor. No podía ser de otra manera —me susurra al oído, con una ternura que hace que me enamore aún más de él.

La cena continúa con una alegría renovada. El personal comparte anécdotas y bromas, y la sensación de que esta es mi familia se hace más fuerte con cada palabra y con cada risa que compartimos. Siento que este momento sencillo, pero tan lleno de significado, engloba todo lo que he estado buscando durante tanto tiempo.

Cuando finalmente se retiran los platos y Moira sirve el postre, Emily, agotada, aunque feliz, se queda dormida en el regazo de Matt. La miro y siento que mi corazón está tan lleno de amor y de emoción, que apenas puedo contenerlo. En este lugar y con estas personas, sé que he encontrado algo que va más allá de lo que jamás podría haber imaginado: un hogar, una familia y un amor que lo invade todo.

Más tarde, cuando Matt y yo estamos en nuestro dormitorio, recostados en la cama con Emily acurrucada entre nosotros, me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado mi vida desde que llegué a esta mansión. Cada decisión y cada paso, me ha llevado hasta aquí, y no cambiaría nada. Matt, como si leyera mis pensamientos, me toma de la mano y se la lleva a los labios, dejando un beso suave en mis dedos.

—Gracias por quedarte, amor, y por todo lo que haces por Emily y por mí.

Le miro y, aunque sé que las palabras no son suficientes, le respondo:

—Yo solo puedo estar agradecida de vosotros por darme un lugar donde pertenecer. Esto es todo lo que siempre quise, y más.

Capítulo 56

Matt

El sonido crepitante de la chimenea llena el dormitorio, acompañando la calidez que se extiende por la estancia. Las sombras de las llamas danzan sobre las paredes, mientras Lara y yo estamos sentados sobre la alfombra, apoyados en el borde de la cama. Entre nosotros, una botella de champagne y dos copas que reflejan la luz anaranjada de las llamas. La casa está en completo silencio, salvo por el ocasional crujido de los troncos y, por primera vez, siento que no hay nada que nos falte, que todo está justo donde debe estar.

Lara alza su copa y la mira con una sonrisa, que ilumina todo su rostro, una sonrisa que me tiene atrapado desde el día en el que llegó a esta casa.

—Por nosotros —me dice con ese tono suave que siempre logra calmar cualquier tormenta que se desate dentro de mí.

Choco mi copa contra la suya, dejando que el sonido del cristal marque este momento como único. La observo mientras toma un sorbo, con los labios rozando el borde del cristal, y noto cómo el pecho se me llena de algo más grande que las palabras. ¿Cómo puede una sola persona cambiar tanto tu vida sin que te des cuenta de lo que está ocurriendo?

—Por nosotros —repito, llevándome la copa a los labios de nuevo sin apartar los ojos de ella.

Lara deja la copa sobre el suelo y me mira. Sus ojos tienen ese brillo que me desarma, una mezcla de ternura, complicidad y algo más, que siempre me hace querer acercarme aún más a ella.

—¿En qué piensas? —me pregunta inclinando ligeramente la cabeza.

—En lo increíble que eres —respondo sin titubear, porque no tiene sentido ocultarle nada.

Ella se ríe suavemente y sacude la cabeza, como si no terminara de creerse mis palabras.

—No digas tonterías.

—No lo son. Eres la razón por la que esta casa está llena de risas de nuevo y por la que Emily se siente segura y querida. Eres la razón por la que yo, por primera vez en años, siento que no me falta nada. ¿Te parece poco?

Lara se queda en silencio, observándome con esos ojos que siempre parecen ver más allá de lo que digo. Luego se inclina hacia mí y roza mis labios con los suyos. Su beso es suave al principio, pero se intensifica con cada segundo. Sus manos suben hasta mi cara y me acarician con una delicadeza que me deja sin aliento. La copa que tengo en la mano se queda olvidada en el suelo, porque lo único que me importa en este momento es ella.

Mis manos se posan en su cintura, acercándola más a mí mientras nuestras respiraciones se entrelazan. Sus labios, cálidos y dulces, son mi refugio. La levanto con facilidad y la coloco sobre mis piernas, sintiendo cómo su cuerpo encaja perfectamente con el mío. Me

rodea con los brazos y hace más profundo su beso para, poco después, dejar escapar un pequeño suspiro que me hace perder cualquier rastro de autocontrol. Mis labios abandonan los suyos para recorrer su cuello, dejando un rastro de besos que la hacen estremecer. Sus dedos se enredan en mi pelo, guiándome mientras mi boca sigue explorándola. Siento su respiración acelerada y el leve temblor de su cuerpo bajo mis manos, lo que hace que mi deseo por ella crezca.

—Matt… —susurra con la voz cargada de emoción y deseo.

—Estoy aquí, mi amor —respondo, dejando que mi voz salga baja y ronca.

La llevo hasta la cama y la tumbo con cuidado. Mi mirada recorre su cara, sus labios, hinchados por nuestros besos, y la manera en que sus ojos me miran, llenos de deseo. Me inclino sobre ella, apoyando mis manos a ambos lados de su cuerpo, y la beso de nuevo, esta vez con una intensidad que nos deja a ambos sin aliento.

Mis manos la liberan de su jersey. Su cuerpo responde a cada uno de mis movimientos, arqueándose bajo mi tacto. Cuando su ropa queda un lado, mis labios descienden hasta sus clavículas, deteniéndome en cada curva para saborearla, para memorizarla. Lara se deshace de mi camisa con una urgencia que me hace sonreír contra su piel. Su deseo es palpable, tanto como el mío, y no puedo evitar perderme en ella, en la forma en que su cuerpo se mueve al compás del mío.

—Eres increíblemente hermosa —murmuro contra su piel, mientras mis manos trazan caminos que la hacen jadear.

—Y tú eres increíblemente lento —responde, con una sonrisa traviesa que me hace reír.

—Solo quiero disfrutar de cada segundo contigo.

Me besa de nuevo, a la vez que me recorre la espalda con sus manos. Me explora, con una mezcla de ternura y pasión que me enloquece. En un movimiento rápido, se alza del colchón y hace que sea yo quién ahora recueste la espalda sobre la cama. Me quita los pantalones y los calzoncillos. Mi sexo la saluda erecto y húmedo. Ella sonríe y se coloca entre mis piernas de rodillas. Sin dejar de mirarme empieza a lamer mi glande, que al instante palpita y se hincha más. Trago saliva sin dejar de mirar el espectáculo que me está regalando. Sigue lamiéndome con ganas hasta que de una sola vez y sin avisar se introduce todo mi sexo en su boca, hasta alcanzar el fondo de su garganta. Resoplo y me muerdo el labio inferior. Lara continúa engullendo mi polla con ansia, regalándome una de las mejores mamadas de mi vida. Poco después, cuando creo que estoy a punto de explotar en su boca, se sienta a horcajadas sobre mí y empieza a mover las caderas de una manera deliciosa. Yo, aún tumbado, me incorporo y aprovecho para tomarla por las caderas y lamer sus pechos de pezones rosados y erectos. Ella cabalga encima de mí con afán, como una experimentada amazona y yo debo hacer verdaderos esfuerzos por no vaciarme aún dentro de ella. Los jadeos de Lara cada vez son más rápidos hasta que estalla en un orgasmo. Su sexo empapado se vuelve más caliente y delicioso, algo que no puedo soportar mucho más, por lo que me dejo llevar por la tormenta de placer que me invade desde el centro de mis entrañas y dejo escapar su nombre de entre mis labios, mientras noto cómo la lleno de mí.

Capítulo 57

Lara

3 meses después

El viento suave que entra por la ventana abierta del dormitorio agita las cortinas con delicadeza mientras sostengo entre mis manos el test que acaba de cambiar mi vida.

Dos líneas rosas.

Dos pequeñas líneas que, aunque diminutas, parecen ocupar todo mi mundo ahora mismo. Lo coloco sobre la mesita de noche y me siento en el borde de la cama, intentando ordenar los pensamientos que se agolpan en mi cabeza.

Estoy embarazada.

¡Estoy embarazada!

¿Cómo puedo sentir tantas cosas a la vez? Hay una parte de mí que está emocionada, llena de ilusión, pero también hay un leve cosquilleo de nerviosismo instalado en mi estómago.

Estoy embarazada y este bebé, nuestro bebé, será un cambio enorme para Matt, para Emily y para mí.

Me levanto y camino despacio hacia la ventana. El jardín de la mansión se extiende ante mí, con su enorme gama de verdes y flores de colores que parecen saludarme desde la distancia. Emily juega con Moira y sus risas llegan hasta mí, cálidas y reconfortantes. Observo cómo se detiene un momento para recoger un diente de león, sopla las diminutas semillas y las observa volar con fascinación. El amor que siento por esa pequeña me llena de una calidez que parece extenderse por todo mi cuerpo, alcanzando incluso a la nueva vida que crece dentro de mí.

Matt entra en la habitación en silencio, como suele hacer cuando no quiere interrumpirme. Pero su presencia siempre tiene el poder de calmarme y ahora también. Me giro para mirarle y sus ojos verdes se encuentran con los míos.

—¿Qué pasa, mi amor? —me pregunta con suavidad acercándose hasta donde estoy.

—Tengo algo que contarte —respondo, con la voz cargada de emoción, aunque

también de una pizca de incertidumbre, porque no sé cómo reaccionará ante esta noticia del todo inesperada.

Matt frunce ligeramente el ceño, aunque no por preocupación, sino porque está intentando descifrar mi expresión. Se detiene a pocos pasos de mí y extiende una mano para rozar mi mejilla.

—¿Estás bien? —insiste, con un tono que demuestra cuánto le importa todo lo que tenga que ver conmigo.

Tomo su mano y la llevo hacia mi vientre, dejando que sus dedos descansen allí. El gesto es sencillo, pero también está tan cargado de significado, que le veo parpadear, intentando asimilar lo que le estoy diciendo sin palabras. Pasan unos segundos antes de que hable.

—¿Estás…? —Su voz se quiebra ligeramente, y veo cómo sus ojos se abren más y se llenan de emoción.

Asiento, incapaz de contener la sonrisa que se forma en mis labios. Matt se queda en silencio, pero su expresión lo dice todo. Sus dedos se deslizan por mi vientre, como si intentara conectar con esta nueva vida que apenas acaba de empezar. Luego, se inclina y me abraza con fuerza, hundiendo su rostro en mi cuello.

—Vamos a tener un bebé —susurra como si estuviera probando cómo suenan esas palabras en voz alta.

—Sí —le respondo, permitiendo que las lágrimas que había estado conteniendo se deslicen por mis mejillas—. Vamos a tener un bebé.

Matt se aparta solo lo suficiente para mirarme a los ojos, y la mezcla de alegría y asombro que veo en su cara me conmueve profundamente. Coloca ambas manos en mis mejillas y me besa con una ternura que me hace sentir completamente amada.

—No sabes lo feliz que me haces, mi amor —musita con la voz cargada de emoción.

—¿De verdad? —pregunto, porque, aunque sé que Matt me ama, esta noticia trae consigo un cambio tan grande para nuestras vidas, que no puedo evitar preocuparme por lo que significa para nosotros.

—De verdad. No podría estar más feliz. Esto es un regalo, un milagro —responde, con una convicción que hace que todas mis dudas se disipen al instante.

Nos sentamos juntos en la cama, con las manos entrelazadas, hablando de todo lo que este bebé significará para nuestra familia. Matt, como siempre, encuentra la manera de calmar mis miedos y hacerme sentir segura. Me habla de Emily, de cómo reaccionará cuando le contemos la noticia, y de cómo este bebé será una bendición para todos nosotros.

—Emily estará encantada. Siempre habla de cuánto le gustaría tener un hermanito o una hermanita —me cuenta sonriendo mientras imagina la reacción de la niña.

—¿Crees que lo entenderá? —pregunto, porque, aunque Emily es una niña inteligente y cariñosa, sé que un cambio así puede ser difícil de asimilar para ella.

—Por supuesto. Y con tu ayuda, lo hará con una sonrisa —responde, dándome un beso suave en los labios.

La tarde avanza, y juntos no dejamos de hacer planes para el futuro invadidos por la ilusión de lo que esta noticia significa para nosotros. Hablamos de cómo queremos preparar todo, desde el cuarto del bebé hasta los momentos que queremos compartir como familia. Matt está lleno de ideas y su entusiasmo es contagioso. Me sorprende lo natural que le resulta hablar de esto, como si siempre hubiera sabido que formaríamos esta familia juntos.

Cuando bajamos al jardín para reunirnos con Emily, ella corre hacia nosotros con su energía habitual, su pelo hondea con el viento mientras se lanza a los brazos de su padre. La

alzamos juntos, riendo con ella, y me doy cuenta de que este es el hogar que siempre soñé. Rodeada de amor, risas y ahora, con la promesa de una nueva vida creciendo tras mi ombligo, me siento completamente plena.

Más tarde, mientras preparamos la cena juntos, Emily canta una canción inventada mientras pone la mesa. Matt me mira desde el otro lado de la cocina, y en su mirada veo todo lo que siento reflejado en ella. Nos hemos encontrado el uno al otro en medio de nuestras propias tormentas, y ahora estamos construyendo algo que es tan sólido como hermoso.

Esa noche, mientras estamos en la cama, acurrucados bajo las mantas, Matt me susurra al oído:

—¿Sabes? Ahora ya no puedo pedir más a la vida, porque me ha dado todo lo que podía desear.

Capítulo 58

Matt

Observo a Lara mientras duerme, su respiración es tranquila y su cara refleja una paz que me contagia. Nunca imaginé que podría sentirme tan completo junto a otra mujer. El suave resplandor de la mañana se cuela por las cortinas y me recuerda que hoy es un nuevo día, uno en el que nuestra familia comienza a crecer de una manera que jamás hubiera soñado.

Ayer, cuando me dio la noticia de que vamos a tener un bebé, sentí cómo el mundo se detenía por un instante. La alegría, la sorpresa y el amor se mezclaron en mi interior de una manera abrumadora. Ahora, mientras la observo, sé que mi vida ha tomado un rumbo que jamás hubiera imaginado que sería posible tras la pérdida de Bonnie. Pero aquí estoy, lleno de ilusión y con el corazón a punto de estallar de felicidad.

Me levanto con cuidado para no despertarla y bajo a la cocina. Moira ya está allí, preparando el desayuno con su habitual eficiencia. Me saluda con una sonrisa que refleja su eterna amabilidad.

—Buenos días, señor Campbell. ¿Le sirvo un café?

—Sí, por favor. Y hoy necesitamos un desayuno especial. Tenemos noticias que compartir con Emily.

La cocinera me mira con curiosidad, pero no pregunta, porque sabe que si Emily se entera de algo, pronto ella también lo sabrá. Preparo una bandeja con el desayuno favorito de Lara y subo de nuevo a nuestro dormitorio. Cuando entro, ella ya está despierta, incorporada en la cama y con esa sonrisa que ilumina toda la habitación.

—Buenos días —me dice, estirando los brazos hacia mí.

—Buenos días, mi amor. He pensado que podríamos desayunar aquí antes de contarle a Emily la gran noticia.

Sus ojos se iluminan aún más si cabe y asiente mientras se acomoda entre los cojines. Nos sentamos juntos y compartimos el desayuno, hablando de los pequeños detalles que harán que este día sea inolvidable para nuestra familia.

—¿Estás nervioso? —me pregunta antes de dar un bocado a una tostada con mantequilla y mermelada de fresa, su preferida.

—Un poco. No sé cómo reaccionará, aunque estoy convencido de que le hará mucha ilusión.

—Seguro que sí. Es una niña increíble —me responde con una gran sonrisa.

Después de desayunar, bajamos al jardín donde Emily está jugando con Thomas. La pequeña corretea entre los árboles, riendo a carcajadas mientras intenta atrapar una mariposa. Al vernos, se detiene y corre hacia nosotros con los brazos abiertos.

—¡Hola! —grita, lanzándose a mis brazos.

La alzo en el aire y giro con ella, disfrutando de su risa contagiosa, mientras Lara nos observa sonriente.

—Emily, tenemos algo que contarte —le digo dejándola en el suelo frente a nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirando alternativamente a Lara y a mí.

Lara se agacha hasta quedar a su altura y la toma de las manos.

—Cariño, ¿te gustaría ser hermana mayor?

Los ojos de Emily se abren como platos y una sonrisa enorme se dibuja en su rostro.

—Sí, ¡claro!

—Pues porque lo vas a ser dentro de unos meses…—le digo acariciándole la carita.

—¿De verdad? ¿Vamos a tener un bebé?

—Sí, cielo. ¡Vamos a tener un bebé! —respondo, sintiendo cómo la emoción me invade.

Emily salta de alegría y nos abraza a ambos.

—¡Voy a ser hermana mayor! ¡Esto es genial! ¡Sí, sí, síííí! —exclama sin dejar de reír y de dar saltos.

Su entusiasmo es tan real, que no puedo evitar reírme. Lara la abraza con fuerza y la llena de besos.

—Sabía que te gustaría la idea.

—¿Y cuándo llegará el bebé? ¿Es niño o niña? ¿Podré ayudar a cuidarlo? ¿Y darle el biberón? —pregunta sin parar, llena de curiosidad.

—Aún no lo sabemos, pero te mantendremos informada de todo —le respondo acariciándole el pelo.

Pasamos el resto de la mañana respondiendo a sus preguntas y compartiendo su alegría. Es increíble cómo una noticia puede llenar de luz cada rincón de nuestra vida.

Más tarde, nos reunimos todos en el salón. Moira, Thomas y el resto del personal también están presentes, por lo que decidimos compartir también con ellos la noticia, porque forman parte de nuestra familia.

—Queremos contaros algo importante —digo tomando la mano de Lara—. Vamos a tener un bebé.

Las expresiones de sorpresa y felicidad en sus rostros son sinceras. Moira se acerca y nos abraza.

—¡Es una noticia maravillosa! Felicidades a los dos.

Thomas asiente con una sonrisa y añade:

—Será un honor servir a un nuevo miembro de la familia Campbell.

El ambiente se llena de felicitaciones y buenos deseos. Emily corre de un lado a otro, contando a todos que será la mejor hermana mayor del mundo y todos nos reímos al ver su ilusión y entusiasmo.

Cuando finalmente nos quedamos solos, Lara y yo nos sentamos en el jardín, disfrutando de la tranquilidad de la tarde. El sol comienza a descender en el horizonte y ella apoya su cabeza en mi hombro y suspira con satisfacción.

—Ha sido un día perfecto —me dice entrelazando sus dedos con los míos tras soltar un hondo suspiro.

—Sí que lo ha sido —asiento acariciando sus manos.

—¿Sabes? Nunca pensé que podría sentirme así. Después de todo lo que hemos pasado, esto parece que sea un sueño.

La miro y acaricio su mejilla.

—Es real, mi amor. Estamos construyendo algo muy hermoso juntos.

Ella sonríe y cierra los ojos, disfrutando del momento. Yo, por mi parte, pienso en

cómo ha cambiado mi vida desde que llegó. De ser un hombre sumido en la tristeza, he pasado a tener una familia llena de amor y esperanza.

—¿Has pensado en nombres? —pregunto de repente.

Lara se ríe suavemente.

—Es un poco pronto, ¿no crees?

—Nunca es demasiado pronto para empezar a planear.

—Bueno, quizá podríamos hacer una lista. Aunque me gustaría que Emily participara.

—Buena idea. Será divertido ver qué propone.

El silencio nos envuelve de nuevo, pero es un silencio cómodo, lleno de complicidad.

—Matt —dme ice Lara, rompiendo el silencio—, gracias por hacerme sentir parte de algo tan especial. Por esta familia.

La abrazo y le susurro al oído:

—Somos nosotros quienes tenemos que agradecerte a ti haber traído luz a nuestras vidas.

La tarde se convierte en noche y las estrellas comienzan a brillar en el cielo. Decidimos entrar en la casa, donde Emily nos espera con un cuaderno y un lápiz en la mano.

—¡Ya tengo algunos nombres! —anuncia emocionada.

Nos sentamos con ella en la mesa del comedor y escuchamos sus propuestas, algunas de las cuales nos hacen reír a carcajadas.

—Si es niña, podríamos llamarla Luna. Y si es niño, Max —dice, muy convencida.

—Son nombres preciosos —le dice Lara, sonriendo.

—¿Y qué os parece Estrella? —añade Emily.

—Bueno, quizá podríamos seguir pensando —respondo, guiñándole un ojo.

Pasamos un rato agradable, dejando que su imaginación vuele.

Al final del día, cuando Emily ya está dormida, Lara y yo nos tumbamos en la cama y ella se acurruca a mi lado.

—Hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida —le digo dándole un suave beso en los labios.

—Para mí también. Me muero de ganas de saber qué nos depara el futuro.

—Sí, y yo también.

Ella asiente y cierra los ojos, dejándose llevar por el sueño. Yo me quedo un rato más despierto, pensando en todo lo que hemos logrado y en lo que está por venir y siento cómo una satisfacción profunda me invade y que no puedo describir con palabras.

Capítulo 59

Lara

4 meses después

El aire fresco de la mañana se cuela por la ventana abierta de nuestro dormitorio. Desde aquí, puedo escuchar las risas claras y alegres de Emily en el jardín, como un recordatorio constante de la felicidad que se ha instalado en esta casa. Me recuesto un momento en la cama, acariciando mi vientre abultado y una sonrisa se dibuja en mis labios. Cada día que pasa, la vida que crece dentro de mí parece más real y con ello, la certeza de que mi realidad ha cambiado de un modo que jamás habría imaginado.

Matt entra en la habitación con una taza de infusión en la mano, como ha hecho cada mañana desde que me dijo que no dejaría que me faltara nada. Sus ojos verdes se detienen en mi cara antes de descender hasta mi vientre. La calidez de su mirada me llena de una sensación de seguridad que nunca antes había conocido.

—¿Cómo estáis mis dos amores hoy? —pregunta, sentándose a mi lado en la cama y ofreciéndome la taza.

—Estamos bien. Muy bien —le respondo, tomando la bebida y dejando que el aroma a manzanilla me envuelva—. Aunque creo que alguien está más activo de lo normal esta mañana. No ha parado de moverse y de darme patadas…

Matt ríe suavemente y coloca su mano sobre mi vientre. Por un momento, ninguno de los dos dice nada. Siento que los movimientos del bebé se detienen justo bajo su palma, como si supiera que es su padre quien lo está tocando y ambos sonreímos.

—Cada vez que pienso en cómo era esta casa antes de que llegaras... —murmura Matt, sin apartar la vista de mi vientre—. Nunca imaginé que pudiera transformarse así. Pero lo has conseguido, mi amor. Has hecho de este lugar un hogar.

Sus palabras me emocionan. Dejo la taza a un lado y entrelazo mis dedos con los suyos.

—No lo he hecho sola. Tú y Emily sois la razón por la que todo esto tiene sentido.

Nos quedamos así un momento más, antes de que la voz de Emily desde el pasillo nos

interrumpa.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Puedo entrar? —grita, llena de entusiasmo.

Matt sonríe y le da permiso. La pequeña entra corriendo, con su vestido azul lleno de pequeñas manchas de tierra y una flor en la mano.

—¡Mira lo que he encontrado en el jardín! Es para ti, mamá. —Me entrega la flor con una expresión de orgullo en su rostro.

—Es preciosa, cariño. Gracias. —Le doy un beso en la frente y la siento en la cama junto a mí.

Emily coloca su mano sobre mi vientre y me mira con una mezcla de curiosidad y ternura que me derrite.

—¿Cuándo llegará el bebé? Quiero enseñarle a recoger flores y a hacer pasteles con Moira.

—Aún faltan unos meses, cielo. Pero seguro que le encantará aprender todo eso contigo.

Emily sonríe y se acomoda a mi lado, apoyando la cabeza en mi brazo. Matt nos observa con una expresión que mezcla felicidad y orgullo, como si no pudiera creer que esta es su vida ahora.

Más tarde, Emily ayuda a Matt a colocar los adornos que hemos comprado para la habitación del bebé. El cuarto, que antes era un espacio olvidado en el ala este de la mansión, ahora está lleno de colores suaves, juguetes y muebles que parecen estar esperando con ansias la llegada de nuestro pequeño. Emily se toma muy en serio su tarea de colgar pequeños dibujos en la pared.

—Este es un sol, para que el bebé siempre esté feliz —explica mientras coloca el papel cuidadosamente con un trozo de cinta adhesiva.

Matt, que está colocando una cuna junto a la ventana, asiente con aprobación.

—Es perfecto, Emily. Seguro que al bebé le encantará.

Yo, sentada en una butaca, los observo con amor. La vida que hemos construido juntos es mucho más de lo que jamás hubiera imaginado posible. La mansión, que una vez fue un lugar marcado por la tristeza, ahora está llena de risas y de amor.

—¿Cómo lo ves, Lara? —pregunta Matt, girándose hacia mí con una sonrisa.

—Es perfecto.

Nos quedamos un rato más en el cuarto, riendo y planeando el futuro. Cuando Emily finalmente se cansa, Matt la lleva a su habitación mientras yo me quedo un momento más, dejando que la tranquilidad del lugar me envuelva. Me acaricio el vientre y susurro palabras de amor al bebé que crece dentro de mí.

—Estás llegando a un lugar lleno de amor, pequeño. No puedo esperar para conocerte.

Esa noche, mientras Matt y yo nos acurrucamos en la cama, hablamos de nombres para el bebé. Emily ya ha hecho una lista interminable, pero nosotros aún no nos hemos decidido por ninguno.

—¿Tienes alguna preferencia? —me pregunta, jugando con un mechón de mi pelo.

—Me gustan los nombres que tengan significado. Algo que refleje lo especial que es esta vida que estamos construyendo.

—Entonces tendremos que buscar algo que sea perfecto —responde, besándome en la frente.

Antes de quedarnos dormidos, le susurro cuánto le amo, y él me devuelve ese mismo sentimiento con palabras que me envuelven como un cálido abrazo.

Epílogo

Matt

5 meses después

La entrada principal de la mansión está decorada con flores frescas y cintas que Emily insistió en colocar junto a Moira. Los ventanales, que antaño parecían observar silenciosos y solemnes, hoy parecen brillar con una luz nueva, como si la casa misma celebrara la llegada de nuestro bebé.

Lara está a mi lado, agotada tras el parto, pero radiante, sosteniendo a nuestro hijo con esa mezcla de ternura y orgullo que solo una madre puede transmitir. A pesar de los días que ha pasado en el hospital, sigue siendo la mujer más hermosa que he visto nunca. Su sonrisa ilumina todo a su alrededor, y cuando miro a nuestro pequeño en sus brazos, siento una emoción que no sé cómo describir.

Emily corretea delante de nosotros llenando el ambiente con su risa. Lleva un vestido blanco, que ella misma eligió especialmente para la ocasión, y sus trenzas saltan con cada paso que da. Se detiene en la puerta y gira para mirarnos con las manos en las caderas.

—¡Venga, papá! ¡Deprisa! El bebé tiene que ver su nueva habitación.

Me río mientras aprieto la mano de Lara y le echo un vistazo a nuestro hijo, que envuelto en su mantita azul duerme plácidamente.

—Parece que alguien tiene prisa —le digo a Lara, que me responde con una sonrisa cómplice.

—Es la hermana mayor más entregada del mundo.

Al llegar al umbral, Moira, Thomas y el resto del personal nos esperan con sonrisas cálidas. Moira, como siempre, lleva su impecable delantal blanco, pero hoy sus ojos brillan con una emoción especial. Thomas, con las manos entrelazadas a la espalda, se inclina levemente en un gesto que ahora interpreto más como cariño que como formalidad.

—Bienvenidos a casa —nos dice Moira, dando un paso hacia nosotros y mirando al pequeño en brazos de Lara. Su voz, por lo general firme, tiembla ligeramente—. Es un verdadero

placer tenerlos aquí.

Emily se planta junto a Lara y le tira de la manga con impaciencia.

—¿Podemos enseñarle ya su habitación? —pregunta con la emoción de una niña que ha esperado semanas para este momento.

Lara se inclina ligeramente hacia ella.

—Por supuesto, cielo. Pero antes, ¿qué te parece si primero lo presentamos a todos?

Emily asiente con fuerza y se acerca para mirar al bebé, que sigue durmiendo plácidamente.

—¡Mira! Está sonriendo. Seguro que ya sabe que esta es su casa —declara con total convicción.

Al entrar en el salón, siento cómo la atmósfera de la mansión ha cambiado por completo. La tristeza que una vez impregnó cada rincón de este lugar ha desaparecido, sustituida por risas, calor y una sensación de hogar que nunca creí posible.

Nos sentamos en el sofá junto a la chimenea, donde Moira nos sirve té y pasteles recién hechos. Emily se sienta a mi lado, tan cerca que casi se sube a mi regazo, mientras observa a su hermano con una devoción que hace que mi pecho se hinche de orgullo.

—¿Cómo se llama? —pregunta Thomas finalmente, rompiendo el silencio con su voz grave pero amable.

Lara me mira y asiente suavemente, dejándome el honor de anunciarlo.

—Se llama Whelan, que significa feliz, que es lo que él no ha hecho ser —respondo, pronunciando cada sílaba con cuidado, como si el nombre en sí ya fuera un regalo.

Emily aplaude con entusiasmo.

—¡Whelan! Es perfecto.

Moira sonríe y asiente.

—Un nombre precioso para un niño que traerá mucha felicidad a esta casa.

Esa noche, cuando todo se calma y Emily finalmente se duerme después de besar a Whelan en la frente al menos diez veces, Lara y yo nos sentamos juntos en el sillón del dormitorio del bebé. Whelan duerme plácidamente en su cuna, rodeado de los colores suaves y los detalles que Emily escogió para él con tanto cariño.

—Nunca pensé que tendría una familia como esta —digo en voz baja, mirando a Lara.

Ella me toma de la mano y apoya la cabeza en mi hombro.

—Y yo nunca pensé que encontraría un lugar al que llamar hogar. Pero aquí estamos —me susurra encogiéndose de hombros.

Me inclino para besarla en la frente y la rodeo con mis brazos. Antes de levantarnos para ir a nuestro dormitorio, miro a Whelan una vez más. Su pequeño pecho sube y baja con cada respiración, y pienso en todo lo que le espera en esta vida que apenas ha comenzado.

—Bienvenido a casa, hijo —susurro, con una sonrisa en mis labios.

Cuando Lara y yo nos tumbamos en la cama, ella me mira con una expresión que no necesita palabras. Nos hemos encontrado el uno al otro cuando ambos más lo necesitábamos, y juntos hemos creado algo que va más allá de lo que jamás soñamos.

—Te quiero, mi amor —me susurra Lara mirándome a los ojos.

—Y yo a ti, para siempre —le digo justo antes de darle un beso en los labios.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.

¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Matt y Lara, te animo a que empieces a leer la siguiente entrega de esta serie: *Asher. La falsa novia del heredero.* Esta es su sinopsis:

Un romance lleno de intriga, pasión y secretos en el corazón de las Highlands

Cuando **Valerie** aceptó ser la asistente personal de **Asher O'Connor**, un heredero y magnate implacable con una tentadora sonrisa y una agenda caótica, jamás imaginó que su vida tomaría un **giro tan inesperado**.

Él necesitaba estabilidad para salvar su imperio empresarial. Ella, un trabajo que no implicara perder la cordura. ¿La solución de Asher? **Fingir un compromiso con la única persona que parecía inmune a sus encantos: Valerie.**

Lo que comenzó como un **trato puramente profesional** pronto se convierte en un **peligroso juego de sentimientos**. Entre cenas elegantes, reuniones con inversores y viajes a los paisajes más impresionantes de **Escocia**, los límites entre lo que es real y lo que es fingido comienzan a desdibujarse. Valerie descubrirá que, tras la arrogancia y la confianza de Asher, se oculta un hombre que lucha contra sus propios demonios. Y Asher encontrará en ella algo más que una solución temporal: **una razón para creer en el amor**.

¿Podrán ambos mantener el control en un acuerdo donde las emociones no estaban contempladas?

¿O se darán cuenta de que la mayor mentira fue no admitir lo que realmente sienten?

Asher. La falsa novia del heredero es mucho más que una historia de amor: es un **viaje lleno de pasión, segundas oportunidades y la valentía de derribar las barreras que nos imponemos**. Con una **química arrolladora**, momentos de **tensión** que aceleran el **corazón** y **escenarios** que te transportarán, esta **novela es perfecta** para quienes buscan un **romance que te atrape desde la primera página** y te deje deseando un **amor tan intenso como inesperado**.

¡Atrévete a descubrirlo!

Y ahora, empieza a leerlo:

Asher.
La falsa novia del heredero
Serie Herederos 8

Prólogo
Valerie

El tren se desliza por los paisajes de Escocia como si intentara escapar de algo. Afuera, la lluvia persiste, dibujando trazos incesantes sobre el cristal de la ventana. Es curioso cómo el agua parece fluir sin rumbo, buscando un destino que nunca alcanza, igual que yo. Sostengo un vaso de café entre las manos y noto el cartón empapado por la humedad, que empieza a filtrarse por

todos lados. Ya está frío, pero sigo sujetándolo, como si fuera lo único sólido que tengo a mi alcance en este momento.

Me recuesto contra el respaldo del asiento y dejo escapar un suspiro. Un sonido leve, casi imperceptible, que se pierde entre el traqueteo del tren. Llevo horas en este vagón y la sensación de estar atrapada no desaparece. La humedad, el frío y la soledad son abrumadores, pero no tanto como el eco de su nombre en mi cabeza: Asher O'Connor.

Incluso recordarlo me duele. Es como si cada letra de su nombre abriera una grieta más profunda en mi pecho. Asher O'Connor, el hombre que me prometí no dejar entrar en mi vida. Aunque, a pesar de mi esfuerzo, al final ha acabado cruzando cada límite que me había jurado proteger de él.

Apoyo la frente contra el cristal. Está helado y esa frialdad parece calmar un poco el caos que tengo dentro. Miro el paisaje que pasa con rapidez frente a mí, como si todo a mi alrededor estuviera huyendo también.

Nunca debí aceptar su trato. Ahora lo tengo claro, pero en aquel momento me pareció la mejor opción. Parecía algo sencillo, limpio, y profesional. Una farsa que aparentaba ser fácil y conveniente. Pero, ¿cómo iba a imaginar que ese acuerdo se convertiría en este caos emocional del que ahora intento escapar?

La primera vez que me propuso su plan, me lo quedé mirando como si hubiera perdido la cabeza. Él estaba frente a mí, apoyado en su escritorio con esa arrogancia suya que siempre me ha sacado de quicio. Como si el mundo entero estuviera a sus pies y solo tuviera que chasquear los dedos para que todo se adaptara a su voluntad y sin rechistar.

—Vamos, Valerie, no será tan difícil. Fingir que estamos comprometidos no es precisamente una tarea titánica.

—¿No es difícil? Simular que soy tu prometida mientras me miras con esa cara de suficiencia va a ser un infierno.

Recuerdo que al escucharme, él solo se encogió de hombros, divertido. Me ofreció una sonrisa ladeada, de esas que sabía que me irritaban tanto como me encantaban y, en ese momento, debería haber salido de su despacho sin mirar atrás. Pero no lo hice y, además, le dije que sí.

La voz metálica del altavoz del vagón del tren interrumpe mis pensamientos para informar de que el tren se aproxima a la estación de Waverley, en el corazón de Edimburgo. Todavía faltan unos minutos, pero ya puedo ver a lo lejos las primeras luces de la ciudad entre la neblina. Mi estómago se contrae al reconocer el horizonte. Siento una mezcla de alivio y miedo, de nostalgia y desazón que me invade. He pasado mucho tiempo intentando construir algo duradero y sólido aquí. Sin embargo, ahora todo parece tan frágil, como si un simple soplo de aire pudiera desmoronarlo y acabar con todo.

El café se me cae de las manos y el líquido que quedaba dentro del vaso de cartón gotea en el suelo. Ni siquiera me molesto en recogerlo. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas y cierro los ojos. La imagen de Asher sigue ahí, tan clara como si estuviera sentado frente a mí.

¿Cómo hemos acabado así?

¿En qué momento se desdibujaron los límites entre lo que era real y lo que solo fingíamos ser?

Quizá fue en Skye, bajo aquel cielo despejado, cuando me sonrió de una forma que no parecía que estuviera actuando. O quizá fue aquella noche en su despacho, cuando su

silencio fue más elocuente que cualquier palabra. Bah, no tengo ni idea… Pero eso ahora ya no es lo que importa. Lo único que ahora mismo tengo claro es que ahora estoy aquí, huyendo de todo.

El traqueteo del tren cambia de ritmo, anunciando que la estación cada vez está más cerca. Se me acelera la respiración, como si con cada metro que me acerca más a Edimburgo aumentara la presión en mi pecho. No debería volver. Lo sé. No después de cómo acabaron las cosas. Pero aquí estoy, porque ni siquiera sé a dónde más ir.

La lluvia arrecia contra las ventanas y oscurece el paisaje. Los campos verdes y las colinas desaparecen tras un velo gris y, por un momento, me pregunto si este es mi destino también: perderme tras una cortina de dudas y arrepentimientos. Resoplo mientras mis dedos juegan con la cadena que llevo al cuello, un gesto nervioso que no puedo evitar. Es un colgante sencillo, que mi madre me regaló antes de que todo se complicara. Me prometí no perderlo nunca, igual que me prometí tantas cosas que he acabado rompiendo por el camino. Lanzo un hondo suspiro y niego levemente con la cabeza.

Recuerdo la última vez que vi a Asher. Fue en su apartamento, justo antes de decidir que era hora de marcharme. Había algo en su mirada que me detuvo en la puerta, algo que casi me hizo volver. Pero no lo hice. Le di la espalda y me marché, dejando atrás no solo a él, sino a una parte de mí que no sé si recuperaré.

No sé si él siente lo mismo que yo. Si está allí, en su despacho perfectamente ordenado, pensando en mí, o si ha seguido adelante con la facilidad con la que siempre parece hacer frente a todo. Aunque, en el fondo, sé que esa imagen que proyecta no es real. He visto lo que hay detrás de la apariencia que intenta dar, y eso fue precisamente lo que me atrapó.

La estación de Waverley aparece finalmente al otro lado de los cristales del vagón. Los edificios góticos de la ciudad emergen entre la lluvia, imponentes y sombríos. El castillo de Edimburgo se alza en la distancia, como un recordatorio de todo lo que intenté construir aquí. Pero, ¿qué me queda ahora?

El tren se detiene con un chirrido metálico y me quedo en mi asiento unos segundos más, incapaz de moverme. Por el altavoz, una voz metálica anuncia que el tren ya ha llegado y las puertas se abren tras un silbido. El aire frío entra al vagón y me cala hasta los huesos. Recojo mi bolso y me pongo de pie, sintiendo cómo me tiemblan las piernas. Cada paso hacia la salida es más pesado que el anterior. Afuera, la gente camina deprisa bajo paraguas y abrigos mojados, ajena a mi lucha interna.

Doy un paso fuera del tren y la lluvia me golpea la cara, fría y persistente. En este preciso momento, me doy cuenta de algo: no importa cuánto intente huir, porque por muy lejos que trate de esconderme, el amor siempre siempre encontrará la manera de perseguirme.

Capítulo 1
Valerie

La oficina de O’Connor Enterprises tiene una energía peculiar, es una algo amedio camino entre la seriedad de una multinacional y la sensación constante de que todo podría desmoronarse en cualquier momento. En este lugar, el caos no es un accidente, es una constante. Y yo, la asistente ejecutiva de Asher O’Connor, soy la única persona que parece ser consciente de eso.

Entro al edificio con la puntualidad que se espera de mí, sujetando un café que ya comienza a enfriarse y un maletín lleno de carpetas que probablemente ni siquiera llegarán a abrirse hoy. La recepción está impecable, como siempre, pero eso es solo parte de la buena imagen que O'Connor pretende que dé su empresa. Subo al ascensor, ajustándome el moño y repasando mentalmente la agenda del día, porque sé que nadie más lo hará.

Cuando las puertas se abren en la planta catorce, la primera visión que tengo es la de un grupo de empleados apiñados alrededor de una pantalla. Sus murmullos me indican que algo va mal.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, acercándome mientras intento que mi voz no suene demasiado impaciente.

Un chico del departamento de marketing, cuyo nombre nunca consigo recordar, se gira hacia mí con cara de preocupación.

—El proveedor de Singapur canceló el envío de hardware. Dicen que no tienen la confirmación del pago.

Sujeto el asa de mi maletín con fuerza y respiro hondo antes de responder.

—¿Y alguien se ha molestado en revisar con contabilidad si realmente han hecho el pago o simplemente estáis aquí mirando la pantalla como si eso fuera a solucionarlo?

El chico balbucea algo incomprensible, pero yo ya estoy sacando mi móvil para llamar al jefe de finanzas. Siempre igual. Este lugar no necesita más empleados, necesita un milagro.

—Valerie, ¿has visto el correo de Asher? —dice una voz conocida a mi espalda.

Me giro y encuentro a Sophie, la secretaria de la planta, con una pila de documentos entre las manos. La miro y compruebo que su expresión refleja el mismo cansancio que siento yo.

—No. ¿Qué ha hecho ahora? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Ha cancelado la reunión con los inversores de las diez. Dice que la quiere mover a la tarde, pero no me ha confirmado la hora.

—¿Cómo que la ha cancelado? ¿Y piensa avisar él a los inversores o también espera que lo haga yo?

Sophie me lanza una mirada de empatía, pero no tiene respuesta. Por supuesto, soy yo quien tendrá que encargarse de todo. Resoplo y apresuro mi paso hasta que entro en mi despacho y dejo las carpetas sobre la mesa, ignorando el pitido insistente de mi correo electrónico. Decido no mirarlo todavía. Primero necesito reorganizar la agenda del día para acomodar el nuevo capricho de Asher O'Connor. Sin embargo, mientras reviso las notas, suena mi móvil.

—Dime que ya estás aquí —respondo sin preámbulos.

La risa al otro lado de la línea es inconfundible.

—Buenos días, Valerie. ¿Así tratas siempre a tu jefe?

—Así trato a los que me hacen reorganizar una agenda completa sin previo aviso. ¿Dónde estás?

—En casa. Pensaba que teníamos la reunión más tarde.

—No, Asher, la reunión es a las diez. Bueno, era, porque ahora tendré que convencer a un grupo de inversores de que tus constantes cambios no significan que estés improvisando —le digo rodando los ojos.

—Confío en que lo harás bien. Por eso te contraté.

El descaro de su respuesta me hace apretar los dientes.

—Llegaré en veinte minutos —añade, antes de acabar nuestra llamada.

Cuelgo el teléfono con más fuerza de la necesaria y vuelvo al ordenador para enviar los correos pertinentes. Mientras redacto las excusas, escucho pasos acercándose a mi despacho. Levanto la mirada justo a tiempo para ver a Sophie entrar con un café en la mano.

—He pensado que lo necesitarías —dice, dejándolo sobre mi mesa.

—Gracias. Hoy va a ser uno de esos días… —le respondo soltando un resoplido sin apartar la mirada de la pantalla de mi ordenador.

—Siempre lo es con él —añade encogiéndose de hombros.

Asiento, pero no digo nada más. En el fondo, sé que tiene razón. Asher O'Connor es el epicentro del caos, y yo, por algún motivo que no alcanzo a entender, soy la única capaz de seguirle el ritmo.

Cuando Asher finalmente llega, son casi las once. Entra en la oficina como si nada, con su chaqueta sobre el hombro y la corbata floja. El pelo lo lleva ligeramente despeinado de una manera que parece más intencionada que accidental, y esa sonrisa arrogante que siempre luce me hace querer gritar.

—Buenos días a todos —saluda mientras atraviesa la sala con paso seguro.

Yo me cruzo de brazos y lo espero junto a la puerta de su despacho. Cuando llega a mi lado, le lanzo una mirada, que espero que sea lo suficientemente elocuente.

—¿Problemas? —me pregunta con una expresión de inocencia fingida.

—Siempre los hay contigo. Tenemos que hablar.

Sin esperar respuesta, entro en su despacho y cierro la puerta tras nosotros. Asher me sigue y deja su chaqueta sobre el respaldo de la silla antes de sentarse con toda la calma del mundo.

—¿Qué sucede ahora? —pregunta, como si no tuviera la menor idea de lo que ha provocado.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? Has cancelado la reunión de las diez sin avisar y, además, llegas tarde. Otra vez.

Él se reclina en su silla, con las manos detrás de la cabeza y esa sonrisa de suficiencia que tanto me irrita.

—Vamos, Valerie. Sabes que confío en ti para manejar estas cosas. Eres la mejor en lo que haces.

—Eso no significa que puedas dejarme a cargo de todo, mientras tú te paseas como si nada —le respondo, sintiendo cómo mi paciencia comienza a agotarse.

Asher me observa en silencio durante un momento, aunque veo algo en su mirada me desconcierta. No es la típica arrogancia que suelo observar en él. Parece que está a punto de decir algo importante, pero entonces, justo en ese instante, suena su móvil.

—Tengo que responder —me dice señalando la pantalla.

Sin esperar respuesta, contesta al teléfono y empieza a hablar con alguien al otro lado de la línea. Me quedo donde estoy, cruzada de brazos, observándolo. A veces me pregunto cómo una persona puede ser tan exasperante y, al mismo tiempo, tan… hipnotizante. Pero no me permito albergar ese pensamiento demasiado rato, no puedo permitirmelo. No con él y, mucho menos, en este momento.

Cuando de hablar, me lanza una mirada rápida antes de volver a sonreír.

—¿Decías algo?

—Nada que vayas a escuchar —le respondo recogiendo mi carpeta de la mesa.

Asher se echa a reír mientras salgo de su despacho, pero no miro atrás. Necesito un momento para recuperar la calma. El día apenas ha comenzado, y sé que no será menos caótico que cualquier otro en O'Connor Enterprises.

Capítulo 2
Valerie

Los lunes en las oficinas de O'Connor Enterprises no deberían llamarse lunes. Deberían llamarse día del caos. Mientras camino por los pasillos, esquivando compañeros con tazas de café y carpetas que parecen explotar de papeles, no puedo evitar pensar en lo poco que ha cambiado esta rutina en los años que llevo aquí. No hay agenda que aguante, ni plan que sobreviva al ciclón Asher O'Connor.

Mi teléfono vibra justo cuando estoy a punto de entrar en la sala de reuniones. Al ver el mensaje, siento una mezcla de irritación y resignación que se ha vuelto tan habitual como el café frío en mi mesa:

Asher O'Connor:
«Llegaré en 10 minutos. Haz lo tuyo y sálvame el culo».

—Claro que sí, Asher, cómo no —mascullo mientras pulso la pantalla para apagar el molesto brillo del mensaje.

Diez minutos en el idioma de Asher significan veinte o tal vez treinta, si tiene suerte y no se distrae con alguna conversación trivial o cualquier otra tontería, que para él sea de vital importancia. Por supuesto, para entonces, los inversores que esperan pacientemente en la sala estarán a punto de irse, si no lo han hecho ya. Los observo a través de la puerta de cristal: trajes impecables, miradas calculadoras y el tipo de expresiones que indican que su tiempo vale dinero, mucho dinero.

Respiro hondo, aliso mi falda y entro a la sala de reuniones.

—Buenos días, señores. El señor O'Connor se disculpa por la demora. Un imprevisto le ha retenido, pero estará aquí en unos minutos —les digo con tono profesional y la mejor de mis sonrisas.

Uno de ellos, un hombre mayor con gafas de montura metálica arquea una ceja con un gesto escéptico. Sé perfectamente lo que está pensando: «¿Otra vez tarde?». Por desgracia, no es la primera vez que lidio con esta situación por culpa del *señor* O'Connor.

—Mientras tanto, si les parece, puedo ir adelantándoles algunos de los puntos principales que discutirán en la reunión de hoy.

Me siento al extremo de la mesa, abro mi carpeta y comienzo a hablar. Explico los objetivos, las cifras y el plan de expansión. Todo lo que Asher debería estar aquí presentando, pero que, por supuesto, recae sobre mí cada vez que él decide saltarse el protocolo por cualquiera de sus *imprevistos* habituales.

Cuando mi teléfono vuelve a vibrar, me apresuro a sacar el móvil para leer el mensaje:

Asher O'Connor:

«¿Siguen allí?»

—Sí, claro que siguen aquí —susurro entre dientes, ignorando la mirada inquisitiva de uno de los inversores. Escribo rápidamente una respuesta:

Valerie:
No tardes.
Empiezan a impacientarse.

Por fin, la puerta de la sala se abre y tras ella aparece. Asher O'Connor, el hombre que convierte el desaliño en una declaración de estilo. Su camisa blanca tiene el cuello abierto, dejando a la vista el inicio de un tatuaje que sube por su clavícula y se pierde bajo la tela. La corbata cuelga floja, como si hubiera sido un accesorio opcional, y su chaqueta, que debería estar perfectamente abrochada, está sobre su hombro como si acabara de quitársela.

—Buenos días, caballeros. Lamento el retraso —dice mientras ocupa su lugar en la cabecera de la mesa, lanzando una de sus irresistibles sonrisas, que podrían convencer a cualquiera de que no tiene un solo defecto.

Desde mi asiento, lo observo con frustración. Asher es exasperante. Despreocupado, arrogante y absolutamente infalible cuando se trata de salirse con la suya. Y, sin embargo, hay algo en él que siempre consigue desarmarme. Me lanza una mirada rápida antes de centrar su atención en los inversores. Su sonrisa se ensancha y sus gestos se vuelven más precisos y calculados. Es un maestro de la improvisación, un hombre que puede entrar en una sala sin haber preparado nada y salir con un acuerdo firmado.

—Sé que el tiempo de todos es valioso, así que seré breve. Como saben, nuestra propuesta para la expansión en el mercado asiático es ambiciosa, pero tenemos los recursos y la experiencia necesaria para llevarla a cabo con éxito.

Lo escucho hablar, admirada a pesar de mí misma. Las palabras fluyen de su boca con una facilidad que me enfurece. Es imposible no reconocer su talento, incluso cuando me saca de quicio. Pero mientras él despliega su magia, yo estoy pensando en los documentos que revisé anoche hasta la madrugada y en las presentaciones que preparé para que él tuviera todo bajo control.

Entonces, uno de los inversores interviene.

—Todo esto suena muy bien, señor O'Connor, pero hay algo que nos preocupa.

Asher se detiene y lo observa con atención, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Estoy aquí para resolver cualquier duda, así que no duden en plantearme cualquier pregunta que puedan tener.

El hombre se ajusta las gafas sobre el puente de su nariz y toma la palabra.

—Estamos hablando de una inversión importante, y queremos asegurarnos de que trabajamos con alguien que no solo sea estable financieramente, sino también en el plano personal. Necesitamos saber que podemos confiar en su compromiso, tanto profesional como personal.

Por primera vez en toda la reunión, Asher parece desconcertado. Lo veo tensarse, aunque disimula rápidamente dibujando una sonrisa en su cara. Sin embargo, reconozco esa chispa en sus ojos, una señal de que está a punto de hacer algo que complicará mi vida.

—Entiendo perfectamente sus preocupaciones —dice con un tono amable. Su

mirada se desvía hacia mí y, de repente, me siento como un ratón atrapado por un gato juguetón. —Y tengo el placer de anunciarles que mi vida personal está en vías de estabilizarse más que nunca.

¿Qué?

—De hecho —continúa, volviendo a mirar a los inversores mientras su sonrisa se ensancha—, estoy comprometido.

Mi cerebro se detiene por un segundo. No entiendo nada.

—¿Comprometido? —repite uno de los inversores, claramente interesado.

—Así es. Con mi maravillosa asistente, Valerie.

Al escuchar lo que acaba de decir, el mundo entero parece detenerse. Por un momento, todo lo que puedo oír en este instante es el latido de mi corazón resonando en mis oídos. Intento procesar lo que acaba de decir, pero mi mente no responde.

—Valerie, cariño, ¿quieres venir un momento?

No sé cómo, pero mis piernas me llevan hasta donde él está. Mi mente sigue intentando encontrar una explicación lógica, mientras Asher me toma de la mano con una sonrisa radiante.

—No sé qué haría sin ella —añade, dirigiéndose a los inversores.

Siento su pulgar rozar mi mano, un gesto que debería parecer tierno, pero que solo consigue aumentar mi confusión y mi irritación. Por fuera, sonrío, aunque, por dentro, solo quiero estrangularlo.

La reunión continúa y Asher sigue con su espectáculo, mientras yo me limito a asentir y fingir que todo está bajo control. Pero sé que en cuanto esta sala se quede vacía, vamos a tener una conversación a solas y muy seria.

Cuando los inversores finalmente se marchan, cierro la puerta y me giro hacia él.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Asher se recuesta en su silla, despreocupado.

—Una solución rápida a un problema inesperado —suelta encogiéndose de hombros.

—¿Una solución rápida? ¿Decirles que estamos comprometidos? ¿Cómo se te ocurre? —pregunto fuera de mí con los ojos muy abiertos.

Él se encoge de hombros de nuevo, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Ha funcionado, ¿no?

—Ese no es el tema —le contesto con tono cortante.

—Entonces, ¿cuál es? —pregunta alzando una ceja con suficiencia.

Quiero gritarle, pero me contengo. Asher siempre encuentra la forma de salirse con la suya, pero esta vez ha ido demasiado lejos y ha cruzado una línea que es infranqueable, al menos, para mí.

—No puedes tomar decisiones así sin consultarme.

Él se levanta de la silla y se acerca, reduciendo la distancia entre nosotros. Su proximidad es desconcertante y su mirada, intensa, haciéndome sentir como si pudiera ver a través de todas mis barreras.

—Necesito que seas mi prometida —dice con una seriedad que no esperaba.

Lo miro, intentando descifrar si realmente está siendo sincero o si esto es solo otra de sus estrategias.

—Eso es una locura —murmuro, más para mí misma que para él.

—Lo sé —responde, con una leve sonrisa.

La chispa de desafío en su mirada sigue ahí, pero también hay algo más, que no sé cómo interpretar.

—Por favor, Valerie. Solo será algo temporal.

Esa palabra, *por favor*, suena extraña saliendo de su boca. Por un momento, pienso que quizá esta vez realmente está en un aprieto, porque hablarme así no es propio de él. Sus ojos, de un azul tan intenso que a veces parecen imposibles, me sostienen la mirada. Quiero decirle que no, que esto no tiene ningún sentido, pero las palabras no salen de mis labios y, mucho menos, de mi garganta. En lugar de eso, asiento.

—Vale. Pero más te vale que esto no se te vaya de las manos.

Asher sonríe y, por un segundo, me arrepiento de haber aceptado. Sé que esto no terminará bien.

Y, sin embargo, aquí estoy, otra vez, dejándome arrastrar por el caos de Asher O’Connor.

¡¡¡Hazte con él durante la preventa al 50% AQUÍ!!!

Encuentra aquí otras novelas de la autora

https://www.amazon.com/~/e/B09S6473S5